Solo los más ambiciosos llegarán a la meta.
Si antes no se vuelven monstruos.



Cuando fuimos monstruos

JENNIFER NIVEN

AUTORA *BESTSELLER* DE *THE NEW YORK TIMES*

VR YA



Todos podemos ser monstruos…

Cuando ocho estudiantes son seleccionados para un prestigioso curso de narrativa inmersiva, dictado por la enigmática actriz y escritora Meredith Graffan, jamás esperan cometer un crimen.

El premio del curso es la fama. Sin embargo, los métodos creativos de Graffam son muy poco ortodoxos: saltar de acantilados al mar helado, caminar a ciegas entre el tráfico. Enviar a los estudiantes a casa ante la menor debilidad. Revelar sus más oscuros secretos…

Aislados durante lo más cruel del invierno en una mansión antigua y a merced de una tutora que desafía sus límites, solo quienes logren no quebrarse verán de cerca su sueño. Y, cuando el grupo se reduce a la mitad, Effy, Isaac, Ness y Arlo comienzan a sospechar no solo que la mujer está poniéndolos unos contra otros, sino también que

la historia que la catapultó a la fama, la del asesinato de su mejor amiga, podría no ser como Graffan la cuenta…

Y no les quedará más remedio que volverse contra ella.

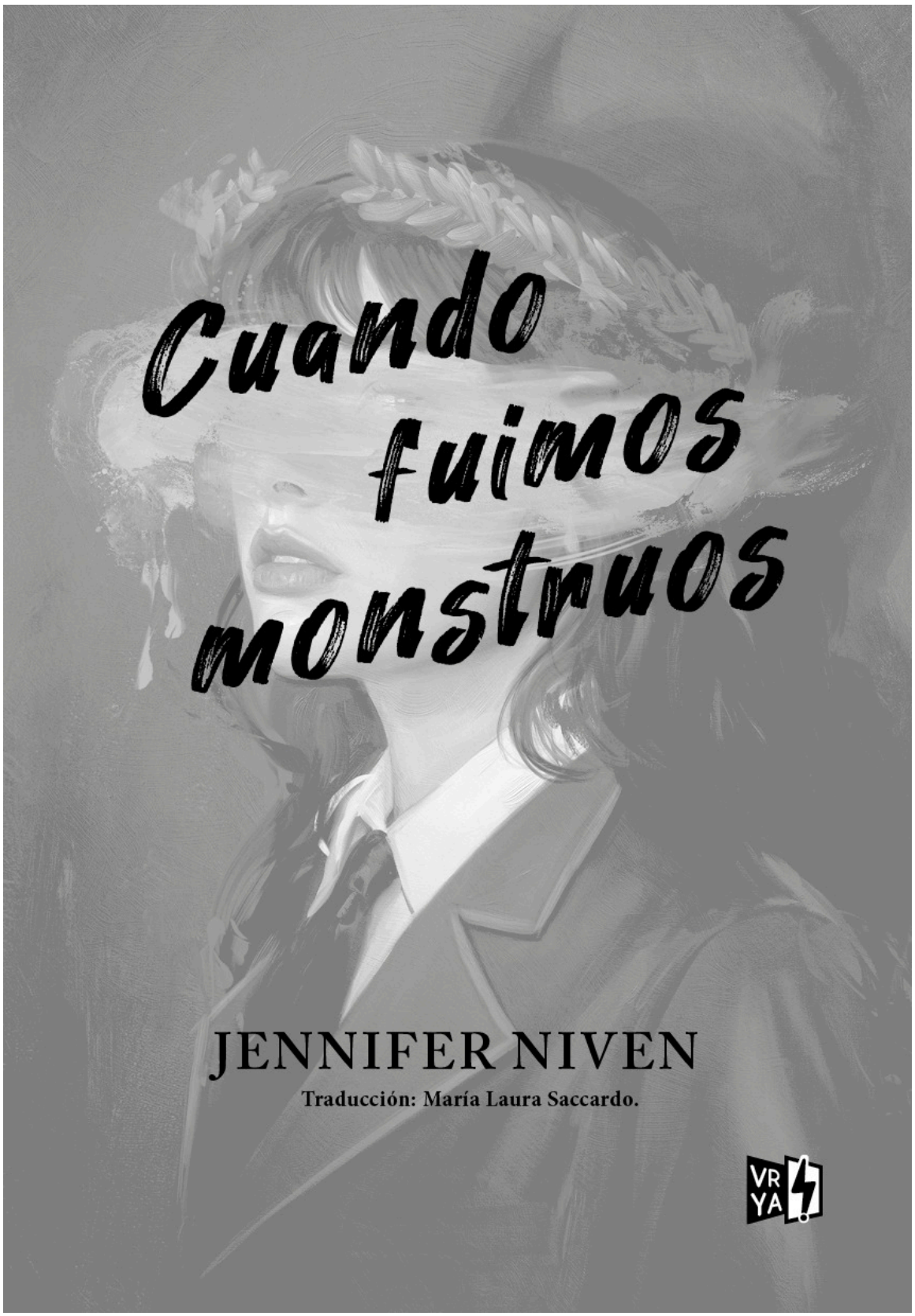


JENNIFER NIVEN

Autora *bestseller* N° 1 del *New York Times*. Sus libros han sido traducidos a más de setenta y cinco idiomas y han ganado premios literarios en todo el mundo. Como guionista, ganó un premio Emmy y coescribió la película basada en su libro *Violet y Finch*, protagonizada por Elle Fanning. También es autora de varios títulos de no ficción narrativa y ficción histórica.

Jennifer divide su tiempo entre la costa de Georgia y Los Ángeles, con su marido y sus gatos literarios.

JENNIFERNIVEN.COM


Cuando fuimos monstruos
JENNIFER NIVEN
Traducción: María Laura Saccardo.
VR YA

A James Earl Jones, quien me enseñó sobre la memoria ósea y la fortaleza del alma.

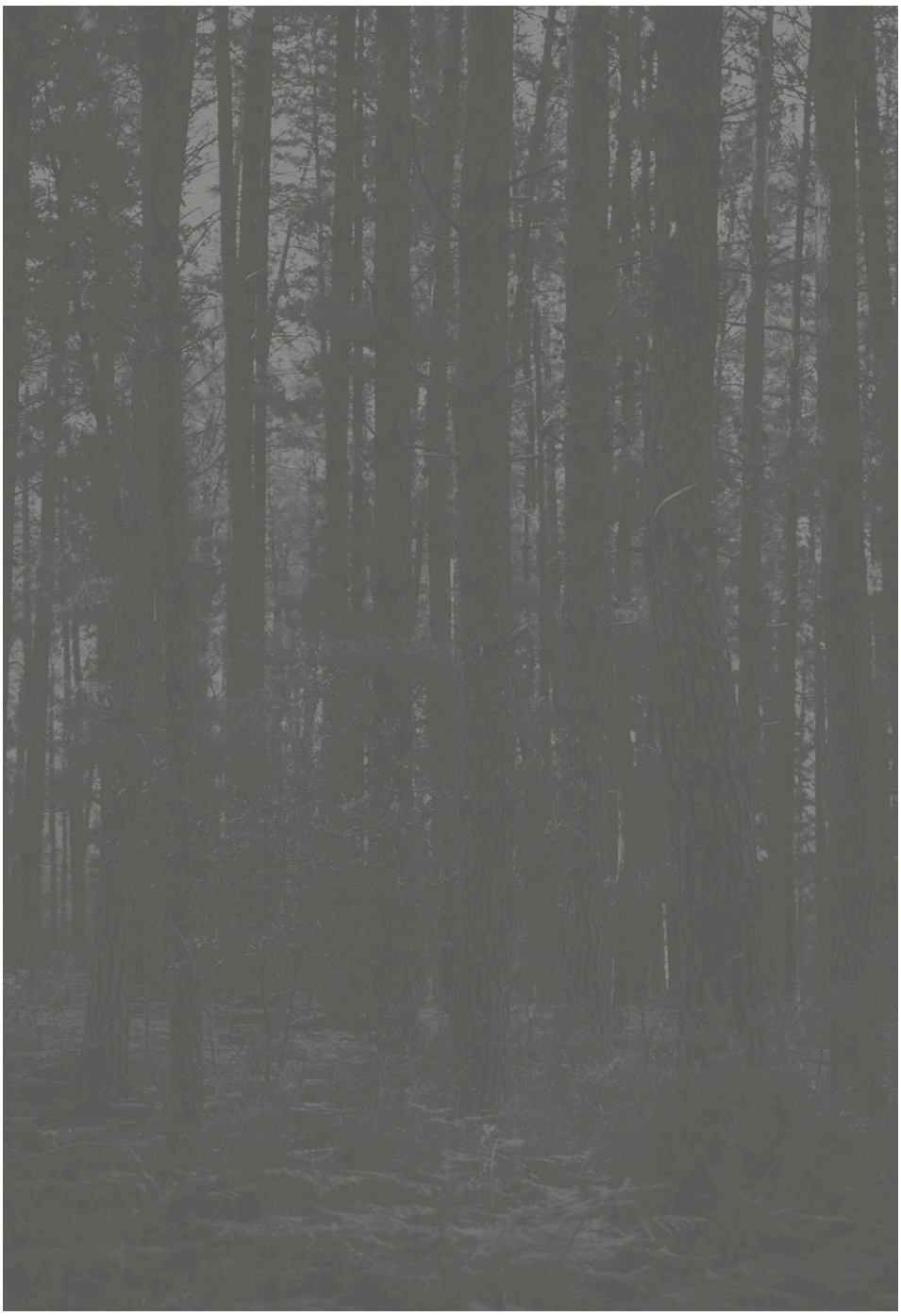
A Van Shank, mi maestro de sexto año de primaria, cuya sabiduría, humor y fe en mi enorme imaginación han trascendido los muros de Westview Elementary y me han acompañado hacia el mundo.

A Lucy Kroll, quien le dijo a mi versión de trece años que estaba destinada a ser escritora.

A Will Schwalbe, mi primer editor, cuya voz me acompaña cada vez que escribo una palabra.

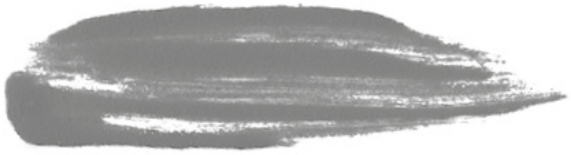
A mi madre, más que a nadie.

Y a todos los maestros que alimentan nuestros sueños, enormes y salvajes.



"Es cierto que seremos monstruos, aislados del resto del mundo; pero eso precisamente nos hará estar más unidos unos a otros".

–Frankenstein, Mary Shelley



El día antes de que matemos a Meredith Graffam es tranquilo y despejado, como Massachusetts en verano después de una tormenta. El aire huele limpio y fresco, con aroma a tierra y a flores. Es un perfecto día de sol.

Ninguno de nosotros entrará al bosque esta noche con planes de cometer un asesinato. Cuando eres joven, estás lleno de posibilidades y rodeado de belleza, opulencia y toneladas de privilegios, es fácil convencerte de que la vida siempre será color de rosa y de que nada puede salir mal.

Al final de un camino largo, surcado por los árboles altísimos del bosque y el mar tras ellos, reside el campus de Brighton y Hove. El cuerpo estudiantil está compuesto, en su mayoría (sin contar a la compañía actual), por los hijos de las personas más ricas y exitosas, que podrían pagar para enviarlos a cualquier sitio, pero deciden enviarlos aquí, al bosque al noreste de Massachusetts.

Pero como cualquier lugar demasiado reluciente, este esconde oscuridad en los rincones. A un mago detrás de la cortina. A una pintura en el ático. A Hyde. Sucede cada otoño, en la emoción de los primeros años, en la competencia despiadada entre estudiantes. En

el bosque circundante, donde durante dieciséis días de cada enero, ocho de los mejores estudiantes son elegidos para vivir y estudiar con una persona famosa y renombrada a nivel mundial en Moss, la errante casa antigua de Moss Hove, el fundador.

En Brighton y Hove no tenemos sociedades secretas, pero tenemos el Curso de enero, nuestra propia élite, una organización de estudiantes aplicados del pasado y del presente, el equivalente a ser seleccionados. Todos ansían las conexiones con personas ilustres y poderosas que promete brindar fuera de estos muros, en nuestras vidas reales, nuestras vidas futuras.

La casa Moss, construida en 1916, está rodeada por cuatro mil hectáreas de bosque prístino (formalmente conocido como Bosque Murton, informalmente como Bosque Muerte), con extensiones de árboles primigenios y kilómetros de caminos sin pavimentar, todo propiedad de la escuela. Sin embargo, a menos que tengan la suerte de ser elegidos para el Curso de enero, la mayoría de los estudiantes no se adentran demasiado en Murton.

Una estudiante fue asesinada allí en 1995, una tragedia (una mancha) que la escuela nunca olvidó. Una prueba de que las cosas malas suceden en todas partes, incluso en un campus tan hermoso como el de Brighton y Hove. Incluso en una noche estrellada de enero. Incluso a nosotros cuatro.

Effy, la huérfana, que no cree en los fantasmas pero es acechada por uno.

Isaac, el heredero, que carga al mundo sobre sus hombros.

Vanessa, la retraída, que nunca creyó pertenecer.

Y Arlo, el hijo pródigo, que volvió a la escuela de la que se alejó dos años atrás.

No éramos más que cuatro personas independientes antes de que Meredith Graffam, *la* Meredith Graffam, llegara a Brighton y Hove. Ella fue quien nos unió. Y la que intentó separarnos.

Mañana morirá.

Anhelaré este día, el día antes, un tranquilo día de sol radiante, como el verano en Massachusetts después de la lluvia. O, mejor aún, tres semanas atrás, el inicio del nuevo año, cuando Graffam seguía con vida y yo no sabía sobre qué escribir, porque lo único que me había pasado jamás era demasiado doloroso.

Ansiaba tener material, una historia propia que contar.

Y ahora la tengo.

Aquí va.

PREPARATORIA

BRIGHTON Y HOVE

Parkerton, Massachusetts

15 de diciembre
Estimada Effy Green:

Nos complace felicitarla por haber sido seleccionada para formar parte del Curso de enero de este año. Dado que esta solo cuenta con ocho vacantes, la competencia para conseguir una ha sido feroz, por lo que debe estar muy orgullosa de su esfuerzo y de su talento.

El tema de este año será "Narrativa inmersiva". Durante la experiencia de dieciséis días, vivirá en Moss con la artista visitante, récord de ventas del *The New York Times,* ganadora del Oscar como actriz, directora y guionista, y ganadora del Premio Tony como dramaturga, Meredith Graffam.

Al terminar el curso, uno de ustedes ganará una beca de USD 15 000 y la oportunidad de que su trabajo, en su área o género, sea producido o publicado.

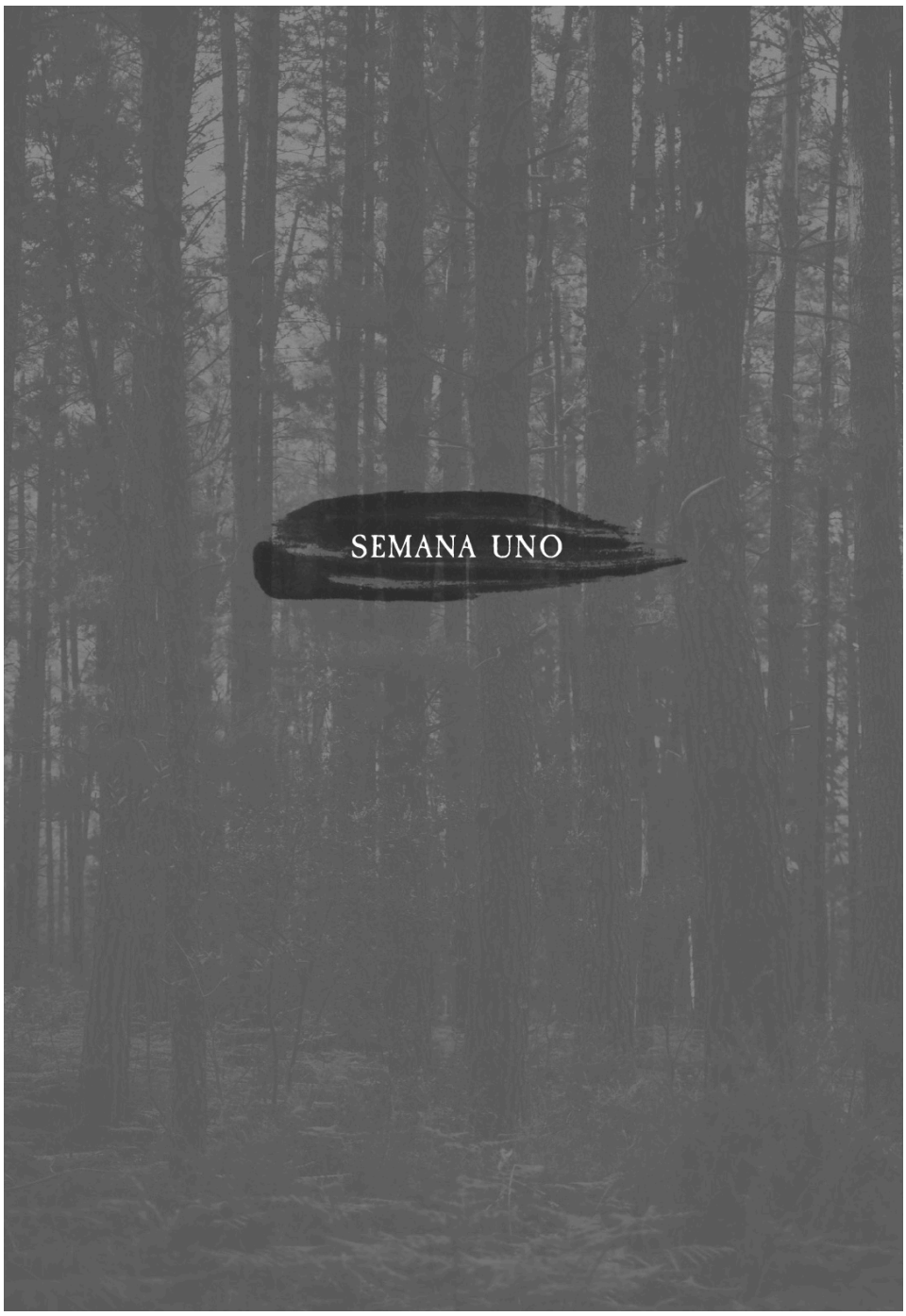
El Curso inicia el miércoles 7 de enero y termina el jueves 22 de enero. Debe llegar el día 7. Recibirá la información sobre

traslados por correo electrónico.

Por favor, tenga presente que los acuerdos de confidencialidad y de deslinde de responsabilidad adjuntos deben ser firmados, notariados y reenviados antes de su llegada. Estos acuerdos son para proteger su trabajo y el de la artista invitada y para conceder permiso para ser grabada en audio o video si se diera la oportunidad. Si tiene alguna duda respecto a los documentos o a la experiencia, no dude en contactarnos.

¡Ansiamos recibirla el 7 de enero!

Saluda atentamente,
Scott Booker
Decano


SEMANA UNO

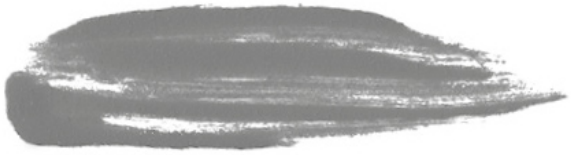
Narrativa inmersiva

Miércoles 7 de enero - domingo 11 de enero

SESIÓN #1

- Deja las inhibiciones atrás
- Haz lo necesario para destacar
- Confía en tus fortalezas
- Mantén la vista en los créditos finales - ¿qué harías para ser el último en pie?
- Si no tienes una historia, crea una

"Todos roban en el comercio y en la industria.
Yo mismo he robado mucho, pero yo sé cómo robar".
–Thomas Edison



EFFY

Miércoles 7 de enero

Echo un vistazo por el parabrisas trasero de la van, por el que ya no alcanzo a divisar el campus a la distancia. Aunque llevemos los faros encendidos, el Bosque Murton es el lugar más oscuro de la Tierra.

En contraste, Moss se ve cálida y acogedora, delineada en el cielo sobre un acantilado con vista al mar. Con sus cuarenta habitaciones y más de mil metros cubiertos, su belleza antigua me recuerda a las mejores casas de la literatura. Manderley. Thornfield Hall. Cumbres Borrascosas.

Los siete pasamos la mayor parte del viaje encorvados sobre nuestros teléfonos, sacando el mayor provecho a la señal mientras todavía haya. El decano Booker conduce hasta la entrada sobre el camino de gravilla y apaga el motor. Y por un momento nos quedamos sentados, con los teléfonos olvidados, mirando a la casa.

Como cualquier estudiante digno de Brighton y Hover, he escuchado historias sobre el Curso de enero, la experiencia codiciada que solo puede disfrutar un reducido grupo selecto. El curso nos dice a nosotros, y a todos los demás, que somos los visionarios de nuestra clase, los que cambiaremos el mundo con nuestro arte.

–Aquí estamos –anuncia alguien, palabras que siento más de lo que las escucho.

La puerta de la van se abre y deja entrar una ráfaga de aire frío. Ness comienza a recoger sus cosas que, fiel a su estilo, están desparramadas sobre el asiento.

–Esto es lo que no me gusta del invierno. Entrar y salir. Calor, frío, calor, frío. Envolverse de pies a cabeza como un pingüino –dice. Suena animada incluso cuando se queja. Es de las cosas que más amo de ella, su liviandad y su alegría.

Mis compañeros bajan uno a uno, pero yo permanezco sentada. De repente, me pregunto por qué he venido y deseo estar con mi abuela en casa. Mil cosas pasan por mi mente:

Este es tu último año en Brighton y Hove.

Solo te quedan cinco meses de escuela.

¿Y si Ness y tú van a universidades diferentes y se distancian?

¿Por qué la vida está tan llena de finales?

Un golpe a la ventana me hace saltar. Un rostro de rizos negros salvajes y gafas se presiona contra el cristal y lo empaña. Ness frota la niebla, sopla otra vez. Frota y empaña. Luego escribe "ABRE" al revés. Todos los demás esperan en la entrada, reunidos alrededor del decano Booker, más conocido como Books. Un hombre simple, corpulento y afable.

Me reúno con ellos en la noche, mi aliento forma nubes blancas. Ness, Isaac Williams, Ramón Santos, Joey Fiske, Peter Tobin y Leela Kim. Siete incluyéndome a mí.

–Tal vez no lo sepan –está diciendo Books–, pero la tradición del Curso de enero comenzó en 1926. Sin embargo, no fue hasta la muerte de Hove, en 1942, que los estudiantes comenzaron a quedarse aquí.

–Creí que seríamos ocho –le susurro a Ness, pero no está prestando atención, porque una mujer poco mayor que nosotras se acerca desde la casa. Tiene un bonito rostro redondeado, enmarcado por una cascada de cabello cobrizo, y usa un overol salpicado de pintura.

–Drea Garcia –se presenta con un ligero acento español y estrecha las manos de todos–. Soy la asistente de Meredith.

Meredith, o sea Meredith Graffam. Uno de los mayores talentos de la literatura, el teatro y el cine. Hubiera viajado a otro continente para estudiar con ella, pero ella vino a nosotros.

Seguimos a Books y a Drea por el camino entre la casa y el acantilado. El océano rompe contra las rocas más abajo y casi puedo sentir el rocío del agua sobre la piel. Pero mirar hacia abajo es un error; es una caída vertical, sin final más que oscuridad.

Me apresuro a seguir a los demás por el patio de ladrillo hacia un pórtico extenso y por fin atravesamos la enorme puerta doble de la casa. Luego nos abrimos paso hacia una habitación grande, bañada en dorado. Al fondo hay un balcón dorado, con un piano de cola en el nicho debajo de él. El techo se eleva como el de una catedral y el retrato de un hombre cuelga sobre el hogar. Debe ser el señor Moss Hove, cofundador de la escuela, quien huyó de California y de su

familia conservadora de magnates del petróleo. Quien se enamoró de su amigo Zachary Brighton y quien, dos décadas después de que fundaran Brighton y Hove, murió ahogado por accidente.

–El servicio de limpieza vendrá una vez a la semana –nos informa Books–. Wesley, nuestro conserje, se quedará aquí. La señora Graffam trajo a su propio chef, quien se encargará de sus comidas. Si necesitan algo, informen a Wesley. Él tiene la llave maestra de la reja para que puedan entrar y salir de la propiedad.

Drea comienza a repartirnos fichas, en las que figuran nuestros nombres, números telefónicos y correos electrónicos, además de la habitación asignada y la información del Wifi.

–¿No deberíamos ser ocho? –pregunta Ramón.

–El vuelo del estudiante que falta se ha retrasado –explica Drea. Luego exhibe otra tarjeta–. Todas las noches recibirán una de estas bajo la puerta. En ella verán el itinerario para el día siguiente.

A continuación, ella y Books detallan las reglas, que incluyen no compartir camas; no salir de la casa después de que oscurezca; si salimos, asegurarnos de sostener la puerta o destrabarla, porque todas las que dan al exterior se mantienen cerradas a toda hora, con las llaves por dentro. Nada de alborotos, ya que la mayoría de los objetos de la casa fueron coleccionados por el propio Moss Hove. El Curso de enero es un privilegio, bla, bla, bla. Para que la tradición continúe, tenemos que comportarnos y bla, bla, bla.

–La casa es –Books mira a lo lejos– algo laberíntica. La llaman "la casa sin pasillos". Como habrán notado, las habitaciones se comunican unas con otras, de modo que nunca tengan que volver al hall principal para dirigirse a otro sitio. Los techos son muy altos. Los pisos también. Hay muchos peldaños que suben y bajan, escaleras

cortas y largas. Traten a Moss como si fuera su casa. –Lo seguimos hasta la puerta principal, en donde gira la llave para salir al patio–. Una cosa más –dice con un dedo en alto–, igual que en el campus, el bosque está prohibido.

A pesar de que el asesinato de Lara Leonard sucedió décadas atrás, es un tema sensible para la escuela.

Después de que mascullamos en asentimiento, Books saluda, guiña un ojo y desaparece en la oscuridad.



Mi habitación es la Belfry, una torrecilla con ventanas con vista al mar. Me dejo caer sobre la cama, saco el sobre que traigo en el bolsillo de mi abrigo y extiendo los bordes. Lo llevo conmigo desde que llegó, así que se ve manoseado y desgastado, como si hubiera sido enviado hace una década. La letra es inofensiva, imprenta mayúscula baja y redondeada. De haber sabido quién lo enviaba, no lo hubiera abierto, pero él debió saberlo, porque en la información del remitente solo decía "BOSTON, MASSACHUSETTS".

Abro la carta y la leo bajo brillo suave del cristal de uranio que bordea las ventanas.

Querida Effy:

Tal vez eras muy pequeña para recordarlo, pero en el verano en que tenías seis años te llevamos a la ciudad de Nueva York. Todos dijeron que era mejor que te dejáramos en casa, y quizás

debimos hacerlo, porque la odiaste a primera vista. Odiaste el ruido, el tráfico y las multitudes. Pero fue el lugar donde tu mamá y yo nos conocimos, y ella quería que lo vieras, que fueras parte de nuestro pasado como lo eras de nuestro presente. Lo curioso es que, por más desastroso que fuera, no me dejó más que recuerdos hermosos. La sonrisa de tu mamá. Tu mano en la mía. La forma en la que te balanceábamos entre los dos.
El peso de tu cabeza en mi hombro mientras te llevaba dormida de vuelta a la habitación del hotel.
He pensado mucho en ese viaje durante los últimos 4017 días. Supongo que espero que, por mucho que me odies, dos o tres recuerdos felices hayan sobrevivido…

Hace once años, mi padre fue sentenciado a quince de prisión. Tras la condena se despidió de mí y, de un momento al otro, el contacto se rompió. Decidió que no era apto para ser padre, así que no solo perdí a mamá, sino también a él. El septiembre pasado (el 29, para ser exacta), fue liberado por "buena conducta". Tres semanas después, recibí la carta, la primera noticia que tuve de él desde los seis años.

Mientras estuvo en prisión, fui capaz de convencerme a mí misma que él había muerto también. No tenía que pensar en él, porque estaba encerrado como un recuerdo. Pero ahora no sé qué demonios hacer con esto.

Deslizo la carta debajo de mi almohada. El día después de que me llegó, la abuela también recibió una, y vi como la metió, intacta, en el triturador y luego sacó la bolsa de basura con los restos de inmediato. Quería triturar la mía también, pero mentí y le dije que ya la había destruido.

Cuando el Wifi por fin conecta, le envío un mensaje a mi abuela para avisarle que no tendré buena señal aquí y pasándole el número de línea.

Después saco los libros que traje para leer durante las próximas tres semanas. Una copia de *Frankenstein* con esquinas dobladas que era de mi madre, con sus marcas y anotaciones al margen. *La cacería*, el primer libro de Meredith Graffam, y *La mentira*, el segundo.

La cacería fue una sensación de la noche a la mañana, aclamado como uno de los libros de crímenes reales más escalofriantes desde *A sangre fría*, de Truman Capote. Graffam recibió premios y elogios de todo el mundo por su relato del asesinato de su mejor amiga y por su cruzada para encerrar al asesino. Luego, los elogios se convirtieron en acusaciones cuando, seis años después de la publicación del libro, nuevas evidencias exoneraron al hombre que Graffam había ayudado a condenar por el asesinato de Lara Leonard. Para entonces, ya había cumplido ocho años por un crimen que no había cometido. El público la persiguió con antorchas como si los hubiera traicionado. Ella se disculpó con el hombre y luego desapareció de la imagen pública.

Diez años después, reapareció con otra obra autobiográfica, llamada *La mentira*, en la que echaba luz sobre el pasado. En ella, no solo documentó cada mentira que dijo alguna vez, sino que habló de la vergüenza de haber enviado a un hombre inocente a prisión. La historia se convirtió en una obra de teatro alternativo, luego llegó a salas más grandes, lo que dio paso a películas y a otros libros y, para cuando Meredith Graffam llegó a los cuarenta y cinco años, su carrera era más grande que nunca.

Pero por mucho que la admire, ella no es mi única razón para estar aquí. Vine porque tengo una historia que contar. Una sobre vidas que cambian en un instante, como cambió la mía cuando mi padre estrelló su camioneta contra un árbol y acabó con la vida de su única pasajera: mi madre. Ella tenía veintiocho años.

En palabras de Victor Frankenstein: "Nada es tan doloroso para la mente humana como un cambio grande y repentino".

Algo rasca la ventana y me sobresalta. La abuela y yo vivimos en una casa vieja, así que sé que crujen y chasquean, siempre hay una explicación. Tuberías viejas, ramas que necesitan ser podadas, cambios de temperatura que contraen pisos y marcos de madera, el asentamiento de las bases. La abuela dice que las casas tienen dolores y achaques igual que las personas. Y Moss ha vivido más de cien años en estos acantilados, acumulando los suyos propios.

Me acerco a la ventana y mis ojos van adaptándose a la oscuridad. Aquí no hay cortinas porque es el lugar más alto de todos, demasiado como para que alguien pueda ver hacia adentro. Si quisiera, podría salir directo hacia los árboles.

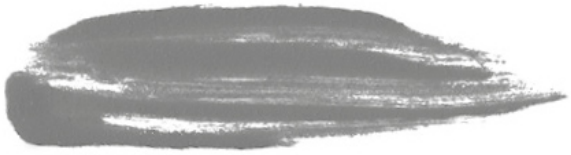
¿Alguna vez han estado en el borde de una terraza o de un puente y han pensado en saltar? No hablo de ideas suicidas, sino de un instinto primitivo, de preguntarse qué pasaría si lo hicieras. Como ¿qué pasaría si saltara hacia el abismo? Y cuanto más lo piensas, más te preocupa ser capaz de hacerlo en verdad.

Hay una expresión para describir esa sensación. *L'appel du vide*. El llamado del vacío. Aunque no quieres saltar en realidad, el impulso de hacerlo persiste. Los científicos han concluido en que el llamado del vacío se origina en un deseo profundo de vivir. Y es verdad, al menos para mí. Es un recordatorio. *Podría chocar mi auto contra el*

guardarraíl. Podría saltar sobre esa vía de ferrocarril. Podría conducir hacia ese abismo. Imagino a mi cuerpo contorsionado en la base de las rocas antes de que sea arrastrado hacia el mar.

Doy la vuelta y veo mi rostro en el viejo espejo sobre la chimenea. El cristal está moteado y ondulado, por lo que es como mirarme a través de una nube de polvo. *¿Me veo tan vacía como me siento?*

Sonrío, pero sin mostrar los dientes. Eso no es lo mío. Curvo los labios apenas lo suficiente para que las personas sepan que es una sonrisa. Las comisuras hacia arriba, un gesto gatuno, diría mi abuela. La sonrisa no llega a mis ojos ni los ilumina, porque mi boca y mis ojos no están conectados en absoluto, como si pertenecieran a dos personas diferentes.



ARLO

MIÉRCOLES 7 DE ENERO

Desde que salimos de Boston, no he dejado de hablar con mi chofer de Uber, Barry. Tocamos todos los temas, desde Jack Kerouac hasta mis críptidos preferidos y la epidemia de extrañas criaturas azules que bañó nuestras costas el verano pasado.

–Imagínalo, Barry. Discos azules gelatinosos hasta donde alcanza la vista. Se llaman *Velella velella* y son como frisbees con una aleta transparente arriba.

Barry no parece impresionado.

–Pasan la mayor parte de sus vidas surfeando en el océano Pacífico. Pero lo más genial es que cada uno en realidad es una colonia que trabaja en conjunto. Hay uno para alimentación, uno para reproducción, uno para defensa. No pueden sobrevivir solos, dependen unos de otros para…

–¿La escuela empieza temprano este año? –pregunta Barry, espiándome por el espejo retrovisor como si yo tramara algo.

No me molesto en explicarle el concepto del Curso de enero o que estar aquí no es del todo mi decisión, sino que mi supervivencia académica depende de esto. Eso es lo que pasa cuando te pierdes las primeras cinco semanas de clases de tu último año por un dolor incapacitante. El resultado es que te faltan créditos para graduarte, así que tus padres y tu hermano deciden que la única solución es enviarte al otro lado del país a tu *alma mater*. Por suerte para mí, soy muy bueno con los trucos y he conseguido un lugar en el curso más codiciado en la Academia del humo y los espejos.

–No puedo pasar mucho tiempo lejos, Barry –digo–. Soy de los que viven para la escuela.

El chofer se detiene frente a la casa Moss, que se eleva frente a nosotros, con las ventanas iluminadas y aspecto casi amigable. Él me dice que baje, feliz de deshacerse de mí, y yo me pongo la gorra otra vez, aunque mi cabello se resiste a ser contenido. Es una gorra vintage de los Lakers que uso desde el verano. En cuanto bajo del auto, Barry arranca a toda velocidad.

Cielos, hay demasiados árboles.

He pasado las últimas semanas planeando mi regreso a Brighton y Hove, pero ahora que el momento ha llegado y estoy aquí, me siento arrasado por la soledad. La sensación es el resultado de ser hijo de militares, de que mis padres casi nunca estén en casa, de que mi hermano mayor sea ridículamente perfecto y represente todo lo que nunca llegaré a ser.

Pero también es producto de los eventos del año pasado. Del último verano. De que tú, Jonah, mi mejor amigo, murieras frente a mí.



Retraso el momento de entrar para regodearme en mi soledad un momento más. Me quedo parado en los acantilados, contemplando la vista del imponente océano Atlántico, el segundo más grande del mundo, que no es más que un vacío negro insondable que se extiende por el horizonte. Lo único que rompe la línea es una pequeña formación rocosa varios cientos de metros mar adentro, donde el haz solitario de un faro sondea las aguas. La marea parece estar retirándose, pero todavía llegan las olas y, en la oscuridad, es difícil saber si hay playa.

Revuelvo mi bolso hasta encontrar el cigarrillo que llevo conmigo hace meses. No es marihuana. Hierbas, no hierba. Es un puñado de césped, dientes de león y tierra que enrollamos Jonah y yo una noche que estábamos aburridos.

Me tiembla la mano al buscar un mechero, mientras que en las estrellas que brillan en el cielo busco a Ofiuco, mi constelación preferida.

"Mira hacia arriba", te escucho decir.

Tu voz suena tan real que, por un segundo, estoy de vuelta en la cueva en el mar un día caluroso de julio. Siempre decías cosas como esa. "Mira hacia arriba. Mira alrededor. Está presente". Así que ese día, cuando lo dijiste, no lo pensé dos veces. Vi tu cabeza asomando del agua mientras reíamos y pensé que se sentía como si siempre hubieras estado ahí, toda mi vida. Y entonces… Ese "entonces"

estará siempre clavado en mi pecho, como una bala que no pueden extirpar.

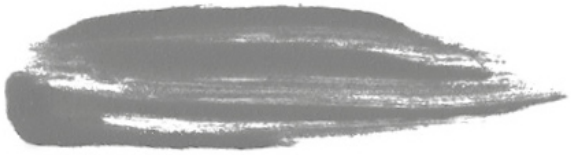
"Mira hacia arriba".

Enciendo el cigarro, doy una pitada profunda… y comienzo a toser. Toso, carraspeo y toso, y se escucha una especie de graznido alarmante desde alguna parte, pero soy yo. El que grazna soy yo.

Echo un vistazo a la casa y noto una sombra en una de las ventanas. ¿Alguien me está viendo escupir los pulmones como un idiota? ¿Será *ella*, la mismísima Meredith Graffam? Me doblo al medio con otro ataque de tos y, cuando miro hacia arriba otra vez, la sombra ya no está.

La Academia del humo y los espejos nunca fue el lugar más acogedor. Aunque no esperaba un desfile de bienvenida ni mucho menos, la triste realidad es que no tengo otro lugar al que ir. No es que pueda acompañar a mis padres a Kuwait. Tampoco puedo quedarme con Aaron, su novio y su perro en su estudio atestado en Tribeca. Lo único que me queda es pasar los próximos dieciséis días aquí en Moss y el último semestre en la escuela.

Después de eso, no tengo a dónde ir.



EFFY

JUEVES 8 DE ENERO

Lo siento antes de escucharlo: el tañido profundo de una campana. La vibración llega hasta mis huesos cuando suena y suena, así que me obligo a bajar de la cama, con los pies calientes sobre el suelo helado. La habitación está fría y las ventanas vibran por el viento y la fuerza del océano.

Hay una mujer parada en el patio, a la que reconozco de inmediato. Meredith Graffam.

Aunque me visto en pocos minutos, Ness ya no está. Salgo corriendo al pasillo, pero choco con otra persona y caigo al suelo.

–Mierda –dice el chico y me extiende una mano.

Una que está adherida a un brazo, adherido a un cuerpo vestido con vaqueros y una camiseta de Pie Grande que dice "SIN DEJAR RASTROS". Su voz es más grave y ronca que a los quince y, aunque todavía es desgarbado, es mucho más hombre que niño. Debajo del gorro de béisbol, tiene el cabello alborotado por el viento, salvaje y

oscuro, ojos que parecen reírse de algún chiste interno que solo a él le causa gracia, y labios carnosos que podrían ser sensuales si no estuvieran siempre parloteando. Es atractivo en términos objetivos. A menos que lo conozcas, y yo lo conozco.

Arlo.

Arlo se fue al final de segundo año sin decir una palabra, como si, igual que nosotros, fuera a regresar en otoño. Pero nunca le dijo a nadie que no iba a hacerlo ni por qué.

Lo miro desde abajo, él me mira desde arriba y, por un momento atroz, es como si estuviéramos congelados.

–Hola –dice al final–. Elsie, ¿no?

Elsie.

De repente, lo único que escucho es el palpitar desbocado de mi corazón. Me levanto sin tomar su mano, que cae a un lado, rechazada. Ese movimiento simple, la caída de la mano, me hace sentir que gané. O que al menos recuperé parte de la dignidad.

–Estoy de vuelta –anuncia con los brazos abiertos.

–Qué bien –respondo. Y luego, como hay demasiadas cosas por decir pero ninguna es agradable, me doy la vuelta y me alejo.



Minutos más tarde, los ocho estamos reunidos afuera, en los acantilados. El aire huele a sal y a hojas húmedas; el viento nos sacude el cabello e irrita nuestras mejillas.

A la luz del día, veo lo abrupto de la caída. No hay arena ni playa debajo, solo lajas enormes que se extienden hacia abajo, como peldaños, y se pierden en el mar. Los acantilados están separados por una pequeña brecha de no más de tres metros, una herida abierta en el paisaje.

Drea aparece a mi lado, el cabello rojo resalta sobre su chaqueta.

–Se llama Falla del errante –dice animada–. Es una caída de dieciocho metros desde aquí. Hay que andar siempre con cuidado, en especial por la noche.

Mi mirada se encuentra con Arlo. Cuando él lo nota, inclina la cabeza y me guiña un ojo. Me imagino empujándolo por el abismo.

Maldito Arlo Ellis-Noon.

La última vez que lo vi, estábamos en segundo. Y estábamos desnudos. Desearía no recordar su boca, sus labios suaves pero eléctricos. La forma en la que yo me acerqué a él, él se acercó a mí y los dos nos dejamos caer hasta rodar por el suelo, a través de la capa superior de la tierra húmeda y fría hasta el núcleo de fuego. Tantas posibilidades, tantos tal vez.

–Debería advertirles –una voz resuena y me devuelve al presente– que su tiempo aquí será poco convencional en formas que no esperan.

Meredith Graffam se encuentra parada como una bruja inmensa y poderosa entre nosotros y el agua. Si siente el frío, no lo demuestra. Tiene el cabello oscuro largo como en su antigua fotografía de portada y ahora vuela a su alrededor como humo. Debajo, su rostro no tiene más color que el de las cejas arqueadas, los ojos grandes y el brillo rosado en los labios. Trae poco maquillaje, la piel limpia y luminosa, como si se hubiera lavado en agua fresca de manantial.

–Creo que no es posible enseñar a escribir, tan solo tienen que escribir. Esa es la única forma de aprender. Como narradores deben ser capaces de indagar, empezando por indagar en ustedes mismos. Deben llegar a lugares en los que nadie más estado, ni siquiera ustedes. Deben incomodarse, asustarse. Entonces podrán escribir. No gané dos Óscares y un Tony por pisar en territorio seguro. Al estudiar en esta escuela, esperan tener el mundo servido en bandeja, salir victoriosos. Pero aquí, conmigo, tendrán que esforzarse. Si quieren ser narradores, en cualquier forma y lugar, tienen que estar dispuestos a hacer lo que sea por la historia, sin importar cuánto los incomode. Cueste lo que cueste.

En persona es imponente, una figura que altera la energía molecular a su alrededor. Su voz es una fragua, articulada y apasionada.

–¿Cuántos de ustedes no tuvieron voz en la decisión de terminar en Brighton y Hove? ¿Cuántos de ustedes no tienen voz ni voto en sus propias vidas? ¿Cuántos estarían en cualquier otro lugar si pudieran?

Isaac levanta la mano y los demás lo siguen, uno a uno. Yo no sé si levantar la mía, así que no lo hago. Quiero diferenciarme. Y parece funcionar, porque la mirada de Graffam se detiene en mí.

–El poder de la elección –continúa, mirándome–. El desafío es vivir a su manera. Vivir y luego crear.

Peter tose, fuerte, y atrae su atención de vuelta al grupo.

–Puedo convertirlos en verdaderos narradores –nos dice a todos–. Puedo ayudarlos a diferenciarse de los miles y miles de escritores y creadores que intentan entrar en la industria. Pero, para eso, tienen que confiar en mí. Esto no funcionará si no lo hacen. Tienen que

asumir que todo es parte de la clase, aunque yo no esté presente, y que siempre están siendo evaluados. Cada ejercicio tendrá un solo ganador. Les aseguro que hay un método en mi locura. Effy. –Me sonríe y es como si el sol hubiera elegido brillar sobre mí, entre todo el mundo–. Sostén esto.

Me entrega su móvil y observo la funda, de un amarillo fluorescente enceguecedor, con una imagen de *Whittier*, una de sus películas más recientes. Después se quita el abrigo y lo deja caer al suelo.

–En términos metafóricos, tienen que saltar en lo profundo. Una vez que dejen Moss, podrán decidir si quedarse adentro, secos y calientes. Pueden elegir lo seguro o no. Joan Didion dijo: "Tienes que elegir los lugares de los que no te alejas. Que este sea uno de esos lugares".

Y, entonces, baja por la escalera natural formada por las lajas enormes de la Falla del errante a su izquierda. Llega a una saliente a unos seis metros sobre el agua y salta al océano. Los ocho tomamos aire al unísono.

Bajamos deprisa hasta la saliente en la que se detuvo hace un instante, donde el agua nos salpica el rostro. Desde aquí es una caída libre hasta el agua, mi corazón galopa en mi pecho. A la izquierda, el cañón, a la derecha, la escalera gigante que continúa hasta desaparecer bajo el agua. Ness me choca por accidente, así que me aferro a Arlo para no caerme.

Él me mira, yo lo miro, lo suelto de inmediato y me alejo.

De repente, aparece una mancha negra justo por debajo de la superficie de las olas. Dejamos nuestro puesto y bajamos, al mismo tiempo que Meredith Graffam sale a la superficie como Afrodita, con

el cabello y la ropa adheridos al cuerpo. Se impulsa fuera del agua y se pone de pie.

–Ahora les toca a ustedes –dice cuando la alcanzamos–. Todos ustedes. Dejen la seguridad, lo seguro no los llevará a ningún sitio.

La miramos a ella y al océano, de un lado al otro, como si no entendiéramos.

–En quince días, elegiré a uno de ustedes para que su trabajo sea producido, filmado o publicado. No elegiré a los ocho, sino solo a uno. Tengo el poder para hacerlo realidad. Una película, una serie de televisión, un contrato editorial, una obra. Lo que quieran, solo tienen que imaginarlo y uno de sus mayores deseos se hará realidad, solo así –dice chasqueando los dedos–. Pero también puedo enviarlos a casa en este momento. No hay razón para que me hagan perder el tiempo.

Ness y yo nos miramos. Alcanzo a escuchar el castañeo de sus dientes sobre el sonido de los míos.

–El que siga en estas rocas a la cuenta de diez deberá dejar Moss hoy mismo. Uno… dos… –Sonríe a medias, con ojos brillantes.

Como yo, Effy Green, he decidido diferenciarme, porque quiero ganar y no tengo nada que perder, le entrego a Meredith su teléfono, me saco mi abrigo, me acerco al borde de la roca y salto.

Mi corazón estalla por el impacto del frío y todo se detiene, la respiración, el pulso. El tiempo se ralentiza, el mundo se mueve en cámara lenta. Me siento pesada. Ligera. Cierro los ojos por el agua helada, con el cuerpo suspendido.

De repente, tengo un recuerdo. Invierno en Maine, la abuela y yo en la playa. Yo esquivando las olas, la abuela caminando sobre ellas con los pies descalzos.

–No vayas a pescarte una neumonía –dije, porque no quería que ella me dejara también.

–No está en mis planes –respondió. Estaba toda vestida de blanco, con una bufanda que se voló con el viento. Me extendí para atraparla y casi caigo de cabeza al mar, pero ella me detuvo justo a tiempo–. No importa, es solo una bufanda.

Mientras la prenda volaba, imaginé a una chica de mi edad encontrándola en alguna tierra lejana. Irlanda, Gales.

Ahora salgo a la superficie, al viento y el cielo azul, jadeando por el frío y la desesperación de llenar los pulmones. Levanto la vista justo cuando Isaac está haciendo un clavado perfecto. Cuando sale a la superficie gritando improperios, me echo a reír y la piel de mi rostro amenaza con quebrarse. Él me lanza un manotón de agua, yo se lo devuelvo.

Luego, Leela se zambulle como bala de cañón, seguida por Peter, que comienza a gritar en cuanto toca el agua. Joey chilla y se eleva, etérea, antes de caer al agua como una bofetada.

–Entra –le grito a Ness, con los dientes castañeando, y la salpico, lo que la hace retroceder a toda prisa. Los demás cantan conmigo–. Entra, entra, entra…

–Aaaaah. –Ness mira a Graffam, al agua, a mí, al agua otra vez.

–Seis…

Ness deja sus gafas en el suelo, comienza a correr hacia mí por la roca y salta con los brazos abiertos. Los cierra a último momento antes de caer al agua. Unos segundos después, reaparece en la superficie, con el cabello pegado al rostro. La abrazo y nos mecemos como boyas con las olas que nos empujan hacia adelante y hacia atrás y nos hacen perder el apoyo. Aquí el agua es poco profunda,

pero la corriente es demasiado fuerte e intenta hundirnos. Imagino cómo arrastró a Moss Hove al mar, lo aterrado que debió haber estado cuando supo que ya no podía luchar más.

–Siete…

Ramón avanza y espero que salte, pero él se sienta al borde de la roca, se saca los zapatos y los calcetines, se levanta las piernas de los pantalones y, sin dejar de maldecir, sumerge un pie a la vez. Los demás damos vueltas, esperando a que se zambulla, pero sigue ahí sentado.

–Para que conste, no sé qué tiene que ver este "ejercicio" con la narrativa –le dice a Graffam, con comillas en el aire–. Ni con la creatividad. Que no quiera contraer hipotermia en horario escolar no es más que sentido común.

–Ocho… nueve –sigue ella.

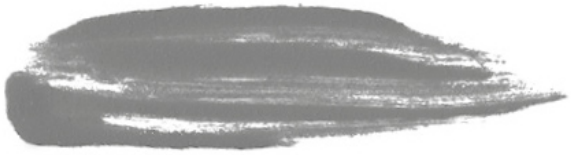
Mientras que Ness y yo volvemos a las rocas, le echo un vistazo a Arlo. Él está parado con las manos en los bolsillos y la cabeza refugiada en el cuello del abrigo. En cuanto Graffam llega a diez, Isaac lo toma del brazo, lo jala y lo sumerge como si fuera un bautismo. El agua se agita a su alrededor y, en un instante, desaparece. *No vuelvas, quédate abajo para que nunca tenga que volver a pensar en ti*, le digo mentalmente.

Arlo desaparece por completo, tragado por la marea. Las olas van y vienen, ahora soy yo la que cuenta hasta diez. Para cuando llego a quince, todavía no reapareció.

–¡Noon! –grita Isaac, luego mira a Graffam, a mí, y se sumerge bajo la superficie. Igual que deseé la muerte inminente de Arlo, ahora pienso: *No me ghostees otra vez, idiota. Así no.*

Un cuerpo aparece desde las profundidades, pero es Isaac. Después aparece la cabeza de Arlo, que se pone de pie entre las olas. Arremete contra Isaac para hundirlo, luego comienza a dar vueltas como si buscara algo, se inclina y recupera una gorra.

Y no espera a que Isaac reaparezca ni a comprobar que esté bien, solo se aleja con el rostro teñido de furia y sube a la cima del acantilado.



ARLO

JUEVES 8 DE ENERO

Adentro está cálido y silencioso, excepto por el retumbar de mi corazón acelerado. Aquí no hay viento, frío ni un océano cubriendo mi cabeza, llenando mis pulmones, intentando hundirme. Estrujo la gorra de los Lakers en el suelo y observo a Graffam y a los demás por la ventana.

A Effy Green. Todo volvió a mí en cuanto la vi. Su belleza desafiante, un tanto excéntrica. Su cerebro enorme e inquieto. El vasto océano de sentimientos guardados detrás de esos ojos verdes indiferentes. Las ondas de cabello negro y las pecas como constelaciones en la nariz y las mejillas.

Por supuesto que me acuerdo de ella. Recuerdo cada maldito detalle y no sé por qué me comporté como si no lo hiciera. Tal vez porque soy una basura. O tal vez porque pensé que así sería más fácil.

Effy fue la primera para mí. Y yo, el primero para ella. Y luego desaparecí.

Ahora todos vienen hacia la casa, siguiendo a Graffam como patos. Isaac empuja la puerta, más alto, fornido y atractivo que hace dos años, y la persona más confiada del mundo, incluso mojado.

–Siempre fuiste un idiota, Noon –dice.

Lo mismo digo.

Por suerte aparecen los demás. Graffam, Ness, Peter, Ramón, Leela, Joey y luego Effy. Miro el techo para evitar sus ojos.

Colgamos abrigos, pateamos botas, dejamos gorros y bufandas en un cesto y, una vez despojados de la capa exterior, Graffam nos lleva al salón octógono que, fiel a su nombre, tiene ocho lados. Las paredes son negras, pero todo lo demás es rojo, desde los tapetes hasta el arte y la decoración. La chimenea está encendida. Hay una pajarera antigua colgando en una esquina, con un cuervo petrificado (sí, un pájaro muerto y embalsamado) en una percha, y una mesa octogonal con nueve sillas en el centro de la habitación.

Drea llega con una bandeja de té caliente, y yo uso la taza para calentarme las manos. Effy se sentó lo más lejos posible, con un libro viejo abrazado contra el pecho como si fuera una balsa que la llevará lejos de aquí. Leo el título, *Frankenstein*, antes de que note mi mirada y deje el ejemplar sobre la mesa con un golpe.

–Antes de empezar, quiero disculparme –dice Graffam. Luego gira hacia mí–. Eso –señala hacia la ventana, por la que se ve el océano–, fue desconsiderado de mi parte. Lo siento.

Los demás se miran unos a otros intentando descifrar de dónde salió aquello y por qué la mismísima Meredith Graffam se disculparía con Arlo Ellis-Noon.

–Está bien –afirmo con la garganta cerrada y miro al ave, que me observa con sus ojos de perlas muertos.

Isaac murmura algo por lo bajo, luego quedamos en silencio, excepto por el crujido del fuego. De pronto, Graffam abre las manos como si sostuviera algo, al aire, a la habitación, a nosotros.

–Quiero que cada uno cuente una historia. Escribir puede ser solitario, pero también puede tratarse de colaboración, de aprender a escuchar y a respetar el punto de vista de los demás. –Adentro, su voz es diferente a la de afuera; la ha alterado para adecuarla al ambiente–. Y se trata de ser honestos, de revelar cosas sobre ustedes mismos que preferirían guardarse. El proceso creativo es lo más íntimo que he experimentado. Puede ser más íntimo que el sexo. Dicho eso, creo que la competencia es buena. –Su expresión cambia y sus ojos se iluminan–. Les da ventaja, evita que se vuelvan perezosos. Siempre hay alguien esperando para ocupar su lugar. Ahora, las personas en esta habitación son con quienes están compitiendo. Nunca olviden que ellos quieren lo mismo que ustedes y que solo uno puede ganar.

–Entonces, ¿quién ganó en ese ejercicio? –pregunta Issac–. El de afuera.

Al igual que Graffam, apunta hacia la ventana y a los acantilados tras ella, con una sonrisa expectante en el rostro.

–Effy –responde ella sin más.

La sonrisa de Isaac se desvanece y todas las miradas, incluso la mía, apuntan hacia nuestra compañera.

–Érase una vez una chica –de repente, Graffam está susurrando–, que quería contar historias, pero nadie creía que tuviera algo que decir.

Al principio creí que estaba hablando de Effy, pero después me doy cuenta de que es una historia personal. Se mira las manos y cuando levanta la vista hacia nosotros otra vez, su mirada es tan… transparente.

–¿Conocen la sensación de estar solos en una habitación muy grande llena de extraños y que todos pasen frente a ustedes sin mirarlos dos veces? Así se siente ser menospreciado y subestimado. Como nadie creyó en ella, la chica no tuvo más opción que creer en sí misma. Y se volvió rica, famosa y exitosa. Logró todo lo que soñaba y más. Todo su esfuerzo y su tenacidad no fueron reconocidos por las personas que la despreciaron. Y cada noche, cuando apoya la cabeza en la almohada, piensa en ellos. Por mucho que duela, a pesar de la punzada de dolor justo aquí –se apunta debajo del corazón– y de que a veces la deje sin aliento, la chica todavía quiere tener su aprobación.

Graffam levanta la vista y todos permanecemos en silencio, con sus palabras resonando alrededor. Seguimos así durante veinte segundos o tal vez más, hasta que Ness se aclara la garganta. Ese mínimo sonido en este momento, en esta habitación silenciosa, es como una explosión. No soy el único que se sobresalta, pero después siguen risas nerviosas que rompen la tensión.

Entonces Ness nos habla de sus padres, quienes la adoptaron después de perder a su bebé biológico. Quienes la aman y apoyan en todo lo que hace, pero que no pueden borrar el hecho de que está con ellos porque otro niño murió. Es por eso que ella siente la necesidad de ser mejor, de hacer más, de ser perfecta, de ser alguien que no es.

La historia de Isaac, como era de esperarse, se trata de que sus padres esperan que trabaje para la empresa familiar, que tiene un lugar en la lista Fortune 500, después que se gradúe de Duke o de Harvard. Duke porque allí se graduó su padre, de Harvard porque es a donde asistió su madre. En lo que a ellos respecta, no hay otra opción de universidad ni de carrera, al menos mientras sean quienes pagan.

Ramón nos cuenta del primer chico del que se enamoró y cómo, cuando le confesó su amor a los doce años, el chico lo besó y le dijo que también lo amaba. Y después lo expuso frente a su clase en una escuela católica. Sufrió acoso durante años debido a eso y tardó mucho tiempo en confiar en alguien, más en un hombre. Es por eso que rompe con su novio actual, David, una y otra vez como forma de poner a prueba su amor. Pero le preocupa que un día David ya no quiera volver.

Luego es el turno de Leela:

–Mi hermano mellizo esperó hasta la noche antes de que viniera a la Academia del humo y los espejos para decirme que él se quedaría en Pugen Sound para ir a la escuela pública. Se sintió como si me hubieran amputado una pierna, hasta que descubrí que, a cinco mil kilómetros de distancia, nos definimos como pansexuales el mismo día.

Peter, después de un soliloquio eterno en el que no dejó de mencionar nombres, reveló:

–Mis padres querían una niña.

Y llega el turno de Effy.

–Esta es una historia sobre Clay Reynolds –comienza–. A los cuarenta años, hace once años, estrelló su camioneta Ford F-150

contra un árbol en la acera de una calle entre Kittery y Portsmouth. Él tuvo una contusión, pero su acompañante murió. Clay y su esposa, Charlotte, volvían del cine, después de su primera cita en meses porque tenían una niña de seis años en casa. Clay fue acusado de homicidio en primer grado, porque había estado bebiendo. Los dos habían bebido. Lo que empeoró la situación fue que le mencionó a la policía que habían discutido, que todo era su culpa. Eso fue suficiente para que todos se preguntaran "¿Y si lo hizo a propósito?".

Es la primera vez en la vida que me quedo petrificado. Effy nunca me habló de esto. No es que hayamos hablado demasiado en segundo año, pero podría haber escuchado su historia de alguien más.

–Cumplió once años de los quince de sentencia –continúa–. Once años en los que no se comunicó con su hija. Tres meses y dos semanas después, salió en libertad bajo palabra. Una semana después de ser liberado, le escribió una carta a su hija, que ahora tiene diecisiete años, diciendo que quiere formar parte de su vida otra vez. –Levanta la vista, con ojos verdes oscuros y solemnes–. El mundo es aterrador sin tener padres, cuando uno de ellos está muerto y el otro bien podría estarlo. Es como estar perdida en un país extranjero del que no conoces el idioma.

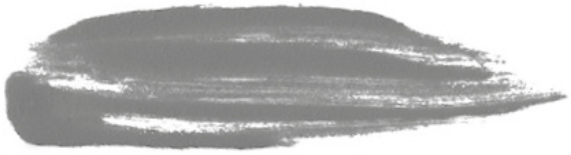
Deja de hablar de forma abrupta, sin más. Mi mano se ha enfriado alrededor de la taza mientras pensaba en la chica cuya madre murió y cuyo padre la dejó. Y luego llegué yo y también la abandoné.

Después de un tiempo, Graffam rompe el silencio.

–Todos estamos solos en la vida, en nuestros cuerpos. Pero durante los próximos quince días, entre estas paredes –señala

alrededor–, no lo estaremos.

Se despliega una sonrisa en su rostro, me sorprende ver que Effy la corresponde. Entonces, fijo la vista en el fuego. El aire parece estar cargado de secretos. Sin importar lo que pase o a donde vayamos después de aquí, seré una de las pocas almas en el mundo que sabrán algunas cosas sobre estas personas.



EFFY

JUEVES 8 DE ENERO

Mi mente zumba y chispea, y me siento extrañamente viva. Mi cabello todavía huele a océano, pero los acantilados son ya un recuerdo lejano, eclipsado por las palabras que acabo de pronunciar.

Es lo que no dije lo que cala más profundo, la verdad imperdonable de que mi padre se salvó a sí mismo en lugar de ayudar a mi madre. Ella murió diez minutos después de que llegara emergencias. Seguía atrapada dentro del vehículo, respirando y consciente, mientras que él estaba sentado a un costado del camino.

Estudié las fotografías del automóvil después del accidente, visité la escena del crimen (ese maldito árbol) una y otra vez en busca de indicios de lo que pasó y por qué. ¿Él lo planeó? ¿La dejó ahí a propósito? ¿Tuvo opción? ¿Podría haberla sacado de haberlo intentado? Pero cada vez me sentía más lejos de esa noche y del momento del impacto. Investigué los reportes policiales, estadísticas de consumo de alcohol, indagué sobre el efecto del clima, la

superficie e incluso sobre la ceguera nocturna en colisiones fatales. Desenterré el historial médico de Clay Reynolds en busca de antecedentes de convulsiones, desmayos, depresión o enfermedades mentales, cualquier cosa que pudiera explicar en dónde estaba su mente en el momento en el que perdió el control del vehículo.

Cuando le preguntaron por qué no intentó salvar a su esposa, él lo atribuyó a la conmoción. Lo que pude encontrar fue que fue un accidente, que el camino estaba resbaladizo por una tormenta reciente, que él había estado bebiendo, que nunca debió estar tras el volante. Había evidencias claras de que pisó los frenos e intentó detenerse, en vano. Pero en lugar de darme respuestas, la fotografía de esa noche era difusa, inalcanzable, como mi padre.

–Hablemos de algo divertido para descomprimir –bromea Arlo. Como nadie sonríe, él continúa–: De acuerdo, ¿de qué puedo hablarles? ¿Qué tal de cuando tenía quince y era un idiota? Era un niño asustado que no sabía cómo ser mejor, que se sentía fuera de lugar aquí, en todos lados en realidad. Además, como sabrán, es mejor ser cazador que cazado. Así que, sí, esa es mi excusa. El caso es que conocí a una chica. –Niega con la cabeza para sí mismo–. No era una chica cualquiera, era especial. Todavía lo es. Hipnótica y aterradora en partes iguales.

Le echo un vistazo y desvío la mirada. *No digas mi nombre. Si dices mi nombre, que Dios me ayude porque te arrastraré al mar y te arrojaré al agua.*

Percibo el momento en el que Ness une las piezas, el suelo cruje cuando se mueve y nos mira a los dos.

–Cuando tienes quince, nadie te dice cómo no arruinar algo bueno, al menos a mí no me lo dijeron. Creo que para las personas

es más fácil desestimar tus sentimientos, como si no fueran muy grandes o verdaderos porque no eres adulto. Pero lo que yo sentía por esa chica era real y lo arruiné. Sé que es difícil de imaginar.

Intenta sonreír, pero Graffam niega con la cabeza. *No te preocupes por nosotros, preocúpate por la historia.* Él tarda un minuto en continuar.

–Fue mi primera vez y yo fui la de ella. Y luego me fui. Sabía que me iría, pero ella no. Nadie más lo hacía, ese era mi pequeño secreto. Porque si ella lo hubiese sabido, tal vez no hubiera dormido conmigo, y en ese momento tener sexo era lo más importante en mi mente.

–Cielos –balbucea Leela.

Cielos, pienso.

–No por el sexo en sí, aunque no voy a mentir, eso era tentador, sino porque hacerlo nos daría validación a mí y a mi ego de niñito asustado.

Quiero salir de aquí. De hecho, intento mover los pies, pero mis extremidades están tan adormecidas como mi corazón, que de repente se siente como peso muerto dentro de mi pecho.

–En abril de mi segundo año supe que mis padres volverían al país, lo que significaba que podría vivir con ellos y que podríamos ser una familia. Ellos se la pasaron viajando de un lado al otro durante toda mi vida. Nos mudábamos tanto que aprendí a desaparecer. "No memorices los nombres. No te acerques demasiado. No te despidas". Esas reglas lo hacían más fácil, en cierto modo. Pero luego conocí a una chica y, como dije, no era cualquiera, así que me gustaría poder decirle que lo siento. Y no solo a ella, también a mí. A mi yo del pasado.

Levanta la vista, iluminado por el brillo del fuego. Soy la única que no dice nada, que no lo felicita por sincerarse y ser honesto respecto a lo idiota que fue. Que es. *Lo sabías*, pienso. *Tú lo sabías*.

Solo queda Joey. Apenas escucho lo que ella dice, algo sobre su amor a todas las criaturas de Dios, sobre la empresa de sus padres que hace pruebas en animales, sobre cuando escapó de su casa para vivir con su tía. Sus palabras son difusas, igual que el aroma mohoso de la habitación, como si el océano se hubiera infiltrado aquí y nos hubiera tragado a todos.

–¿Saben por qué los elegí? –pregunta Graffam cuando Joey termina, y el sonido de su voz me trae de vuelta–. Porque no temen tomar riesgos.

Se pone de pie, con lo que rompe nuestro pequeño círculo. La vemos acercarse al asiento bajo la ventana, donde esperan ocho bolsas negras en línea.

–Quiero que dejen sus teléfonos sobre la mesa. –Sobre las protestas, agrega–: A cambio, les daré una cámara a cada uno. Cuídenlas bien, por favor, serán su salvavidas para los próximos quince días. Las usarán para filmar proyectos cortos, grabar notas de su trabajo, crear entradas de diario en video. Sí, un diario. Es obligatorio. Está en el título: narrativa inmersiva. Tienen que poder decir además de escribir. Y conocer su propia narrativa es fundamental, porque es su narrativa la que guía la de sus historias. Así que tengan una. Encuéntrenla. Conózcanla. Explórenla. Y si no tienen nada interesante que decir, invéntenlo.

Nos entrega las bolsas uno a uno, nos lanzamos sobre ellas como si fuera Navidad. La cámara es hermosa, pequeña pero firme y, sin duda, costosa.

–Todas tienen tarjetas de memoria nuevas. En teoría, si por milagro podemos hacer que el wifi funcione, su material debería almacenarse de forma automática en la nube, en una cuenta privada a la que solo ustedes pueden acceder. Drea los ayudará con la configuración.

–Hablando del wifi –interviene Isaac–. No pude acceder para nada esta mañana. Anoche me tomó al menos tres intentos conseguirlo, pero hoy no funcionó.

–Drea se está ocupando de eso, pero es una casa tan antigua y remota… –Graffam niega con la cabeza–. Haremos lo posible. Mientras tanto, si tienen preguntas y no nos encuentran ni a Drea ni a mí, tienen esto. –Saca paquetes de notas adhesivas de varios colores de la nada y nos entrega uno a cada uno. Ness lamenta de inmediato que le toque el verde, así que se lo cambio por el rosa que me tocó a mí–. Pueden dejar preguntas, reflexiones, ideas en… ¿dónde? –Mira alrededor, a las ventanas y las paredes llenas de arte, retratos y libros.

–En la cocina –dice Arlo–. Ahí todos podremos encontrarlo. El estómago nos llevará allí en algún momento del día.

–Perfecto, ese será nuestro tablero creativo. –Graffam sonríe–. Ahora, este fue nuestro primer día, ¿cómo resultó? ¿Emocionante? –Levanta una ceja–. ¿Extraño? –Todos reímos–. Quiero que piensen en esta clase como en un diálogo. Si tienen algo que decir, búsquenme. –Inclina la cabeza, lo que da la impresión de que estuviera mirándonos desde lo alto. Su mirada se detiene en mi copia de *Frankenstein*–. ¿Es la edición de 1931 o la de 1818?

–La original de 1818, antes de que Percy Shelley le pusiera las manos encima –respondo. Ella asiente en aprobación, así que

agrego–: Era el libro preferido de mi madre.

No menciono que lo leí infinidad de veces para intentar conocer mejor a Charlotte Green, para entender quién era, cómo pensaba y sentía. Sus anotaciones me dan algo de información: admiraba el ingenio de Mary Shelley, estaba fascinada por el escenario en el Ártico porque un ancestro una vez se aventuró al norte en un barco ballenero, y odiaba la persecución de la criatura igual que odiaba el maltrato a animales y niños. Pero eso no me dice suficiente.

–Eso nos trae la cuestión –continúa Graffam, con un dedo en el mentón–, del libre albedrío. –Toma mi libro–. Shelley escribe citas famosas al respecto en este libro, pero ¿creen que exista? ¿El destino es evitable? ¿O nuestras vidas ya fueron escritas? –Al principio parece preguntármelo a mí, pero luego mira a los demás uno a uno. Su expresión es de curiosidad genuina, como si lo que tuviéramos para decir al respecto fuera importante.

Nos miramos unos a otros, a Meredith Graffam, a la habitación. Por un momento, veo más allá de ella, hacia el océano y el cielo. Sé que afuera hace frío, pero siento el impulso de caminar por la costa y meter los pies en el agua otra vez.

–No puedo creer que alguien esté moviendo los hilos desde algún sitio –digo sin pensarlo–. Que, sin importar lo que haga, acabaré en el mismo lugar. Tengo que poder decidir sobre lo que pasará.

Aunque no estaría en Brighton y Hove si mi madre no hubiera estudiado aquí, para mí nunca hubo opción, iría a donde fuera para estar cerca de ella.

–¿Y cómo nos aseguramos de poder decidir?

Arlo abre la boca para responder, pero yo me adelanto.

–Eligiendo de dónde no alejarnos. Saltando al vacío. Lanzándonos al océano congelado en medio del invierno.

Miro a Arlo y sonrío. Tras negar con la cabeza de forma casi imperceptible, él desvía la mirada. Mi parte más mezquina, la que lo odiará por siempre, siente que ha ganado.

–Y tomando las oportunidades cuando llegan –agrega Graffam–. Y si no llegan, creándolas. –En boca de otra persona, esas palabras sonarían trilladas, pero en la suya suenan profundas.

Me devuelve el libro. Los ocho la vemos marcharse, hasta que se detiene en la puerta y mira atrás.

–Por cierto, felicitaciones, Arlo. Juzgar historias puede ser subjetivo, pero la tuya me llegó.

Con una sonrisa radiante para todos, se marcha, y percibo una ráfaga de su perfume cuando lo hace, algo terroso pero femenino. El instinto me impulsa a seguirlo, a seguirla a ella. En cambio, doy la vuelta y dejo mi teléfono sobre la mesa.

Mientras tanto, los demás rodean a Arlo como finalistas en un concurso de belleza.

Yo escapo del lugar, pero no logro hallar el camino de vuelta arriba entre una habitación que da paso a otra. Encuentro una cocina que no había visto antes, un estudio empapelado con un escritorio, una habitación dedicada a floreros de cristal y jarrones con los colores del arcoíris. Entonces, alguien llama mi nombre.

De repente, Arlo está aquí y solo somos los dos, rodeados por kilómetros de cristal. Antes de que pueda huir, él comienza a hablar.

–No sé si lo sabías, pero de acuerdo con la *Revista de personalidad y psicología social,* la persona promedio guarda al

menos trece secretos. En mi caso, tengo cinco. Pero, buenos de verdad, tres.

Comienzo a recordar cosas. Que habla demasiado todo el tiempo, que sus hoyuelos desaparecen cuando no está sonriendo, pero no del todo. La forma en la que se toca el cabello, que aleja de sus ojos con la mano derecha, nunca con la izquierda. Que sus ojos se oscurecen cuando está enfadado.

–Esa es mi forma larga de decir que…

–No te preocupes. Estamos bien. Esto… no tiene por qué ser incómodo ni interferir con nuestro tiempo aquí.

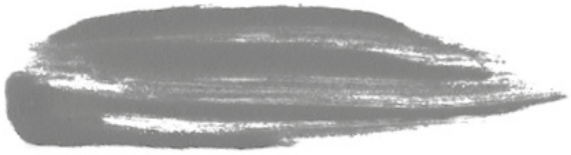
–Déjame…

–Arlo, detente.

Mi voz es más fuerte y dura de lo que planeaba. Él me mira, con las pupilas oscuras consumidas por el gris.

Dibujo una línea invisible con el zapato entre los dos. Una frontera entre dos países enemigos.

–Aquí estoy yo –digo señalando un lado–. Aquí estás tú –señalando el otro–. No hay nada que puedas decir que me haga querer cruzar esa línea.



Arlo

Jueves 8 de enero

Todos eligen una esquina de la casa para escribir. Si entras en una habitación y ya hay alguien ahí, significa que ya la reclamó como suya. Deambulo por la planta baja abriendo puertas, inquieto. Busco mi teléfono, porque olvidé que se lo entregué a Graffam. No solía tener problemas para pasar el tiempo solo. Nunca fui excelente, por supuesto, pero era mejor de lo que soy ahora.

La sala de juegos está bañada de luz, que hace brillar las paredes de madera pulida. Pájaros embalsamados reposan en estantes, observándome desde arriba. Hay una mesa de billar, una mesa para cartas, una de ajedrez, y un asiento largo junto a la ventana con un cojín. Una estantería está repleta de juegos de mesa y viejos juguetes de hojalata, y las paredes están cubiertas de fotografías enmarcadas. En algunas, Moss Hove y su grupo heterogéneo de amigos (se hacían llamar "Los raros") juegan a las damas, a las cartas, al billar y a las charadas en diferentes habitaciones de la

casa. En otras, posan afuera, bajo la sombra de Moss, con bastones de croquet, raquetas de bádminton o trajes de baño. Hay toda una pared de fotos, cada una con su fecha. LA CACERÍA SALVAJE: SOBERANO DEL BOSQUE, dice una placa en la parte superior. La fotografía más antigua es de 1926, la más reciente, del año pasado. Todas muestran a alguien mirando directamente a la cámara y usando una corona de hojas.

Reviso los juegos (las cajas están polvorientas y el contenido aún peor) y luego los libros. La pila en la repisa de mi habitación es una colección de clásicos, desde *Hamlet* hasta *El sabueso de los Baskerville*. Ahora, selecciono un título al azar, lo abro (*Obras poéticas de Byron*) y leo la primera página que encuentro.

Tuve un sueño, que no era del todo un sueño.
El brillante sol se apagaba, y los astros
vagaban diluyéndose en el espacio eterno…

Paso rápido al final, a la última línea.

Ella era el universo.

Y, por supuesto, pienso en Effy.

Effy, que me odia con toda la razón, porque lo que hice estuvo muy jodido. ¿Por qué debería perdonarme? Yo tampoco me perdonaría.

Tomo la cámara que me dio Graffam y paso unos minutos revisándola, probando los diferentes ajustes. Luego camino hacia la ventana y apunto el objetivo hacia el mundo exterior. Hago zoom en

los árboles y las nubes y tomo una ráfaga de fotografías de un ave que pasa volando.

Luego me dejo caer en el asiento junto a la ventana, encuentro el botón de video y enciendo la cámara apuntando hacia mí. Aquí, bañado por la luz del sol, no me veo tan mal, lo que es como decir que no me veo como yo. Me sacudo el cabello y paso los dedos por él para dejarlo en el punto justo de alboroto, luego me pongo la gorra de los Lakers en un ángulo descuidado, como tú solías usarla. Sonrío, mostrando los hoyuelos, y presiono el botón de grabar. Aquí sentado, digo lo primero que se me viene a la mente.

–Ella era el universo.

Me siento ridículo, así que dejo la cámara. Mi creatividad suele permanecer en letargo durante el día, funciona mejor de noche, cuando el mundo está quieto y todos los demás duermen. Solo entonces puedo dejar que entren la oscuridad, el verano, tu muerte. En palabras simples, abro una vena y dejo que sangre, mientras una parte remota de mi cerebro se pregunta si es posible sangrar demasiado. Cuando las palabras se terminan, dibujo. Eso significa que la novela no es una novela en realidad, sino más bien un revoltijo sin estructura, un caos de prosa y arte. Capítulos que empiezan y se interrumpen, personajes de historieta y bocetos a lápiz, pero nada digital: todo hecho a mano.

El frío se cuela a través del cristal. Levanto el asiento de la ventana, pensando que encontraré más juegos ahí, pero descubro una escalera estrecha que desciende hacia la oscuridad.

Durante alrededor de un minuto, me quedo así, con una mano sosteniendo el asiento levantado. Miro hacia el abismo, hasta que se me ocurre buscar una luz. Si hay una escalera debajo del asiento de

la ventana, ¿por qué no habría también una luz? Tanteo la madera justo dentro del compartimento hasta que siento una hendidura, pequeña y redonda. La presiono y el espacio de abajo se ilumina.

La habitación al fondo es apenas más grande que un vestidor. Las paredes están pintadas a mano todo alrededor, con un mural que debe ser el Bosque Murton, más conocido como Bosque Muerte. El suelo, de madera blanqueada, es áspero y hay un sofá cama empotrado cubierto de cojines. Sobre él, un juego de cartas yace esparcido boca arriba, como si los jugadores se hubieran levantado por un momento. Al lado, un viejo tablero de Scrabble, con las fichas derramándose de una bolsa de terciopelo. El aire está cargado de polvo, como si nadie hubiera puesto un pie aquí después de Moss Hove.

Permanezco de pie en medio del espacio, observándolo todo y pensando: *En tu cara, Isaac Williams. Esto es mío.*



En Brighton y Hove hay que arreglarse para cenar, y Moss no es la excepción. Todos estamos relucientes, vestidos de punta en blanco. El salón comedor es formal y nosotros también tenemos que serlo. Las ventanas son arqueadas, el techo es alto, las paredes tienen un color ciruela profundo, casi cadavérico. Una araña pesada cuelga sobre la mesa, cuyo centro es un auténtico candelabro. Música de los años veinte, con su energía vigorosa y febril, inunda la habitación

desde altavoces invisibles. Puedo sentir nuestras confesiones matutinas rodeándonos como sombras, como si hubiera ocho personas más en la sala.

Como siempre la tengo cerca, cuelgo la gorra de los Lakers en el respaldo de mi silla. Al otro lado de la mesa, Effy viste de azul oscuro y me recuerda al cielo nocturno. A la luz de las velas, la miro por un poco más de tiempo del apropiado, mientras que en mi cabeza suenan las notas aterciopeladas de una canción:

Hello?
Is it me you're looking for?

–¿Qué te pasa? –me espeta ella.

–No le hagas caso –dice Isaac–. Probablemente está drogado.

–¿Dónde está Graffam? –pregunta Peter.

Es entonces cuando noto que el lugar frente a Drea está puesto, pero la silla está vacía. Joey Fiske también está ausente.

En lugar de responderle a Peter, Drea comienza a hablar sobre lo cómodo que se sentía Moss Hove en un mundo de rarezas, por eso las coleccionaba. Él mismo se sentía como una rareza hasta que fue acogido por un grupo de artistas e intelectuales bohemios, escandalosos y de mala reputación, que vivían al margen de la sociedad respetable.

–Por eso construyó los muros alrededor del bosque y la casa. Para que él, Zachary Brighton y sus amigos pudieran vivir en libertad.

Mientras lo dice, pienso en lo segura que había sido mi vida hasta el verano pasado, cuando todas mis rebeliones existían dentro de un mundo que parecía sólido y predecible. Hasta que dejó de serlo.

La chef y su equipo sirven los platillos, y comenzamos a comer. Durante unos minutos, me entrego por completo a la comida. A esta comida milagrosa, que de algún modo es mucho más que simple pasta pomodoro con alcachofas asadas. Es algo mucho más parecido al cielo.

–¿Dónde está Joey? –pregunta Isaac.

El hechizo se rompe. Todos alzamos la vista.

–Se fue. Graffam la echó a patadas –dice Peter, con la boca llena. Hay un tono triunfal en su voz, como si estuviera feliz de ser él quien da la noticia.

–Fue más civilizado que eso, Peter –dice Drea.

–Según lo que yo vi, no –responde él.

Tengo el impulso de borrarle la sonrisa de la cara, aunque nunca golpeé a nadie ni sabría cómo hacerlo. ¿Cuánta fuerza usar? ¿A dónde apuntar? ¿A la mandíbula, a la nariz, al estómago?

Justo cuando me estoy riendo de imaginarlo, Peter agrega:

–Estaba llorando a mares. –Mala sincronización. Effy no es la única que me lanza una mirada fulminante. Pero Peter, imperturbable, sigue adelante–. O sea, literalmente pasó solo un día. –Se limpia la boca con la servilleta–. Si no fuera una competencia casi me daría pena. Pero parece que Graffam dijo que no tenía lo que se necesita. Es lista, pero no lo suficiente.

–Eso no fue exactamente lo que… –empieza a decir Drea.

Esta vez es Ramón quien la interrumpe.

–Espera, ¿entonces de verdad puede enviarnos de vuelta a casa cuando quiera? ¿Así, sin más?

–Sí. Pero siempre con una buena razón…

–La carta de aceptación no decía eso en ninguna parte. –Ramón la interrumpe otra vez–. Si es verdad, deberían dejarlo claro desde el principio.

–Tranquilo, tigre –dice Isaac. Luego se gira hacia Drea–. Entonces, ¿dónde está Graffam? ¿Por qué no está aquí?

–Está trabajando –responde ella sin más detalles.

El personal de cocina reaparece para rellenar las bebidas y retirar los platos.

Drea aprovecha la interrupción para preguntarnos por nuestros proyectos y, para romper el hielo, empieza ella. Nos cuenta sobre su activismo en el movimiento de positividad corporal, incluyendo su proyecto actual, algo que llama "Petunias". Quiere crear cien esculturas pequeñas de cien figuras femeninas de todas las formas y tamaños.

–Diosas del amor propio. –Cuando las termine, invitará a cien mujeres distintas a elegir una Petunia y pintar en ella sus inseguridades–. Su turno –dice, mirando alrededor de la mesa–. ¿Isaac?

Como siempre, él no duda en comenzar a hablar de su tema predilecto: él mismo.

–El mío es una comedia oscura con tintes políticos escrita para cine.

Según él, el guion será su despegue, luego planea dar el salto a la dirección.

Ness está escribiendo un libro de poesía que aborda temas de amor propio y aceptación. Leela es comediante de stand-up y está escribiendo monólogos feministas con "un toque noventero" que planea interpretar. Peter quiere ser "periodista", lo que no sorprende

a nadie (es uno de los mayores chismosos de la escuela) y planea crear contenido en línea "tanto guionado como no guionado".

Ramón se niega a decir exactamente de qué se trata su proyecto, solo menciona que es una novela corta que luego convertirá en una obra de teatro y después en un guion cinematográfico. Effy está escribiendo cuentos, que podrían terminar siendo un libro. Como Ramón, es reservada.

–Me interesa cómo la vida cambia en un solo instante –dice tan solo.

–Yo también estoy escribiendo un libro –digo, cuando siento sus ojos sobre mí–. Un libro muy largo y muy inteligente sobre un tipo que está buenísimo, que vuelve a su internado en la Costa Este después de vivir dos años en California y, bueno, suceden muchas cosas.

Tal vez es idea mía, pero juro que la boca de Effy se mueve. No llega a ser una sonrisa, pero sí una diminuta insinuación de una, que aparece y desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Aun así, es un avance. En cuanto le sonrío de vuelta, ella levanta la barbilla y desvía la mirada.

Llega el postre y, mientras el resto de nosotros lo devoramos, Peter clava la mirada brillante y ambiciosa en Drea.

–¿Sabes por qué Graffam está aquí? ¿Después de tantos años? Es decir, era casi persona no grata, no solo en aquí, sino en todas partes. Entonces ¿por qué diablos aceptaría enseñar en el Curso de enero? –Nos mira con complicidad, como si estuviéramos juntos en esto.

Peter Tobin es, en sus mejores días, insoportable. Sus padres son magnates de los medios, dueños de periódicos, revistas, una

pequeña pero poderosa editorial y un famoso sitio de chismes venenosos. La necesidad de saber viene de familia.

Drea lo mira fijo, él se remueve incómodo bajo su mirada. Ella por fin responde, en tono bajo pero firme.

–Recuerda que ella es humana, como todos nosotros. A veces la gente lo olvida. –Luego se disculpa y se va, escuchamos el repiqueteo de sus pasos alejándose.

–Buen trabajo –dice Effy, mirando a Peter–. Acabas de reforzar todos los estereotipos horribles sobre los internados de élite que haya escuchado en su vida.

Pero él ya se ha levantado de la silla y sale de la sala con la energía de un duende frenético.

–¿A dónde va? –pregunta Leela con su tono habitual, plano.

–De seguro a besarle el trasero a Graffam. Literalmente –dice Isaac y deja caer su servilleta sobre el plato–. Extraño mi teléfono.

–Yo también extraño el mío –coincide Leela–. Toda mi música está ahí.

–Imagina ser yo sin el mío –suspira Isaac.

–¿Por qué? ¿Porque eres tan popular que ninguno de nosotros podría imaginarlo? –Ramón pone los ojos en blanco y luego, para enfatizar su disgusto, los vuelve a poner en blanco con más fuerza.

–¿Sabían que la pasta se comió por primera vez en China? –ofrezco enseguida–. Se remonta al año 5000 a. C. –Lamentablemente, es todo lo que sé sobre la pasta.

–¿A quién? –pregunta Isaac–. ¿A quién le importa el origen de la pasta? ¿A quién mierda le importa?

–No sé. A los historiadores.

–Mientras tanto en Siria… –dice Ramón y empuja su plato hacia el centro de la mesa.

–¿Y eso qué se supone que significa? –exige Isaac.

–Significa que aquí estamos, rodeados de privilegio, hablando de datos inútiles mientras hay gente en el mundo que no tiene esa suerte.

–¿Y? –responde Isaac–. No te veo en Siria ayudando a nadie. Te veo al otro lado de la mesa, en esta mansión enorme, con un plato casi vacío pagado por tu madre senadora rica, que te metió en un colegio privado.

Ramón abre la boca para responder, pero Peter reaparece con una botella de vino.

–Un *Château Lafite* 2009 –anuncia con tono burlón. Sirve un poco del líquido, de un color ciruela profundo como las paredes, en su copa y bebe un sorbo–. Meh. No está mal. –Luego se deja caer en la silla vacía de Graffam, lo cual se siente como una blasfemia, y agita la botella con una sonrisa maliciosa en su rostro igual de malicioso–. Vamos, cobardes.

Uno por uno, nos servimos. Todos menos Ramón.

A la luz de las velas, los ojos de Peter son pequeños y brillantes como los de un animal.

–Por Graffam –dice con la copa en alto.

–Por sus estudiantes devotos –añado yo.

–Que gane el mejor –agrega Isaac.

Chocamos las copas y bebemos.

El *Château Lafite* sabe cómo todos los vinos que probé hasta ahora: amargo, agrio. Pero a pesar de todo, a pesar de que Isaac

odia a Ramón, Ramón odia a Isaac, Effy me odia a mí y yo me odio a mí mismo, esto se siente bien.

–Pregunta –dice Peter, el instigador de siempre–, ¿de verdad merecía una segunda oportunidad después de haber hecho que encerraran a ese tipo y de echarle la culpa a la escuela?

Leela se inclina hacia adelante.

–En un mundo donde la gente es cancelada y nunca se vuelve a saber de ella, Graffam logró reinventarse.

Tengo un recuerdo fugaz de noveno año. Leela siempre estaba encorvada en la primera fila, hasta que el último día del semestre se enderezó en su asiento y lanzó una diatriba sobre la escasa historia sobre mujeres que se enseña en las escuelas.

–Su esposo publicó su propia versión de *La mentira* nueve meses después de la de ella, la llamó *Confesiones de un fraude Galway* –comenta Peter, reclinado en su silla, demasiado cómodo–. La acusó de robarle la idea y dijo que tuvo que cambiar todo el argumento a último momento.

–Su esposo –interrumpe Effy– también le fue infiel públicamente con Britt Toms.

Britt Toms es una autora irlandesa, al menos quince años menor que Graffam.

–¿Cómo pudo robarle la idea si su libro estaba basado en lo que ella vivió? –Leela por poco escupe las palabras.

–Ella no mintió –dice Effy al mismo tiempo–. Creía que Timothy Hugh Martin era culpable.

–Quizás ella estaba manipulando las cosas para que lo pareciera –resopla Ramón–. Graffam no me impresiona. Mi madre es senadora. He estado rodeado de gente poderosa toda mi vida…

–Ah, política –suspiro–. Entonces estás acostumbrado a los mentirosos.

Effy me lanza una mirada asesina, pero estoy disfrutando esto, que se lo tome tan personal, como si estuviéramos hablando de ella y no de Meredith Graffam. Luego, se descarga contra el sistema, el patriarcado, contra nosotros, los hombres cerrados de mente, y yo me recuesto a escuchar. Me encanta su voz, el calor en ella, cómo sube y baja, la aspereza, sobre todo cuando habla, habla y habla.

Wesley aparece, sus ojos se fijan en la botella ya casi vacía y en las copas con restos de vino, pero no dice nada. En silencio, nos sirve café a todos y, cuando se retira, Ness se inclina hacia adelante, con las manos alrededor del pie de su copa.

–Imaginen que son Los raros –sugiere. Sus ojos brillan mientras se posan en cada uno de nosotros por un instante. Se la ve más suelta que antes, menos a la defensiva–. Poder ser ustedes mismos, pero solo dentro de este grupo secreto de otros marginados.

Suena casi nostálgica.

–Intenta ser un católico gay –dice Ramón.

–O heredero de tercera generación sin el menor interés en el negocio familiar –añade Isaac.

–O un *nepo baby* –aporta Peter.

–O alguien atrapado en la época equivocada –ofrece Leela.

–O la chica más grande del lugar –suspira Ness–. Imposible de ignorar, pero siempre en la periferia.

–O huérfana.

Miro a Effy. Su expresión es difícil de leer.

De repente, el aire se vuelve pesado, pero también acogedor, amistoso. Seguro.

–O yo –añado. Por suerte, los demás se ríen.

–¿Acaso no es ese el meollo de la vida? Nunca podemos vernos a nosotros mismos con claridad –suspira Leela. A pesar del código de vestimenta formal, todavía lleva su característica boina negra–. Los espejos, las películas, las fotografías, no somos nosotros en realidad, son imágenes invertidas. Y las personas que nos miran, que pueden vernos físicamente tal como somos, solo ven lo que quieren ver. Entonces, ¿alguna vez somos vistos por quienes somos en verdad? –Deja la pregunta suspendida en el aire–. ¿O somos fantasmas?

Justo en ese momento, las lámparas se apagan y nos hunden en la penumbra.

Por un instante, no se oye nada excepto el sonido de las olas afuera.

–La llamada viene desde dentro de la casa –susurro.

Alguien o algo me da un golpe en el brazo. Wesley aparece en el umbral, blandiendo un mechero.

–¿Esto pasa seguido? –le pregunta Isaac.

–Bastante seguido –responde Wesley, vuelve a encender las velas de la mesa y luego se mueve para prender los apliques–. Sobre todo en esta época del año. Puede enfriarse bastante rápido aquí dentro.

–Perdón por golpearte –susurra Ness–. Odio la oscuridad.

–Tendrías que haber estado aquí en Navidad –le dice Wesley–. La temperatura fue bajo cero y nos quedamos sin electricidad tres días. Pero no podíamos irnos por la nieve.

Él se marcha y, con la luz titilante, se siente que la noche está llegando a su fin. En algún lugar, un reloj da las diez, y me doy cuenta de que no quiero que termine todavía.

Leela empuja su silla hacia atrás y levanta su copa vacía.

–"La vida es una pérdida de tiempo y el tiempo una pérdida de vida, así que emborráchense todos y vivan la vida". –Inclina la cabeza y levanta más la copa–. Por el gran Kurt Cobain.

Las sillas resuenan cuando todos nos levantamos.

–Y por nosotros –agrega Effy–. Una nueva generación de Raros.



La cocina está iluminada por faroles y el resplandor de una luna escondida que entra por las claraboyas. A pesar de la poca visibilidad, Wesley se mueve con pericia para limpiar el caos de la cena. Dada la falta de energía, espero ver lluvia, nieve o nubes, pero detrás de los cristales veo la luz de las estrellas.

–¿Suele cortarse la energía aún sin tormentas?

–Sí, pero tú nunca pierdes tu energía.

–¿Qué?

–Era una de las frases de mi madre. –Sonríe, sacude la cabeza y continúa con su acento de Boston–: Puede cortarse la electricidad, pero nunca pierdes tu energía.

–Entiendo. –Tomo una soda y me ofrezco a ayudar con la limpieza, pero él me rechaza. Entonces, lo observo apilar platos y guardar cubiertos. Es más bien bajito, pero de cuerpo fornido y se mueve con experticia en su trabajo. Me siento mal de no ayudarlo y quiero que sepa que no soy uno de ellos, uno de los típicos chicos del

instituto que necesitan sirvientes–. ¿Cuánto llevas trabajando aquí? Parece un buen trabajo.

–Casi un año. Estoy ahorrando para ir a la facultad de medicina en otoño. Antes de tomar el trabajo, no me interesaba mucho la historia, pero mi esposa dice que ahora soy todo un historiador. Te hacen aprender todo, no solo sobre Moss Hove y Zachary Brighton, también todo respecto a la casa. El arte, los artefactos, las renovaciones, el empapelado, los colores de la pintura, hasta el más mínimo detalle.

–¿Y qué hay con las aves?

–Hove decía que quería darles otra vida, como a todas las reliquias descartadas de la casa. No era cazador como sus hermanos. Si me lo preguntas, creo que sentía una conexión con ellos. Con los pájaros, no con sus hermanos. Aunque él fue quien dejó a su familia, estoy seguro de que se sentía desplazado. Voló, por así decirlo.

–Booker mencionó personal doméstico, pero no vi a nadie más.

–Sí. Graffam los envió a casa. Da la impresión de que quiere controlar su entorno, eso incluye a las personas. En general, somos cinco, incluida mi esposa. Dividimos nuestro tiempo entre aquí y la casa de sus padres en Parkerton.

–¿Has visto a la serpiente marina de Gloucester? –Me refiero, por supuesto, al primo local del monstruo del lago Ness, que se rumorea que vive en estas aguas. Los avistamientos comenzaron cerca de El infortunio de Brighton en 1817 y hubo un período de dos años en el que solían reunirse multitudes en la costa para ver a la criatura surcando las aguas.

–No –ríe Wesley.

–Oye, no te rías. El gorila, el dragón de komodo, la medusa gigante y el ornitorrinco también eran criaturas mitológicas hasta que se probó su existencia.

–Sí, pero no creo que eso pase con el viejo Glossy.

Hablamos tonterías durante un minuto más; es refrescante charlar con él. Es apenas unos años mayor que yo y parece que, como yo, no es de origen adinerado.

–Bueno, tengo que preguntar –dice con la mirada en la gorra en mi cabeza–. ¿Es…?

–¿Auténtica? Sí, era de un amigo.

–Hombre. Magic Johnson. Kareem, que tenía cuarenta años. Los Lakers contra los Celtas, que defendían el título, ciento siete a ciento seis en tiempo extra. Cuando mi padre está de muy mal humor y quiere sentirse peor, ve las imágenes de ese juego otra vez, porque fue el que dio vuelta las cosas. Si alguna vez se lo dices a alguien, lo negaré. Aquí no puedes alentar contra los Celtas y vivir para contarlo, pero los Lakers del 87 son mi equipo.

–Sí. –No tengo el corazón para confesarle que eras tú el fanático de los Lakers, no yo. Que tus padres me dieron esta gorra porque sabían que a ti te hubiera gustado que yo la tuviera–. Y ¿qué es eso de La cacería salvaje, El soberano del bosque?

Se congela por un instante antes de ir por una soda al refrigerador.

–¿Cómo sabes de La cacería salvaje?

–Vi la fotografía de los ganadores en el cuarto de juegos.

–Es un juego que inventaron. –Su expresión es difícil de leer–. Los raros. Se basaron en una leyenda europea en la que los muertos acechan a los vivos y la puerta entre los mundos se abre.

–¿Como una Hermandad de la muerte abierta para todos?

–Como una versión espeluznante de las escondidas, pero para personas ricas con tiempo de sobra. Sin ofender.

–No me ofende, créeme.

–Es una tradición de la última noche del Curso de enero. Todos salen al bosque, con capas y máscaras.

–Escuché rumores.

Deja la lata de soda sobre la encimera y se cruza de brazos.

–¿Sabes de la chica que fue asesinada en los noventa? Estaban jugando ese juego. Kaya, mi esposa, siempre se asegura de estar lejos de aquí cuando juegan, odia cualquier cosa remotamente aterradora. Ni siquiera puedo hacer que vea esas películas de terror en blanco y negro, tú sabes, de los años 30.

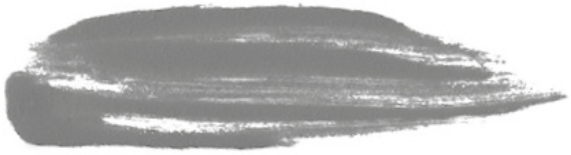
–Estoy con Kaya.

–Pero es inofensivo. El juego. Es espeluznante, pero inofensivo.

Quiero saber más, pero él bosteza, se disculpa y bosteza otra vez. Luego me da las buenas noches y se aleja, acompañado por el traqueteo de las ventanas. Afuera, algo raspa el revestimiento de madera. Las tablas del suelo crujen en algún lugar sobre mí. La casa se está desperezando, despertando por tres semanas como cada enero para después dormir otras cuarenta y nueve.

Levanto la vista hacia el retrato de Zachary Brighton, de pie en la isla conocida como El infortunio de Brighton, con la mirada fija más allá del agua de Moss. Me pregunto qué habrá sentido cuando el hombre que amaba se ahogó. Yo no estaba enamorado de Jonah, pero sé cómo se siente perder a tu mejor amigo y no poder hacer nada para recuperarlo. Si yo fuera Brighton o Hove, acecharía este maldito lugar.

–Lamento que haya muerto –le digo al retrato–. Pero, por favor, no me aceches.



Effy

Jueves 8 de enero

La habitación que comparten Ness y Leela es el doble de grande que la mía, con el suelo pintado de negro y empapelado de rosas en las paredes. Ness y yo estamos sentadas en su cama, hablando de lo que pasó en el día, una tradición que seguimos desde que teníamos catorce. Al otro lado, Leela duerme profundamente, con el antifaz puesto y roncando a todo volumen.

–Se sintió significativo, inclusivo. Trascendental de un modo que no puedo explicar.

Al ser hija única criada por mi abuela, pasé casi toda la vida rodeada de adultos. Las amigas de la abuela siempre me trataron con respeto, como una de ellas. Luego vine a Brighton y Hove, donde tuve buenos y malos maestros y aprendí que a los adultos no siempre les importa lo que tengas para decir.

A diferencia de Moss Hove o de la abuela, yo nunca encontré a mi gente, al menos como grupo. Pero hoy me sentí parte de algo y, por

un momento, me olvidé de mi padre y de Arlo Ellis-Noon, a pesar de que estaba sentado frente a mí, hablando demasiado, siendo estridente, moviendo su caótico cabello oscuro. *Mírenme, soy adorable, soy divertido, soy encantador.*

–Me siento mal por Joey. –Ness se saca las gafas y las deja en su mesa de noche–. Es que no lo entiendo. ¿Por qué la expulsó? Y si la envió a casa a ella, ¿cuánto tiempo estaré yo aquí?

A pesar de las calificaciones con las que ha conseguido admisión temprana en Sarah Lawrence, UMass y Brown, necesitará ayuda económica para financiar la universidad. Durante los últimos dos años, mi mejor amiga ha participado de todos los clubes académicos y creativos, editó el periódico escolar, fue voluntaria en Hábitat y humanidad y tuvo dos trabajos de medio tiempo en su misión desesperada de impresionar a los comités de becas.

–Es que no sé por qué Graffam me elegiría a mí –se lamenta mientras jala un hilo suelto de su cobertor.

Siento una chispa de irritación. Quiero hablar de saltar al agua y desnudar el alma con Meredith Graffam. Quiero que Ness se sienta tan emocionada como yo.

–Te eligió porque tienes algo que decir.

–¿Lo tengo? A veces me pregunto si mis palabras son importantes para alguien en realidad. Parte de mí desearía que me hubiera enviado a casa a mí.

Odio cuando se castiga a sí misma de esta forma. Nunca fue la persona más confiada, pero cuanto más tiempo pasa en Brighton y Hove, más duda de sí misma. Lo único que quiere es un lugar en la mesa, pero en una escuela así nunca es suficiente, queda en medio

de la clase, en medio de la multitud, relegada al perímetro de la habitación.

–No es una competencia. Bueno, *lo es*, pero no para ver quién es el más herido o quién tiene la historia más loca. No se trata de nadie más.

Excepto por el hecho de que, sin duda, cada uno cree que su historia es la mejor. Y por mucho que Ness necesite ganar, yo lo necesito más. Para mí se trata de supervivencia, una clase de reconocimiento a lo que le pasó a mi madre, a mi padre, a mí. Las historias que estoy escribiendo son desde la perspectiva de seis personas cuyas vidas cambiaron de la noche a la mañana. Lo peor que les podría pasar está a punto de ocurrir. No se trata del resultado, sino de lo que llevó a ese momento, del hermoso desconocimiento de lo que está por venir.

–Estás aquí porque eres la increíble Vanessa Cato. –La empujo con el pie–. ¿Por qué nunca me crees?

–Porque me siento como una impostora.

–Todos se sienten así.

–Isaac no.

–Probablemente lo sienta de una forma que no lo notamos. Además, Isaac es Isaac. –Se queda en silencio, así que la empujo otra vez, esforzándome por parecer despreocupada aunque ya no me siento así–. ¿No soy lista? ¿No lo sé todo?

–Eres mi mejor amiga, tienes que pensar que soy increíble pase lo que pase.

–No. Soy tu mejor amiga porque eres increíble.

Ahora sonríe, apenas.

–Te quiero.

–Yo también te quiero. –Un segundo de silencio y a la carga–: ¿Tú estás bien con, ya sabes, Arlo aquí?

–¿Me alegra verlo? No. ¿Estoy bien? Creo que sí.

–Lamento que haya vuelto. Pero tienes que recordar que eres la increíble Effy Green –ríe.

La empujo con el pie otra vez y ella hace lo mismo.

Después se mete bajo las sábanas y cierra los ojos.

–¿Ya llegó la tarjeta con el itinerario de mañana?

–Todavía no –respondo.

Por un segundo, creo que no me escuchó, pero después su voz llega desde debajo de las mantas.

–Ay, Dios, esta cama es como una nube.

Unos minutos después, está roncando tan fuerte como Leela.



El empapelado de mi habitación es verde claro, con flores, hojas, aves y mariposas, y da la sensación de estar en un jardín. Tomo la cámara que me dio Graffam, me siento en la cama debajo del dosel y miro por el lente. Luego presiono grabar y comienzo a hablar:

–Estábamos en una fiesta, a tres semanas de terminar segundo año. Conocía a Arlo hacía un tiempo, aunque no mucho. Era un chico algo nerd, que siempre estaba hablando. En ese entonces, no tenía el cabello tan largo y no era tan ancho de hombros, pero tenía la misma sonrisa.

»La fiesta era detrás del cobertizo, en una noche cálida y estrellada. Había música y alcohol, pero yo no estaba bebiendo y él tampoco. Estaba solo, apartado, recostado en el suelo mirando el cielo. Estaba demasiado quieto, lo que me preocupó, porque Arlo Ellis-Noon nunca se quedaba quieto. Y la expresión en su rostro era como si estuviera maravillado por lo que fuera que veía ahí arriba. Eso también era extraño, porque siempre era sarcástico y rápido para molestar.

»Me recosté a su lado para ver lo mismo que él, porque de pronto quise ver algo asombroso también.

»"Mira ahí" señaló. "Es Ofiuco, portador de la serpiente. Es una de las constelaciones más grandes, pero suele ser difícil de ver, por eso ha quedado olvidada. ¿Sabes lo que me gusta de él? Es visible desde todas partes. No importa donde estés, siempre está ahí".

»Se sintió algo profundo en ese momento. Era difícil tener quince años y estar lejos de todo lo que conocías, pero la soledad iba más allá. Yo me había sentido sola toda mi vida.

»"También me siento solo a veces" dijo, como si leyera mi mente. "Amo a mi familia, pero somos muy distintos. Quiero cosas muy diferentes a ellos".

»Supe a qué se refería. Es posible amar a la familia con la que creciste y anhelar algo más al mismo tiempo, algo que explique por qué tú eres tú.

»La noche palpitaba, fuerte y rápido. Yo lo observaba a él, mientras él contemplaba el cielo.

»"Por eso ayuda tener algo como las estrellas y a alguien que enfrente a las serpientes por ti".

»No era el Arlo que creía conocer. En ese momento, parecía un chico nuevo y profundo, alguien que sería importante para mí de una forma que todavía no podría anticipar.

»"A mí me gusta Polaris, la Estrella del Norte", dije, porque quería ser profunda con él. "Todas las demás viajan grandes distancias, pero la Estrella del Norte permanece casi pegada a su lugar en el cielo. No es la más brillante, pero es la más confiable y siempre te muestra tu dirección".

»Levanté el brazo para señalarla.

»"Técnicamente, es la Tierra la que se mueve, lo que da la sensación de que muchas estrellas también se mueven. Pero Polaris está alineada con el Polo Norte, por eso parece que estuviera quieta. Además, no es una estrella, son cinco. Dos de ellas orbitan a la estrella principal, la más brillante…". Siguió y siguió mientras yo lo miraba. Ese era el Arlo al que conocía.

»"¿De verdad?", lamenté. El momento se perdió, él lo espantó. Pero luego giró hacia mí y dijo: "Effy Green". No había rastros de su actitud bromista, sus ojos eran de un gris pálido que cambiaba con el ánimo. "¿Sí, Arlo Ellis-Noon?".

»Después preguntó si podía besarme y le respondí que sí. No fue mi primer beso, pero se sintió como el único importante, lleno de promesas. Un beso que decía, "Te entiendo, no estás sola. Y no porque tú estés aquí y yo también, sino porque yo te veo, porque soy como tú".

»Esa no fue la noche en la que sucedió. Durante las tres semanas siguientes, estuvimos siempre juntos. La última noche hablamos del verano, supe que él era de California, él supo que yo era de Maine. Distancia: 4900 kilómetros. Tiempo de viaje: alrededor de cuarenta

y ocho horas. Casi todo un país entre nosotros. Prometimos que nos encontraríamos a mitad de camino, en Omaha, Nebraska, y luego tendríamos tercer año. Los dos volveríamos a Brighton y Hove en otoño. Y después hubo sexo.

»Al día siguiente, le escribí en cuanto llegué a casa de la abuela en Ogunquit, pero él nunca respondió.

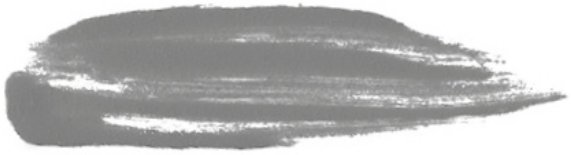
»Nadie quiere que se le rompa el corazón, pero Arlo fue mi primera vez, ya había arriesgado el mío. Y aunque no es que me haya roto el corazón por completo, dejó una fractura superficial que se extiende hasta el centro, donde está escrito "Arlo". Por eso me gustan los lugares viejos, las ruinas y las casas desmanteladas, porque yo también me siento como un lugar abandonado.

Escucho algo en las escaleras y me congelo, con el vello erizado. Una tarjeta se desliza por debajo de mi puerta.

Cuando sabes que los fantasmas no existen y que las cosas que hacen ruido por la noche no son de temer, puedes disfrutar de las casas antiguas que crujen. Sin embargo, siento un escalofrío por la espalda y miro alrededor, a los ángulos y recovecos, al brillo verde del cristal que enmarca la ventana y al espejo sobre la chimenea, como si buscara fantasmas.

Detengo la grabación y camino en puntas de pie para recoger la tarjeta. Después vuelvo a la cama también en puntas de pie. El viento está tomando fuerza, tanto que la torre parece mecerse. Leo la tarjeta, apago la luz y cierro los ojos.

En algún momento de la noche, despierto con música tan fuerte que llena mi habitación.



Arlo

Jueves 8 de enero

(A altas horas de la madrugada)

Entre la confusión, enciendo la lámpara de noche, que proyecta un brillo anaranjado en el suelo. La electricidad ha vuelto. Porque nunca pierdes la energía, excepto cuando sí la pierdes.

Salgo dando tumbos de la habitación y me encuentro con Effy. Está descalza, con el cabello suelto sobre los hombros y con un pijama rojo y verde de Navidad. He soñado con un momento como este o uno parecido, solo que en mi sueño ella no tiene pijama y no estamos en una casa vieja rara, con una música extraña a todo volumen.

–¿Qué demonios? –exige, como si yo fuera el responsable.

–No lo sé.

–¿Y esa canción?

–No lo sé –insisto.

Si los demás pueden oírla, y *dudo* que no lo hagan, no aparecen por ningún lado.

–¿Crees que puedan seguir durmiendo? –Ella se aleja por el pasillo, que se extiende eternamente delante de nosotros, y mira hacia atrás–. Deberías vestirte.

Sonrojado, me percato de que estoy en ropa interior. Busco una camiseta en mi habitación y la alcanzo en las escaleras, con el corazón desbocado. Es imposible caminar en silencio por una casa vieja, pero Effy me fulmina con la mirada cada vez que el suelo cruje.

–¿Qué? Como si alguien pudiera oírme sobre la música. –Las paredes de la casa casi retumban por los altavoces en cada habitación.

Las luces son bajas, hay brasas rojas en las chimeneas, que brillan con pereza, como si la casa misma hubiera bebido demasiado vino en la cena y necesitara dormir. Todos los muebles parecen criaturas que acechan en las sombras. Las pinturas cobran vida y los ojos de las personas retratadas nos siguen. Las puertas entreabiertas son como bocas que gritan en la oscuridad.

Una vez tuve una clase de psicología en la que hablamos del miedo a la oscuridad. El miedo, como el dolor, nos protege del peligro, así que es normal temerle a la oscuridad, porque le tenemos miedo a lo que no podemos ver. A nuestros ancestros de las cavernas les costaba ver a depredadores por la noche y su temor evolucionó con nosotros. Me lo recuerdo mientras caminamos. *Es normal. Lo tenemos arraigado desde otro tiempo y lugar.*

En poco tiempo, Effy y yo nos perdemos en la casa laberíntica. Pasamos por muchos comedores, salones, un estudio, una

habitación de invitados, otra habitación de invitados y otra y otra. Seguimos pasadizos oscuros que llevan a puntos muertos, giramos y buscamos el camino de vuelta.

Atravesamos la cocina, la lavandería, el comedor, el salón octógono. Afuera, un relámpago ilumina el cielo, luego llega el trueno. Es de noche allí y también aquí adentro. Y todavía no encontramos de dónde viene la música.

–¿Qué demonios es ese escándalo? –exige una voz detrás de mí. Es Leela, con su boina, seguida por Ness, que está envuelta en una manta.

A estas alturas, ya me he aprendido la letra de la canción de memoria.

Pasados doce meses y un día
El muerto comienza a hablar
"¿Quién llora sobre mi tumba
Y no me deja descansar?"

Nadie se sorprende cuando comienzo a cantar. La canción, igual que la propiedad, está distorsionada, como el espejo de una casa de la risa, retorcido y disparejo. La letra pinta imágenes de un cementerio abandonado, sepulcros desmoronados y una mano pálida que sale de la tierra.

Los cuatro avanzamos juntos por el camino iluminado por lámparas de uranio, seguidos por ojos pintados en marcos dorados, por aves embalsamadas con alas desplegadas y picos abiertos.

Llegamos al teatro iluminado, donde encontramos a Isaac, a Ramón y a Peter. No hay señales de Graffam ni de Drea.

Anhelas un beso de mis labios fríos de arcilla
Pero mi aliento huele a tierra.
Si besas mis labios fríos de arcilla
Tu tiempo no será largo

–¿Ustedes la pusieron? –les pregunta Leela, con los brazos abiertos, supongo que para señalar la música.

–No, recién llegamos aquí –responde Peter, y suena como si fuera Isaac.

La música se silencia de repente, Effy sale de un nicho detrás del piano con un disco negro en la mano.

–Hay un tocadiscos atrás –dice.

Tomo el álbum de sus manos. *La tumba inquieta*. Artista: Anónimo.

–La misma canción una y otra vez.

–Qué carajos –espeta Leela mientras me lo arranca de las manos.

–Eh, hay más.

Giramos hacia donde Ramón está parado frente al piano, con la cabeza inclinada sobre algo. Levanta un trozo de papel y lee en voz alta.

Ahora que tengo su atención, para mejorar
la dinámica creativa del grupo alguien más tiene que irse.
Ustedes deciden quién.

Nos reunimos a su alrededor uno a uno, como si fuera omnisciente. Sobre el piano hay una pila de fichas, un vaso lleno de

lápices recién afilados y una caja de madera con una hendija en la parte superior.

Ness lee sobre el hombro de Ramón:

Después de votar, vuelvan a sus habitaciones,
empaquen sus cosas y dejen el bolso en la puerta.
Uno de ustedes se habrá ido para mañana.
Los saluda, MG

Levanta la vista y sus ojos brillan de emoción.

–Es como *The Bachelor* –dice–, cuando tienen citas de a tres y un candidato es enviado a casa al final de la noche. –Pero frunce el ceño al caer–. Ay, no. Es terrible. No deberíamos… No deberíamos ser nosotros quienes decidan que alguien no pertenece aquí…

–No haremos esto de verdad. –Observo los rostros de mis compañeros, colegas, hermanos de armas.

Pero Peter ya está repartiendo las tarjetas y los lápices, y los demás se están esparciendo por la habitación para escribir. Miro a Effy, ella me mira a mí y me ofrece una sonrisa aterradora.

Al terminar, volvemos a las escaleras de nuestra ala privada, más callados de lo habitual. Luego, uno a uno, todos desaparecen en sus habitaciones. Nada de buenas noches, dulces sueños, adiós por si me expulsan de esta casa y del bosque antes de la mañana, solo puertas abriéndose y cerrándose.

–Espera –le digo a Effy antes de que también desaparezca.

Cuando la última puerta se cierra, solo quedamos los dos. La observo en la penumbra, a sus labios a centímetros de los míos, de repente tan reales y tangibles después de todo el tiempo que pasé

pensando en ellos. Quiero tocarle las puntas del cabello, acariciarle las mejillas, inclinarme a besarla. Porque ¿y si nunca vuelvo a tener la oportunidad? ¿Y si esto, aquí y ahora, es todo?

–¿Qué? –exige con impaciencia.

Había olvidado lo largas que eran sus pestañas, oscuras en contraste con el verde intenso de sus ojos, y la forma en la que parece sonreír y fruncir el ceño al mismo tiempo, una cosa en la boca, otra en las cejas. Cuento las pecas en sus mejillas: una; cinco; diez; veinte.

–Nada. Es que… desearía no haber arruinado todo contigo hace dos años.

–Si esperas hacerme cambiar de opinión sobre la votación, pierdes el tiempo.

–No me importa la votación. Bueno, tal vez un poco, pero no es por eso que… Intento disculparme para que no me odies para siempre. –Trato de dedicarle una sonrisa encantadora, una que diga: "Esto te perderás si me odias para siempre. Todo esto".

Sus cejas se elevan tanto que desaparecen bajo el flequillo.

–Me mentiste para que durmiera contigo. –Pronuncia las palabras lento como para que cada una parezca tener miles de sílabas.

–Bueno, más bien omití información relevante.

–Eso es mentir. Sabías que te irías y que yo pensaba que te quedarías. Querías que creyera eso. Todo eso de "cuando volvamos para tercer año" y "cuando hagamos esto y aquello", todo fue mentira.

–Es más complicado que eso.

–¿Lo es?

–Quería quedarme –afirmo–. Y quería marcharme. Quería estar en dos lugares al mismo tiempo. Aquí contigo y en casa con mis padres. Cuando supe que me iría, no planeaba conocer a alguien. Y luego llegaste tú. Pero ya tenía que irme, así que quise fingir que no.

Effy niega con la cabeza, mitad sonriente, mitad ceño fruncido. No sé a qué parte creerle.

–No puedo hacer esto, Arlo. No tengo intenciones de ser tu amiga. Además, conseguiste lo que querías, ¿no? ¿No era ese el plan? –Inclina la cabeza de un modo que me recuerda a Graffam–. ¿Sabes por qué nunca le conté a nadie sobre ti después de que dormimos juntos? Porque fue un error.

Intento tragar la amargura atorada en mi garganta, pero no desaparece, y no me sorprendería que se quedara ahí para siempre.

–Lo entiendo.

–¿Sí?

–Sí, estoy seguro de que entiendo.

Entonces, voy a mi habitación sin mirar atrás.

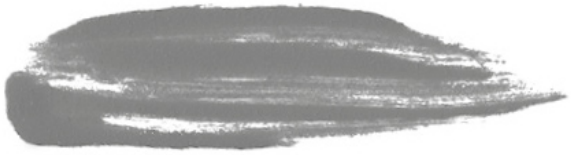


Diez minutos más tarde, he terminado de empacar todas mis pertenencias terrenales, algo en lo que, tristemente, me he vuelto bueno con los años. Después de dejar el bolso al otro lado de la puerta, me dejo caer en la cama, con la gorra de los Lakers sobre la cara.

Estoy a miles de kilómetros de casa. A miles de kilómetros de mi familia. Jonah está muerto.

Otra vez estoy despierto hasta la eternidad, así que hago lo que acostumbro desde el verano, desde que dejé de dormir: tomo un cuaderno y dibujo. Ojos verdes enmarcados por pestañas negras. Pecas como estrellas.

En tanto Effy esté aquí, no quiero dejar este lugar. En parte porque quiero enmendar las cosas, en parte porque todavía la quiero a ella. No es solo la primera chica con la que me acosté, es la primera chica a la que quise.



Effy

Viernes 9 de enero

Despierto con el tañido de la campana del patio; la abuela es testigo de que no soy la más activa por la mañana, que me cuesta empezar el día. El reloj de pared marca las ocho de la mañana y siento una culpa extraña de haber dormido siquiera.

Los sucesos de anoche vuelven de golpe. La canción, las instrucciones de Graffam sobre el piano. "Alguien más tiene que irse. Ustedes deciden quién". Luego caigo en la cuenta: yo sigo aquí.

Empujo las sábanas y comienzo a correr. El pasillo está vacío, excepto por los bolsos frente a cada puerta. Tal vez aún no se fue nadie. Cuento el equipaje: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho. Sin contar mi bolso. Tres pertenecen a Ness, lo que significa que falta uno. Al principio, creo que es el de Arlo y siento una extraña mezcla de alivio y algo que no puedo identificar. Pero no, su habitación es la de la puerta roja y hay un bolso militar frente a ella.

Luego noto que hay un solo bolso frente a la habitación grande, la que comparten Isaac y Peter, lo que significa que ella en verdad cumplió. Graffam envió a alguien a casa.



Según el itinerario en la tarjeta, hoy tenemos que reunirnos en el salón octógono a las nueve en punto. Llegué temprano, igual que Ness y Leela, las tres ansiosas por ver quién falta. No sé por quién votó Leela, pero sé que Ness votó a Isaac.

Los chicos se toman su tiempo, llegan justo cuando el reloj marca las nueve. Ramón entra seguido por Arlo y, por último, Isaac, como si hubiera planeado hacernos esperar. Entra con las manos unidas sobre la cabeza en celebración, y hace un pequeño baile, igual que en cada zona de anotación cuando marca un *touchdown*.

–Y luego fueron seis –dice Arlo.

–¿Así que Peter se fue? –dice Leela en tono de pregunta.

–Sí. –Isaac se deja caer en la silla–. Vinieron a buscarlo alrededor de las cinco y lo sacaron a patadas. –Para haberse quedado con la habitación más grande para él solo, suena demasiado sombrío.

Pero todos estamos bastante callados esta mañana, el aire se siente pesado mientras nos miramos unos a otros, preguntándonos quién votó por quién y quién será el próximo.

Cuando encuentro la mirada de Arlo, la expresión en ella es ilegible. *No voté por ti. Iba a hacerlo, pero, por alguna razón, no*

pude, pienso.

Es el primero en romper el contacto visual, luego toma algo del centro de la mesa. Otra tarjeta.

–"Los veo afuera" –lee. Luego la gira para que todos la veamos.



Meredith Graffam nos mira desde el techo. Con el cabello hacia atrás, no es más que un rostro pálido sobre un abrigo blanco que vuela a su alrededor, una visión fantasmal. Excepto que ella es real, está muy alto, el techo debe estar resbaladizo con hielo y nieve y es peligroso con todos esos ángulos, picos e inclinaciones. Graffam está haciendo equilibrio en el extremo como si planeara remontar vuelo.

–¿Qué demo…? –la voz de Arlo se apaga cuando sigue mi mirada hacia arriba.

–El miedo –dice Graffam. La miramos desde abajo, boquiabiertos, ojos fijos en ella– no tiene lugar en la narración. No pueden tener miedo y escribir, porque, si tienen miedo, lo que escriban será deshonesto, una nota desafinada en una melodía hermosa. Nadie recordará esa canción. Si algo recuerdan, será el miedo.

Una ráfaga de viento suelta su cabello de la coleta, el corazón me da un vuelco al imaginar a la propia Graffam saliendo disparada por el aire. Pero ella permanece firme, como si fuera parte del techo, una veleta o una chimenea.

–Escribir es una de las cosas más aterradoras que podemos hacer. Implica adentrarnos en nosotros mismos, escarbar en nuestros sentimientos más profundos y oscuros y luego exponerlos ante lectores y espectadores que los destrozarán. Es una agresión. Así se siente cuando escarbas lo suficiente. Pero es mucho mejor sufrir por algo que sea verdadero, honesto y real, que por algo pequeño, tímido o que busque agradar a una audiencia desconocida.

–Antes dijo que teníamos que incomodarnos y tener miedo –le grita Isaac desde abajo.

–Lo dije –responde ella–. Hay que tener miedo y no tenerlo al mismo tiempo. Ten miedo de ir a donde no quieres ir, pero no le tengas miedo a escribir sobre lo que encuentres allí. Todo está permitido.

Es difícil explicar lo que se siente al mirarla desde el suelo. Jamás en mi vida uno de mis profesores se subió a un techo cubierto de nieve ni me dijo que saltara a un océano helado o me obligó a sacrificar a uno de mis compañeros. Tengo una sensación vertiginosa y demasiado cálida, como si también yo estuviera de pie sobre ese techo.

Un brazo se enlaza con el mío: Ness, cuyo aliento sale en pequeñas nubes blancas. La acerco más a mí, como a una manta humana de seguridad. *Es todo lo que tengo en el mundo*, pienso. *Ness y la abuela*. Las dos personas que mejor me conocen y más me quieren.

–Esta es su oportunidad –resuena la voz de Graffam–. De revelarse ante ese miedo y liberarse. Dejen que el viento se lo lleve, que las olas lo ahoguen. Yo iré primero. Mi mayor miedo, bueno, además de las alturas…

Quienes estamos en el suelo nos reímos nerviosos.

–Mi mayor miedo es ser común y corriente, no tener nada propio que decir. Que me echen de la fiesta. Que ni siquiera me inviten. Ser olvidada. –Otra ráfaga de viento. Su cabello se suelta por completo y mechones oscuros le azotan el rostro–. Ahora ustedes –grita.

Los seis intercambiamos miradas furtivas, como diciendo, *¿Qué demonios hacemos?* No pienso quedarme aquí parada gritando mis miedos frente a Meredith Graffam, Arlo y los demás. Ni siquiera frente a Ness. Hay una razón por la que intento ocultar las cosas que más me asustan, nadie quiere andar por el mundo como un nervio expuesto.

–Paso –dice Isaac. Nos sonríe a nosotros, luego a ella–. Si da lo mismo.

–¿No basta con decirnos a nosotros mismos a qué le tenemos miedo? –pregunta Arlo. Después nos mira a Ness y a mí y murmura–: Saben que esto es retorcido, ¿verdad? –Asiente hacia Graffam, tres pisos más arriba–. En serio, muy retorcido. –Busco en su rostro algún atisbo de sonrisa que me indique que, a pesar de todo, está tan hipnotizado como el resto de nosotros. Pero se ve más serio que nunca.

Graffam grita desde lo alto:

–Si no revelan sus miedos, ¿cómo esperan causar impacto? Sus palabras importan, aunque no lo crean. Por naturaleza, dudamos de nosotros mismos, ya sea por lo que nos enseñaron o por lo que somos. ¿Por qué alguien querría escuchar lo que tengo que decir? Lo repito: si no tienen una historia, invéntenla. Y si no revelan su mayor miedo, saltaré de este techo.

Cuando nadie dice nada, se acerca al borde, con lo que provoca una pequeña avalancha de nieve, su pie resbala, y ella extiende los brazos como si fueran alas. La observamos luchar por mantener el equilibrio; el brazo de Ness aprieta el mío, mi mandíbula se tensa y mi corazón late con fuerza, como las olas que rompen contra la orilla. *Esto*, pienso. *Que caigas de ese techo es mi mayor miedo.*

Leela se lleva las manos a la boca.

–Amo a mi hermano –grita–, pero no quiero convertirme en él. Es demasiado prudente. Me da miedo ser así de cauta. Volverme vieja antes de tiempo. –Nos mira y se encoge de hombros.

–Tengo miedo de que me envíen a casa –dice Ness.

–Más fuerte –grita Graffam–. No te oigo.

–¡Tengo miedo de que me envíen a casa! –grita Ness–. De que me echen de aquí. Tengo miedo de que se den cuenta de que no merezco mi lugar y que solo estoy ocupando el lugar que le pertenece a otra persona.

–Bien –responde Graffam, mirándonos desde arriba–. Todo o nada. Todavía puedo saltar.

–Tengo miedo de que me dejen –confiesa Ramón, sin apartar la vista de Graffam, como si solo existieran ellos dos–. No quiero que me dejen. Sobre todo si es por mi culpa, por haber alejado a alguien o por creer que se iría. –Sus ojos bajan hacia la nieve a nuestros pies. Miro la forma en que inclina la cabeza, hay algo vulnerable en la piel descubierta de su nuca.

–No quiero vivir la vida de otra persona –aporta Isaac.

–Bien –responde ella otra vez–. Arlo. Effy.

Puedo sentir que él espera que yo hable primero, igual que yo espero que lo haga él.

Una lluvia de nieve cae a nuestro alrededor, levanto la cabeza justo a tiempo para ver a Graffam haciendo equilibrio en el borde, con los brazos extendidos y los ojos cerrados.

–Contaré hasta tres –dice al cielo. Y sé que lo dice en serio, va a saltar de ese techo. Puedo imaginarme llamando a Books, quien llamará al 911, que enviará una ambulancia que la llevará al hospital más cercano, y los seis seremos enviados a casa, recordados para siempre como los chicos que arruinaron a Meredith Graffam.

Arlo y yo hablamos al mismo tiempo, gritando el uno sobre el otro. Él dice algo sobre no querer sobrevivir y fracasar, mientras que yo grito:

–Tengo miedo de dejar a mi padre fuera de mi vida para siempre y tengo miedo de dejarlo volver a entrar.

–No –grita ella, mirándome–. No estás escuchando. No lo entiendes. Nunca llegarás a ninguna parte si eso es lo más lejos que estás dispuesta a ir.

Y entonces salta.

Mientras la veo caer, con los brazos extendidos en el aire y el cabello flotando como listones, mi sangre se hiela, también mi garganta y mis extremidades, y ya no siento el corazón. Solo puedo quedarme aquí parada, congelada.

Graffam aterriza en un banco de nieve que no vimos, porque estábamos muy ocupados mirando hacia arriba. La vemos sacudirse y ponerse de pie sobre tierra firme, como todos nosotros. Y suena casi triunfal al contarnos que le ordenó a Wesley que levantara el banco de nieve por ella.

–De seguro siempre planeó saltar de todas formas –dice Ness más tarde–. No fue por ti.

Pero sí fue por mí, porque, como siempre, no pude ir a donde debía ir. En este caso, dentro de mí.



Después del almuerzo, tomo mi computadora y mis libros y busco un lugar para trabajar. Graffam nos asignó la tarea de escribir un párrafo identificando nuestro miedo y trazando su origen. Un solo párrafo, que tenemos que entregarle por la noche.

Atravieso el teatro, con su balcón dorado, y justo detrás, en una esquina tan oscura que casi no la veo, hay una escalera con la baranda en forma de serpiente, la cabeza en el extremo inferior, con las fauces abiertas. Meto la mano dentro; Ness me diría que no lo haga por temor a que la boca se cierre de algún modo y atrape mi mano. Luego me inclino para mirar a la serpiente a los ojos y siseo. A continuación, miro hacia arriba; las escaleras llevan al ala de Graffam, a una entrada trasera. Tras acariciar la cabeza de la serpiente, pongo un pie en el primer escalón.

De repente, un aroma dulce y embriagador me distrae, así que lo sigo hacia otra habitación. Resulta ser un solario, con techo alto de cristal y paredes vidriadas. En un principio creo estar afuera, pero luego noto el sofá semicircular verde oscuro, escondido entre plantas y árboles rozagantes, con almohadones gigantes alrededor. Las enredaderas que trepan por las paredes son parte de la estructura de Moss tanto como las chimeneas.

Tras dejarme caer en el sofá, escucho el fluir de una cascada oculta. No sé mucho sobre plantas, apenas lo suficiente para reconocer helechos, palmeras, glicinas y hiedra inglesa, quizás camelias, pero no mucho más.

La casa me dice mucho sobre Moss Hove: le gustaba entretener, amaba leer, disfrutaba de la música y los juegos, le intrigaba lo sobrenatural. Y los colores vivos de las habitaciones y los tesoros que coleccionaba refuerzan que valoraba la belleza. Sin embargo, también parecía atraído por lo oscuro y monstruoso. Y amaba la naturaleza. Siento su presencia en toda la casa, como si hubiera salido y pudiera volver en cualquier momento.

Esta habitación es mía, pienso. Cierro la puerta para que los demás sepan que no deben entrar, vuelvo al sofá e inclino la cabeza hacia el cielo, que se cubre de nubes, se despeja y se vuelve a cubrir en poco tiempo. Se oye música lejana.

Disfrutando el aroma dulce en el aire, escribo un poco. El primer cuento que escribí es el más personal, sobre una adolescente que pierde a ambos padres en una noche, pero a diferencia de la historia real, los padres ficticios son asesinados. Es la historia con la que entré al Curso de enero, la única que terminé, porque las demás me causan dificultades, como si mi imaginación se hubiera marchitado al llegar a Moss.

La creatividad es voluble, puede llegar a toda máquina o puede ser esquiva, como una mariposa que sale volando justo antes de que la toques. Puede abandonarte por completo, dejarte seco, vacío y preguntándote si alguna vez volverás a escribir. Y no hay nada más efectivo para volverte inútil que saber que tienes que producir algo.

Todavía no puedo acceder al wifi, así que no puedo obsesionarme buscando en Google: "Clay Reynolds. Charlotte Reynolds. Mujer muere por el impacto de una camioneta contra un árbol. Hombre sentenciado a quince años de prisión por la muerte de su esposa". Me convenzo de que es lo mejor. Además, no encontraré nada, porque nunca hay nada, solo diez líneas que anuncian su salida de prisión en la página principal de *The Weekly Sentinel*, un artículo que recuerdo de memoria por tanto leerlo.

Durante los primeros años después de la muerte de mi madre, solía hablar con ella. Sin importar dónde me encontrara ni qué estuviera haciendo, le contaba cualquier cosa que quisiera que supiera. Pero un día dejé de hacerlo, porque las conversaciones unilaterales me hacían extrañarla todavía más.

–Él lo llamó Cuarto del cielo.

Al levantar la vista, me encuentro con Graffam de pie en la puerta abierta.

–Cuarto del cielo –repito–, me agrada.

Estar frente a personas poderosas es estimulante. Con el paso de los años, la abuela me presentó a amistades y colegas, artistas, músicos, dramaturgos y fotógrafos como ella, íconos de la fotografía que llegaron a ser casi familia.

Pero el magnetismo de Meredith Graffam, a tan corta distancia, es vertiginoso. Es una de esas personas que tienen su propia termosfera, como si pudiera canalizar el sol mismo. Ha atravesado el infierno y salió con cicatrices de guerra. Es poderosa, feroz y humana. Hace lo suyo para romper el techo de cristal de las mujeres y también les da una oportunidad a escritores jóvenes. En muchos sentidos, es quien quiero llegar a ser.

Como no se va de inmediato, hago espacio para ella en el sofá. Se sienta y gira hacia mí.

–Pensé que quizás tenías algo que decirme.

–Siento haberla hecho saltar.

–Tú no me hiciste hacer nada. No eres responsable de mí. Igual que no eres responsable de Ness ni de los demás.

–Lo sé. Es solo que no soy muy buena mirando hacia adentro. Puedo hacerlo, pero no me gusta.

–A nadie le gusta. Pero con trabajo puede mejorar. Hay partes de mi vida de las que todavía no me gusta hablar, pero a veces hablar de ellas es lo único que exorciza a los fantasmas. –Se reclina un poco en el sofá–. Yo también tuve una Ness. Se llamaba Lara. Solo que, en mi caso, yo era la estudiante becada y ella era la que tenía pedigrí. –La palabra me hace estremecer–. Debes saber que yo no era feliz aquí al principio. No importaba que hubiera entrado por mis propios méritos, me trataban como si no valiera nada. Pero luego conocí a Lara. Éramos como hermanas, tanto que las líneas comenzaron a desdibujarse, ya no sabíamos dónde terminaba ella y dónde empezaba yo. Creo que no fui consciente de mi capacidad hasta… –Se aclara la garganta. Cuando vuelve a hablar, su voz suena áspera, cargada de emoción–. Hasta mucho después.

Me quedo en silencio mientras asimilo lo que acaba de decir.

Ella entorna los ojos mirando al techo, luego echa un vistazo a la habitación. Finalmente, vuelve a posar la mirada en mí.

–Así que, dime por qué estás aquí. Quiero saber la verdadera razón.

Ni siquiera tengo que pensarlo. Le cuento que solía acompañar a mi abuela en sus sesiones de fotografía cuando era niña, que me

fascinaba que pudiera fotografiar el mundo cotidiano y hacerlo parecer interesante o mágico. Capturaba la verdad, pero también la belleza, incluso en sus imágenes más crudas. Crecí queriendo hacer eso también, pero no con una cámara, sino con palabras. Y luego mi padre salió de prisión y me escribió una carta, y no supe qué hacer con eso. Así que pensé que podía escribir sobre ello o alrededor de ello, para intentar entender lo que sentía.

Levanto *Frankenstein*, luego lo dejo de nuevo sobre la mesa.

–Este libro –digo. Pero no termino la frase, porque ¿cómo decirlo? Este libro habla del libre albedrío y de la elección, del bien y del mal, de lo que hace a un monstruo, humano o no. Y tal vez en sus páginas esté el porqué y el cómo, una forma de entender. O quizás la respuesta esté aquí, en Moss, en el proyecto en el que estoy trabajando.

Graffam interrumpe mi monólogo interno.

–Entonces, ¿cómo puedo yo, Meredith, ayudarte a ti, Effy, a expresar la verdad?

Siento que me he relajado un poco. Las sombras juegan sobre su rostro y, de pronto, se ve imponente. Sabia. Enigmática, como una esfinge.

Y como no sé por dónde empezar, porque tengo demasiadas cosas que quiero preguntarle, digo:

–El diario en video, grabé la primera entrada anoche, pero se sintió tan… no sé, antinatural, estar ahí sentada hablando sola. Nunca llevé un diario, a menos que las cartas que le escribí a mi padre cuenten –Hago una pausa–. Empecé a escribirle hace años. Le contaba sobre mi vida. –Eso fue después de que dejé de hablar con mi madre–. Al principio era "Mira lo jodida que estoy, mira lo rota

que me dejaste, mira lo que me hiciste". Pero luego, con el tiempo, se filtró algo bueno entre todo eso. Nunca las envié, pero escribirlas me ayudó. Me ayuda.

Graffam es la primera persona a la que le cuento esto. Ni siquiera mi abuela lo sabe.

–Entonces, ¿por qué no diriges tu diario en video a él?

Una parte de mí se resiste a la idea de traerlo a Moss de esta forma tan personal, pero luego pienso: ¿acaso no lo traje conmigo ya?

–Tus entradas pueden ser lo que tú quieras que sean –dice–. Y, en cierto modo, ya lo has estado haciendo. Si te resulta más natural, dirígelas a él. Eso no significa que tenga derecho a guiar tu historia, solo hasta donde tú se lo permitas. –Entonces sonríe–. Puedes usarlo.

–¿Usarlo?

–A tu padre. Y a todo lo que ronde por tu cabeza, a quien ocupe tu mente. Vuélcalo en tu trabajo. Eso es lo que se supone que debo decirte. La verdad es que, a veces, estás demasiado cerca. Estás involucrada, pero no quieres estarlo, sobre todo cuando se supone que tu trabajo debe ser un refugio. A veces solo quiero quemarlo todo y reducirlo a cenizas.

–Dios, yo también.

–Pero te contaré un secreto. Puedes adornar la historia, mentir, llámalo como quieras. Puedes tomar la verdad y retorcerla, mejórala, darle un final mejor. Todo lo que me ha pasado en la vida es material para mi trabajo. Incluso mientras lo estoy viviendo, sé que escribiré sobre ello. Quizás no hoy, quizás no mañana, pero algún día.

Siento el impulso de copiar sus palabras en mi computadora, pero esta no es una clase, es una conversación, así que solo asiento e intento memorizar todo lo que dice.

–Entonces –dice–, ¿cuál es tu mayor miedo?

–Perder. Perder aquí, en el Curso de enero. Perder a la gente, como a mi abuela. –La muerte de mi madre es prueba de que no importa cuán invencible parezcas, cuán atenta o preparada estés; la vida siempre encuentra la forma de derrumbarte–. Solo… perder.

Graffam inhala profundo y luego suelta el aire con fuerza. Espero que me felicite por mi sinceridad, por haber escarbado tan profundo, pero en lugar de eso dice:

–Puedo entenderlo. Más de lo que imaginas. –Se observa las puntas del cabello, suelto sobre los hombros, y luego empieza a trenzarlo con destreza–. Nunca quise tener hijos. Cuando tenía tu edad, ya sabía que no estaba hecha para ser madre. Pero lo que no entiendo es por qué eso me convierten en villana solo por ser mujer. Si fuera un hombre, sería diferente. Y en Hollywood, en cualquier industria en realidad, no se te permite fracasar si eres mujer. Y si fracasas, no se te permite hacerlo más de una vez.

Hace una pausa. Sigo su mirada hacia la ventana, donde imagino que observa a su versión más joven.

–Y si te acuestas con alguien con quien no deberías, no te lo perdonan, ni siquiera si fue un error estúpido –sumo–. Te llaman puta. Tampoco se te permite acostarte con alguien solo porque te gusta y te hace reír. En especial cuando esa persona se va sin decir una palabra, rumbo a una vida completamente nueva y tú tienes que quedarte en la vieja. –En cuanto esas palabras salen de mi boca, quiero tragármelas.

–¿Después de mentirte solo para "tener sexo"? –Debo parecer sorprendida, porque agrega–: No fue difícil de adivinar. Y lamento que tengas esa distracción aquí. Me encantan los hombres, pero pueden interponerse en el camino, y depende de nosotras no permitirlo. Aplican las mismas reglas, tengas diecisiete o casi cuarenta. Como mujeres, no se nos permite ser humanas ni cometer errores.

Me sonríe, y me descubro sonriendo también. Pienso en el acuerdo de confidencialidad que firmé antes de venir, en el hecho de que sus secretos y los míos están a salvo dentro de esta habitación.

–Creo en las segundas oportunidades, claro, en ciertas circunstancias. Pero te daré un consejo –dice, inclinándose un poco hacia mí–: Siempre cuídate la espalda. Hace algunos años, antes movimiento del *Me Too*, había un productor que me dejó muy claro que, si me acostaba con él, me ayudaría a avanzar. Yo en verdad quería trabajar en su película. Era una buena, tan buena que no quería perder la oportunidad, aunque él fuera un imbécil de proporciones épicas.

–¿Qué hizo?

–Le dije que no. Y me quedé, porque, bueno, fue después del estreno de *La cacería* y todo lo que vino después. Me sentía desesperada, como si tuviera que aceptar lo que fuera que me ofrecieran. Estaba agradecida de seguir trabajando. Era segunda asistente de dirección, pero él me hacía buscar el café y esos asquerosos batidos de germen de trigo que tanto le gustaban. No recuerdo cómo se me ocurrió, pero un día vi el frasco de Visine, gotas oculares, en mi bolso y empecé a echarle unas a sus batidos, apenas lo suficiente para que pensara que tenía una intoxicación

alimentaria durante un par de semanas. Fue bastante poco original, pero sorprendentemente satisfactorio. –Sonríe, y yo también lo hago–. También fue bastante terrible, pero era joven y estaba furiosa. Hasta que un día eché demasiado, y él se desmayó en el set. Lo llevaron de urgencia al Cedars-Sinai y mientras los médicos le hacían pruebas, lo reemplazaron en la película. Nunca descubrieron qué tenía. Suena mal, pero nadie murió y, créeme, se lo merecía. Creo que él sabía que había sido yo, así que no hubo policía de por medio y, como por arte de magia, todo desapareció.

Parece perdida en el recuerdo. Un recuerdo agridulce por la expresión de su rostro, aunque más dulce que agrio. Me pregunto si eso será lo peor que ha hecho. Pienso en su primer libro. ¿De qué habrá sido culpable? De haber identificado a la persona equivocada en una rueda de reconocimiento, de haberse asegurado de que aquel hombre, uno que creía culpable, terminara encerrado. No lo hizo por malicia. Lo hizo porque pensó que él había matado a su amiga. Y aun así la condenaron por ello.

–Como mujeres –continúa–, tenemos que tener cuidado. Cuidado con lo que damos de nosotras mismas y cuánto damos, sobre todo a personas que no lo merecen. Si pudiera darle un consejo a mi yo más joven, sería mantener los ojos bien abiertos, sin importar la situación. Y si no, al menos llevar siempre un frasco de gotas oculares.

El momento se siente extraño y muy denso.

–Ojalá hubiera tenido uno conmigo. Me hubiera servido –comento.

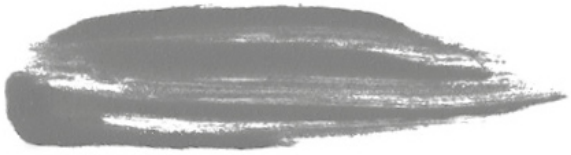
Ella se ríe, y luego se levanta del sofá.

–Te dejaré seguir con lo tuyo. Tengo muchas ganas de leer más de tu trabajo, Effy Green. –Me dedica una sonrisa–. Y, si no te importa,

no les digas a los demás que me viste.

Cuando se va, me quedo sentada mientras la escena se reproduce en mi mente: el productor imbécil cayendo rendido, literalmente, por culpa de la joven escritora despechada. Me imagino haciendo lo mismo con Arlo, envenenándolo poco a poco hasta que termine en el hospital.

Durante un buen rato, no me muevo, perdida en mis pensamientos. Hasta que los relojes anuncian el cambio de hora y me doy cuenta de que es momento de prepararme para la cena.



Arlo

Viernes 9 de enero

La casa está despierta y alegre, con música, risas y velas encendidas en todas las ventanas. Isaac y yo seguimos el ruido hasta el teatro, donde Meredith Graffam, vestida de blanco, es el centro de atención entre varias decenas de extraños. Todos rondan por el lugar, riendo y conversando con bebidas en mano. El centro de la habitación fue despejado para hacer una pista de baile desenfrenado, donde hombres vestidos de esmoquin zigzaguean balanceando bandejas con pericia sobre la cabeza.

Una mujer calva de unos treinta años toca el piano, mientras que, en el balcón, una octogenaria en vestido de gala trina una canción fuerte e indecente, con los ojos cerrados y meciéndose de forma tan exagerada que temo que caiga por el barandal. El público canta con ella o grita sobre la música para ser escuchado. El ambiente tiene vibras de época prohibicionista frenética y, por un momento, siento que caí en un agujero de gusano y retrocedí en el tiempo.

A mi lado, Isaac asiente con la cabeza.

–Muy bien, muy bien. –Isaac Williams ama las fiestas.

Graffam nos ve desde el otro lado de la multitud y nos saluda antes de que un hombre con una boa de plumas rosadas la haga girar. La energía es contagiosa, tanto que siento que también la estoy absorbiendo y me pregunto si será así a dondequiera que vaya, si dejará un rastro de gente electrificada a su paso.

Un camarero pone bebidas en nuestras manos, creo que son martinis. Espero que algún adulto responsable intervenga y nos las saque, pero cuando nadie lo hace, Isaac y yo nos miramos y vaciamos nuestras copas.

Alguien nos saluda y encuentro a Drea, con un vestido rojo radiante y el cabello recogido.

–Meredith está dando una fiesta –grita sobre la música.

–Lo vemos –grito en respuesta.

–¿Quiénes son estas personas? –pregunta Isaac mientras deja la copa vacía en una bandeja.

–No tengo idea. Zoe, su asistente de Los Ángeles, se encarga de la planificación de eventos. Imagino que son todos muy famosos e importantes.

Aunque sonríe, se ve nerviosa. Me pregunto si Graffam se molestó en decirle al decano Booker sobre la fiesta o si las reglas no aplican a ella.

Isaac se aleja en busca de otra bebida y es tragado por un mar de cuerpos.

–Así que, ¿qué haces por Meredith Graffam cuando no estás planeando fiestas de las que no estabas enterada? –le pregunto a Drea.

–Lo que ella necesite. Puedo ser un apoyo creativo, pero hasta ahora más que nada la represento cuando ella no puede estar. Como…

–¿Una niñera?

–Iba a decir "presencia" –ríe–. También estoy usando el tiempo para terminar mis Petunias, porque la semana después del curso tendré mi primera presentación en una galería. Meredith movió algunas influencias para conseguirlo y acaba de darme la noticia, así que…

Una risotada radiante resuena sobre el bullicio y hace que Drea y yo giremos para ver a Graffam al otro lado de la habitación.

–Mi hada madrina –dice Drea.

Como si la escuchara, Graffam se eleva en puntas de pie, señala en nuestra dirección y llama a Drea para confirmar que sí, la necesita. Drea me ofrece una sonrisa apenada antes de ir hacia ella.

Así que ahora estoy solo. Todavía me estoy acostumbrando a estar rodeado de muchas personas al mismo tiempo, resulta que el duelo puede dejar efectos secundarios duraderos. En mi caso, baja energía social.

–¿Sabes a quién le hubiera encantado esto? –Isaac reapareció.

–A nuestro viejo amigo Peter.

–¿Por quién votaste, por cierto? –Me choca el hombro–. Y será mejor que no digas que por mí.

–Tranquilo, amigo, no eras mi primera opción. –Busco a Ramón con la mirada, que está aleccionando a un par de mujeres sobre Dios sabe qué junto a la chimenea. Isaac sigue mi mirada.

–¿Por Santos?

Asiento, bebo un trago e intento reprimir la culpa que siento por haber sacrificado a uno de los nuestros.

–Sí –afirma Isaac–. Tobin es de lo más irritante, pero siempre está predispuesto a pasar un buen rato. Por otro lado, Ramón…

–Las chicas deben haber votado por Peter.

Mientras lo digo, una pequeña chispa se enciende en mi pecho y es entonces cuando veo a Effy. Usa un vestido negro, el cabello medio recogido, medio suelto y brilla más que nadie.

Quizás sea por la habitación abarrotada o por el fuego crepitante, pero esa pequeña llama arde con más fuerza. *Effy pudo haber votado para echarme de esta casa, pero no lo hizo.*

El tintinear de unas copas me saca de mi ensoñación. La música se detiene y todos se giran para mirar a la mujer de blanco que está descalza sobre el balcón.

–Por favor, pasemos al comedor –anuncia Graffam–. La cena está servida.



En el comedor hay tres mesas largas, adornadas con velas, flores y vajilla elegante. Buscamos nuestros lugares entre un alboroto de movimiento, bullicio y risas. Encuentro el mío en la mesa central, entre una bailarina de ballet retirada y Drea, frente a Effy.

Wesley aparece con una botella azul brillante, cuya etiqueta dice "Whittier". Observo cómo nos sirve cantidades modestas para

menores de edad.

–Es de un viticultor amigo de Graffam. Vino sin alcohol –me informa.

–Suena genial.

Graffam se pone de pie, levanta la copa y la golpea con el tenedor hasta que la habitación queda en silencio.

–Todos debemos encontrar nuestra comunidad en esta vida salvaje y preciada. Amigos que aviven nuestra llama creativa, que nos inspiren confianza. Todos en esta mesa son ejemplos de ello. Como dijo la difunta Carrie Fisher, "Ten miedo, pero hazlo de todas formas". Mis seis extraordinarios…

Tardo un momento en entender que se refiere a nosotros: Ness, Isaac, Ramón, Leela, Effy y yo. Debo admitir que se siente bien, como si perteneciera aquí, a esta mesa entre esas personas extrañas y hermosas. Como si fuera más que Arlo el dañado, Arlo el que mató a su mejor amigo.

–Les tengo una tarea –continúa Graffam–, tanto para el curso como para la vida. Creen su propio mundo, con sus reglas, leyes y lenguaje. Con su cultura e historia. Que sea la clase de mundo que quieren habitar, tal como hicieron Los raros antes que ustedes. –Levanta su copa para todos, estudiantes e invitados–. *Slán go fóill!*

Los demás intentamos repetirlo, pero suena más como "slayangoful". Bebo un trago y el vino me sorprende. Es bueno, cálido y dulce, como la Navidad. El comedor vibra por la conversación. Graffam va de invitado a invitado, presentándolos a su paso. Son directores, publicistas, músicos y artistas exitosos. Una mujer dice ser una "arregladora", pero no explica más.

–Cuando estudiaba aquí, los arregladores eran bastante comunes. –La voz de Graffam recorre la habitación–. Todos los padres tenían uno. Al parecer, no ha cambiado. –Sigo su mirada hacia Ramón, que se encuentra sentado entre la pianista y la cantante. Cuando me ve mirándolo, se sonroja.

–Muchas personas poderosas aún los tienen –dice la arregladora–. Créeme, me mantienen ocupada.

–Los sitios como Brighton y Hove son mucho más fáciles cuando eres a prueba de balas. –Graffam suena muy animada–. Hubiera dado lo que fuera por que alguien me cuidara la espalda. Pero, por desgracia, tuve que enterrar a mis propios muertos.

–Por tener a otros que entierren los cadáveres –brinda el hombre de la boa rosada.

Cuando la conversación sigue su curso, Rosa, la bailarina a mi lado, mira a Graffam.

–Ha sido duro para ella –comenta en tono pensativo y secreto, como si estuviera hablando consigo misma.

–¿Perdón?

Me mira de reojo, lo que confirma que está hablándome a mí, luego vuelve a mirar a Graffam.

–A dondequiera que vaya, no importa qué proyecto haga, siempre la remontan a *La cacería* y a *La mentira*. Tiene que probarse a sí misma una y otra vez. –Me mira de reojo otra vez–. Sabe de primera mano lo que significa luchar por tu lugar. Resistencia del alma, así lo llamo.

Effy nos observa desde el otro lado de la mesa, me observa, así que le guiño un ojo y le enseño los confiables hoyuelos. Ella pone los ojos en blanco y se gira hacia la persona a su lado.

–¿Es de sorprender que prefiera rodearse de gente que le dice lo que quiere escuchar? –Apunta a Drea con la cabeza–. Tampoco ayuda que ya no sea cercana a nadie.

–¿Ya no?

–Esa amiga que murió, de la que escribió en su primer libro. –Se inclina en tono conspirador, su hombro pegado al mío–. No creo que se haya permitido acercarse a nadie desde entonces. No se acercó a Paddy, sin duda, ni siquiera en el punto más intenso de su *liaison amoureuse.* Aunque, claro, considerando que toma historias prestadas y retuerce la verdad, no es de extrañar que la gente se aleje de ella.

–¿Qué quieres decir con "toma historias prestadas"?

–Tú sabes: un suicidio familiar por aquí, el divorcio de una amiga por allá, la muerte del hijo de un pariente lejano. Para Meredith, todo es material para su arte y nada está fuera de los límites…

Resuenan risas estruendosas al final de la mesa y, con eso, siento que la conversación se termina.

La cena continúa animada y sin incidentes. Llega un plato tras otro, hasta que juro que no quiero volver a ver, oler o probar comida nunca más. Después del postre, todos claman para que Graffam les cuente en qué está trabajando, y caemos un silencio comatoso, cargado de carbohidratos, cuando ella levanta una mano, una sola, para pedir atención.

–Me temo que todavía no estoy lista para hablar de eso –dice. Surgen gemidos de decepción y, como compensación, relata los orígenes de La cacería salvaje: una noche de enero de 1922, Zachary Brighton propuso un juego de escondidas. Un simple juego infantil empapado de folclore y leyendas.

–Le encanta tener público –comenta Rosa mientras pincha la aceituna de su martini una y otra vez, como si intentara atrapar un pez–. Aun así, es bueno que esté trabajando otra vez –su tono deja un "supongo" implícito.

–¿Habló contigo de eso? –le pregunto–. Porque a mí no me dijo nada y somos como uña y carne. –Junto las puntas de dos dedos.

–No –responde con la voz plana y sin humor que he llegado a conocer y apreciar en las últimas horas–. Pero se nota. Siempre se la ve más viva cuando tiene un proyecto.

Los dos observamos a Meredith Graffam. Resplandece a la luz de las velas, más grande que la vida misma. El calor que irradia lanza chispas, enciende fuego y nos consume a todos.



Nuestros invitados se fueron temprano para adelantarse a la nevada que, según dicen, llegará antes de la medianoche. Ahora la casa está en silencio, y siento una especie de alivio. Por mucho que me encanten las buenas fiestas (sino pregúntenle a mi hermano, a mis padres, a la policía de Santa Mónica) es extraño, pero se sintió intrusivo tener forasteros aquí. Como si, al igual que para Los raros, este mundo nos perteneciera solo a nosotros.

Como no puedo dormir, voy a donde siempre: al agua. Llega una capa de niebla desde el océano, y yo estoy tan ensimismado en mi cerebro caótico, ahogado en martini, que no veo la figura al

principio, de pie en los acantilados, cerca de la Falla del errante. Cuando Graffam emerge de la niebla, casi me orino del susto.

–Jesucristo –digo.

Ella no responde.

No quiero compañía, pero tampoco quiero ser grosero, así que me quedo allí, sintiéndome raro, torpe e incómodo. Me aguanto todo lo que puedo, pero luego explico:

–No puedo dormir.

Sus ojos se apartan del océano y se posan en mí. Muy, muy lejos, en el horizonte, más allá del faro, hay luces, probablemente de un barco.

–Yo tampoco. –Asiente, de forma casi imperceptible.

–Cuando no puedo dormir, vengo al agua –le digo–. Es algo que hago desde el verano pasado.

Su expresión está vacía y aquí, sobre los acantilados, envuelta en un abrigo sin forma, con el labial difuminado, de repente parece una persona mortal, de tamaño normal.

–Es como enfrentar mi mayor miedo, así lo veo. En este caso, lo que me arrebató algo que amaba. No este cuerpo de agua en particular, claro, pero se entiende la idea.

–¿Y funciona? –inclina la cabeza, interesada–. ¿Está haciendo lo que necesitas que haga?

–Aún no, pero bueno, es solo agua –respondo, un poco triste–. Como sea, tienes que asegurarte de hacerlo bien, todo está en la postura. Y en la actitud.

Hago la demostración: pies separados, piernas derechas, pero con las rodillas apenas flexionadas. Las manos en los bolsillos del abrigo y el mentón elevado en señal de "Ven por mí, maldito bastardo". Ella

me imita a la perfección; a fin de cuentas, es una actriz ganadora de un Oscar.

–Bien. También es… ¿Ha visto *Peter Pan*?

–Claro. –Percibo la sonrisa en su voz sin verla.

–Es como cuando Campanilla está muriendo y todos los niños tienen que aplaudir para probar que creen en las hadas. Es algo así. No la parte de aplaudir, sino la de creer en que el agua ayudará.

–¿Y entonces lo hará?

–No es mágica, no puedes esperar un milagro, pero sí, ayudará.

Inclina la cabeza hacia el otro lado, evalúa lo que dije y a mí.

–No te impresiono como los demás.

–Eh…

–Está bien. De hecho, lo respeto. Más de lo que crees. Los demás están desesperados por recibir sabiduría y conocimiento de mi parte, pero tú no. Lo que aún no descubro es qué tanto tiene que ver conmigo.

–No estoy seguro, pero en su lugar no me lo tomaría personal. Aún.

Ella ríe por lo bajo.

–¿Eres bueno recibiendo cumplidos?

–Ah, soy excelente. Póngame a prueba.

Se siente casi como si estuviéramos coqueteando, solo que Meredith Graffam es mayor que mi madre. Más bien hay cierta comodidad entre los dos, la camaradería de una experiencia compartida: ella perdió a una amiga, yo a un amigo.

–Eres uno de los mejores escritores jóvenes que he conocido en años. –Su mirada es directa, sin rodeos–. Casi me da celos.

–Celos ¿de mí? –Miro hacia atrás, primero a la derecha, después a la izquierda, para asegurarme de que no haya nadie más a quien pueda estar hablándole.

–Tu escritura parece natural, no tienes que esforzarte demasiado en el papel.

–¿A diferencia que en persona? –Sonrío, pero ella no.

–Es un error que cometen muchos escritores. Esforzarse demasiado, quiero decir. Siempre lo notas. Yo me esfuerzo para sonar natural. Hay una diferencia.

–Bueno, soy lo opuesto a natural. Cuando no se me ocurren las palabras que quiero expresar, dibujo algo. Creo que estoy descubriendo que dibujo las historias mejor de lo que las escribo.

–Es por eso que invité a nuestras visitas. La fiesta de esta noche fue para ustedes.

Aunque dice "ustedes", su forma de hablar me hace sentir que los invitó solo para mí, para Arlo Ellis-Noon.

–Quería demostrarles que no hay límites, solo los que se imponen ustedes mismos. Todos los que vinieron esta noche son artistas a su manera. Todos tuvieron que superar algo para llegar a donde están. Todos lo hemos hecho y aún lo hacemos. Todos luchamos contra algo.

Bajo la vista a mis manos, que tiemblan un poco. *El duelo es una perra escurridiza*, pienso, y no es la primera vez. Debería sentirme eufórico por estar aquí, por el frío en mi rostro que me recuerda que estoy vivo, que mi corazón late y mi sangre circula. Tengo toda la vida por delante, eso es lo que todos te dicen cuando tienes diecisiete años. "Tienes toda la vida por delante". El caso es que

nadie sabe si eso es verdad. Estoy seguro de que alguien le dijo eso a Jonah Maguire hasta que se ahogó.

–Lo importante es descubrir a qué te enfrentas y luego resistir lo más fuerte que puedas –continúa Graffam–. Parecido a creer en las hadas.

–¿Y si a lo que te enfrentas es a ti mismo?

–Entonces resistes con más fuerza.

La imagino a mi edad y me pregunto si habrá sido como yo, remendada con tiritas y cinta. O si habrá sido como Isaac, consciente de que tenía el mundo a sus pies.

Se oye un ruido en el bosque, así que volteo para escanear la oscuridad. Graffam también lo hace. Cuando pasan los segundos sin que nada suceda, nuestras miradas se encuentran y nos echamos a reír. Ella se ríe tan fuerte que se dobla por la cintura y, cuando lo hace, cae algo de su bolsillo. Lo levanto para devolvérselo. Es su móvil.

–Un mal hábito –dice–. No consigo cambiarlo. –Observa la pantalla negra antes de volver a guardarlo–. Lamento lo de tu amigo.

–Lamento lo de la suya.

Dudo un momento, porque quiero preguntarle algo, pero no estoy seguro de si debería hacerlo. Leí *La cacería* y sé cómo se sintió después del asesinato de su mejor amiga Lara. Reconozco la culpa.

–¿Cuándo dejó de culparse a sí misma? –pregunto por fin.

–¿Quién dijo que dejé de hacerlo?

Su voz suena amarga, algo que, tristemente, entiendo. Cuando volví a la escuela el otoño pasado después de la muerte de Jonah,

me convertí en una persona a evitar, como si mi tristeza fuera contagiosa.

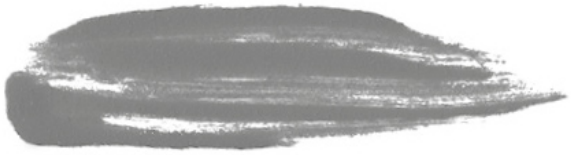
–Las personas pueden ser horribles –lamento.

–Sí –coincide–. Nosotros incluidos. En especial con nosotros mismos.

Luego, sin decir nada más, gira hacia la casa, se aleja y me deja solo en los acantilados. De repente, la noche es demasiado silenciosa.

–Creo en las hadas –digo en voz alta para llenar el silencio–. Sí creo.

Luego, solo porque sí, comienzo a aplaudir.



Effy

Sábado 10 de enero

(A altas horas de la madrugada)

Estoy en la habitación de Ness, detrás de la puerta cerrada del baño. Mi mejor amiga lleva media hora encerrada ahí.

–¿Te traigo algo? ¿Busco a Graffam o a Drea? –Quiero que me dé una tarea, una dirección.

Escucho un "no" amortiguado, seguido por la descarga del retrete. Miro alrededor en busca de Leela, que salió a escribir en algún lugar. No ha vuelto, así que estoy sola y no soy buena con las personas enfermas. Me pongo incómoda, actúo raro y termino haciendo o diciendo algo equivocado. Mi antiguo terapeuta decía que, por haber perdido a mi madre demasiado joven, no aprendí habilidades de cuidado fundamentales, como un lobo que tuvo que criarse a sí mismo.

Ness abre una hendija de la puerta y me dice que saldrá en un minuto. Tiene el cabello húmedo por la transpiración y ojeras.

–No te vayas –ordena.

–¿Cómo te sientes? –pregunto mientras le paso la botella de agua que robé de la cocina.

–Vacía –dice.

–¿Crees que sea por los nervios? –Yo creo que lo es, pero no lo digo.

–No sé. Eso o alguna bacteria come carne.

Agradezco la falta de wifi, lo que impedirá que Ness pase el resto de la noche autodiagnosticándose.

–¿Segura que no puedo hacer nada por ti?

–Traer más agua, tal vez –responde y vuelve a cerrar la puerta. De repente, me siento más energizada, porque ahora tengo una misión.

Voy a la cocina y saco dos botellas del refrigerador, pero vuelvo por una más, solo por si acaso. Al pasar frente al retrato de Zachary Brighton, me detengo para mirar nuestro tablero creativo lleno de notas adhesivas. Es escueto, apenas tiene un puñado de preguntas y respuestas, nada interesante o que inspire a pensar, lo que me provoca la necesidad avasallante de llenar el espacio para que Graffam sepa que al menos algunos lo tomamos en serio.

Escribo un pensamiento que ronda por mi mente desde la primera clase y lo añado al tablero, justo en el centro, y lo estiro con un dedo.

De repente, el golpe de una puerta me sorprende y me hace girar. Arlo está aquí, con aspecto de haber sido azotado por el viento, como una versión menos torturada y más estudiosa de Heathcliff, como si recién volviera del páramo.

–¿Estabas afuera? –le pregunto.

–Sí.

–¿Por qué siempre estás merodeando afuera?

–¿Por qué siempre estás merodeando adentro?

–Yo no merodeo.

–Yo tampoco. –Se encoge de hombros–. Si quieres saber, solo estaba conversando con Graffam.

La llama de mi corazón se enciende y lo único que puedo hacer es decir "Ah". Luego le doy la espalda para ocuparme de reacomodar las notas adhesivas para fingir indiferencia.

–¿Y de qué hablaron?

–De lo mucho que extrañamos a Peter.

Típico de Arlo, todo es broma para él. Sigo reacomodando las notas, él se asoma sobre mi hombro para leer lo que escribí:

Creo que existe el libre albedrío.

Siento su aliento en el cuello y, de repente, tengo quince otra vez y sus labios exploran mi cuello, mi hombro, mi pecho y más y más abajo.

–No lo formulaste como una pregunta –dice.

–No, pero creí que debía estar ahí. –Lo miro e intento que mi voz suene ligera–. ¿Y qué hay de ti? ¿Crees en el libre albedrío?

–Eh. –Se rasca la cabeza–. Sí, claro. Si alguien me dice que me vaya al inferno le diría que no.

–¿Alguna vez hablas en serio?

–¿Qué día es hoy?

–Viernes.

–Los viernes no.

Miro el reloj sobre el fregadero.

–Técnicamente, ya es sábado.

–Los sábados tampoco.

Me quedo quieta, de seguro más quieta de lo que él estuvo en su vida. La abuela dice que quedarme así dura es una de mis mayores habilidades. Soy como un venado protegiéndose de cazadores, como un zorro ártico en la nieve, un león en la hierba de la sabana, escondido a plena vista.

–No descifro si estás pensando "Dios, es tan ardiente" o "¿qué le vi a este idiota antes?". Es muy difícil saberlo.

–Lo que dijiste el otro día en la clase, ¿se supone que era una disculpa?

Comienza a parpadear rápido. *Ja, ja*, lo tomé por sorpresa.

–No –dice con la voz quebrada. Luego tose–. Lo dije por mí. Intento… tú sabes, expiar mis pecados.

–¿Y cómo vas?

–Excelente.

–¿Es parte de una serie de doce pasos?

–Es parte de la serie "Arlo queriendo ser una mejor persona".

Analizo su rostro.

–Nadie me lastima dos veces. No te perdono, pero ya no te odio. Requiere demasiada energía y no creo que sea saludable aferrarme a eso. Si tuviera padres, tal vez tampoco me habría despedido, pero no hubiera mentido, menos para llevar a alguien a la cama.

–Me arrepiento, más de lo que crees.

Lo miro con la cabeza de lado. La rabia se ha disipado.

–Dijiste que nunca hablas en serio los viernes. Tampoco los sábados.

–A veces hago la excepción. Además… –Extiende la mano como para apartar el cabello de mis ojos, pero lo piensa mejor y la aleja antes de tocarme. Siento la ausencia del contacto–. A diferencia de mí, tú, Effy Green, nunca tendrías que mentir para llevar a alguien a la cama.

Sin pensarlo, soy yo la que estiro una mano hacia él y aparto el cabello enmarañado de sus ojos. Mis dedos dejan un rastro de chispas en su piel. Es el primer contacto que tenemos en casi tres años.

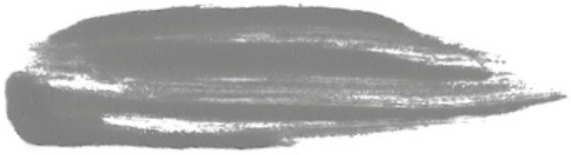
Yo parpadeo. Él parpadea. Ahora él está tan quieto como yo hace un momento.

A pesar de que mi mente está pensando en la gran cantidad de cosas que odio sobre Arlo Ellis-Noon, el resto de mí anhela acercarse más.

Después de él, besé a media docena de chicos y tuve sexo con dos. Cuando tenía quince, creía que el sexo significaba algo firme y permanente, y que me haría sentir que pertenecía a Arlo y él me pertenecía a mí.

Ahora, sus ojos se oscurecen y, poco a poco, me pierdo en ellos hasta que esto (mirarnos uno al otro sin distracciones) se siente más íntimo de lo que pudo haber sido el sexo.

Bajo la vista a mis brazos, al vello erizado. Él sigue mi mirada y sé que también lo ve. Moss está en silencio a nuestro alrededor y, de un momento al otro, me guste o no, la corriente que alguna vez nos unió ha vuelto a fluir.



Arlo

Sábado 10 de enero

(A altas horas de la madrugada)

Miro el techo por mucho tiempo, escuchando los sonidos distantes de la vieja casa. El resonar de las tuberías cuando alguien descarga el retrete, el crujido de las maderas del suelo cuando Isaac hace lagartijas en la habitación contigua, el arañar de ramas contra la ventana.

Si Moss Hove acecha este lugar, todavía no lo vi. Me pregunto si tú, Jonah, aún rondas las cuevas marinas de Laguna Beach o si has vuelto a tu casa en Mar Vista. O tal vez estás disfrutando el paisaje, el letrero de Hollywood, Mulholland, Sunset Strip, el muelle de Santa Mónica. ¿Quién sabe si no acechas en todos esos lugares?

Retiro el lente de mi cámara y comienzo a grabar.

–*Hola, amigo, soy yo, Arlo. Tu antiguo mejor amigo. Se supone que siga este diario en video todos los días para Narrativa inmersiva.* –Parpadeo e intento no distraerme con mi propio rostro–. *Asumiré*

que, dondequiera que estés, eres omnisciente y que estás al día con este asunto del Curso de enero, con Moss, Meredith Graffam y con Effy.

Detengo la grabación.

De todas las cosas que hicimos desde que llegamos, grabar este diario en video es la que más odio. Reflexionar sobre mí mismo es mi actividad menos predilecta, junto con resolver ecuaciones y los triatlones. Prefiero dibujar. O escribir. O leer sobre criptozoología para el caso.

Me saco la gorra de los Lakers y la apoyo en mi pecho, donde sube y baja al ritmo de mi respiración. Aunque mi corazón no lo sepa, mi mente es consciente de que no debo tener esperanzas de que Effy y yo tengamos más que ese momento en la cocina, pero ya es algo. Tal vez esto es a lo que llaman crecer.

Comienzo a grabar otra vez.

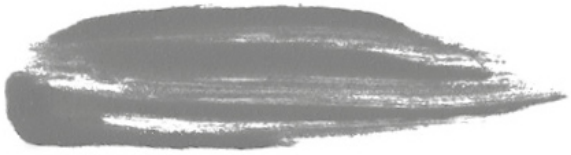
Y, de repente, estoy hablándole a ella.

–Supuse que si sabías que me iba, despertarías y verías que nunca debimos estar juntos. No se trató solo de sexo, nunca fue solo eso. No del todo. Se trataba de acercarme a alguien, algo que nunca pude hacer porque nunca estuve el tiempo suficiente en el mismo lugar. Se trataba de que te quería a ti, porque eres tú, Effy Green. Y yo soy yo. Y eso fue antes de la muerte de Jonah, ahora soy todavía menos digno de ti.

»Jonah tenía que ser el sobreviviente. Él era el valiente, el que podía nadar kilómetros sin tragarse la mitad del océano ni tener calambres en todo el cuerpo. El que podía surfear sin resbalar o provocarse una contusión con la tabla. El que conducía kilómetros para comprarle a su hermana las donas sin gluten que amaba. El

que le llevaba ropa y comida a la mujer indigente que vive afuera de esa farmacia de Wilshire. El que se sentaba a hablar con ella y escuchaba sus historias. Lo hubieras amado. Todos lo amaban. El caso es que, de no haberte conocido a ti, nunca me hubiera permitido conocerlo a él. El segundo amigo que tuve en la vida.

»Después de ti.



Effy

Sábado 10 de enero

Ya estoy despierta y alistándome cuando escucho el golpe de una puerta. Abajo, en la entrada, espera un automóvil, con humo brotando del caño de escape. Me acerco a la ventana hasta empañar el cristal. No es el automóvil del decano Booker, la camioneta de Wesley ni la minivan rentada de Drea. Es un vehículo negro sin particularidades.

La puerta del conductor se abre y baja un hombre de traje. Moss está rodeada por hectáreas de bosque y por una cerca perimetral de cinco metros de alto, así que me pregunto cómo pudo entrar.

Abajo se oyen voces y puertas que se cierran y se abren. El hombre reaparece, arrastrando maletas, seguido por varias personas envueltas en abrigos y bufandas. Intento definir quiénes son, pero es imposible saberlo mientras suben al vehículo.



La nieve se transforma en lluvia y, llegada la tarde, estamos atrapados dentro, cada uno con sus propios asuntos. Graffam está ocupada, y se supone que los demás deberíamos escribir. Para lo mucho que habló de Los raros y su propia sociedad, nosotros pasamos la mayor parte del tiempo en soledad. Todos trabajamos solos, como si nuestros proyectos necesitaran custodia. No compartimos ideas ni inspiración, solo nos quedamos recluidos en las habitaciones que proclamamos nuestras. Ness y yo nos buscamos de vez en cuando para compartir algo que escribimos o pedir opiniones, pero parece que lo hacemos cada vez menos.

Alrededor de las siete, los seis bajamos uno a uno a cenar. Nos vestimos para la ocasión, como siempre, pero no solo encontramos la mesa vacía, sino también la cocina. El chef, Wesley, Drea y Graffam no están por ningún lado.

Somos como los niños perdidos de *Peter Pan*, revisando los aparadores y la despensa de este Nunca Jamás de Nueva Inglaterra, sin adultos ni supervisión. El día nos dejó sintiéndonos reprimidos y perezosos, como niñitos en vacaciones de verano. Los chicos se sacan las corbatas y chaquetas, Ness se quita los pendientes, yo me libero de los tacones.

–Aquí hay una nota –señala Ness frente a un papel en el refrigerador.

La chef y su equipo tuvieron que volver a California, pero la buena noticia es que soy buena cocinera. Les dejé algo en el refrigerador (con instrucciones para calentarlo).
Los saluda, MG

No dice dónde está ni cuándo volverá, pero estamos famélicos, así que comemos el espagueti frío directo de los contenedores. Conversamos un poco, como extraños, sin hablar de nuestro propio trabajo, pero intentando averiguar cómo van los demás.

–Deberíamos hacer algo –sugiere Isaac después.

–¿Como un ejercicio de fortalecimiento de grupo? –pregunta Arlo.

–Yo planeo seguir trabajando –dice Ramón, pero nadie parece escucharlo. En cambio, todos sugerimos ideas. *Explorar la casa. Jugar cartas. Jugar al billar. Jugar verdad o reto. Buscar el aparador de licores. Arrasar con el licor. Jugar charadas.*

Leela propone una búsqueda del tesoro. Las reglas son simples: correr de una punta a la otra de Moss recolectando objetos significativos para Los raros. Luego reunirnos en la biblioteca para comparar los botines.

Cuando empieza la carrera y todos salimos disparados, paso por el teatro y me detengo al pie de la escalera que sube al ala de Graffam. La habitación es de un tono coral vibrante, con cortinas color bronce en las ventanas. Hay una maleta abierta sobre la cama con dosel, un escritorio amplio cubierto de papeles, una computadora, revistas. El vestido blanco que Graffam usó en la fiesta cuelga de una silla.

Quiero entrar, cerrar la puerta y revisar sus cosas, tal vez así descubriría algo en común entre nosotras, una conexión que me dé ventaja sobre los demás. Pero permanezco en la puerta, con los pies pegados al suelo. Si me descubre, de seguro me echará como a Joey y a Peter. No tendría segundas oportunidades después de eso.

Entonces, me obligo a retroceder y me dirijo a la puerta cerrada al otro lado del pasillo. Acerco una oreja a ella y, cuando no escucho nada, busco la manija, pero no tiene. Solo hay una placa de madera en donde debería estar el agujero.

La abuela dice que soy como un gato, que odio las puertas cerradas y no me gusta que me digan que no. Paso la mano por la pintura celeste y por los bordes dorados de la madera y presiono cada tantos centímetros por si hay algún resorte escondido. Pero la puerta sigue cerrada.

Se oyen voces alegres desde abajo, así que me obligo a bajar y reunirme con los demás. En el camino, me encuentro con un pequeño mapa enmarcado en la pared de un estudio. Sobre el marco, alguien escribió "Reino de Los raros". El mapa abarca el Bosque Murton, Moss, El infortunio de Brighton, el faro y otros puntos que no reconozco.

Reunidos en la biblioteca, desplegamos nuestros tesoros, que son en su mayoría fotografías y un libro de magia de Laszlo Csaba, un miembro de Los raros. Creo que el mapa es lo más interesante, pero Isaac es el ganador porque ha llegado más rápido. Después de un poco de insistencia, nos muestra el pasaje secreto que usó de atajo, que corre en paralelo al teatro. Todos entramos, llegamos al final y volvemos, deslizándonos por Moss como fantasmas.

Cuando nos cansamos del pasadizo, descubrimos un vestíbulo con un armario, del que rescatamos una variedad de raquetas de bádminton antiguas y algo más: un baúl lleno de túnicas negras y máscaras elaboradas (animales grotescos con plumas y piel). Debajo de la pila, encontramos un libro titulado *La cacería salvaje*, con el nombre Moss Hove garabateado detrás de la portada. Trazo el nombre con los dedos, como si así pudiera conjurarlo. Las páginas están llenas de anotaciones, más que de nada fechas de cuando jugaron.

El libro comienza con una introducción de la autora, Yvette Manks, y otra de Los raros. "Este juego tiene fines de entretenimiento, pero debe ser tomado en serio. Como en la vida, tus creencias afectan el resultado". También incluye una breve historia de Perchta, –diosa alemana y líder de la cacería, cuyo día de festín era en enero– y una serie de reglas:

-Quienes no cazan son los Vivos…

-El objetivo del Cazador es recolectar todas las almas posibles…

-El Cazador que recolecte la mayor cantidad de almas será coronado Soberano del bosque…

Las túnicas son de terciopelo pesado, pero las manipulamos como si fueran de cristal. A juzgar por el olor a alcanfor y los ruedos gastados, deben ser las mismas túnicas que usaron Moss y sus amigos, pasadas de generación en generación cada enero. Me coloco una capa sobre los hombros, dejo que me envuelva y pienso en los que estuvieron antes de mí y los que vendrán después.

Elijo la máscara de tigre, con piel naranja intenso y rayas negras brillantes. Parece vivo, listo para atacar, pero detrás de él me siento encerrada y confinada y mi aliento vuelve a mi rostro. Levanto la máscara sobre mi cabeza y veo que los demás hicieron lo mismo.

–Deberíamos jugar –dice Leela, el oso gris.

–No. –Ramón niega con la cabeza tan fuerte que se le cae la máscara de cuervo, que cae al suelo, con el pico abierto apuntando al cielo–. Se juega en la última noche del Curso de enero, no podemos romper la tradición. Es contra las reglas…

–¿Crees que Perchta se levantará de entre los muertos y se llevará tu alma? Por favor. –Para sorpresa de nadie, Isaac eligió al león–. No existe Perchta ni existe el coco.

–Adelante. –Ramón sigue negando con la cabeza–. Déjenme fuera de eso. Pero no me culpen cuando los envíen a casa y yo gane el Curso.

–Antes de que ganes hará frío en el infierno. Isaac Thelonious Williams III no pierde. –Isaac se lleva una mano al oído como si escuchara aplausos.

Arlo deja su máscara (de lobo) de nuevo en el baúl, luego levanta una esquina de la capa y se asoma sobre ella como un vampiro de película.

–¿Qué tal bádminton? ¿Hay alguna regla contra eso?

–No deberíamos jugar adentro…

Arlo lo señala con una mano.

–Mucho trabajo y cero diversión, Ramón. No seas aguafiestas.

Devolvemos las máscaras y túnicas con cuidado; me siento más liviana y más pesada a la vez sin tenerlas encima. Luego, Arlo distribuye las raquetas, comienza a resonar música a través de los

altavoces de la casa y Isaac reaparece con otra botella. El cristal azul brilla como salido de *Alicia en el País de las Maravillas.*

–¿No encontraste nada de alcohol? –lamenta Leela.

–Lee la etiqueta –le dice–. Es del mismo productor, pero este tiene alcohol. Hay todo un gabinete lleno de botellas, con alcohol, sin alcohol. Los porcentajes están detallados en las etiquetas. Este dice veinticinco grados.

Haciendo malabares con raquetas y copas de vino, vamos a los tumbos hasta el invernadero y comenzamos un juego salvaje, que apenas se parece al bádminton. La noche se siente psicodélica y ruidosa, la casa respira y se expande a nuestro alrededor como una especie de hermoso acordeón tuberculoso. No estoy segura de dónde están Graffam y Drea, abajo, en sus habitaciones o en algún lugar muy muy lejano, pero de pronto tengo una extraña sensación de libertad, como si hubiéramos escapado de nuestros padres, nuestros profesores y de toda figura adulta de autoridad.

El juego se vuelve cada vez más frenético, hasta que Leela trepa por una pared cubierta de enredaderas para golpear el volante y se oye un terrible estruendo.

–Estoy bien –grita desde el suelo.

Y entonces Arlo dice:

–Mierda.

A nuestro alrededor, como confeti brillante, yace lo que queda de un enorme espejo dorado de aspecto antiguo.



Después de que limpiamos la escena del crimen y nos deshacemos de las pruebas, vamos al teatro, con el rabo entre las piernas. Elegimos la actividad más segura y saludable que se nos ocurre: asar malvaviscos.

–Bueno –Arlo rompe el silencio–. Fue un placer conocerlos a todos. A algunos más que a otros.

Nos pasamos los malvaviscos con aire compungido frente al fuego, que me lleva a un estado introspectivo.

–Si murieran mañana, ¿qué querrían que la gente supiera de ustedes? ¿O qué querrían hacer antes de morir?

Nadie responde de inmediato, hasta que Ness dice:

–Ya no quiero hacerme pequeña jamás. –Gira su vara una y otra vez y contempla cómo el malvavisco se incendia–. Quiero hacerme tan grande como sea posible. Y quiero sentir que encajo.

–Tú sí encajas –empiezo a decir, pero ella me lanza una mirada, porque eso es lo que hago: correr a defenderla, ya sea de otros o de sí misma.

Entonces deja caer la vara por accidente, justo al borde de la chimenea, peligrosamente cerca de la alfombra. Tengo una visión de toda la casa ardiendo en llamas y de Graffam regresando de donde sea que esté para encontrarse con las ruinas humeantes de Moss.

Isaac apaga el fuego con el zapato, luego se sienta sobre los talones.

–Es extraño –dice, pasándose una mano por el cabello–, sentirse pequeño e insignificante, pero al mismo tiempo como si fueras lo único que importa.

Luego nos cuenta que sus padres desheredaron a su hermana por convertirse en maestra y casarse con su novia. Que cambiaron el código de la reja de la casa y las cerraduras de todas las puertas, incluso del cobertizo donde el jardinero guardaba sus herramientas. Le dijeron que estaban muertos para ella.

–Eso fue lo que dijeron –murmura, alzando la vista hacia nosotros–: "Para ti estamos muertos". De todas las cosas retorcidas que hicieron, de toda las personas a las que lastimaron, esa fue la peor.

–No tengo muchos recuerdos de mis padres. –Dejo mi vara a un lado–. Pero si mi madre hubiera vivido, si mi padre no se hubiera ido, a veces me pregunto cómo me hubieran decepcionado. Porque, en algún momento, incluso los mejores padres terminan fallándote.

Pienso en Mary Shelley, que tenía mi edad cuando escribió *Frankenstein*. Su madre murió once días después de que Mary naciera, lo cual (incluso más que las notas de mamá en los márgenes) es la razón por la que amo ese libro. Fue escrito por una adolescente que sabía lo que era crecer sin madre.

–Tengo buenos padres, aún viven –dice Leela–. Hermanos que en verdad me caen bien. Pero a veces me siento culpable por eso. Pienso ¿por qué yo? ¿Por qué no Effy? ¿Por qué no Isaac?

Tomamos turnos para hablar, uno a uno, de las personas que amamos, de los que están aquí y de los que ya no. Todos lo hacemos, menos Ramón.

–No quiero aguar esta fiesta tan divertida –dice Arlo mientras se inclina hacia atrás, apoyándose en las manos y con las piernas estiradas delante de él como si no tuvieran fin–, pero ¿alguna vez les ha parecido que Graffam es, no sé, extraña? –Sus ojos chispean como el fuego, como si lo supiera todo.

–¿Extraña cómo? –pregunta Leela, con la boca llena, y deja la bolsa de malvaviscos a un lado.

–Como intensa. No solo por eso de tirarse al mar o saltar del techo, sino… –Mira a Isaac en busca de apoyo.

–Nos dijo que sus métodos serían poco convencionales –respondo con un tono un poco altivo, casi indignado. Arlo levanta las manos en gesto de rendición fingida.

–Yo creo que es increíble. –Leela se limpia la boca–. La atacaron por mentir sobre algo que en realidad no fue su culpa y cuando todos pedían su cabeza, ¿qué hizo? Volvió más fuerte que nunca.

–Exacto –enfatizo, me enderezo y me inclino hacia adelante, de pronto llena de energía–. No estaríamos hablando de esto si fuera un hombre. La gente desconfía demasiado de una mujer exitosa o de cualquier mujer que no encaje con las expectativas sociales...

Isaac murmura algo como "En especial si está loca" y Leela estalla contra él, hablando de lo deshumanizante que es esa palabra, de cómo perpetúa los estereotipos de género y el estigma en torno a las enfermedades mentales.

–Bueno, a mí no me agrada –dice Ramón–. Y el hecho de que no tenga pene no tiene nada que ver. –Nos mira a todos, con los labios apretados hasta casi desaparecer–. Creo que sus métodos son raros. Y que tuvo suerte de llegar tan lejos en su carrera.

–Yo creo que es feroz. Y valiente –dice Ness, mirando al techo con una pequeña sonrisa–. Aunque me contó una historia… –La sonrisa se desvanece–. No estoy segura de si fue real o si tal vez la exageró un poco. En fin, cuando vendió *La mentira* a su editorial, estaba en medio de un divorcio…

Mientras habla, siento una multitud de emociones, ninguna buena. La más intensa y perturbadora de todas es una envidia ardiente hacia mi mejor amiga. No soy la única en quien Graffam confió.

–Su exmarido la acusó de plagio –continúa Ness–. Dijo que le había robado *La mentira*, aunque era una historia sobre el asesinato de su amiga. O sea, el punto de ese libro era que Graffam estaba pidiendo perdón. Y luego la acusó de escribir sobre sus padres, su infancia, cosas privadas que él le había contado y que no estaban dirigidas a nadie más. Aseguró que ella provocaba peleas en su matrimonio solo para tener algo sobre lo que escribir, como si hubiera estado orquestando todo.

Ness sacude la cabeza, sus rizos bailan en el aire.

–Así que Graffam le puso algo, tal vez hongos, a su comida una noche y él enfermó. Se recuperó, pero, no lo sé, la forma en que ella lo contó. Fue tan…

Tan casual, pienso.

–¡A la mierda el patriarcado! –grita Leela, lanzando un puñado de malvaviscos al aire. Caen como confeti. Luego Ness empieza a jalar de mi manga.

–Mira –susurra, con la voz de pronto llena de asombro. Se endereza y señala la ventana detrás del piano–. Nieve.



Afuera, el mundo vuelve a ser un paraíso invernal. Hacemos ángeles, moviendo los brazos en el polvo blanco cada vez más rápido hasta que parece que volamos. Me imagino dejando el suelo y elevándome hacia el cielo.

–No quiero irme a casa todavía –dice Ness, a mi lado.

Un pensamiento terrible cruza mi mente: si Ness se fuera a casa, Graffam volvería a confiar en mí. Solo en mí.

–¿Quién dijo que nos íbamos a casa? –respondo.

Pero ella no parece escucharme.

–Quiero ver qué pasa después. Siento que puedo, no sé –abre los brazos–, hacer algo valioso.

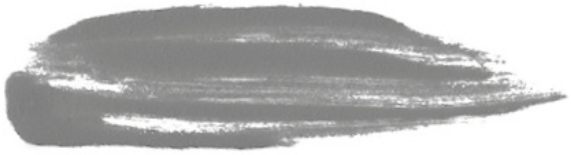
Otra oleada de celos. Busco en mi memoria algún momento en el que me haya sentido así. Siempre fuimos buenas, armoniosas y no competimos entre nosotras. Con Ness puedo ser Effy Green: la que fulmina con la mirada, la que brilla académicamente, la que es intrépida y leal.

Intento olvidar la sensación de que algo se avecina, como ese presentimiento que tienes antes de una gran tormenta. Quizás sea tristeza o quizás sea que acabo de darme cuenta de cuánto necesito estar aquí. De cuánto deseo ser la última en quedar en pie.

Durante la siguiente hora rodamos, saltamos y jugamos como niños. Lanzamos bolas de nieve, atrapamos copos con la lengua, y

me olvido de Graffam. Cuando mis ojos se cruzan con los de Arlo, pienso: *Tal vez él sea el más despierto de todos nosotros.*

En ese momento decido que no es tan malo estar desconectados del mundo. Aquí hay magia. Y comprensión. Es importante compartir un lugar y un tiempo que nadie más podrá comprender jamás.



ARLO

DOMINGO 11 DE ENERO

No es hasta la noche siguiente, durante la cena, que todo se va al carajo. Los seis estamos sentados a la mesa, con nuestra mejor ropa deportiva (nada de atuendos formales para hoy) cuando Graffam irrumpe como un huracán de categoría cinco. Nos quedamos totalmente inmóviles. Es como si estuviéramos jugando ese viejo juego infantil de "estatuas": los tenedores suspendidos en el aire, las bocas abiertas a medio bocado, los vasos a medio camino de los labios, todos preparándonos para el impacto.

–No hace falta que les diga lo invaluable que era el espejo –la voz de Graffam tiene una temperatura bajo cero, como un lago nórdico helado–. Irremplazable.

–Con todo respeto –me escucho decir–, ¿por qué dejarían que un grupo de adolescentes se quedara en una casa llena de tesoros invaluables? No me refiero a ustedes, Meredith Graffam y Drea, sino a la institución.

Me lanza una mirada que podría marchitar flores.

–No era un espejo cualquiera. Era un espejo de chimenea Chippendale inglés de principios del siglo XIX, estilo *chinoiserie*, laminado en oro y bordeado por un par de pájaros Hōō…

–Perdón –no puedo evitarlo–, ¿pájaros Hōō? –Mi madre dice que esta tendencia mía es compulsiva, que salí del útero hablando sin parar y haciendo bromas en los peores momentos.

A Graffam no le divierte.

–Son una versión mítica del fénix. ¿Alguna otra pregunta, Arlo, o puedo continuar?

–Lo siento.

–¿Estaban bebiendo? –Nos escanea con la mirada.

–Un poco –admite Ness cuando nadie más se atreve a hablar–. Puede que hayamos abierto el vino.

–Nada de esto fue idea mía –interviene Ramón. Graffam gira hacia él.

–¿Participaste?

Como no responde de inmediato, Leela se apura a decir:

–Sí, participó.

–Bien –responde él con brusquedad–, pero fuiste tú quien rompió el espejo. –Se vuelve hacia Graffam–. Leela rompió el espejo. Yo no tuve nada que ver con eso.

–Vaya –digo–. No viniste aquí a hacer amigos, ¿verdad?

–¿Arlo?

–¿Sí?

–Cállate.

Los ojos de Graffam recorren a todo el grupo de descarriados que tiene enfrente.

–Le prometí al decano Booker que asumiría toda la responsabilidad durante su estancia aquí. Yo los elegí a todos ustedes. Y, francamente, esperaba más.

"Esperaba más".

Siento esas dos palabras como puñaladas.

Una vez más, Arlo, has decepcionado a alguien.

–El decano Booker puede decidir enviarlos a casa. Puede decidir enviarnos a Drea y a mí a casa también. Sé que son jóvenes, pero también son inteligentes y han pasado por lo suficiente en sus vidas como para saber cómo comportarse. No pueden esperar que se les den segundas oportunidades. El perdón hay que ganárselo. La posibilidad de empezar de nuevo hay que ganársela.

Se ve más alta y más imponente que la mujer que vi por primera vez en los acantilados. Tengo que comprobar que sigo aquí: los pies en el suelo, el cuerpo en la silla, que no me he reducido a la nada.

–Ahora mismo no puedo imaginar un escenario en el que el decano Booker nos deje quedarnos. Pero si, por alguna razón, él se siente lo bastante generoso como para darnos la oportunidad de demostrar lo que valemos, tendremos que confiar los unos en los otros. Tengo que poder confiar en ustedes. Solo espero que sea suficiente.

Y es entonces cuando, como dicen, la mierda se vuelve real. Nos mira como si hubiéramos atropellado a su perro.

–Isaac –dice, girándose hacia él–. Lideras con falso valor en lugar de involucrarte emocionalmente de verdad. Miras por encima del hombro a quienes no comparten tu pedigrí, y aun así temes no estar a la altura del legado de tus padres. ¿De verdad quieres ser como ellos? ¿Qué tal si intentas estar a la altura de ti mismo para variar?

Por primera vez en su vida, Isaac no tiene respuesta. Me ve mirarlo y me levanta el dedo medio.

–Ramón, todo en tu vida está regido por un sistema rígido de normas que tú mismo has creado, desde tu arte hasta tus relaciones. Intenta perdonar a los demás por decepcionarte. Intenta ser tolerante, paciente. Intenta no desaprobar a todos los que no sean tú.

Ramón se queda inmóvil, con los brazos cruzados y sin parpadear. Está claro que Graffam nos nombrará uno a uno, y mi mente empieza a acelerarse imaginando qué tendrá que decir sobre mí.

–Leela, tú sabes quién eres, lo cual puede ser algo bueno, pero te dejas llevar. Eres una provocadora por el simple hecho de provocar. Tienes complejo de inferioridad y te obstinas en tus posturas…

–¿Desde cuándo saber quién eres es algo malo? –interrumpe ella, con el mentón en alto

–Desde ahora. Si siempre te mantienes firme en tu postura, terminas quedándote quieta. Y sola.

Y entonces, santo Dios, se vuelve hacia mí. Hay una pausa de dos, quizás tres segundos antes de que hable.

–Arlo, eres un chico gracioso. Pero no es una broma si solo tú te ríes. Tienes que dejar a un lado la ironía de vez en cuando y permitir que entren los sentimientos, por incómodos que sean. –Y, como llegó, su mirada se aparta de mí–. Effy. –Los ojos de Effy brillan al mirarla. Un desafío, o quizás un destello de miedo–. Eres demasiado reservada y demasiado desconfiada, y aun así estás obsesionada con levantar tus muros cada vez más alto. No te das cuenta de que tus defensas se han convertido en una jaula. Y ambos –dice, mirándonos a Effy y a mí–, deben dejar ir el duelo que los define o

al menos encontrar una manera de vivir con él. No permitan que su historia empiece y termine ahí.

–No me meta en el mismo saco que él –empieza Effy, pero Graffam levanta la mano con un gesto que significa "basta". Effy agacha la mirada.

–Y tú, Ness –continúa Graffam–, eres demasiado consciente de ti misma. Deja de intentar agradar a todo el mundo. Deja de dudar de ti. Deja de intentar compensar los males del mundo. Y si eso no funciona, dite que eres valiente. Eso es todo lo que hacemos, nos mentimos a nosotros mismos. Necesitas aprender a hacerlo. O quizás ya lo haces. –Una sonrisa se dibuja en el rostro de Graffam–. Y con el tiempo, esas mentiras se volverán algo real. Y podrás confiar en ti. En nadie más. Solo en ti.

Se frota el entrecejo, como si de repente le doliera la cabeza. En los últimos días, sentí que éramos sus elegidos. Y en una sola noche, lo arruinamos todo.

Nadie habla. No hay nada que podamos decir.

Finalmente, Graffam deja escapar un profundo suspiro, como para expulsar su enojo.

–Recuerdo lo que es ser adolescente. Tengo mucho más en común con todos ustedes de lo que podrían imaginar. Mi propio ego ha interferido más de una vez. Me cuesta la paciencia, el perdón y a veces me obstino solo por obstinarme. Me resulta difícil dejar que los sentimientos entren, encontrar un punto medio con los demás. Y desearía poder creer siempre en mí misma.

En mi corta vida, ningún mayor me había hablado así, como si en verdad lo entendiera. La mayoría de los adultos que conozco están

demasiado ocupados, demasiado distraídos para detenerse y prestar atención.

–Wesley ya se deshizo del espejo, así que pueden disculparse con él la próxima vez que lo vean. Necesito que mañana entreguen su trabajo de construcción de mundos completo. Trabajen y vayan a la cama. No quiero ver sus caras hasta la mañana.



Juntos, nos dirigimos al Salón de curiosidades para terminar la tarea. Ninguno de nosotros quiere decepcionar a Graffam de nuevo, así que hay un renovado sentido de determinación cuando nos acomodamos en sofás y sillas bajo las miradas inmutables de la extensa colección de taxidermia de Moss Hove.

A nuestro alrededor, vitrinas de cristal exhiben mariposas e insectos con las alas pegadas hacia atrás. Cada centímetro disponible está ocupado por roedores, murciélagos y aves disecadas. Otra vez con las aves. Ojos de vidrio que nos observan, alas extendidas, como si en cualquier momento pudieran lanzarse sobre nosotros.

Debatimos sobre el mundo que Graffam quiere que creemos, en voz más baja de lo habitual, como si el aire y la energía del conflicto se hubieran agotado. Effy tiene la letra más cuidada, así que copia nuestros estatutos.

Miro alrededor mientras ella escribe, con la cabeza latiendo como si todavía tuviera resaca. Cuando uno de los pájaros parece mirarme directamente, yo le devuelvo la mirada. Isaac hace un comentario sobre cómo el cuervo y yo estamos teniendo una verdadera unión de mentes. Su ojo derecho refleja la luz, pero el otro está apagado y muerto.

–Arlo –exclama Effy, sacudiendo el papel–. Tienes que firmar.

Al terminar, mientras los demás se retiran a dormir, yo deambulo por los pasillos hasta encontrar a Wesley en la lavandería, leyendo un libro de texto apoyado sobre la secadora. Me aclaró la garganta y él levanta la vista.

–Solo quería disculparme por nuestro terrible comportamiento –digo. Él parpadea confundido, así que aclaro–: Por romper el espejo. El precioso espejo Hōō o como sea que lo llames.

–Ah. Claro. No tienes que disculparte conmigo.

Lo observo mientras comienza a mover la ropa de la lavadora a la secadora. Cuando la máquina empieza a girar, su familiar golpeteo me llena de nostalgia por casa.

–Solo por curiosidad –digo–, ¿cuánto crees que vale? El espejo. Ya sabes, por si acaso termina saliendo de nuestros bolsillos.

–Ay, cielos. –Se ocupa de guardar cosas: suavizante, detergente, los restos de sus quehaceres–. Es difícil saberlo, muchas cosas de aquí no tienen precio.

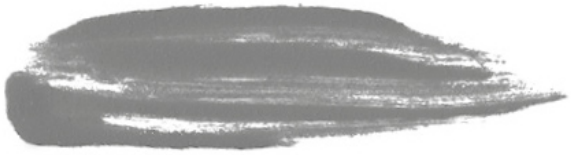
Lanza una mirada hacia la puerta detrás de mí. Me giro para ver qué mira, pero no hay nadie allí.

–Perdón –dice–. Tengo que seguir con esto.

–Sí, claro.

Me ofrece una sonrisa rápida, se coloca el libro bajo el brazo y se marcha con pasos pesados por las escaleras.

Me quedo un minuto más, arrullado por el golpeteo rítmico de la máquina, reviviendo un día lejano en la playa, con la ropa húmeda por el mar. Mamá siempre quería que la laváramos de inmediato al llegar a casa, pero me gustaba el olor a sal y a olas, así que a veces, cuando ella no miraba, me quitaba la ropa y metía la camisa y los pantalones directamente en la secadora. Luego estaban cálidos y con olor a océano cuando me los volvía a poner y así llevaba conmigo todo el día vivido.



Effy

Lunes 12 de enero
(A altas horas de la madrugada)

Mi habitación está oscura, excepto por el resplandor de mi computadora. Aquí dentro solo estamos Clay Reynolds y yo.

Con los años, escribirle a mi padre se convirtió en algo instintivo, algo que hago cuando no puedo dormir o cuando me siento bloqueada.

Antes de que saliera de prisión, lo imaginaba en su celda, leyendo mis cartas, las que nunca envié, y soñando con la vida fuera de esos muros. Y ahora que es libre, no sé dónde imaginarlo. En una casa o apartamento en algún lugar de Boston, con una nueva esposa o una nueva camioneta. Libre.

Intento escribirle ahora como lo hice tantas veces antes, pero sin barrotes, sin alambre de púas, sin guardias, ya no hay nada que nos separe. Si le envío una carta, podría responderme o, peor aún,

aparecer en persona. Así que me quedo inmóvil, mirando el cursor parpadear en la pantalla.

Cuando escucho los golpes repentinos a la puerta, lo primero que pienso es: *me van a enviar a casa*.

Si no contesto, tal vez se vayan y se lleven a otra persona. Contengo la respiración. Esta noche no nos dijeron que dejáramos los bolsos fuera de la puerta, pero eso no significa que Graffam no vaya a escoger a quien sacrificar a cambio del espejo.

Tras un momento de silencio, vuelvo a escribir, pero de repente escucho cómo se abre mi puerta y pasos en las escaleras que suben hasta este campanario. Cierro la computadora, me echo hacia atrás contra el cabecero intentando volverme invisible.

Finalmente aparece una cabeza, luego un cuerpo, y entonces Arlo está de pie en lo alto de las escaleras.

–¿Hola? –enciende la luz y de pronto la habitación está demasiado brillante, así que levanto la mano para protegerme los ojos.

–Supuse que estarías despierta.

Salgo de las sombras, con los ojos entornados como un topo.

–¿Puedo ayudarte?

Él se apoya en el marco de la puerta.

–No sé tú, pero este fue un día extraño, inquietante, y me siento bastante mal. –La típica sonrisa burlona ha desaparecido de su rostro, ahora parece casi triste.

–Yo igual –digo.

–Así que pensé que, ya que todo esto podría terminar mañana… –se queda callado.

Tiene más que decir, se le nota en la cara. Pero, sea lo que sea, se lo guarda. En este momento, parece que somos los únicos dos

dentro de esta casa. Estoy acostumbrada a que el mundo entero duerma mientras yo estoy despierta, pero no a tener a alguien más conmigo.

–Nunca duermo –le digo.

–Yo tampoco.

–Lo intento –digo–, pero mi mente se acelera y es como si tuviera una línea de montaje de sentimientos que llegan cada vez más rápido, como si la máquina no funcionara. Todos los cables están quemados, así que me rindo.

–Siento como si tuviera dieciocho gatos corriendo por mi cerebro. Como si fuera un café de gatos humano en temporada de crías, y ellos estuvieran ahí pasándoselo en grande. Revolcándose, arañando todo, corriendo, saltando y haciendo sus cosas de mininos.

Me sonríe y yo le devuelvo la sonrisa. La suya me hace sentir como si el mundo estuviera volviendo a su sitio, aunque solo un poco. Da vueltas por la habitación, observándolo todo, deteniéndose aquí y allá para examinar un retrato o levantar un jarrón. Finge admirarse en el espejo y luego hojea los libros sobre la repisa de la chimenea.

–Veo que tienes la colección de huérfanos.

–¿Qué?

–*Ana de las tejas verdes*, *Grandes esperanzas*, *Heidi*, *El jardín secreto*… Huérfanos. –No se me había ocurrido, pero tiene razón–. ¿Qué libros hay en la habitación de Ness? –pregunta.

–Son una mezcla, *Jane Eyre. La casa de la alegría. Rebeca*. Luego está Emily Post y otros libros antiguos de etiqueta.

Arlo asiente, con aire sabio y conocedor.

–Así que a ellas les tocaron las solteronas discretas y los manuales de "aprende a ser más segura de ti misma", en resumen. Pero esos no representan tanto a Leela.

–¿Qué quieres decir?

–Comparten habitación. Debe de haber libros ahí para ella también.

Tengo que pensarlo.

–Al este del Edén. Noche de reyes. Los gemelos Bobbsey…

–Gemelos –decimos al mismo tiempo.

Arlo reflexiona.

–El estante de Isaac está lleno de cuentos de los hermanos Grimm. Que, supongo, podrían ser historias de advertencia sobre personas egoístas o malvadas que reciben lo que merecen. Necesito más tiempo para pensarlo. Parece que quien asignó las habitaciones lo hizo por temática. ¿O tal vez al revés?

–¿Quieres decir que alguien seleccionó nuestra bibliografía según quién se hospeda en cada cuarto? –Aunque no estoy del todo convencida, me irrita que Arlo lo haya notado antes que yo.

–Los libros de mi habitación tratan sobre ahogamientos. Así que sí. –Luego me mira y su sonrisa se desvanece–. ¿Escuchas eso?

–¿Qué? –Me quedo inmóvil, escuchando.

–El mundo entero durmiendo. Todos menos nosotros. Normalmente soy el único despierto, pero es agradable compartirlo.

Me toma un segundo darme cuenta de que no dije mis pensamientos en voz alta, pero él pudo leerlos.

Me quedo con esta sensación extraña y privada, que se siente íntima, y vuelve esa impresión de que somos las únicas dos personas en la casa.

Sin pensarlo, camino hacia él hasta quedar a unos centímetros de distancia. Le aparto el cabello de los ojos, que se cruzan con los míos y me sostienen la mirada.

Y, en este instante, todo lo demás se desvanece: la habitación cerrada, Moss, Graffam, el espejo roto.

Ahora estamos cerca, nuestros cuerpos ocupando el mismo espacio pequeño en un mundo enorme, las únicas dos personas despiertas, y de pronto soy consciente de mi respiración y de la suya. Casi puedo sentir sus labios rozando los míos. Un pájaro grita afuera, la marea ruge y mi corazón late al compás.

Y entonces tomo su rostro entre las manos y lo beso.

En momentos como este dejo de ser la Effy de todos los días, liberada de la ira y la inseguridad que me han acompañado desde el día en que mataron a mi madre y mi padre fue encarcelado por matarla. El día en que aprendí que pueden arrebatarme a cualquiera en cualquier momento.

Pero ahora no pienso, solo hago lo que se siente correcto. Podría llamarlo libre albedrío o achacarlo a los efectos de esta casa o de toda esta experiencia de Narrativa inmersiva. Sea lo que sea, se siente como la forma más pura de emoción que haya conocido. Perderme y encontrarme al mismo tiempo.

De repente estamos contra la pared, mis manos en su pecho, sus manos en mi rostro, solo besándonos, nada más; aunque puedo sentirlo a través de su ropa interior, tan duro como la pared a mi espalda. No debería estar besándolo, porque es Arlo, el que una vez me lastimó más que nadie, a excepción de mi padre. Pero, de nuevo, ¿qué tengo que perder?

Sus labios son nuevos, pero también familiares. Son los labios que recuerdo, pero de alguna manera son más de lo que recordaba.

Nos besamos hasta que siento que estoy cayendo por la madriguera del conejo. Y esto, pienso, es territorio desconocido, inexplorado. Este es un mundo completamente nuevo. Pero una parte de mí se resiste. *No. No. No. Otra vez no. No con Arlo.* Me prometí que no cometería más errores.

Lo empujo.

–Esto no puede pasar.

Él parece un poco aturdido y muy feliz. Sonríe.

–Ah, pero sí pasó.

–No puede volver a pasar. Tienes que irte. Ahora.

Él se ríe.

–Esa es una de las cosas que siempre me han gustado de ti, *Effylou*. Tu sutileza.

–Buenas noches, Arlo.



Me acuesto. Me levanto. Me acuesto. Me levanto.

Me da vueltas la cabeza. Los labios me laten donde Arlo me besó. Donde yo lo besé. *Jesús, Effy.*

Cuando la abuela se lastimó la espalda el año pasado, su médico le indicó terapia para el dolor con una unidad TENS, que se traduce como estimulación nerviosa eléctrica transcutánea, una máquina que

envía leves descargas a través de electrodos. La electricidad corre por el sistema nervioso, bloquea las señales de dolor y provoca una descarga de endorfinas. Así es como se siente besar a Arlo: pequeños impulsos eléctricos recorriendo mi sistema nervioso.

En busca de una distracción, tomo *La cacería* de la mesa de noche. Graffam tenía solo dos años más que yo cuando lo escribió. Me resulta imposible imaginarla como una persona de mi edad, falible, asustada, enfrentando su propio duelo. Paso unas páginas por encima y voy directo a mi pasaje favorito, el que está subrayado, resaltado y marcado con una pestaña:

La busco en Parkerton y en cada persona que pasa frente a mi camino en el campus. Probablemente siempre estaré buscándola. Incluso cuando me vaya de aquí, a un lugar donde nadie me conozca. Donde pueda ser todas las "yo" que siempre quise ser.

Cada vez que lo leo, las palabras se me clavan un poco más que la vez anterior, como si estuvieran haciendo un nido en mi corazón. No sé qué tienen, solo sé que me hacen sentir menos sola.

Luego saco la carta de mi padre de debajo de la almohada. No pesa casi nada, lo cual es apropiado, porque las palabras que contiene nunca podrían ser suficientes.

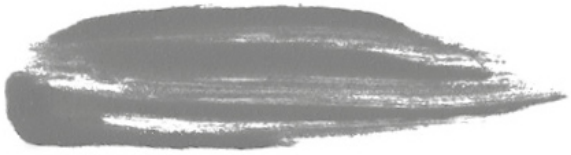
Con el sobre aún en la mano, salgo de la cama y tomo la cámara. La enciendo, la apunto hacia mí y presiono "grabar".

–Una pequeña parte de mí tiene esperanzas de que, tal vez, haya una clave del porqué. Como si, al seguir leyendo, pudiera ver algo con nuevos ojos, algo que explique lo que pasó esa noche y que me diga si debo darte otra oportunidad de ser mi padre.

En el visor, con la luz baja, me veo como una versión más joven de mi abuela, como si el parecido se hubiera saltado una generación y mi madre no hubiera existido.

–Mi mayor miedo es ser sorprendida por cambios terribles y repentinos. Y eso es tu culpa. No recuerdo haberme sentido así antes de que la mataras.

Por alguna razón, es más fácil hablarle que escribir. *¿Tengo lo que se necesita para escribir sobre las cosas dolorosas?*



Arlo

Lunes 12 de enero
(A altas horas de la madrugada)

Me encuentro en los acantilados, perdido en pensamientos cálidos como ropa recién salida de la secadora. *Effy, Effy, Effy…* Me acaricio el labio inferior, que hace un momento estuvo pegado al de ella. Podría caminar por la Antártida, el lugar más frío del planeta, sin sentir frío.

Tardo un minuto en notar que Graffam apareció a mi lado, pero luego recuerdo el espejo roto, las cosas que nos dijo en la cena y la posición en la que la pusimos.

–Lo siento –le digo.

Al principio, creo que no me escuchó, pero después dice:

–Envié a Leela a casa.

–¿Qué…?

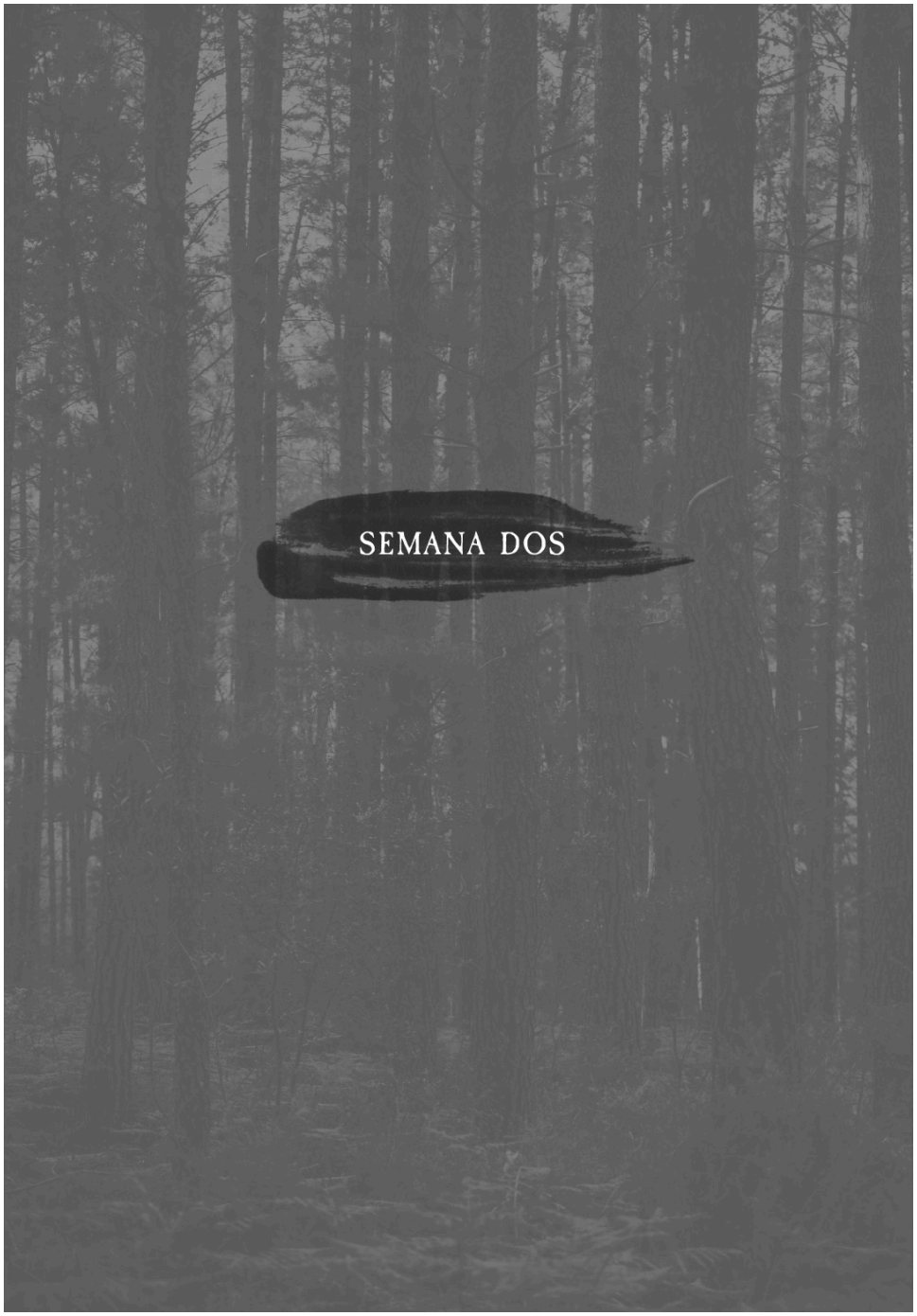
–La historia lo es todo, Arlo. Es todo lo que tenemos. Sin historias, ¿qué dejamos al irnos de este mundo? Nuestras historias nos

definen, es por eso que son tan importantes. Sin ellas, es como si nunca hubiéramos existido. –De pronto, suena ferviente y habla de prisa–. El asunto con Perchta, la regente de La cacería salvaje, es que tenía dos lados, uno verdadero y uno falso. Podía presentarse como una mujer joven hermosa, pero, por otro lado, después de atraer a las personas, entraba en sus hogares cuando dormían, las destripaba y llenaba sus cuerpos de rocas.

–Entonces, quiere decir que lo hagamos por la trama. –Intento sonar despreocupado, salir de este lugar extraño y serio en el que nos encontramos de repente, pero se me quiebra la voz. Sé que Meredith Graffam es, como dice Drea, humana, pero por primera vez desde que llegué, noto una hendija en las viejas cortinas, por donde veo luces y sombras y a alguien moviéndose. No estoy seguro de que sea algo bueno.

–Sí, hazlo por la historia, siempre. Llévate bien con ellos, pero no confíes, Arlo. Protégete a ti mismo y a tu talento. Eres bueno, pero podrías ser extraordinario. No dejes que nadie, ni siquiera yo, se meta en tu camino.

Y con eso, Meredith Graffam se aleja, con el cabello oscuro flotando en el viento como una comenta, y me deja solo en la noche.


SEMANA DOS

Narrativa inmersiva

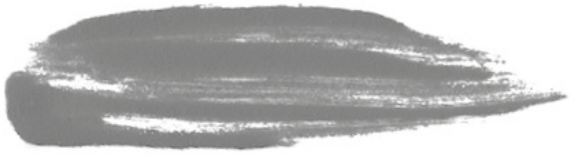
Lunes 12 de enero – domingo 18 de enero

SESIÓN #2

- Aprende qué revelar y cuándo
- Construye tu visión
- Mantén a tus enemigos cerca
- No temas agitar las aguas
- Recuerda que el momento lo es todo
- Encuentra la debilidad letal de tu competencia y úsala para destruirla
- Distrae. Desafía. Desequilibra

"No se debe ser demasiado recto. Verás que, en el bosque, los árboles rectos son talados, mientras que los torcidos se mantienen en pie".

–Kautilya, siglo III a. C.



Arlo

Lunes 12 de enero

Hoy tenemos el mejor clima desde que llegamos, con el cielo azul despejado y un aire fresco vigorizante. Estamos en la van de Drea cuando Graffam sube al asiento del acompañante y saluda, en tono indescifrable.

Drea nos lleva hacia el norte a través del bosque, en dirección opuesta al campus, por un camino de servicio viejo, lleno de nieve, lodo y vegetación. Según dijo Graffam, se avecina una tormenta de nieve, lo que significa que pronto este camino quedará cubierto por un manto blanco.

Nadie habla y percibo la fractura invisible en nuestro grupo, como si la partida de Leela nos hubiera quebrado de un modo que todavía no percibimos. Pero hay algo más, todos contenemos la respiración al unísono, como esperando a que Graffam nos diga que habló con el decano Booker y nos enviarán a todos a casa para nunca volver a la Preparatoria del humo y los espejos.

–Decidí –comienza– no informar a su decano de lo ocurrido. Fue mi culpa por creer que podrían comportarse sin supervisión mientras Drea y yo trabajábamos, porque los veo como adultos. Pero todos merecemos una segunda oportunidad. Yo la recibí hace años, ustedes también deberían tenerla.

Aunque tengo poco de conocerla, es alguien a quien no quiero decepcionar, y sus palabras me provocan una punzada en lo profundo del pecho.

–El espejo es imposible de reemplazar. Era una pieza única, valuada en treinta mil dólares. Pero el marco sigue intacto y encontré a alguien que restaura cristal antiguo. No suele aceptar encargos porque es un proceso difícil y costoso, pero le cobraré un favor y pagaré por la restauración. –Entonces, por fin gira hacia nosotros–. El decano Booker no tiene por qué enterarse, lo mantendremos entre nosotros. Pero yo necesito saber que puedo contar con ustedes a partir de ahora. Necesito saber que están conmigo.

Una sensación me invade de golpe: alivio. Graffam podría habernos enviado a casa, pero por más furiosa que esté, nos respaldará. Y, ahora, a través de un pacto tácito, nosotros la respaldamos a ella.

Intento encontrar la mirada de Effy, pero ella evita mirarme, a pesar de que todavía siento sus labios sobre los míos. Así que me conformo con chocar puños con Isaac.

En cierto punto, avanzamos en paralelo al muro de roca antigua que rodea el Bosque Murton, que aparece y desaparece detrás de sombras y vegetación. La propiedad es tan grande que es fácil olvidar que estamos encerrados como animales de granja. Me

pregunto si los muros cumplieron con lo que Moss Hove quería de ellos y si alguna vez extrañó el mundo del otro lado.

Finalmente llegamos a la que Drea dice que es la antigua puerta de servicio. Se ve descuidada, llena de enredaderas. Graffam saca una de las llaves maestras de aspecto antiguo y baja del vehículo. Los demás la vemos abrir la cerradura y la reja. Si me congelaran y descongelaran dentro de un siglo, aún recordaría el ruido que hacen las bisagras, un chirrido bajo y lamentable.

Diez minutos después, llegamos a la entrada norte de Murton, que, a diferencia de la entrada sur que da paso al campus idílico de Brighton y Hove, nos lleva hacia la autovía 127.

La van se detiene al costado del camino y, sin decir nada, Graffam abre la puerta y baja. Mientras que Drea se queda sentada dentro del vehículo calefaccionado, los cinco nos reunimos con ella, de espaldas al bosque. Siento su energía como si estuviéramos conectados y ahora es nueva, es como el segundo aire que sientes al ver a los demás corredores dejar una carrera y saber que tienes una oportunidad de ganar.

Mientras el tráfico vuela, Graffam, con su abrigo blanco igual que la nieve y el cabello como una cerilla usada, cruza dos carriles hasta llegar a la línea amarilla central.

–¿Qué está haciendo? –nos pregunta Effy a los demás.

La observamos desde el arcén, con las bufandas flotando por el viento que producen los autos al pasar y los corazones agitados por ver a Graffam parada en medio de la calle. No es la autovía más transitada, pero es la única vía de conexión entre el pueblo de Parkerton y el mundo exterior, así que el flujo es constante. Y sigue fluyendo como si no hubiera una mujer, una muy famosa, parada en

el centro, sin nada más que los reflejos de los conductores para protegerla de ser víctima de un accidente automovilístico.

Y, de repente, cierra los ojos, abre la boca y grita.

Effy comienza a avanzar hacia ella, pero la echo hacia atrás antes de que sea arrollada por un camión.

–¿Qué es esto? –pregunta Ness, en pánico–. ¿Qué está haciendo?

Isaac murmura algo sobre un brote psicótico, Ramón comienza a despotricar sobre cómo estuvo a punto de no inscribirse al Curso de enero, pero se dejó persuadir a último momento, aunque ya ni siquiera sabe si lo que quiere es escribir. Y sigue y sigue junto a mi oído.

Por su parte, el grito de Graffam se ha convertido en un rugido gutural que parece brotar de lo profundo de su alma. Se me eriza el vello de todo el cuerpo y mi mano comienza a temblar. Lo que sea que la haga gritar de ese modo no es algo de lo que deberíamos ser testigos.

Y, de repente, veo un automóvil, un Dodge Challenger, doblando a toda velocidad, porque los conductores siempre van rápido en caminos como este, en especial con esa clase de vehículos. Mientras hace sonar la bocina, el hombre hace todo lo posible por bajar la velocidad, pero no hay tiempo. La bocina suena, los cinco gritamos desde la hierba, el automóvil se desvía para no chocar a Graffam y el hombre le grita por la ventana al tiempo que vuelve al camino para desaparecer por la siguiente curva.

Aquí parado, una idea terrible pasa por mi mente: *¿Y si Graffam es en verdad inestable?* ¿Qué tanto la conocemos? Creemos conocerla porque es famosa, pero lo único que sabemos es que se arriesgó para evitar que nos expulsen y, por primera vez, se me

ocurre preguntarme por qué lo hizo. ¿Por qué lo haría? ¿Qué gana con esto?

Si estuvieras aquí, Jonah Maguire, de seguro dirías que estoy sobrepensando porque no dormí; tal vez tendrías razón. Casi siempre la tenías.

Ahora, Graffam gira hacia nosotros, con los ojos abiertos y salvajes y el rostro encendido de euforia. Otro auto pasa tocando la bocina, luego otro y otro. Pasan, rápido y con furia de ambas direcciones. Mis pulmones se sienten saturados y mi respiración es superficial. Intento recordar cómo respirar.

–Si no sienten que están parados en medio de una calle transitada, con vehículos que pasan a ochenta kilómetros por hora –grita Graffam sobre el ruido del tráfico–, no están escribiendo como deben hacerlo para hacerse notar sobre el ruido. Hay momentos en los que odio lo que hago, odio la industria, odio el trabajo. Pero no lo cambiaría porque es quien soy y es la única forma de tomar toda la energía desbordada que hay dentro de mí y convertirla en arte. ¿Confían en mí?

–¡Sí! –me escucho gritar junto con los demás y, en este momento, a pesar de las dudas, decido que a veces hay que dar un salto de fe, aunque solo sea para alejar a tu profesora de la calle y del peligro.

Graffam cierra los ojos otra vez y extiende los brazos.

–Confío en ustedes. Ahora, guíenme de vuelta. –Cuando mantiene los ojos cerrados, lo entiendo: nosotros tenemos que guiarla para que cruce la calle a salvo.

El tráfico es demasiado fluido durante varios minutos, en los que imagino cómo sería la llamada al decano Booker: "Tuvimos que dejar a Graffam en medio de la autovía 127". Luego a mi hermano: "Eh, a

mi profesora le pareció divertido jugar en medio del tráfico, así que necesitaré un lugar donde quedarme hasta que empiece el semestre".

De repente hay un bache en el tráfico.

–Ahora, ¡corra! –gritamos todos.

Pero en lugar de correr, Graffam camina con tranquilidad, sin abrir los ojos. Mi mirada se debate entre ella y los automóviles que se acercan, hasta que por fin, con pocos segundos, ella baja al arcén, tranquila, controlada y con la respiración estable, a diferencia de la nuestra.

–Ahora es su turno –dice al abrir los ojos otra vez.

–Nuestro turno –repite Isaac.

–Su turno –insiste Graffam.

–¿De pararnos en medio de la calle? –pregunta Ness.

–Sí. Griten, lloren, suelten todo el dolor que ocupa demasiado espacio dentro de ustedes. Sáquenlo todo, cualquier cosa que los esté reteniendo. Digan todo lo que necesiten.

Siento que una emoción inexplicable recorre mi cuerpo, una descarga de excitación vertiginosa. Quiero vomitar, escapar de esa línea amarilla, subir a la van y esconderme debajo de los asientos. Quiero sentir el flujo de los automóviles que pasan de prisa a mi alrededor mientras que grito todo lo que llevo dentro, mientras lo vuelco todo en medio del pavimento.

No es sorpresa que Isaac sea el primero en posicionarse en la línea central. En su rostro puedo ver cómo piensa, procesa e intenta decidir qué decir o cuánto decir.

–Sin ediciones –grita Graffam–. Di lo que sea que haya en tu mente.

Sé a lo que se refiere, a lo que hay justo debajo de la superficie de todos nosotros, a las cosas que le ocultamos con desesperación a todos los demás.

Isaac también debe saberlo, porque cierra los ojos y, de repente, las palabras brotan de su interior.

–"No hagas eso, no vayas aquí, no vayas allá, no quieres esto, no quieres aquello. Piensa en nuestro apellido. Piensa en nuestra reputación". Es su reputación, no la mía. Y sé las cosas que hicieron para cuidarla, como hacer que los empleados asuman la culpa, que mi hermana la asuma. Escucho cosas. Sé dónde están enterrados los cuerpos. Demasiados malditos cuerpos.

No dejan de pasar vehículos a su alrededor. Los conductores miran por las ventanas, mueven la boca, tocan la bocina, se desvían con brusquedad. El movimiento hace que Isaac se tambalee, mientras que los demás le gritamos que se quede quieto, congelado justo donde está.

–Todo este tiempo sentí que no era suficiente, que no puedo seguir el ritmo. Pero ¿saben qué? Ustedes no son suficientes para mí.

Lanza un puño al aire como si hubiera hecho una anotación y comienza a caminar hacia nosotros, con los ojos cerrados. Un camión va directo hacia él, así que le gritamos que corra por su vida. Entonces, abre los ojos antes de bajar al arcén y, por un segundo, parece sorprendido, como si hubiera olvidado dónde estaba. Siento el rugido del camión que no redujo la velocidad al pasar. ¿Por qué lo haría? ¿No era ese el punto de este ejercicio? No reducir la velocidad por nadie.

–Tú no harás esto, ¿o sí? –me pregunta Ramón al oído. Lo miro y, en este momento, pienso: *Puedo ser un Ramón o puedo ser un Isaac. Prefiero ser un Isaac.*

Miro a la derecha, a la izquierda y a la derecha otra vez, luego camino hacia la línea central. Se siente como atravesar el desierto, como si estuviera a kilómetros del arcén. Delante y detrás de mí solo hay tráfico y más tráfico. Al cerrar los ojos es como si la gravedad se alterara, y el ruido, la oscuridad y el zumbido de los automóviles que pasan se siente lejano y cercano al mismo tiempo.

A mi padre siempre le gustó desafiarnos a Aaron y a mí con paradojas morales: "Los frenos de este tren fallaron, si no haces nada matarás a cinco trabajadores que están sobre las vías, pero si cambias el rumbo, chocarás solo a una persona. ¿Cómo sabes qué vida salvar? ¿Qué hace que una persona merezca ser salvada más que otra?". Mi padre ya no hace esa clase de preguntas, dejó de hacerlas cuando un guardavida tuvo que decidir entre salvar a su hijo o al mejor amigo de su hijo. Pero yo pienso en eso todo el tiempo. En un tren sin frenos, en la marea subiendo, en dos adolescentes en una cueva marina.

La novela que propuse en un principio para el Curso de enero era sobre Tyler, el guardavidas, sobre el día en que se vio obligado a elegir a quién salvar y el peso que carga sobre la espalda. Pero no puedes cargarlo a dondequiera que vayas, ¿no? Si lo haces, tarde o temprano te romperá la espalda.

–Lo siento –digo al aire.

Como mi voz se pierde en el ruido del tráfico, Graffam grita:

–No te oímos.

–Libérate, hombrecito –agrega Isaac.

En otras circunstancias le diría "Vete a la mierda, Isaac. Tenemos la misma altura". Pero es Isaac, eso es lo que hace.

–Lo siento.

Más fuerte, te escucho decir.

–Lo siento. Tenías razón, no debimos haber ido a Zuma. Sabías que era una mala idea, pero siempre eras tú el que pensaba a dónde ir y qué hacer, así que intenté contribuir un poco para que no vieras lo que todos los demás ya sabían, que nunca debiste juntarte conmigo.

El ruido de los automóviles se silencia y solo somos Jonah y yo.

–Púdrete por haber muerto y que me pudra por haber vivido, y lamento que todo sea mi culpa.

Siento ardor en los ojos, en la garganta y en el pecho, pero no sé si estoy a punto de romper en llanto o de arder en llamas de forma espontánea. Extiendo los brazos porque he olvidado dónde estoy. Effy, Isaac y Ness gritan que acabo de salvarme por poco de un automóvil.

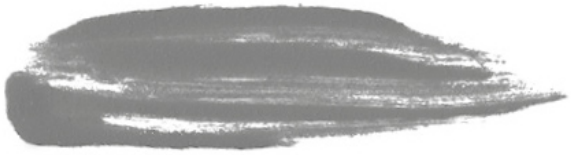
Ya terminé y no es necesario que se los diga porque pueden verlo, así que me guían de vuelta al arcén sano y salvo. Cuando abro los ojos, el cielo se ve más brillante y nosotros también.

Ahora es Ness la que está sobre la línea amarilla, pero apenas la escucho porque estoy perdido en mi propio mundo. Al terminar, vuelve al arcén en una sola pieza y brinca abrazada a Effy.

–Eres una buena persona. La mejor –le dice Effy.

–No, no lo soy. No lo soy –lamenta ella.

Verlas me hace pensar en ti, Jonah Maguire. Pero tal vez ahora lo hago con un poco menos de culpa y de dolor que esta mañana.



Effy

Lunes 12 de enero

En mi mente veo esa sección curva y estrecha de la carretera I-95. Escucho el chirrido de frenos, el impacto metálico, el aullido de las sirenas. Ese día no estaba ahí, sino en casa con la abuela, pero no era necesario estar ahí para verlo. De todas mis pesadillas, esta es la que se siente más real. Huelo el caucho quemado, siento la humedad del mar en el aire y el temblor de la tierra, una vibración espeluznante, cuando mi madre fue asesinada.

Luego avanzo hacia la calle, hasta la línea amarilla. Cierro los ojos, echo la cabeza hacia atrás y grito al cielo.

–No puedes predecir el futuro. No puedes proteger tu vida como un perro guardián. Puedes enojarte. Puedes enfadarte con tu madre por haberlo dejado conducir. Pero no puedes cambiar lo ocurrido. No tienes ese poder. Nadie lo tiene.

Ni siquiera mi padre.

Siento que mis piernas se debilitan, pero no me desplomaré aquí, en medio de la calle. Entonces giro hacia los demás sin pensarlo. Escucho el automóvil antes de verlo. Tal vez sea solo uno o tal vez sea toda una fila. Abro los ojos, pero siento que no puedo mover las piernas. Es como un sueño en el que alguien te persigue, sabes que tienes que correr para salvarte, pero tu cuerpo está paralizado. Un sueño en el que un vehículo se acerca a ti a ochenta kilómetros por hora, con el conductor mirando el móvil, y no puedes moverte.

Todos están gritando mi nombre, pero las voces parecen lejanas. Y, de repente, soy golpeada por algo fuerte y rápido que me hace volar hacia la hierba del arcén. Caigo contra el suelo, sin aire y con una punzada de dolor en las costillas.

No abro los ojos porque podría estar muerta o atrapada debajo de las ruedas de un automóvil y no quiero ver.

–Mírame, Effy –dice una voz–. Mírame.

Entonces miro.

Arlo está rodeándome con los brazos y mirándome a los ojos. Sus labios se mueven, pero no lo escucho sobre el sonido de los vehículos que pasan a toda velocidad.

–No fue un auto, fuiste tú –digo.

Veo cuatro rostros sobre mí: Arlo, Isaac, Ness y Ramón. Uno, dos, tres, cuatro. Giro la cabeza para ver a Graffam, que se ve estirada desde aquí abajo, como una versión extendida de ella misma.

Arlo me ayuda a levantarme, luego sacude mis vaqueros, abrigo y cabello, y comienza a palparme como a un niño en busca de huesos rotos.

–Creo que me rompiste una costilla –le digo.

–¿Cuando te salvé la vida?

A unos metros, Graffam habla por la ventana con uno de los conductores que se detuvo. Isaac y Ness están parloteando al mismo tiempo, con voces elevadas y emocionadas. Mientras tanto, yo pienso en lo que sentí en medio de la calle, miedo pero también algo más, me sentí invencible. De repente, la paleta de colores invernales apagados se vuelve alegre y hermosa, viva en lugar de muerta.

–¿Estás bien?

Provoqué esas arrugas de preocupación en la frente de Ness, que estaba en la cima del mundo hasta hace un minuto.

–Sí. –Tomo aire. *Soy milagrosa.*

Vemos a Graffam firmar algo para el conductor, de seguro un autógrafo, y luego el automóvil sigue su curso.

–¿Todos están bien? –pregunta para los demás.

Por alguna razón, pienso en la frase de *Alicia en el país de las maravillas*, "Aquí todos estamos locos".

–Sí –respondemos. *Todos estamos bien. Todos somos invencibles*, pienso.

Ella solo asiente, sonríe e inclina la cabeza hacia Ramón.

–¿Ramón?

–No hay nada en ningún lugar que diga que para escribir tienes que pararte en medio de la calle y arriesgarte a ser atropellado. Es imprudente y nada tiene que ver con la narrativa ni con la verdad. –Siento la intensidad de su mirada sobre mí–. Y en particular tú, Effy, no entiendo cómo estás de acuerdo con esto.

–Cielos.

–No, tiene razón –le digo a Arlo.

Lo que no puedo explicarles a ellos ni a nadie es que, de un modo extraño, necesitaba esto. Fue como un salto al vacío, y sobreviví.

–Son todos unos hipócritas –continúa Ramón para Graffam y nosotros–. No confío en usted. No confío en ninguno de ustedes. Como si no fueran a empujarme bajo el autobús a la primera oportunidad. Literal y figuradamente. Como hicieron con Peter Tobin. –Señala la calle–. Agitar las aguas, ¿cierto? Porque es una competencia. ¿Por qué fingimos que no lo es?

Entonces camina hacia la van de Drea, quien debió verlo, porque sale y le abre la puerta. Cuando él ya tiene la mitad del cuerpo dentro del vehículo, Graffam lo interrumpe.

–Drea, cierra la puerta, no lo dejes subir.

–Pero está helando afuera…

–Puede volver a Moss caminando.

–¿Cómo? –La mujer frunce el ceño, confundida–. Somos responsables de…

–No. –Graffam mira a Ramón–. El tiempo te servirá para pensar por qué estás aquí y qué quieres sacar de las próximas dos semanas. Creo que estamos de acuerdo en que has estado tenido problemas para adaptarte…

–Escuche –interrumpe Arlo, el señorito Simpatía–. No podemos hacer que camine hasta la casa, aunque sea un poco idio…

–Son varios kilómetros y podría nevar… –agrega Ness.

–Están dentro o están fuera –nos dice Graffam–. Seguir sus principios y marchar a su propio ritmo es importante, pero la flexibilidad también lo es. Y la predisposición a participar y dar todo de ustedes.

–Sí, pero también está la seguridad personal. –La emoción ha desaparecido del rostro de Arlo–. Books nos dijo que nos mantuviéramos alejados del bosque, fue una orden directa. En caso de que lo hayan olvidado, una chica fue asesinada aquí, no se llama Bosque Muerte por nada…

Graffam se estremece ante esas palabras y su expresión se cierra, aun cuando Ramón se descarga contra nosotros cuatro.

–Como si me guardaran lealtad. ¿Qué? ¿Ahora de repente somos mejores amigos? ¿Somos un equipo? –Nos mira uno a uno y suelta una risa–. Vamos. Como si a Isaac Williams alguna vez le hubiera importado alguien más que sí mismo. Como si a alguno de ustedes les importara un carajo lo que pase conmigo, seamos honestos.

–Ramón… –Ness se acerca a él.

–Púdrete, Ness. Púdranse todos.

Se da la vuelta y, sin más, desaparece entre los árboles.



Moss se eleva frente a nosotros como una silueta oscura en contraste con el azul del cielo, como si anticipara nuestro regreso. En el camino, mis pensamientos alternaron entre Ramón y la autovía 127.

–Quiero que pasen el resto del día trabajando en sus proyectos –dice Graffam al entrar–. No se preocupen por Ramón, preocúpense por ustedes mismos y por su trabajo. Nos reuniremos para cenar.

Todos a excepción de Drea colgamos nuestros abrigos en el perchero del vestíbulo.

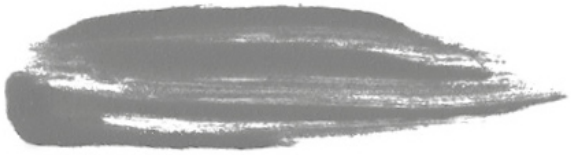
–Saldré a caminar. Estaré atenta por si aparece.

–Deberíamos revisar si está en su habitación –sugiere Ness. Pero es demasiado pronto, no podría haber llegado antes que nosotros. Sin embargo, el ejercicio de la calle la dejó llena de ánimo, así que todos la seguimos por la escalera principal hasta nuestro piso.

La puerta de la habitación de Ramón está abierta, la cama está hecha, con el morral a los pies, y el armario sigue lleno con su ropa, colgada con cuidado. Todo sigue tal como lo dejó.

–Así que no se ha marchado –señala Ness y suspira–: De la casa. –Vuelve a fruncir el ceño–. Pero ¿dónde creen que esté?

–Yo no me preocuparía por Ramón –le asegura Arlo, en tono ligero y los ojos oscuros como magullones–. Es un tipo fuerte. De seguro está tomando un descanso necesario de todos nosotros. Estoy seguro de que volverá pronto.



Arlo

Lunes 12 de enero

Al caer la noche, Ramón aún no apareció. El anochecer llegó rápido, con la luna y las estrellas cubiertas por nubes grises de tormenta. Afuera, rodeo la casa por el camino caótico e irregular. Desde aquí, de cerca, la casa se impone como si su altura se hubiera duplicado, y yo me muevo a su sombra. Las ventanas iluminadas son como cien ojos vigilantes. Observan, contemplan, acogen, llaman. *Pasa. Regresa, ponte cómodo. Mantente a salvo. Quédate.* En cambio, me dirijo al bosque.

Nunca estuve en el Bosque Murton por la noche. Cuando pongo un pie en el sendero y me adentro entre los árboles, el mundo se queda en silencio de inmediato. Es como si hubiera entrado en una tumba, sin viento ni luna, todo vasto y cerrado.

Comienzo a llamar su nombre.

–Ramón… –La palabra hace eco, como si mi voz no tuviera a dónde ir–. Ramón…

Cuando más me adentro, mayor es la oscuridad, toda la luz es bloqueada junto con el viento y con la luna. Entonces, a corta distancia, algo se mueve. *Es solo un venado. Un animal inofensivo del bosque*, me digo a mí mismo.

–¿Ramón? –llamo–. ¡Ramón!

–¿Arlo?

Escucho la voz de una mujer, seguida por el crujido de la nieve y la agitación de las ramas de los árboles. Drea aparece en la oscuridad, sacudiendo una linterna.

–¿Qué haces aquí? –Su voz crea nubes blancas.

–Busco a Ramón.

–Yo también. No me gusta pensar que está solo ahí afuera.

La forma en que dice "ahí afuera" suena como si Ramón estuviera deambulando por un planeta lejano.

–El lado positivo es que el bosque lleva treinta años libre de asesinatos. –*Por lo que sabemos*. No soy el mejor para charlas motivacionales, y no necesito preguntar en Reddit si soy el idiota en esta situación–. Lo siento, el humor es mi mecanismo de defensa.

Drea me dedica una pequeña sonrisa, pero no llega a sus ojos. Agradezco el esfuerzo de todas formas.

–Lara no murió en el bosque –dice.

–Pero ¿no es por eso por lo que no quieren que entremos?

–Ellas, Lara y Meredith, fueron atacadas en el bosque. Pero el asesino las persiguió hasta los acantilados y empujó a Lara al mar. Meredith escapó, aunque acabó con golpes y magullones.

–Eso no estaba en el libro.

–No.

Ella no explica cómo sabe los detalles y yo no pregunto. Nunca encontraron al verdadero asesino de Lara Leonard, lo que resulta inquietante cuando alguien que conoces está caminando en la oscuridad. De repente me pregunto dónde estará Timothy Hugh Martin ahora y si están cien por ciento seguros, sin una pizca de dudas, de que él era inocente.

Se oye un crujido repentino que casi hace que se me salga el corazón del cuerpo. Drea me coloca una mano en el hombro en un gesto maternal y apunta su linterna al suelo.

–Ramón –decimos al unísono–. ¡Ramón!

La brisa se hace más fuerte y atraviesa el muro de árboles. Después de un momento, Drea apaga la linterna y volvemos rumbo a la casa.

–No imagino cómo se sentirá volver aquí después de todo lo ocurrido. Si me hubiera tocado a mí pasar por todo lo que ella vivió… –Niega con la cabeza–. Esto sonará egoísta, no es mi intención, pero quiero terminar mis últimas semanas con ella y abrir la galería en Nueva York. Luego planeo irme y seguir por mi cuenta.

Una explosión de luz repentina nos enceguece y ambos saltamos. Yo suelto un grito bajo antes de que una voz llegue en la oscuridad.

–¿Hay señales de él?

–Ay, no veo nada –le digo a Isaac, con una mano sobre los ojos.

–Lo siento. –La noche se oscurece otra vez.

–Nada –le informa Drea. Se oye un zumbido desde algún lugar. Ella se toca el bolsillo, se disculpa y corre de vuelta a la casa, con el cabello rojo meciéndose tras ella.

–El tipo no me agrada, pero hacerlo caminar de vuelta fue bastante retorcido –comenta Isaac.

Nos miramos uno al otro y sé que él también lo siente: algo huele mal aquí. Pero aún no estoy listo para ponerle un nombre.

Así que, sin decir nada, volvemos a Moss.



–Ramón está bien –nos asegura Graffam cuando nos reunimos para cenar. Dice que habló con el decano Booker, quien le dijo que Ramón llegó al campus cansado y con frío pero ileso y que, mientras hablamos, ya está de vuelta en su dormitorio. Mañana alguien recogerá sus cosas.

Me cuesta procesarlo, porque he pasado las últimas horas imaginándolo perdido, tal vez incluso muerto, consciente de que no es mi culpa, pero culpable de todas formas por haber estado ahí. Podría haber evitado que se fuera solo por el bosque.

–Se encuentra bien –insiste Graffam, entonces me percato de que no soy el único que se siente así. Lo veo en los rostros de los demás–. Ramón está bien –repite, como un padre que consuela a un niño ansioso. La tensión por fin comienza a liberarse.

–No escuché el teléfono –digo sin pensar.

–¿Qué? –Graffam gira hacia mí.

–Que el teléfono no sonó.

–Porque yo llamé al decano, no él a mí. Estuve llamándolo desde que volvimos –Nos miramos uno al otro mientras que los demás nos

miran a nosotros–. Arlo, tú más que nadie debes comprender cómo se siente sentirse responsable de alguien más.

Los demás pierden interés en nuestra conversación en favor de atacar sus platos como si no hubieran comido en meses. Solo Drea pincha la comida distraída, mientras que Graffam se inclina, con el mentón sobre las manos.

–Estoy orgullosa de ustedes –nos dice–. Sé que no es fácil, pero se están abriendo y permitiéndose ser vulnerables. No todos pueden hacer lo que han hecho hoy. –Levanta su copa–. Que sus copas siempre estén llenas. Que el techo sobre sus cabezas siempre sea fuerte. Y que lleguen al cielo antes de que el diablo sepa que han muerto. *Sláinte!*

Todos brindamos y bebemos. Luego Isaac le sonríe expectante.

–Entonces, ¿quién ganó?

Graffam parece pensarlo. Dadas las circunstancias, en parte espero que diga que nadie, que no era una competencia. Su mirada se fija en cada uno de nosotros.

–Ness.

–¿Ness? –dice Effy con una cuota de incredulidad.

–Sí. ¿Quién crees que debió haber ganado, Effy?

Effy no responde. Mientras que Ness le frunce el ceño, y ella le frunce el ceño a la mesa, pienso: *Y ahora quedamos cuatro*. Tengo la sensación de unión y camaradería que genera compartir una experiencia que nadie más puede entender. Y algo más, una corriente eléctrica. En este momento es como si el Curso de enero empezara de verdad.

La conversación se desvía hacia La cacería salvaje, y Graffam promete que jugaremos la noche antes de irnos.

–El Curso de enero –dice, con ojos brillantes frente a la luz de las velas–, fue lo que quise que Brighton y Hove fuera desde que puse un pie en el campus en primer año. Durante La cacería salvaje, anduvimos como criaturas por el bosque y yo gané la corona. Después de eso, no solo me sentí la reina del bosque, sino del mundo.

Apaciguado por la comida y por el sonido de su voz, pienso que no me molestaría sentirme el rey del mundo al menos por un minuto.

La cena va llegando a su fin y, cuando estamos levantando la mesa, Graffam me llama. Todos voltean hacia mí mientras ella me entrega un libro de tapa dura con una sobrecubierta gastada. *Mientras escribo*, de Stephen King. Al abrir la primera página, me encuentro una firma.

–¿Una copia autografiada?

–Primera edición autografiada. Es uno de mis libros preferidos sobre narración. Hace años, casi muere en un accidente, y en el libro habla mucho sobre la vida y la escritura.

Los demás siguen aquí parados, como si esperaran sus propias copias. Pero Graffam nos da las buenas noches.



Recorro la casa acompañado solo por mi libro, porque Effy, Ness y Isaac me abandonaron. Es curioso que, siendo cuatro, ahora soy

uno solo. El libro se siente cálido en mi mano por la promesa de todas esas palabras guardadas ordenadamente en su interior.

Con todo su discurso sobre la competencia, ella tiene que saber que regalarme una primera edición autografiada de un libro (no cualquier libro, sino uno sobre escritura) frente a mis compañeros se verá como favoritismo. Y ni siquiera creo ser su favorito. Si tuviera que adivinar cuál de nosotros le agrada más, diría que Ness o Effy o quizás nadie. Entonces, ¿por qué hacerlo esta noche delante de todos?

En la sala de juegos, abro el asiento de la ventana y desciendo por las escaleras hacia el hueco secreto. Dentro, todo está tal como lo dejé, el aire polvoriento y sin alteraciones.

–¿Cuál es su juego, dama? –le digo al techo, que por primera vez noto que está pintado con estrellas. Busco a Ofiuco, pero son solo estrellas, no constelaciones. Me dejo caer en el diván y empiezo a leer.

Cuando llego a la página treinta y siete del libro, hay una nota adhesiva que marca un pasaje. El pasaje dice:

Las buenas ideas parecen llegar, literalmente, de la nada, bajan hacia ti desde el cielo vacío. Dos ideas antes independientes se unen y crean algo bajo el sol. Tu trabajo no es encontrar esas ideas, sino reconocerlas cuando se presentan.

La nota dice:

¿Qué tal una novela gráfica? Pero no en el sentido tradicional. ¿Y si alternas entre prosa y arte en los capítulos?
MG

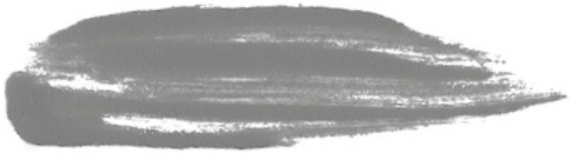
La idea me impacta como un rayo. Permanezco acostado, imaginando cómo se vería, cómo funcionaría, y luego decido que no necesito resolverlo todavía. Leo un poco más antes de detenerme. De toda la sabiduría que King transmite en estas páginas, esto es lo que se me queda grabado: hay que estar presente.

Hubo momentos, en agosto y septiembre del último año de secundaria, en los que ni siquiera pude aparecer. Fue entonces cuando me perdí todas esas semanas de clases, y no fue hasta que mi hermano voló desde Nueva York y me obligó a salir de casa e ir con él a la playa que empecé a pensar que tal vez podría volver a estar presente.

He estado intentando estar presente desde entonces.

Ahora, cierro el libro y me pongo de pie. Estoy en el último peldaño cuando noto el tablero de Scrabble; está en el mismo lugar y en la misma posición que la última vez que estuve aquí. Solo que ahora hay una palabra en el centro:





Effy

Martes 13 de enero

(A altas horas de la madrugada)

Cuando abre la puerta de su habitación, Arlo se ve despeinado, preocupado. Paso junto a él, me dejo caer en la silla del escritorio y echo un vistazo a la computadora abierta, al cuaderno negro Moleskine y los lápices de dibujo, al ejemplar de primera edición autografiado por Stephen King que Graffam le regaló. Lo nota, demasiado tarde, y lo voltea para dejarlo boca abajo.

Voy directo al grano.

–¿De quién hablabas hoy? En la calle. No tienes que decírmelo si no quieres.

–Está bien –responde. No se sienta, sino que se queda parado al pie de la cama, como si estuviera a punto de irse a algún lugar.

–Pero puedes hacerlo –añado–. Si lo necesitas.

Y entonces espero. Me reclino en la silla, lo observo y dejo claro que no tengo prisa por irme. Para ser sincera, no entiendo del todo

por qué estoy aquí, excepto porque él perdió a alguien y yo también y ambos sabemos cómo se siente ese vacío.

–¿No te irás hasta que te lo diga?

–No.

–Está bien –repite.

Y luego se deja caer sobre la cama.

–Mi amigo Jonah. Él fue quien murió. –Su voz suena baja, nada parecida a la de siempre–. Fue el verano pasado. Le gustaba surfear y era bueno. Lo suficiente como para haber sido profesional. Siempre íbamos a la playa de Zuma, aunque no viviéramos en Malibú, porque tiene una costa de arena amplia y suave y olas famosas. Yo no soy buen surfista como él, apenas puedo mantenerme de pie unos diez segundos antes de caerme. Pero era algo que hacíamos juntos. En fin, hay unas cuevas marinas allí en Laguna; puedes ir cuando la marea está baja y ver erizos de mar y peces en las pozas y caminar hasta otra cueva. Así que lo convencí para que fuera conmigo, solo que leí mal la marea y subió mientras estábamos allí, en las cuevas. Él me dijo que estaba entrando, pero yo le respondí: "No, estamos bien", y discutimos por eso. Y luego… quedamos atrapados.

Su mano tiembla.

No digo nada, solo espero por si hay más.

Cierra el puño con la mano temblorosa, lo abre y lo vuelve a cerrar. Una y otra vez. Y luego dice:

–Había un solo guardavidas en la playa ese día, no podía salvarnos a los dos. Tuvo que elegir. Fue idea mía ir allí, pero Jonah iba más adelante y él era el mejor nadador. El mejor en todo. Así que el guardavida, su nombre es Tyler, me salvó a mí. –Mira al

techo. Luego me mira a mí–. La familia de Jonah me acogió como si fuera uno de los suyos. Eso fue antes, claro. Iba a vivir con ellos este año, después de que mis padres regresaran al extranjero. Pero no hablo con ellos desde el funeral.

–¿Por elección tuya o de ellos?

–Mía. Pero no imagino que quieran verme. Yo fui quien lo arrastró hasta Laguna. El amigo que nunca podía seguirle el ritmo. El que siempre necesitaba que lo salvaran. Por eso el guardavida me eligió a mí. No conocí a Jonah por mucho tiempo, pero lo conocí bien. Si eso tiene sentido.

–Tiene sentido.

–Sus padres me dieron la gorra. –La toma del poste de la cama del que cuelga–. Nunca se perdía un partido. Su abuelo fue al campeonato e hizo que Magic Johnson la firmara. Así que… –Se la pone en la cabeza–. La uso.

–Como un talismán.

–Algo así. –Hace una pausa–. Siento lo de tu madre.

A nuestro alrededor, debajo y sobre nosotros, la casa se acomoda y suspira.

–La extraño –digo–. Pero yo tenía solo seis años, así que extraño la versión de ella que conocí a esa edad. Ahora sería una extraña para ella. Ni siquiera sé si le agradaría esta versión de mí.

–Estoy seguro de que te querría aún más.

–No lo dije para que me consolaras. Pero… gracias. Mi padre salió hace unos meses y me escribió una carta. –La busco, pero recuerdo que no la llevo conmigo. No la tengo encima hace un día o dos–. Así que, sí. Básicamente quiere volver a conocerme.

–Vaya.

–Sí.

Los dos nos sentamos frente a frente, más desnudos que cuando lo estuvimos literalmente al final del segundo año.

–¿Effy?

–¿Sí?

–Siento mucho haber desaparecido.

Puedo notar que es sincero, pero de pronto no quiero hablar de nosotros ni de lo que pasó. No quiero hablar de nada. El sonido de mi propio corazón llena la habitación. Y luego es como si también pudiera oír el suyo.

Al mismo tiempo, nos levantamos y nos acercamos el uno al otro. Él toma mi rostro entre sus manos. Y, entonces, me besa. Apenas roza mis labios con los suyos, pero la cercanía, la inminencia del beso, me hace girar, perder el equilibrio.

Una vez más, se siente igual que antes, pero diferente. Sus manos sobre mí se sienten más amplias, más fuertes, más seguras. Sus labios son, de algún modo, más suaves. Todo lo demás se desvanece y me lleno de un dolor dulce, como si no pudiera acercarme lo suficiente a este chico.

Nos tomamos nuestro tiempo para tocarnos y casi tocarnos, entre respiraciones cálidas y aceleradas. Pienso en el instrumento del que me habló la abuela una vez, uno que tocas sin ponerle las manos encima en realidad. El theremín.

Eso somos ahora, el instrumento que emite su propia música extraña con nuestra electricidad.

–¿Alguna vez oíste hablar del theremín? –pregunto.

–Claro. Es la banda sonora extraoficial de cualquier película de ciencia ficción de los cincuenta. –Señala la estampa de su camiseta.

"*Welcome to the Twilight Zone*"–. ¿Sabes por qué hay tan pocos músicos que toquen el theremín? –Su voz es cálida, voz de una noche a puertas cerradas–. El sonido que emite es diferente para cada persona, así que no hay una sola forma de tocarlo. Dirigimos el aire y nos convertimos en parte de él.

Entonces, lo beso y siento el calor de su piel debajo de la camiseta. Sus manos se enredan en mi cabello, su lengua con la mía, sus labios bajan a mi cuello. Es como un tipo de hambre. Lo beso hasta que me siento a punto de explotar, luego él me levanta, yo lo rodeo con las piernas, y me carga hasta la cama. Cuando me apoya en el colchón, lo atraigo más cerca de mí. Sus labios recorren mi garganta, mi oreja, mi boca. Mis piernas siguen a su alrededor cuando le arranco la camiseta. Nos reímos cuando cae sobre su cabeza, pero solo por un momento, porque comienzo a desabotonarme el pijama de franela. Él intenta ayudarme, pero uno de los botones se desprende y sale volando por la habitación hasta la pared.

Me levanto de un salto, lo que lo hace caer al suelo.

–No. No, no, no. –Miro mi pijama, donde debía estar el botón–. ¿Viste a dónde voló? –Recorro la habitación, desesperada, reviso el suelo, el escritorio y debajo de la cama–. No te quedes ahí sentado.

–¿Buscamos el botón?

–Sí, buscamos el botón.

Hay pequeños espacios entre las tablas del suelo, y me encuentro de rodillas, revisándolos con las manos y con los ojos.

–Sabes –dice él–, existe algo llamado internet donde puedes pedir artículos muy útiles como…

–No te hagas el gracioso. No es el momento. –Me siento febril, frenética y furiosa por tener público, aunque solo sea Arlo. Jalo el pijama con fuerza–. Era de mi madre.

Solo es un botón, me digo. *No es tu madre.*

Él se deja caer al suelo y, a gatas, me ayuda a buscar. En silencio, cubrimos cada centímetro del espacio, él incluso mueve la cama lejos de la pared. Luego la silla. Luego el escritorio.

Cuando los relojes dan la hora, me siento sobre los talones. La fiebre y la desesperación se transforman en cansancio y derrota.

–Creo que iré a dormir. Gracias por ayudarme a buscar. –Froto mis ojos, arden por las lágrimas que no dejo ir. Él me sigue al pasillo.

–Lo encontraremos, aunque tenga que levantar cada tabla del suelo. –Se aparta el cabello de los ojos.

–Sé que es solo un botón. –Sueno desafiante–. Pero es prácticamente lo único que tengo de ella, junto con esa copia de *Frankenstein*. Después de que murió… mi abuela no es una persona sentimental. Es cariñosa, pero no necesita cosas materiales para recordar a la gente, así que regaló casi todas sus pertenencias.

–Cuando pierdes a alguien, los objetos cambian de significado –dice en voz baja–. Se vuelven mucho más de lo que eran al principio. Y eso está bien.

Dudo un momento y luego me apoyo en él. Quiero darle las gracias por entenderlo, por entenderme. Pero en lugar de eso, lo beso solo una vez. Sus labios son cálidos contra los míos.



La puerta de la habitación de Ramón está abierta, su armario está vacío y la cómoda ya no tiene libros. Todo desapareció como si nunca hubiera estado aquí.

Me detengo detrás de la puerta de Ness, envuelta por la calidez de Arlo, que me hace sentir en calma y generosa. Quiero decirle que lamento haber tenido siquiera un pensamiento negativo sobre nuestra amistad. Mereció ganar el desafío de hoy. Somos hermanas. Como dijo Graffam, somos más hermanas que amigas.

Estoy a punto de entrar, pero escucho risas y voces que me dejan congelada.

–Pero escapó –escucho decir a Ness.

–Ojalá me hubieras visto. Me cambió para siempre.

–¿Alguna vez se pregunta qué hubiera pasado si ella siguiera aquí?

–Sí. Pero no podemos mirar atrás aunque sea parte del instinto humano. El arrepentimiento, la culpa, el dolor. Pero lo único que podemos hacer es mirar hacia adelante, nos lo debemos a nosotros mismos.

Graffam.

Sin pensarlo, le doy la espalda a todo, a Ness, a Arlo, a mi propia habitación. En el descanso, junto con las aves rapaces, hay un viejo teléfono a disco sobre un estante. Aunque es tarde, de repente tengo la necesidad de escuchar la voz de mi abuela. Ella es un ave

nocturna como yo, así que es probable que siga despierta, y aunque no lo esté, contestará de todas formas porque la abuela siempre está para mí. Siempre estuvo ahí. Es la única persona con la que puedo contar.

Levanto el tubo del teléfono y me lo llevo al oído.

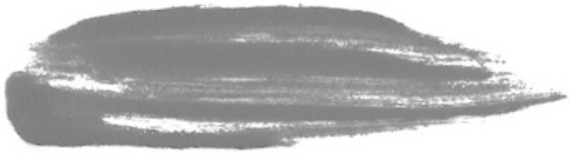
No hay tono.

Cuelgo y vuelvo a intentar.

Aún nada.

Hago lo que he visto hacer en películas viejas; presiono la lengüeta debajo del tubo una y otra vez. Si mis ojos no ardieran de lágrimas, esto sería genial, una mansión antigua, un teléfono viejo y un misterio que resolver.

Pienso en la tormenta que se avecina, que ya podría estar aquí, en el bosque que nos separa de Parkerton, de Brighton y Hove, de la autovía 127, de todo y de todos. Y entonces, por primera vez, me impacta ser consciente de lo aislados que estamos del resto del mundo.



Arlo

Martes 13 de enero

El infortunio de Brighton se encuentra a unos quinientos metros de la costa, y Graffam dice que hoy la marea está en calma como para que lleguemos, si salimos ahora mismo. Qué más dan los varios centímetros de nieve pronosticados para esta noche y la oscuridad en el horizonte.

El bote tiene un motor fuera de borda y lugar para seis. Aunque ya pasamos la edad hasta la que es obligatorio usar chalecos salvavidas, nos los colocamos de todas formas, porque el océano está más agitado de lo que parecía desde el muelle. El cabello de Effy se arremolina a su alrededor, como si conjurara un hechizo, pero los demás nos vemos tan devastados como nos sentimos. Graffam surca espuma y olas que, para cuando llegamos a la isla, nos dejaron empapados y temblorosos.

Isaac se agacha en la proa, con una estaca anaranjada amarrada a una cuerda en la mano. En cuanto el bote toca el lecho rocoso,

baja a la orilla y clava el ancla. Noto que es el único que usa botas para agua y no puedo evitar preguntarme qué le habrá dicho Graffam sobre nuestra pequeña salida y de qué más habrán hablado.

Mis pies se llenan de agua cuando bajo del bote, así que camino directo hacia el acantilado sin detenerme. Graffam aparece a mi lado, seguida por los demás.

–Su escenario y su narrativa están íntimamente relacionados –dice sobre las olas y el viento–. El tono es su escenario emocional. La atmósfera es lo que controla la reacción de la audiencia y su capacidad de sumergirse en la historia. –Mira alrededor–. Quiero que absorban este lugar y se concentren en cómo los hace sentir.

El cielo es bajo y pesado. La isla es pequeña, de hecho, no es más que una roca con un faro en una punta y una cabaña en ruinas en la otra. Algunos árboles crecen a lo largo de la costa este azotada por el viento. Después de que Graffam nos dice que tengamos cuidado, nos dispersamos como hojas. Cuando Effy comienza a alejarse, la llamo. Ella voltea, con los ojos entornados por la luz, y yo le extiendo una mano, que acepta tras un instante de dudas. Entonces, subimos los peldaños de la que alguna vez fue una casa. Desde aquí tenemos una vista panorámica de Moss.

–Mira.

Ella sigue mi mirada al otro lado del agua y, por un momento, vemos a Moss en todo su esplendor, con el cielo azul, la pradera y los jardines que se extienden hasta la costa. De repente, tengo la necesidad de dibujarla como solía ser.

–¿Crees que Moss Hove quería nadar hasta aquí cuando se ahogó? –pregunta con voz lejana.

–Sí.

–¿Y crees que Zachary Brighton aceche este lugar?

–Creo que se han ido juntos a lo que sea que haya más allá. Cuando muera, acecharé la Cordillera de las Cascadas en Washington. Es el lugar con más avistamientos de Pie Grande, ocho punto nueve por cada cien mil habitantes. Creo que las probabilidades de que vea a esa criatura magnífica son altas, en especial si vivo por toda la eternidad.

–¿Así que damos por sentado que Pie Grande existe?

–Sí, claro. Como dice *Los Estados Unidos de los críptidos*, tu patio trasero está lleno de monstruos, aunque no los veas.

Cuando alguien llama su nombre, volteamos a la vez. Ness agita las manos desde la base del faro y grita algo que no entiendo. Effy frunce el ceño, pero no responde al saludo.

–Creo que debería ir con ella –dice, aunque no se mueve; me digo a mí mismo que es porque no quiere dejarme. Tengo la mano en el cuaderno de dibujo en mi bolsillo y de repente tengo el impulso de mostrarle a Effy la versión que dibujé de ella, que está incompleta pero aún es buena, o eso creo. Pero Ness vuelve a gritar su nombre.

–¿Tienes que ir?

–Eso creo. –Comienza a alejarse, luego se detiene–. Arlo, lamento lo de anoche.

–Amar significa nunca tener que pedir perdón.

–¿Qué? –Su rostro se arruga.

–Es de una película vieja, triste y muy cursi sobre dos niños dulces y conflictuados de mundos opuestos. Él estudia leyes, ella estudia música. Luego ella muere de leucemia. Pero antes de eso, él metió la pata, entonces ella le dijo "Amar significa nunca tener que pedir

perdón". Después de la muerte de ella, él le repite esas palabras a su padre, de quien estaba distanciado.

–Entonces, ¿dices que no crees en las disculpas? –Ladea la cabeza, con las cejas arqueadas, una expresión muy desconcertante.

–Lo que digo es que tú, Effy, no tienes que disculparte por nada. Mi caso es diferente. En mi limitada experiencia, el amor siempre implica tener que pedir perdón.

–Mm –es su única respuesta antes de alejarse, esta vez de verdad.

Solo, me siento en los escalones y empiezo a dibujar, primero la casa al otro lado del agua, con una joroba serpenteante que representa al monstruo marino de Gloucester en primer plano. Luego paso la hoja y continúo el dibujo de una chica con flequillo oscuro y ojos verdes.

Cuando levanto la vista otra vez, Graffam está ahí, cámara en mano, pasando por las imágenes en el visor.

–¿Qué te parece el agua desde este ángulo? –dice sin mirarme–. ¿Sigue funcionando?

–Depende de la vista. Idealmente, cuando vas al agua, solo deberías ver agua; de lo contrario, estás mirando tierra y eso arruina el propósito.

Ella apunta la cámara hacia la orilla opuesta, y por un segundo pienso que no me está escuchando. Luego dice:

–He estado pensando en tu amigo. Yo perdí a una amiga una vez y sé lo difícil que es. –Por alguna razón, el pulso se me acelera. Está hablando de Lara Leonard, la chica que fue asesinada. Hasta donde sé, Graffam rara vez habla de esa noche.

–Todo el mundo te dice que mejora –respondo–. Y supongo que lo hace. Pero a la vez no.

–Solo se vuelve… –levanta la cámara hacia el cielo, como si buscara las palabras ahí–, diferente. Solo se vuelve diferente. –Ahora baja la cámara y me mira a los ojos–. Un antiguo profesor decía que una historia es una serie de eventos que conducen a un cambio inalterable.

A lo lejos se oyen las voces de Effy y Ness, que tienen que gritar para escucharse sobre el viento. Giro para mirarlas, cada una a un lado del faro. Vuelvo a mirar a Graffam.

–Oye, gracias, por cierto –le digo–. Por el libro y por el consejo.

Sus ojos se oscurecen, igual que el cielo.

–Te diré algo, Arlo, y quiero que lo escuches de verdad. Puedes escribir sobre tu amigo y dejar que eso te defina. Serás ese tipo que escribe sobre su mejor amigo muerto, que explora el duelo en cada proyecto, que lo mira hacia atrás y hacia adelante, por dentro y por fuera, una y otra y otra vez. O puedes usarlo una vez y luego seguir adelante. No mires atrás. No necesitas hacerlo, porque eres más que lo que te pasó y más que tu amigo. Si nunca hubieras vivido esa pérdida, igual tendrías cosas que decir. No dejes que nadie te convenza de lo contrario.

Mis padres pasan la vida en zonas de guerra, no tienen tiempo para el duelo. Cuando pierden amigos o colegas, siguen adelante. Pero después de que Jonah murió, yo lo detuve todo. Graffam, en cambio, perdió a su mejor amiga cuando tenía mi edad. Supongo que si alguien sabe cómo me siento, como ella misma dijo, es ella.

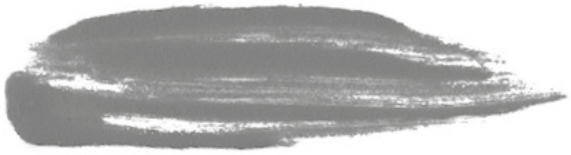
–No lo reprimas –dice–. La culpa, la tristeza. No intentes que encaje en la agenda de nadie más, ni en las ideas preconcebidas de

los demás. No digo que te regodees en ello, pero puedes usarlo. Deja que alimente tu escritura, pero no permitas que la consuma. No dejes que te consuma a ti. Sigue adelante.

–¿Así, sin más? –pregunto.

–Así.

Veo que Isaac me observa a la distancia. Tengo el impulso de echar la cabeza atrás y reírme a carcajadas, de tomar una fotografía de Graffam y de mí, algo que lo haría morir de celos. Pero es un momento tranquilo, por ahora, así que yo también lo estoy.



Effy

Martes 13 de enero

Cuando el sol comienza a ponerse, la temperatura baja y el viento se levanta. Me acerco a la playa, porque de repente me preocupa que me dejen atrás, pero el bote no está. Miro los acantilados por donde subimos, luego al mar. Estoy segura de que aquí es donde anclamos, pero vuelvo a subir por si acaso y doy una vuelta antes de bajar a la playa otra vez en el mismo lugar.

Nada.

Recorro la costa, subo otra vez. A la distancia, veo a Arlo con Ness, y a Isaac en el faro como si estuviera mirando su reino. Agito la mano, pero no parecen notarme. Mi corazón va de prisa, a pesar de que me digo a mí misma: *Ten calma. Hay una buena explicación. No tienes la información completa.*

Comienzo a seguir la corriente, que parece ir al este. Esta vez, sigo la línea de la costa, con la vista en el sol que ya pasó la línea del horizonte. La marea alta hizo desaparecer la mayor parte de la

arena bajo las olas. Avanzo por donde el agua es baja y por las rocas que crecen allí, a veces a gatas cuando se vuelve demasiado resbaladizo para ir erguida.

No puedo pensar en la nieve que se avecina ni en la distancia que nos separa de Moss. Ni en el hecho de que no tenemos cómo pedir ayuda ni cómo avisarle a alguien que estamos aquí. Doy la vuelta por el lado este de la isla, donde el viento es helado y hace que las olas golpeen la costa. Y ahí veo a Graffam, parada en las rocas, con la mirada fija en el horizonte.

Donde el bote flota a la deriva. A unos seis metros de la costa.

Comienzo a correr hacia Graffam.

–¿Qué pasó? –lamento, pero el viento se lleva mi voz. Vuelvo a gritar y, esta vez, ella voltea. Se ve asustada y salvaje.

–Se fue. Bajé a la costa y se había ido. –Se alborota el cabello, largo y al viento–. No sé qué… no sé… –Corre hacia el oleaje, de vuelta a la costa y hacia las olas otra vez, como un ave que lucha contra las olas–. Y la tormenta… –El viento se lleva el final de sus palabras.

No hay tiempo para pensar, porque el bote se está alejando. Durante la última semana, Graffam estuvo diciéndonos que saltáramos, que no pensáramos de más, que no nos quedáramos en terreno seguro, así que actúo sin pensar. Salto al agua, con Graffam gritando mi nombre desde la costa. Una vez que paso las rocas, me sumerjo bajo el agua.

El impacto de la corriente y el frío me entumecen de inmediato. Imagino que así debe sentirse ser impactada por un auto, un golpe fuerte y paralizante. El agua se filtra por mi nariz, orejas, ojos y boca y me congela desde adentro hasta dejarme dura y quebradiza como

diamantes. Corto el agua como si estuviera atravesando cristal. Salgo a respirar cuando es necesario, vuelvo a bajar. Subo, bajo, subo, bajo. Doy todo de mí para seguir en movimiento, porque tengo que seguir moviéndome. Si no lo hago, moriré congelada.

Puede que escuche mi nombre desde la isla o no, puede que vea figuras junto a Graffam o no. Lo único en lo que puede pensar mi mente adormecida es en el bote. *Tengo que seguir avanzando*.

Me esfuerzo más de lo que me esforcé por algo en mi vida, aunque ya no siento las extremidades o el corazón, que palpita como un tambor distante y adormecido. Solo sé que sigue latiendo porque lo escucho muy, muy lejos. El tiempo se ralentizó, igual que yo, mi respiración, mi pulso, el aire, el cielo. Es como si ahora todo viviera dentro de mí.

De repente, levanto el brazo y golpea contra madera dura. Estiro los dedos, segura de que se quebrarán a la mitad, y tomo el costado del bote. Veo la cuerda, que ondea en el agua como una serpiente, se enrolla y se desenrolla. La alcanzo con la otra mano, que está cerrada en un puño helado, pero no quiero soltar el bote ni por un segundo. Cuando mi puño toca la cuerda, comienza a abrirse, y me doy cuenta de que yo lo estoy haciendo, estoy abriendo el puño. Luego estoy tomando la cuerda en mi mano helada y muerta. Y estoy llevando el bote de vuelta a la costa.

El agua salada, el viento y el frío extremo me empañan la vista. Comienzo a cerrar los ojos, cuando siento que un brazo me toma por debajo de los hombros y la cuerda se libera de mi mano. Intento tomarla, pero de repente veo que Isaac la toma y guía el bote de vuelta a la costa. También está Ness, nadando a mi lado, y Arlo, con un brazo alrededor de mi pecho.

Quiero decirle que lamento que haya tenido que meterse al agua, pero amar significa nunca tener que pedir perdón, así que me aferro a él, con mi mano en la suya, y espero que lo que quiero decir se transmita de piel a piel.



A pesar de las luces y del fuego en las chimeneas, la casa está demasiado oscura, pues las persianas contra la tormenta nos encerraron dentro. Incluso en el Cuarto del cielo se siente como si estuviéramos encerrados dentro de una fortaleza subterránea gigante, demasiado silenciosa y quieta.

"Estimado Clay Reynolds", escribo, porque "papá" no encaja. Mi padre ya no es alguien a quien conozca.

> *¿Sabías que Mary Shelley escribió dos versiones de Frankenstein? En la versión original, todas las decisiones y acciones de Victor Frankenstein son suyas, pero en la segunda lo convirtió en una víctima del destino. Prefiero la primera, porque creo que en la vida escoges tu propia aventura.*
>
> *Lo que quiero saber es: ¿tú elegiste lo que estabas haciendo? ¿Condujiste hacia este árbol a propósito o perdiste el control del vehículo? ¿Y por qué condujiste tú? Porque, aunque no quisieras chocar contra ese árbol, debías saber que era una posibilidad. Mamá también…*

–¿Cómo te sientes?

Levanto la vista y encuentro a Graffam en la puerta. Me invade una oleada repentina de emoción, una respuesta predecible de niña huérfana cada vez que un adulto que no es la abuela me ofrece apoyo o compasión.

–Seca –respondo–. Feliz de estar adentro.

–Quiero que tengas cuidado.

–No creo volver a nadar en un futuro cercano.

Ella sonríe, algo distante, y se acerca al sofá para dejarse caer a mi lado, tan cerca que puedo oler su champú. Tiene el cabello húmedo, el rostro sin maquillaje y lleva un suéter amplio arremangado.

–Estuve casada una vez –dice como si no lo supiera–. Él también era escritor, pero recién estaba iniciando. Fue ocho años después de *La cacería*, después de que todo estallara en mi cara y me viera forzada a ocultarme del mundo. Así que, en cierto sentido, estábamos en la misma posición y, por un tiempo muy breve, funcionó.

Parpadeo al mirarla. A menos que se haya casado más de una vez, está hablando de Paddy Eason.

–¿Qué sucedió?

–Quería que fuera más de lo que era. Que fuera más fuerte, infalible. Inmune a las mujeres jóvenes y a que inflaran su ego, pero así son las cosas. Él tenía su forma de engañarme y yo tenía la mía. Cuando me habló de Britt, de su amorío, supe que había perdido mi horizonte al tratar a mi matrimonio como si fuera lo más importante, cuando siempre fue el trabajo lo importante, aun cuando nadie quería publicarlo. Él tenía un manuscrito en el que había documentado cada mentira que había dicho en su vida, a sí mismo y

a otras personas, pero los dos sabíamos que nunca iba a terminarlo. –Por un momento, se pierde en sus pensamientos–. La idea se hubiera desperdiciado. Cambié algunas cosas para hacerla propia, por supuesto.

–Espere, ¿era…? –*No, no, no*.

–*La mentira.* –Inclina la cabeza, con la mirada enfocada en algún punto distante. Tiene una expresión casi nostálgica, como si estuviera perdida en un recuerdo feliz–. Lo llamó *Confesiones de un fraude en Galway*. –Niega con la cabeza–. *La mentira* era menos resonante, más memorable. –Ahora me mira, como si estuviera recuperando la nitidez–. Mi mayor éxito resultó de escribir sobre cosas que pasaron en verdad. Algunos detalles son ficción, pero los lectores saben cuando algo es real porque resuena con ellos. ¿Alguna vez pensaste en tomar las cartas que le has escrito a tu padre y convertirlas en un libro?

Tardo un momento en cambiar el foco del hecho de que plagió a Paddy Eason a mí.

–¿En lugar de la antología de cuentos?

–Sí. Sin haberlas leído, creo que pueden ser emocionantes. Eso sería diferente y real.

Siento muchas cosas a la vez. Alivio, porque las cartas son muchas y solo tendría que alterar algunos detalles. Miedo por exponerme a mí misma y a mi vida íntima frente a los lectores. Emoción por releer esta misma noche lo que tengo para poder darle cohesión, tal vez incluso poder.

–La vida es una competencia, Effy –dice Graffam–. No lo olvides. Cuando vendí *La mentira*, mi esposo se preguntó "¿Y qué hay de mí?". Después de todo lo que di en nuestro matrimonio no podía

concederme una cosa. –Me mira como si se preguntara ¿Puedes creerlo?–. La escritura siempre debe estar primero, antes que el romance, antes que la amistad.

De repente, sus palabras se sienten muy mordaces.

–Cuando Lara murió… –baja la vista al sofá verde y recorre los botones–. Fue devastador, pero también liberador. Ahora que lo digo, sé que suena terrible –Sonríe apenada–. A veces, las personas más cercanas a nosotros no nos dejan avanzar, en especial cuando no tienen talento. Eres buena, Effy, pero podrías ser extraordinaria. Asegúrate de no descuidar tu espalda cuando estés cuidando de la de todos los demás. –Por su referencia a Lara, supongo que se refiere a Ness, pero luego agrega–: Tal vez creas que él te quiere aquí, pero votó en tu contra.

–¿Quién? ¿Arlo?

–Sí, creí que debías saberlo, sobre todo por tu historia con él. Yo querría saberlo. Después de Paddy, no quiero que vuelvan a tomarme por sorpresa. Creo que en eso nos parecemos.

Se oye el crujido de las tablas del suelo desde el corredor y las dos volteamos a la vez para encontrarnos con Drea en la puerta. Me pregunto si escuchó algo de nuestra conversación y cuánto.

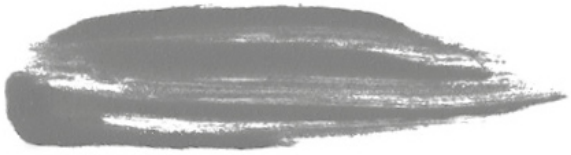
–Los rumores dicen que hoy fuiste una heroína –me dice con alegría. Luego le dice a Graffam que terminó con el libreto si ella quiere discutirlo. Luego se van.

Cuando era más joven, pasé por una etapa en la que espiaba las casas de otras personas, me metía por alguna puerta sin llave o por una ventana. Era mi forma de vivir la vida de alguien más por un momento. Antes de que me descubrieran y me acusaran de invasión

a la propiedad, salía por la ventana por la que había entrado y volvía a la vida real.

Pero un día me quedé dormida en la cama de un desconocido, la familia llegó, llamaron a la policía, la abuela se enfadó conmigo y la familia me acusó de querer robarlos. Y tal vez, en cierto sentido, así era. No quería robar sus pertenencias, sino su seguridad.

Como penitencia, solía intentar ponerme en sus zapatos y sentir lo que habrán sentido, traición e intrusión. Ahora, después de hoy (de la isla, del bote perdido, de haber nadado en el mar y de la advertencia extraña de Graffam) eso siento aquí sentada en el Cuarto del cielo mientras que afuera ruge una tormenta.



Arlo

Miércoles 14 de enero

(A altas horas de la madrugada)

Las persianas de toda la casa están cerradas, con nosotros dentro. Encuentro a Effy acurrucada en el sofá del solárium. Su computadora está abierta y un libro yace a su lado, pero ella está mirando las ventanas oscurecidas como si pudiera ver más allá de las persianas, hacia el exterior. El viento aumentó, imagino la nieve cayendo y pienso en el agua en todas sus formas: océanos, pozas de marea, nubes, niebla, hielo, nieve. Agua que inunda, agua sobre la que surfeas, agua en la que nadas, agua que te sostiene y te eleva, agua que te empuja hacia abajo hasta que te conviertes en parte de ella. Nuestros cuerpos, nuestra tierra. Agua, agua por todas partes.

Mira hacia arriba.

Por costumbre, lo hago. El tragaluz tiembla, descubierto, y a través de él puedo ver ráfagas blancas. Afuera, una tormenta;

adentro, calor y luz y los siete de nosotros: Graffam, Drea, Wesley y nosotros cuatro, los estudiantes, seguros y protegidos.

–¿Arlo? –Effy frunce el ceño al mirarme. He aprendido a leer las expresiones de su ceño, que son tan variadas como las sonrisas de otras personas. Esta dice: "¿Por qué estás ahí parado mirando al techo en silencio?". O tal vez: "¿Qué demonios quieres?".

Rebusco en el bolsillo de mis vaqueros y extiendo la mano. Ella levanta la vista otra vez, luego se inclina hacia adelante y toma el botón de mi palma. Su expresión se ilumina, como si se levantara un velo.

–¿Dónde…?

–Debajo del tocador, atascado entre las tablas del suelo.

Ella observa el objeto, inclinándolo bajo la luz, con cuidado de no dejarlo caer. Por un momento, su ceño se disuelve en una expresión de asombro. Luego cierra la mano sobre el botón.

–Gracias –dice con voz helada.

No soy el tipo más brillante ni más intuitivo del planeta (ese sería mi hermano), pero tengo un sistema interno de alarmas que suena cuando entro en territorio peligroso. Agujeros negros. Exámenes estandarizados. Volcanes submarinos. Esto.

–Solo es una suposición–digo–, pero ¿pasa algo? O sea, ¿algo más de lo habitual?

Ella me estudia, luego sacude la cabeza como si tuviera un diálogo interno.

–Siento que hayas tenido que meterte al agua hoy.

–Lo haría otra vez. –Por ella, quiero decir–. Pero con suerte no tendré que hacerlo.

Quiero besarla ahora, pero entonces este momento que estamos teniendo se acabaría y es uno de esos momentos únicos en los que te ves con el otro, de verdad te ves. Sin mentiras. Sin pretensiones. Para bien o para mal, esta es la versión acústica, sin adornos, de Effy y de mí.

Entonces su ceño se frunce otra vez y dice:

–¿Arlo?

–¿Sí?

–Merezco estar aquí tanto como tú. –Suena más fría que el agua de El infortunio de Brighton.

–De acuerdo.

–Y si por alguna razón estás decepcionado de que siga aquí, no me importa.

–De acuerdo.

–¿Quieres saber por quién voté esa noche? Por nadie, porque sin importar cuánto quiera ganar, no me corresponde a mí enviar a nadie a casa. –Sus ojos están fijos en los míos, y sé que espera una respuesta.

–Effy Green, con Dios como testigo, te aseguro que quiero que ganes todo esto. De verdad. Lo juro por los huevos verdes con jamón, por las majestuosas montañas púrpuras y por las estrellas en la bandera.

Por Ofiuco, por esta gorra de los Lakers y por mi gran y tonto corazón.

Las palabras hacen su gracia o tal vez es el hecho de que, tras ellas, mis defensas están bajas, porque ella se pone de pie.

–Quiero mostrarte algo.

Atravesamos las habitaciones siguientes, iluminadas por velas que proyectan sombras danzantes en las paredes y resaltan los rostros de las pinturas enmarcadas. El silencio se ha apoderado de Moss y de nosotros, comencé a relajarme en él, como en una hamaca, en que seamos solo Effy y yo, sin Isaac, Ness o Graffam, cuando nos detenemos de repente al pie de una escalera.

–¿Esta no es…?

–El ala de Graffam –confirma.

Subimos, más allá de la terrorífica cabeza de serpiente tamaño real, con colmillos a la vista. Nos quedamos congelados cada vez que cruje una tabla del suelo, porque no deberíamos estar aquí. Nos ordenaron que nos mantuviéramos fuera de este ala, pero, por supuesto, eso redobla mis ganas de estar aquí.

–¿Qué hay ahí? –pregunto señalando una puerta cerrada.

Effy niega con la cabeza, señala en la dirección opuesta, trepa al balcón y me indica que me dé prisa. Abajo, el teatro está oscuro excepto por el brillo de la chimenea.

–Estuve aquí el día que rompimos el espejo y noté esto –susurra.

Detrás de ella, veo otra puerta, y una luz que se filtra por la hendija inferior.

–¿Por qué alguien querría bloquear una habitación? –cuestiona–. Si fuera un pasaje secreto, lo entendería, es secreto, pero ¿una habitación?

–No se me ocurre ninguna razón no aterradora. Si la bloqueas, es evidente que tienes algo que esconder. O, más bien, algo que quieres mantener oculto.

–Tenemos que abrirla. –Sus ojos brillan.

–¿Tenemos? ¿Es posible esperar hasta que sea de día?

Pero no está escuchándome. Está muy ocupada analizando el marco de la puerta y el lugar donde debería estar la manija.

–Eras de esas niñas a las que les gustaba explorar las casas espeluznantes de su calle, ¿cierto? ¿La que siempre se ofrecía a buscar algo en el sótano?

Ella me sonríe y, entonces, escuchamos el claro crujido de las tablas del suelo detrás de nosotros. Su sonrisa se desvanece y nos convertimos en estatuas expectantes, sin siquiera respirar. Otro crujido, alguien en este piso, no abajo, sino cerca.

–*Mierda* –balbuceo.

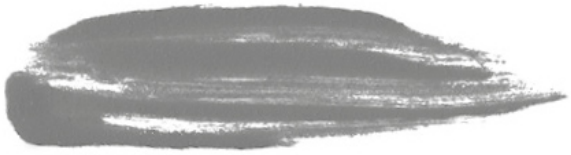
Entonces, corremos, sin pensar en cuánto ruido hacemos al atravesar el balcón y bajar por las escaleras. Nos saltamos los últimos dos escalones y acabamos cayendo al suelo, pero la traidora de Effy no me espera. Me levanto y sigo corriendo sin pausa hasta alcanzarla en el solárium. Allí, nos dejamos caer en el sofá, a centímetros de distancia.

Y luego, aunque no fue para nada gracioso, me echo a reír. Ella me observa por un segundo, pero luego su boca se tuerce y comienza a reírse. Los dos nos cubrimos la boca para no despertar a todos en la casa, pero cuánto más nos esforzamos por ser silenciosos, más ruido hacemos, lo que nos causa todavía más risa. No me he reído así en mucho tiempo, desde inicios del último verano.

La euforia comienza a bajar un minuto más tarde, las risas se disipan por las paredes, por el suelo, por las esquinas y por el tragaluz sobre nosotros.

Y, luego, Effy me mira.

–Buenas noches, Arlo –me dice.



Effy

Miércoles 14 de enero

Aunque no podamos ver la tormenta, la escuchamos. El viento aúlla y sacude las persianas, que luego sacuden la casa y nos hacen sentir dentro de un subterráneo con trenes pasando de un lado al otro. Todo se mueve, aun si te sientas quieto como una estatua. No hay electricidad, así que estamos trabajando a la luz de linternas y velas centelleantes, reunidos frente a las chimeneas para mantenernos calientes.

Wesley se fue a Parkerton para estar con su esposa, y nadie vendrá hasta que pase la tormenta. Solo somos Graffam, Drea y nosotros.

Pienso, no por primera vez, en *La maldición de Hill House* de Shirley Jackson. En el discurso de la señora Dudley para Eleonor cuando llega a la casa: "De noche ni siquiera podríamos oírlos. Nadie podría". Para empeorar la sensación de confinamiento, estoy resfriada y Ness y Isaac tienen gripe. Lo adjudicamos a nuestra

incursión en El infortunio de Brighton. Arlo es el único que parece estar bien.

Hoy, la cena es un rejunte de sobras recalentadas en el horno a gas.

Aunque me duelen la garganta y la cabeza, sirvo sopa para Isaac y Ness. Arlo, Graffam y yo nos ocupamos de la cocina.

–No, no usted también –lamento cuando Graffam tose.

Cenamos en el teatro, sobre mantas que Drea extendió frente a la chimenea y con los platos sobre las piernas.

–El decano Booker vino temprano, quería que fuéramos a pasar la tormenta al campus, pero lo convencí de que eso interferiría con el trabajo intensivo que hemos estado haciendo. No estaba feliz al respecto. –Graffam inclina su copa de lado a lado contemplando el líquido–. Pero estamos seguros aquí en Moss. No es más que nieve.

La casa se siente gigante sobre nosotros, llena de lugares oscuros, fríos y silenciosos, excepto por la habitación en la que nos encontramos. Quisiera poder ver el reporte del tiempo para saber si la abuela también siente frío en Maine, pero no hay Internet, radio, teléfono de línea ni forma de comunicarnos con el mundo exterior. La idea es extrañamente relajante. Es como si fuéramos sobrevivientes juntos, Los raros contra el mundo.

–Tengo algo para cada uno de ustedes –dice Graffam cuando terminamos. Nos miramos unos a otros, luego a ella, quien nos reparte cuatro sobres delgados–. Pensaba esperar a la semana que viene para darles esto, pero pensé que a todos nos caería bien algo de diversión. No los abran hasta que se los diga. Y, antes de que lean el contenido, les diré que cada sobre contiene un obsequio elegido especialmente para ustedes. Cuando el tiempo lo permita,

tendrán una competencia en la que solo habrá un ganador. Esa persona ganará el regalo de su sobre. ¿Alguna pregunta?

Los cuatro nos miramos.

–Sí –dice Isaac–. ¿En qué consiste la competencia?

–Pronto lo sabrán.

Arlo levanta la mano.

–¿Podremos elegir nuestras armas o nos serán asignadas?

–Su arma es su mente. –Graffam sonríe.

–Qué mal por ti, Noon –ríe Isaac.

–Mencionó el clima, ¿la competencia será afuera? –inquiero.

–Sí. –La sonrisa de Graffam se amplía.

Ness tose un catarro áspero que suena en su pecho.

–¿Y si estamos muy enfermos para participar?

–Esperaremos hasta que todos se sientan bien, si el tiempo lo permite.

Ness la mira a través de sus gafas y sé lo que está pensando: tiene que mejorar. Rápido.

–¿Cuánto nos queda? ¿Un poco más de una semana? Con suerte estarán bien entonces. –Graffam toma la botella de vino que está a su lado en el suelo. Mientras la miramos, nos sirve un poco en nuestras tazas–. Mi padre solía añadirle un poco de brandy a mi té cuando estaba resfriada. Esta es la segunda mejor opción.

Drea niega con la cabeza.

–¿La edad legal para beber no es a los dieciocho? –Graffam le sonríe–. Es así en la mayor parte de Europa y, no sé ustedes, pero yo me siento bastante europea esta noche.

Arlo me mira a los ojos cuando voy por mi taza.

–Muy europea –repito.

–Ahora, ¿quién está listo para abrir su sobre? –Graffam nos mira uno a uno, con ojos brillantes.

Respondemos todos a la vez, demasiado fuerte, motivados por el vino y la anticipación.

–A la cuenta de tres. Uno…

Deslizo un dedo bajo la solapa del sobre, lista para abrirlo, y pienso por un segundo en el que está debajo de mi almohada.

–Dos…

Recorre el círculo con la mirada.

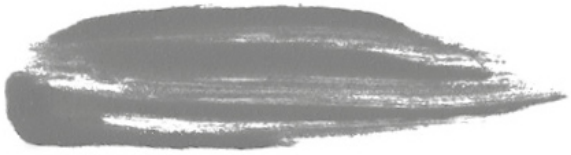
–Tres.

Se oye papel rasgado y jadeos de sorpresa, incluido el mío al ver el montón de artículos de Virginia, Utah, California y Florida. Todos son sobre accidentes de tránsito fatales que luego se probó que fueron intencionales. También hay un fragmento sobre psicología de los accidentes, que cita a Freud, quien creía que nada sucede porque sí.

Y una nota:

Si la escribes como creo que puedes hacerlo,
me encantaría hacer tu película.

xxMG



Arlo

Miércoles 14 de enero

Después de cenar, Graffam propone un juego de escondidas para pasar el tiempo. Y, aunque resulta un poco tonto a nuestra edad, el vino fluye y el espíritu de Los raros está vivo. Isaac es fácil de encontrar por su tos, que actúa como un rastro de migajas de pan, pero se mantiene en el juego como si nos fueran a calificar por ello. Y quién sabe, quizás lo hagan.

Me muevo entre las sombras de Moss, libre y despierto, con el cerebro chispeando por el contenido de mi sobre. Mis ojos tardan un momento en adaptarse a la oscuridad, mucho más densa que la noche por fuera de estas paredes. Sigo a tientas el camino de habitación en habitación, escuchando el sonido de mis zapatos sobre los pisos de madera, sobre las cerámicas de la cocina. Me detengo, me los quito y continúo sin hacer ruido, aunque en toda la casa nos acompaña la banda sonora más inquietante de música clásica que he escuchado.

Me siento libre, lleno de posibilidades. En una mano llevo mis zapatos, en la otra, un vaso de vino, porque ahora estamos bebiendo sin escondernos y a Graffam no le importa. Es difícil saber qué es más cálido, si el dulce ardor del líquido o la sensación del sobre que llevo en el bolsillo trasero de mis pantalones.

Cuando nos cansamos de escondernos y buscarnos, nos reunimos en el teatro, donde Graffam reparte tarjetas y lápices, luego se acomoda frente a la chimenea y nos dice que es hora de un tipo diferente de juego.

–¿Qué tanto conocen a su competencia? –pregunta, con el fuego que arde detrás de ella–. Todos tenemos cosas que no queremos que nadie descubra. Pero ¿y si lo hicieran? Es hora de revelar su peor defecto, un defecto fatal, su talón de Aquiles. Escríbanlo y déjenlo aquí.

Levanta la misma caja de madera que usamos cuando emitimos nuestros votos.

–¿En qué se diferencia esto de todos los otros retos que nos ha hecho hacer? –pregunta Isaac, a quien el alcohol sin duda le soltó la lengua–. Desde que llegamos aquí, todo es "Cuenta una historia personal", "Revela tu mayor miedo", "Párate en medio de la maldita… en medio de la carretera y di lo que piensas".

–¿Desde cuándo a Isaac Williams no le gusta hablar de sí mismo?

Me lanza una mirada asesina.

–Todo es parte de sumergirse en la experiencia –responde Graffam.

–Sí, no me gusta –Isaac sigue refunfuñando.

–No tienes que hacerlo –le digo. Tomo una tarjeta y un lápiz y me retiro a un rincón.

Los demás hacen lo mismo, hasta que quedamos separados unos de otros en la habitación silenciosa, salvo por el eventual rascar del lápiz contra el papel y la *Tocata y fuga en re menor* de Bach.

Miro las líneas en blanco de la tarjeta y pienso en defectos fatales, en el mío. Podría inventar algo, me pregunto si los demás estarán inventando. Levanto la cabeza y los observo, todos están superconcentrados. Mientras tanto, el viejo Johann Sebastian se está desatando, y los vellos de mi nuca se erizan, hay una razón por la que esta pieza se usa en tantas películas de terror.

Finalmente escribo:

No quería volver aquí, pero no tenía a dónde más ir.

Cuando vuelvo a la chimenea, Graffam ya no está y en su lugar está la caja. La levanto y, cuando dejo caer la tarjeta dentro, siento una oleada de náuseas. Me preocupa haber dicho demasiado y no lo suficiente. No es una sensación a la que esté acostumbrado: estar desnudo para que todos me vean.

Los demás avanzan, con expresiones variadas de incomodidad. Uno por uno, añaden sus tarjetas a la caja.

–¿Dónde está Graffam? –Effy me frunce el ceño como si yo hubiera hecho algo con ella.

–No lo sé. Nos dejó esto –agito la caja.

–Y esto. –Ness me entrega un sobre.

Lo abro y leo:

Saquen las tarjetas una por una y adivinen a quién pertenece cada talón de Aquiles.

Levanto la mirada.

–Mierda.

Por un segundo, pienso que Ness va a vomitar sobre la alfombra.

–Bueno –dice Effy–. Ya llegamos hasta aquí.

Agita la caja y saca una tarjeta. Vemos cómo la despliega, cómo sus ojos recorren las palabras.

Estoy reprobando en Brighton y Hove y me han puesto en prueba académica. Necesito este curso para graduarme.

–No me miren a mí –dice Isaac, intentando sonar despreocupado.

–Isaac –digo, y los demás coinciden.

Él está a punto de responder, pero acaba por cerrar la boca. En el silencio, siento cómo se mueven los engranajes de su mente antes de que responda lento y claro, como si midiera cada palabra.

–Puede que mis calificaciones hayan bajado el último año. ¿Necesito pasar este curso para salir de aquí? Sí. –Se encoge de hombros como si no fuera gran cosa–. Es difícil ser tan bueno en todo, acabas abarcando demasiado. –Despliega una sonrisa que pretende a la vez encantar y distraer–. Pero ¿reprobar? ¿Prueba académica? Es un tanto dramático.

–Entonces, ¿por qué lo escribiste? –pregunto.

–No lo hice. –No ofrece a cambio lo que sí escribió.

–Esto no funcionará si no estamos dispuestos a ser sinceros –comenta Effy en tono idealista, fuera de alcance. Luego mete la mano en la caja otra vez.

Cuando era más joven, solía ser abusivo con otros niños para poder ser el valiente y que nadie lo descubriera.

Me mira a mí como si esperara una confesión, pero Isaac le arranca el papel de la mano.

–Dame eso. –Lee la frase una y otra vez–. Yo no escribí esto.

–¿Habla sobre ti otra vez? –le pregunta Ness.

–No, por favor. Yo escribí sobre que mis padres desheredaron a mi hermana por casarse con una mujer. Sobre el hecho de que no la defendí porque tenía demasiado miedo de que me desheredaran a mí también. Y no sé por qué estoy diciéndoles esto, excepto porque yo no escribí ninguna de esas otras tarjetas. Es evidente que alguien está jugando con nosotros.

–Debe haber al menos quince tarjetas aquí –comenta Ness, todos la miramos. Tiene la caja abierta y está desplegando las tarjetas en el suelo.

Uso el sexo para asegurarme de que las personas no me dejen.

Mentí en mi solicitud para Brighton y Hove.

No quería volver aquí, pero no tenía a dónde más ir

Temo no merecer amor.

Plagié el trabajo de otra persona para entrar al Curso de enero.

Maté a mi mejor amistad.

Sigue, una a una.

–¿Alguno de ustedes escribió esto? –pregunta Effy, con los ojos en mí otra vez. Al chico que conocía le gustaba provocar y luego alejarse para ver la explosión, pero que crea que sigo siendo así me irrita.

–Es obvio que el del sexo soy yo, ¿quién no querría una probada de esto? –digo con un guiño.

Sé que en este momento me odia otra vez. Pero entonces Ness se levanta con piernas temblorosas, derriba una silla y la caja en el proceso, y sube las escaleras corriendo. Effy se levanta sin decir una palabra

Eso nos deja solo a Isaac y a mí.

–Sé que tú lo escribiste, maldito idiota. –Me sorprende lo tranquila y pareja que suena mi voz.

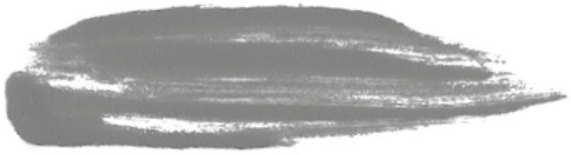
Maté a mi mejor amistad.

Las palabras penden entre los dos.

Él niega con la cabeza y se ríe, pero está molesto. Isaac, que podría aplastarme si quisiera.

–No debiste haber vuelto, Noon. Nadie te extrañaba.

Luego se va y me deja solo mirando el fuego.



Effy

Miércoles 14 de enero

Ness es un bulto en medio de su cama, debajo de las mantas.

–Vete, Effy –dice con la voz amortiguada.

–Sal de ahí. –Le sacudo una pierna. Como no sale de su capullo, la sacudo otra vez–. Ness. Vanessa. Cato.

No responde, pero luego la escucho debajo de la manta.

–Tengo que decirte algo. –Resurge de a poco, se aparta el cabello del rostro y busca sus gafas, pero mira hacia la nada. Me siento en la cama a esperar, porque a veces hay que esperar a que Ness ponga sus pensamientos en orden.

»¿Conoces a Lucia Quinney Mae? –Como niego con la cabeza, ella continúa–: Fue una poeta y profesora irlandesa. Y una filántropa amada por todo el que la conociera. Murió a los veinte años, creo que en 1972. Y fue donante de órganos antes de que fuera algo común. Donante de órganos, Effy. –Se frota los ojos, pero ya es tarde, pues las lágrimas ya están corriendo por sus mejillas–.

Mientras vivió nunca fue publicada, pero un año después de su muerte se publicó una colección de sus poemas.

–Lucia Quinney Mae era fabulosa, entendido.

–Su trabajo no es recordado como debería. Es hermoso. Mi poema favorito se llama *The Dreamer*, la soñadora. "Llegaste / como un cálido sol / de luz y amor / de posibilidades. / No puedo expresar cuánto te amo / y cuánto temo…". Como sea, cuando envié mi solicitud para el *Curso de enero*… –Se queda en silencio, juega con un hilo de la manta, suspira y mira la pared.

–¿Ness?

–Lo tomé prestado. El poema. No era mi intención, pero supongo que lo tenía grabado aquí. –Se golpea la cabeza–. Es por eso que no debo leer la poesía de otras personas cuando estoy escribiendo, porque si algo me encanta, se me queda grabado. Por eso siento que no debería estar aquí. Y esta noche, esa tarjeta… –Resopla y, por un segundo, creo que va a vomitar. Voy por el cesto de basura, pero me interrumpe–: Me siento enferma, pero no de ese modo.

Vuelvo a sentarme.

–¿Quién lo sabía?

–Nadie –resuella, pero no suena segura.

–Dijiste que tomaste prestado el poema, ¿qué significa eso exactamente? –De repente estoy desesperada por mejorar esto para ella, aunque me siento rota y drenada por ese estúpido juego de los defectos.

–Cambié las palabras, excepto por una línea: "Llegaste / como un cálido sol".

–Así que escribiste algo original, en mayor parte. No crees que… Es decir, Graffam no te hubiera elegido si no hubiera visto algo…

–Algo que pertenecía a otra persona. Aunque hubiera cambiado todas las palabras, seguía siendo la idea de Lucia Quinney Mae.

–Creo que… No lo leí, pero debiste tener buenas razones para…

–¿Para robar el trabajo de otra poeta? ¿De otra escritora? –replica con sorna.

–Escucha, yo creo que eres lista y talentosa, mucho más de lo que crees. La Ness que yo conozco nunca haría algo así a propósito. Como dijiste, estaba grabado en tu mente…

–Sé que intentas hacerme sentir mejor, Effy, pero no funcionará –dice al tomarme la mano–. Esta vez no.

–¿Ayuda si te recuerdo que eres mucho mejor persona que yo? –Le dedico una sonrisa débil, la mejor que puedo lograr–. Cómo te preocupas por las personas y las cosas. Me haces ser más amable…

–Eso te dices a ti misma. Y sí, te hago más amable –interrumpe. Su tono se vuelve filoso–: Pero *te gusta* tener que ser la fuerte. Finges que las cosas no te afectan, pero las dos sabemos que no es verdad.

–Lo sé –afirmo, y sueno molesta. Tal vez porque lo estoy. Siento una rabia irracional y extraordinaria. Ness y yo nunca peleamos. Hablamos las cosas, confiamos una en la otra–. Pero tú exageras. En perspectiva, no es gran cosa. No te atraparon, ahora solo… no vuelvas a hacerlo.

–Cielos, Effy. A veces actúas como si nadie más supiera cómo es estar molesto, triste o asustado, como si esos sentimientos te pertenecieran solo a ti. No eres dueña del duelo. –Suspira, suelta el hilo y deja las manos quietas–. Sé que pasaste por mucho. No imagino cómo es no tener padres, tenerlos y perderlos de una forma tan horrible. Pero todos pasamos por algo, y que no parezca tan

importante para ti por todo lo que has vivido, no significa que no sea importante para nosotros.

Necesito que estemos bien, porque si lo estamos, puedo lidiar casi con cualquier cosa. Si no lo estamos, es como si el suelo desapareciera.

–Lo siento. Te quiero.

Ella no responde, solo se extiende para apagar la vela. Cuando volteo para irme, noto algo a los pies de su cama, papeles sueltos y una variedad de bolígrafos. En nuestro dormitorio del campus, siempre se quedaba dormida debajo o encima de su tarea. Para el final del semestre, era increíble que no hubiera terminado aplastada por el peso de los papeles. Pongo la tapa a un bolígrafo, recojo lo demás y dejo todo en la mesa junto a la chimenea. En el proceso, a la luz del fuego, reconozco mi propia letra en uno de los papeles. Es un texto breve, apenas un párrafo que escribí para Graffam, en el que identifico y analizo miedos.

Ahora hay líneas y palabras tachadas con tinta roja y críticas escritas al margen.

Poco convincente. Falta sentimiento. Ampliar esto. Pedante. Repetitivo.

¡¿Pedante?! ¡¿Repetitivo?!

Miro a Ness, que ahora duerme, y luego a al papel donde reescribí mi párrafo en verso, lo que lo volví innegable e irritantemente más fuerte.

La rabia en mí es lo único
que me hace sentir a salvo.

No es destructiva,
es hermosa.
Me protege de este mundo…



Subo las escaleras al final del corredor hasta mi torre. A diferencia de las demás ventanas de la casa, las de mi habitación no tienen persianas y el cristal verde brilla como el cielo tras él.

Me digo que es solo un párrafo, que nunca pretendía ser más que eso. No es lo más personal que haya escrito ni revela algún secreto, pero estoy enfadada. Tanto que solo me quedo sentada, pensando en lo enfadada que estoy.

Cualquier cosa menos mi escritura, pienso. *Critica mi ropa, mi cabello o cómo me río. Pero no se metan con mi escritura. Y menos tú, Ness. Se supone que la escritura sea sagrada, segura y privada, que no se comparta a menos que quieras hacerlo. Es uno de los pocos lugares sagrados en los que me siento libre*.

Escucho pasos en el corredor, alguien que cruza de una habitación a otra. Un llamado a la puerta que no contesto. Mi puerta que se abre y se cierra. Y luego aparece Arlo.

–¿Estás bien? –pregunta desde el umbral. Parece preocupado y sincero.

Mi antiguo terapeuta sería el primero en decir que no me gusta reconocer debilidades en mí o en otras personas, en especial en mí.

Que no perdono con facilidad. Que estoy segura de que los demás me decepcionarán. Que, cuando prueban que tengo razón, me siento reivindicada, porque por supuesto que sabía que tenía razón.

Pero aquí está Arlo, preguntándome si estoy bien. Y, en este momento, siento que eso es todo lo que importa.

–Quiero mostrarte algo. –Me levanto de la cama, aliviada de sentir que mis extremidades funcionan. Luego camino hacia la ventana con vistas al océano. El viento es feroz y se ven luces a la distancia sobre el agua. Arlo se para a mi lado, toma una inhalación profunda y lánguida como si absorbiera el océano–. Mira. –Señalo las luces en el horizonte, más allá de El infortunio de Brighton.

–¿Qué es eso?

–Brigadoon.

–Briga…

Una aldea mítica escocesa que solo es visible para el mundo exterior durante un día cada cien años. –Al ver su expresión, me encojo de hombros–. Mi abuela ama las películas.

–Así que creemos que es Brigadoon.

–Sí.

–¿Y qué pasa en esa aldea mítica escocesa?

–Mucho baile y canto. Y, en la película, Gene Kelly se enamora de una mujer que vive allí, pero tendría que renunciar a todo para estar con ella. A sus amigos, a su trabajo, a su vida. Así que vuelve a Nueva York, pero no puede dejar de pensar en ella y, de pronto, todas esas cosas parecen menos importantes.

De repente, el juego de Graffam y la reversión que hizo Ness de mi poema tampoco parecen importantes.

Espero que haga un comentario ocurrente al estilo Arlo, pero él solo me observa.

–Al final, Gene Kelly decide ir tras ella, pero cuando llega a Escocia, Brigadoon se ha evaporado entre la neblina.

–No debió irse. Por experiencia, sé que se arrepentirá.

–Lo hace.

–¿Y qué pasa luego?

–Gene Kelly se queda parado en las montañas, entre las pasturas, lamentándose por su amor perdido. Y luego, a través de la neblina, Brigadoon reaparece. Han pasado semanas en su mundo, pero en la aldea es la misma noche en la que se fue. Los aldeanos están dormidos, su presencia los despierta. Porque cuando amas a alguien, todo es posible. –Lo miro para explicarlo–: Eso dicen en la película. Yo no soy tan romántica y tampoco creo que sea verdad.

Aunque a veces quiero que lo sea.

Rodeada por esta belleza salvaje y por el sonido del océano, siento una descarga repentina de alegría en el pecho. Observo a Arlo, a su maraña de cabello rizado, a sus ojos danzarines, incluso a su forma desgarbada de moverse. Pero una voz interna me susurra: "No bajes la guardia. Mantén el corazón fuera de esto. Ten cuidado con él. No dejes que se acerque más a ti".

–¿Eso querías mostrarme? –pregunta.

–Sí.

Me dejo caer en la cama. No hay más movimiento que el temblor de las ventanas. La sonrisa de Arlo se desvanece un poco, es una sombra de sí misma, y el silencio entre los dos carga con todas las cosas que no decimos.

–¿Qué quieres? –pregunto–. De mí.

La tormenta, la promesa de la película que podría filmar con Graffam e incluso la traición de Ness me volvieron más audaz de lo habitual, más directa, armada con una clase de poder extraño.

Sus ojos buscan algo, tal vez la salida o las palabras para responder. Recorren la habitación, el cielo detrás de la ventana y al final se posan en mí.

–Quiero una segunda oportunidad. Sin mentiras, sin juegos, sin excusas. Quiero estar contigo, te quiero a ti.

No tengo donde esconderme. Pienso en salir corriendo rumbo al bosque a donde no pueda seguirme.

–Tú mandas –susurra.

Eso era lo que quería, estar a cargo de la situación y de mis sentimientos. *Que le hable a Graffam sobre esto*, pienso.

–Quiero preguntarte algo –confieso. Él asiente, expectante–. ¿Tú votaste para que yo me fuera? La noche antes de que se fuera Peter.

–No. –Niega con la cabeza.

Puedo creerle a él o puedo creerle a Graffam, pero, en este momento, quiero creerle a él.

–¿Has oído sobre el llamado del vacío? Es cuando tienes el impulso de saltar, de dar un paso al abismo sin importar el peligro. –El significado de mis palabras es claro. Si hago esto con él otra vez, ese sería el riesgo–. Nadie manda, pero si vuelves a desaparecer, te mataré.

–Lo sé.

–Debo advertirte que al parecer me contagié el resfrío.

–Estoy seguro de que estoy dispuesto a correr el riesgo.

Su boca sabe a vino, calor y sexo. Sabe igual pero diferente, como si no lo hubiera saboreado antes, como si nunca me hubiera tocado.

Lo hago descender sobre mí; estamos calientes, demasiado, su vello se siente erizado, luego el mío lo está. Podría ahogarme en este beso, así que lo hago.

Tengo la necesidad de estar cerca de él, una que va más allá de mis hormonas adolescentes. Más allá del llamado del vacío, de él, de mí. Es una necesidad física y emocional de *nosotros*.

–¿Estás segura? –pregunta un momento después.

–Sí –jadeo contra él.

Me toca, aquí y allá, como si conociera mis caminos y todas las puntadas suaves y privadas que me mantienen entera. Una vez que estamos desnudos, iluminados por el brillo verdoso del cristal de uranio, repite la pregunta.

–¿Estás segura?

–Sí. –Cierro las piernas a su alrededor. Es solo sexo, nada más.

Entonces, saca un condón de su bolsillo, en un envoltorio viejo y arrugado, con el nombre tan desgastado que faltan letras, sobre la silueta desdibujada de un soldado con casco.

–Primero, ¿qué tan viejo es esto?

–Los compré el verano pasado en un rapto de confianza y ambición. Acababa de descubrir el quinto pelo en mi pecho y, por obvias razones, me hizo sentir como un hombre. Compré una caja de treinta y seis, que sigue intacta.

–Segundo, ¿por qué lo tenías en el bolsillo?

–Siempre hay que estar preparados. Si te hace sentir mejor, traigo al viejo y confiable soldado conmigo desde junio –dice contra mi cuello, de forma que siento sus palabras además de escucharlas.

–Ay, por amor de Dios.

Lo atraigo hacia mí y trae consigo la sensación de aire, helio, besos a cielo abierto, azul, estrellas, luna, sol, flores, césped y todas las cosas encantadoras en una sola inhalación profunda.

Y luego, *sí, sí, sí.*

Esta vez es mejor, porque somos mayores, más sabios y experimentados que antes. Pero sigue siendo Arlo, en un sentido positivo. Aún es divertido, estrafalario, exasperante, un raro, igual que yo. No nos hacemos promesas, ninguna que no vaya a creer a la luz del día. Ahora me doy cuenta de que esa es mi regla, como si este fuera un juego. Sin promesas, sin explicaciones.

–Mejoramos –dice–. Tú mejoraste.

–Tú también.

–Dado lo baja que dejé la vara la primera vez, solo podía mejorar.

No dice si hubo otras chicas, supongo que sí, pero eso no importa. Ahora no están aquí, solos somos Arlo y yo.

–Nuestro nombre de pareja es Arffy –dice. Nos echamos a reír, luego las risas dan paso a besos hasta que, más tarde, dice contra mi cuello–: Estoy intentando no pensar demasiado en qué pasará después.

–No lo hagas. Quédate aquí, en esta cama, en este momento, conmigo. Este es el único momento que existe.

No menciono que, a pesar de lo que diga, también estoy pensando en el futuro. *¿Qué pasará mañana? ¿O cuando nos vayamos de Moss? ¿O el año próximo?*

De repente, pregunta:

–¿Sabes lo que me encanta de la criptozoología?

–No me lo puedo imaginar. –Sueno soñadora, somnolienta, feliz.

–Que cree que aún hay partes del mundo que no conocemos. Que aún hay maravillas que encontrar y hallazgos por hacer.

Con la calidez de sus palabras, hago a un lado las advertencias de Graffam. Me digo que tenemos solo un día cada cien años, igual que Brigadoon, y que tenemos que vivirlo. Después de este día, nadie lo sabe.

–No existen los accidentes –digo sin pensarlo–, no según Freud.

–No estoy seguro de creer en eso. O tal vez sí lo crea.

–¿Alguna vez te preocupa que tu vida ya esté escrita por ti?

–A veces.

–Yo espero que no lo esté.

–Yo también.

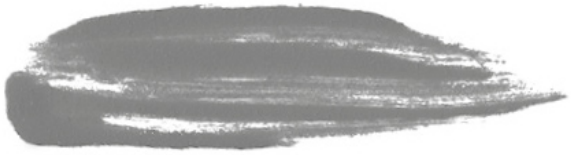
–Así que nosotros escribimos nuestras propias vidas.

–Y las hacemos extraordinarias.

Entonces lo beso.

Y él a mí.

Sí, sí, sí.



Arlo

Jueves 15 de enero

Despierto en la torre de Effy, con su cabello desparramado en la almohada igual que las pecas en sus mejillas. Sus párpados se agitan como si estuviera soñando. Podría quedarme aquí mirándola para siempre, viendo cómo aferra la sábana como si fuera lo único que la mantiene unida a la tierra, lo pacífica que es cuando duerme, con todos sus ángulos suavizados.

El sobre de Graffam promete entrevistas de admisión en la Universidad de Carolina del Sur, en el Instituto de las Artes de California y en UCLA, también una generosa donación a Surfers Healing, un campamento de surf para niños con autismo, a nombre de Jonah, porque su hermana es autista. Aunque sería genial tener al menos una de esas cosas, mucho más las cuatro, renunciaría a todo eso por quedarme aquí en la cama con Effy una o dos horas más.

Pero me levanto porque estoy demasiado despierto como para quedarme quieto. En modo ladrón de joyas, me deslizo fuera de la cama, recupero mi ropa desparramada por todas partes y me visto tan rápido que por poco me caigo. De camino a las escaleras, me detengo frente a la ventana. El cielo está cargado sobre el océano y me recuerda a la capa marina sobre el Pacífico. El viento ha menguado, pero sigue nevando y estamos aislados de todo menos de nosotros mismos. Si Brigadoon sigue ahí, no es visible.

–¿Se desvaneció en la neblina? –Effy está apoyada sobre un codo, con una sonrisa de labios cerrados.

–Estoy seguro de que no se fue a ningún lado.

Ella se sienta, envuelta en la manta, con los brazos alrededor de las rodillas.

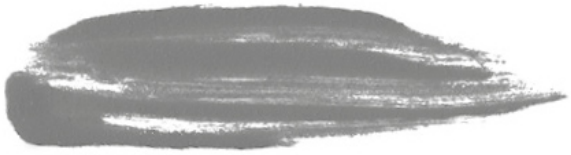
–¿Ahora que conseguiste lo que querías te vas a hurtadillas como un marido infiel? Déjame adivinar, no volveré a verte en otros dos años.

Tardo medio segundo en darme cuenta de que está bromeando, pero es suficiente para que mi corazón se dispare y rebote dentro de mi pecho, suba a mi garganta y vuelva a bajar.

–Books dijo que no podíamos compartir camas –le digo.

–Entonces será mejor que te vayas.

Y me voy, pero media hora más tarde.



Arlo

Viernes 16 de enero

Graffam y yo somos los únicos que no estamos enfermos en cama. Effy, Ness, Isaac e incluso Drea están recluidos en sus habitaciones con alguna especie de gripe. Para ahorrar leña, los dos nos trasladamos al teatro y pasamos la mañana ahí, escuchando el crujir de la casa, que parece sacudirse con cada ráfaga de viento.

El reloj marca las diez.

Las once. Las doce.

Alternamos entre conversar y escribir. En un momento, me levanto a estirar las piernas, hacer algo de calistenia, comer algo y, cuando vuelvo, ella sigue ahí.

–¿Puedo leerle unas líneas? –le pregunto.

–Por supuesto.

–"Esto es algo que aprendí en mis diecisiete años de vida: no puedes vivir en la pérdida. Por mucho que te abata, que deje huecos que nunca se llenarán, el sol a veces atraviesa la neblina, aunque

sea solo por una hora. Porque, tarde o temprano, todo se termina, ¿no? Sin importar cuánto te esfuerces por aferrarte a ello".

Ahora que lo escucho en voz alta, no son más que palabras, pero Graffam está asintiendo con la cabeza.

–Es bueno, honesto –dice.

Me enorgullezco a pesar de mí mismo y, animado, digo:

–Estoy aquí para retribuirla si quiere compartir algo que esté escribiendo.

–Es lo único que no haré. –Aunque su expresión no cambia, hay una ligera variación en el aire–. Nunca hablo de mi trabajo mientras está en proceso.

Me sostiene la mirada durante un momento demasiado largo.



Llegada la noche, dejo la computadora y el cuaderno de dibujo a un lado para releer *El retrato de Dorian Grey*, porque Moss, en especial durante una tormenta, es el escenario perfecto. Dorian, incentivado por su amigo lord Henry Wotton, vende su alma al diablo a cambio de juventud y belleza eternas, y de que el retrato en la pared envejezca en su lugar. Luego, comete toda clase de depravaciones, incluso asesinato, sin pagar las consecuencias, mientras que el retrato se vuelve cada vez más grotesco como reflejo de su alma perversa.

Leí el libro en clase de Literatura universal, como estudiante de tercero en la secundaria Santa Mónica, y la profesora habló mucho sobre lo que hace a un monstruo. Para ella, lord Henry es tan culpable como el propio Dorian, ya que él lo corrompió. Lo mismo aplica a Frankenstein, él es quien crea al monstruo.

Cuando Graffam me ve leyendo el libro, me dice que su productora está pensando en hacer una adaptación cinematográfica.

–¿No sería genial que Moss Hove tuviera un retrato como el de Dorian oculto en algún lugar de la casa? –cavilo.

Para variar, emprendemos una búsqueda. Recorremos una habitación fría tras otra, seguidos por nuestras sombras elongadas por la luz de las velas, pero, aunque encontramos un gran número de retratos de Moss Hove, en todos se ve joven y apuesto.

Espero que Graffam me halague o que me diga que soy su preferido otra vez, pero cuando no lo hace, pienso en el precio de ganar. *¿Sería una victoria si por ganar en el Curso de verano perdiera a Effy?*

No es que tenga a Effy, pero logré congraciarme con ella a pesar de mi idiotez. Al menos ya no parece odiarme y, aunque recién dejó de hacerlo, no quiero volver a donde estábamos al comienzo del curso.

–Estamos solos –comento cuando nos dirigimos de vuelta hacia el teatro. Es resultado de mi introspección, profundidad y una pizca de nostalgia por Jonah, mi familia y Effy, allí en su torre.

Graffam me dedica una sonrisa, que se extiende por toda la habitación. Es un rayo de sol en las sombras que, a pesar de todo, me provoca calidez.

–Siempre. –Esa palabra abarca más que el aquí y ahora.

Después de que ella se va a dormir, enciendo una vela y deambulo por los corredores como un fantasma. Me paro debajo del tragaluz del solárium, pero solo veo blanco. Luego voy hasta el salón de juegos y busco el rostro de Graffam en la pared de fotografías enmarcadas. Muevo la vela flameante hasta encontrar al Soberano del bosque de 1995.

La chica de la foto se ve formal pero sonriente. Tiene el cabello rubio, no oscuro; los ojos azules, no cafés. La placa dice: LARA LEONARD. Aunque no se parezcan, algo en ella me recuerda a Effy. *Los ojos*, pienso. Parecen mirarme.

Lara es la única que no usa una corona, bajo su nombre dice "GANADORA HONORÍFICA". La verdadera ganadora, Graffam, no está por ningún sitio. Me pregunto si su deseo de ganar surgió a mi edad o si nació de la humillación pública que sufrió después de que el nombre de Timothy Hugh Martin fuera limpiado y lo liberaran de prisión.

Salgo del rincón de lectura con la idea de ponerme muy, muy ebrio o, mejor, acercarme al agua y sentir el rocío. En cambio, me hundo en el sofá cama y contemplo el mural en la pared. Si lo observo lo suficiente, en este lugar pequeño, casi puedo fingir que estoy en el bosque.

Dejo la vela en el suelo, tomo mi libro y leo por una hora, tal vez dos, hasta que la vela casi se acaba. Con la luz vacilante, tengo la sensación fría y perturbadora de que el exterior se está colando por las grietas en las paredes. Me pongo de pie, reúno mis cosas y miro el tablero de Scrabble. Una segunda palabra se unió a la primera:



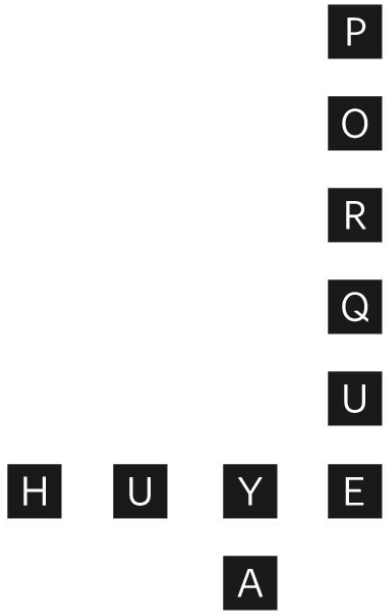
Ahora es cuando debería largarme de aquí sin mirar atrás hasta estar en la seguridad de mi habitación. Pero una palabra repta por mi piel, la atraviesa y se graba en mis huesos.

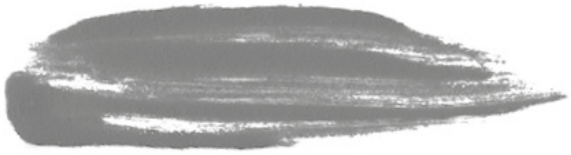
Mierda.

–Muy bien –digo en voz alta, tan solo para escuchar una voz, aunque sea la mía–. Quienquiera que seas, jugaré esto contigo.

Deber ser Isaac que intenta asustarme. Aun así, mi mente dice: *¿Y si no es Isaac?*

Con manos temblorosas, busco más letras en la bolsa de terciopelo.





Effy

Viernes 16 de enero

Paso todo el día en mi habitación, esforzándome por trabajar. He desplegado todas las cartas a mi padre que quiero usar (un total de doscientas sesenta y tres páginas) y comencé a darles una especie de orden, no cronológico, sino temático. A veces una carta escrita a los diez años tiene relación con algo que sucedió a mis dieciséis. Juntas, crean un tapiz de líneas temporales entrecruzadas, que van y vuelven en el tiempo. El primer capítulo comienza con la carta que mi padre me envió el otoño pasado, cuando fue liberado.

Algunas son difíciles de leer. Estaba confundida y triste a los ocho, nueve y diez. Enfadada a los doce y trece. Alterné entre ser desafiante, dulce y casi nostálgica a los catorce. De repente, a los quince y dieciséis, la vida se volvió más luminosa y prometedora, excepto cuando Arlo me rompió el corazón. Hay al menos una docena de cartas en las que despotrico acerca de la estupidez y volubilidad de los chicos.

Conforme acomodo las piezas, veo que Graffam tenía razón. Tengo algo aquí.

Cuando mi cabeza ya se siente muy cargada para seguir trabajando, voy a ver a Ness, que es la más enferma de todos. Duerme inquieta, con la respiración agitada y las gafas puestas. Le saco las gafas y, en puntas de pie, las dejo sobre la mesa de noche, junto a una escultura sin pintar de una mujer, de unos pocos centímetros de alto. Una de las Petunias de Drea. De repente siento una punzada extraña de sorpresa, como si hubiera descubierto una vida secreta de Ness.

Levanto la estatua y abajo leo: "Ness, no tienes límites". Tengo una sensación que no es de celos exactamente, sino una especie de envidia mezclada con nostalgia por mi hogar. Pienso en Graffam, que me dijo que Ness no me dejaba avanzar y que me cuidara la espalda. No es que quiera tener eso en mi mente, pero ya no puedo olvidarlo.

–Tú nunca me retendrás –le susurro a su cuerpo dormido antes de ir a mi habitación.

A lo largo del día, Graffam trae té, sopa y ginger ale. Antes de irse, dice:

–Tienes una resolución que admiro. Es una cualidad importante para lo que quieres hacer. Ser fiel a ti misma y a quienes creen en ti lo es todo.

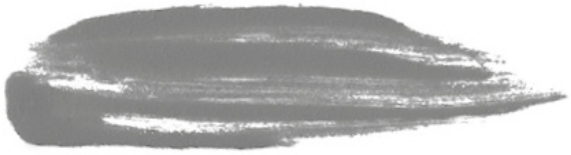
No estaba preparada para escuchar eso, así que comienzan a arderme los ojos. Pero me quedo tendida en la cama, parpadeando, porque por más enferma que esté, moriré antes de llorar frente a Meredith Graffam.

–Sabemos lo que somos, pero no sabemos lo que podemos ser –agrega. Las palabras pertenecen a la Ofelia por la que fui bautizada, una heroína shakespeariana que enloquece y luego se ahoga. Es por eso que prefiero Effy–. Sin importar lo que pase, recuerda que este es solo el comienzo.

Con eso se marcha por las escaleras. Cuando escucho que la puerta se cierra, comienzo a llorar en silencio. Unos minutos después, tomo el ginger ale de la bandeja. Es lo único que tolero.

Más tarde, Arlo viene a visitarme y, aunque quiero estar molesta con él, no recuerdo por qué, así que descanso con la cabeza en su regazo, mientras que él me acaricia el cabello como lo hace la abuela cuando me siento mal. Debería decirle que se vaya, que esto es más que solo sexo. Que no es sexo en absoluto. Pero es cálido y reconfortante como una manta abrigada.

Poco a poco, me voy quedando dormida. Cuando despierto, él está acurrucado a mi alrededor como una fortaleza.



Arlo

Sábado 17 de enero

La tormenta llegó, se fue y dejó a Moss, al bosque y al océano cubiertos de neblina. Al menos, con las persianas abiertas la casa se siente viva otra vez. Graffam preparó el almuerzo, que comemos en el salón matinal, con ventanas amplias por las que se ve el mundo, que parece fresco y renovado bajo un manto de nieve nueva. Nieve por todas partes.

Ahora, estamos apiñados en la camioneta todoterreno de Wesley, rumbo a la autovía 127. Effy está adelante, en medio, con Graffam a la derecha. Atrás vamos Ness, Isaac y yo, apretados y ataviados con nuestros mejores trajes de invierno. Los dos sorben a cada lado de mí y ninguno habla.

Observo a Effy, que tiene la cabeza inclinada hacia Graffam mientras conversan como viejas amigas, y de repente se echa a reír con alegría. Parece más ligera después de haber estado enferma, como si pudiera salir flotando si alguien abriera una ventana.

Después miro a Graffam, a quien trajeron aquí para que nos enseñe sobre narrativa a su manera, digamos, *avant-garde*. Es inquietante estar yendo a un destino desconocido en donde podría pedirnos correr en medio del tráfico, saltar de un acantilado o atravesar el Atlántico nadando hasta llegar a costas irlandesas. Si esta fuera una clase cualquiera de un semestre regular, la dejaría y seguiría con mi vida, pero ya llegué hasta aquí y, por una vez, Arlo Ellis-Noon terminará algo.

A pesar de los caminos llenos de nieve, tardamos menos de una hora en llegar a la autovía. Wesley se detiene en el arcén, en la entrada norte de Murton, donde casi puedo ver nuestros fantasmas parados en la línea amarilla y al de Ramón desapareciendo en el bosque.

–Que los Juegos del hambre comiencen –digo–. Y que la suerte esté siempre de su lado. –Los demás, incluso Effy, fruncen el ceño–. Bueno, ¡vamos Los raros!

Los tres bajan de la camioneta sin prestarme atención, y Wesley espera detrás del volante, con el motor encendido, a que nos reunamos con Graffam a un lado de la calle. Hay un océano entre Effy y Ness, e Isaac finge que los demás no existimos, somos cuatro países diferentes, conectados solo por la sensación de miedo palpable en el aire.

No sé qué esperar, ¿otro ejercicio de confianza? Pero detrás de Graffam, en la caja de la camioneta, veo cuatro mochilas y lo primero que pienso, que no me entusiasma para nada, es que acamparemos en el bosque.

–La clave de la escritura dramática es el conflicto –dice Graffam–. Sin conflicto no hay acción, sin acción no hay desarrollo del

personaje, sin desarrollo del personaje no hay historia. Piensen en Isaac. Su conflicto externo es que sus padres no aprueban que esté aquí trabajando en su arte. Su conflicto interno es la necesidad de hacer esto por sí mismo. O en Arlo, cuyo conflicto es estar en cualquier lugar. Sus personajes tienen que estar enfrentados a algo o a alguien. Cuantos más desafíos les lancen, mejor. –Mientras la escucho, miro entre ella y el bosque–. Su objetivo externo es encontrar el camino de vuelta a Moss. Preparé una mochila para cada uno, donde encontrarán tarjetas que establecen un objetivo adicional, elegido para cada uno de ustedes en particular. También tienen una linterna, una cámara, barras energéticas y agua.

–¿Cuánto tiempo deberíamos estar ahí? –pregunto.

–El que sea necesario.

–Así que ¿el primero en llegar gana el contenido de su sobre? –pregunta Isaac.

–No necesariamente. –Los ojos de Graffam tienen un brillo inquietante, que me recuerda a uno de los pájaros embalsamados de Moss Hove–. El objetivo externo no es tan importante como el interno. Suele ser así. Así que, aunque no hará daño que lleguen primero, no es necesario para ganar.

–¿Y cómo ganamos, entonces? –pregunta Effy.

Graffam no le responde.

–Una película es colaborativa, pero escribir es un proceso solitario –dice en cambio. Bajo el halo de la capucha, su rostro parece incorpóreo, como si flotara en el aire–. Tienen que aprender a estar solos con ustedes mismos. Cuanto antes descubran que son su mejor y más confiable recurso, el único que tienen, más fuerte será su trabajo.

No me agrada cómo suenan sus palabras. Veo a Effy, que tiene el rostro arrugado como cuando está concentrada.

Graffam habla de la adaptación cinematográfica de *La mentira*, de que no confiaba en ella misma ni en la historia, así que resultó en algo terrible y diferente a lo planeado, a lo que no quería ponerle su nombre. Dice que fue una lección que nunca olvidará.

–No fue la primera vez que supe que solo puedes contar contigo mismo, pero sí fue la más profunda. Sabemos que las personas nos decepcionarán, que harán promesas, en especial cuando sales de aquí al mundo, pero no las cumplirán. A veces no las cumplen porque nunca fue su intención, otras veces porque las cosas no resultan. Pero la buena noticia es que se tienen a ustedes mismos. No se decepcionen.

Suena como una extraña mezcla entre discurso de graduación y sermón, y algo en su voz suena demasiado enfático, demasiado entusiasta.

–Esto los ayudará. –Nos entrega un GPS a cada uno–. El camino principal por el que entrarán se divide en cuatro caminos menores. Cada uno elegirá un camino para volver a Moss.

–Un momento, ¿en verdad haremos esto? –exclama Isaac, con una sonrisa congelada en el rostro–. ¿Nos enviará al Bosque Muerte?

–Falta poco para que anochezca –señala Effy.

Al mismo tiempo, yo digo:

–¿A lo salvaje? ¿Como el tipo de Alaska al que encontraron muerto en un autobús escolar? –Christopher McCandless, recuerdo su nombre del libro.

–Sí, Arlo, pero a diferencia de McCandless, ustedes volverán. –Habla con determinación, incluso con optimismo.

–¿Y si nos perdemos? –pregunta Ness.

–Si algo pasa los encontraremos, es una promesa. Recuerden que Ramón llegó al campus en menos de dos horas y él no tenía GPS ni una mochila con provisiones.

–¿Y si no queremos hacer esto? –insiste Ness.

–Si no quieren participar, renuncian a su oportunidad de ganar. Estoy segura de que comprendes la importancia de hacerlo, Ness.

La puerta de un vehículo se cierra, Wesley aparece junto a nosotros y abre la caja de la camioneta para bajar las mochilas. Cada una tiene una correa de diferente color, la mía es roja.

–A medio kilómetro, los caminos se encuentran. Espérense ahí para no estar solos –me susurra al entregarme la mía.

Lo miro a él y luego a Graffam, que está enseñándoles a los demás a usar el GPS. Después de que Wesley reparte el resto de las mochilas, partimos. Cuatro participantes, cuatro caminos separados.

Graffam entona un cántico escalofriante:

–Al bosque voy, a perder mi mente y encontrar mi alma…

Siento un escalofrío. Luego busco la tarjeta en el bolsillo exterior de mi mochila.

No dejes ganar a los demás. No te detengas a ayudar. No te detengas para nada. Solo tú lo mereces. Piensa en Jonah, piensa en todo lo que te trajo aquí.

¿Por qué necesitarían mi ayuda? ¿Qué cree que pasará? Me pregunto qué dirán las otras tarjetas y qué demonios se supone que tenemos que hacer para ganar. Me digo que todos tenemos las mismas oportunidades, pero Graffam hizo que tomáramos caminos diferentes, lo que puede darnos ventaja a cualquiera de nosotros.

Hago esa idea a un lado y me concentro en el paisaje, en que me siento enérgico y aterrado. Es como estar en alguno de esos programas de supervivencia. La sangre corre por mis venas y las piernas me impulsan hacia adelante. Agradezco por mi corazón activo, mi cuerpo, mis pies, piernas, brazos y cerebro. Agradezco estar aquí y tener la oportunidad de hacer esto.



Media hora o tal vez una hora después, todavía no he encontrado ningún cruce de caminos. Miro de un lado al otro ante cualquier sonido: el crujido de las ramas, de la maleza, lo que parece el golpe de palos a la distancia. Hielo derritiéndose, me digo a mí mismo.

Hay árboles en California, pero no como estos. Allí son más amistosos, más despreocupados. Hay palmeras, robles californianos, árboles del cepillo, jacarandas, que tiñen las calles de violeta en primavera. Incluso secoyas gigantes. En el oeste lo importante es el cielo.

Los árboles del Bosque Muerte son aburridos y demasiado altos. Sus copas con mato blanco bloquean el cielo y se inclinan hacia abajo como si estuvieran escuchando.

Mira hacia arriba.

Escucho un búho ulular, melancólico y solitario. Un crujido distante. El grito agudo y desolado de un ave. No soy de los que se sienten en casa en la naturaleza. Hay demasiadas criaturas que te

matarían porque están programadas para hacerlo, como arañas, serpientes, osos, pumas o el depredador nativo que haya aquí.

Me pregunto qué estará haciendo Barry el chofer de Uber y si me reconocería en la naturaleza, en el bosque.

Si me vieran ahora, pienso.

La mañana después de la muerte de Jonah, sentí como si despertara en un mundo diferente, uno que no reconocía. El día anterior me había despertado temprano, desayunado dos tazones de cereal y escrito a Jonah para decirle que lo vería en la playa, como cualquier otro día. Y no podía comprender cómo había pasado del mundo normal de todos los días a ese mundo nuevo.

Aquí en el bosque tengo la misma sensación de incredulidad. No creo encontrarme solo en este lugar. Imagino todas las posibilidades que se abren frente a mí como la Ciudad Esmeralda, si tan solo pudiera salir de aquí primero.

Intento tararear, silbar, hablar conmigo mismo tan solo para escuchar una voz. Me hago bromas, aunque resulta anticlimático, y después de un tiempo dejo de decir los remates porque ya los conozco. Pienso en el cuerpo desnudo de Effy, en la suavidad de su piel, en su pierna sobre la mía.

Cuanto más me adentro en el bosque, menos aves veo o escucho, lo que me hace sentir como la única forma de vida aquí, lo que es bueno y malo a la vez. Aunque el camino esté cubierto de nieve, no me arriesgo a desviarme. La niebla humedeció los árboles e hizo que parezcan llorar o sangrar. Por fin veo la antigua reja de servicio más adelante, que Graffam dejó abierta para nosotros, y el primer muro perimetral.

Una sombra pasa sobre mí, grande y negra. Un cuervo.

Los cuervos recuerdan rostros. Alguien me lo dijo una vez o lo leí en algún lado. Me pregunto qué presagiará ver a un cuervo volando en un bosque, porque si algo me enseñaron las películas es que siempre simbolizan algo.

Enciendo la cámara, guardo la tapa del lente en mi bolsillo, presiono grabar y me cuelgo la correa del cuello, de modo que la cámara rebota contra mi pecho mientras camino. Imagino el resultado: turbio, al estilo de *Proyecto Blair Witch*, con mi voz de fondo como otra versión de mí mismo que me hace compañía, que me recuerda de este enlace con el mundo exterior.

–Estás bien –digo en voz alta–. Solo estás dando un paseo. No hay nada que ver aquí, solo tú. Y este camino nada hechizado, libre de asesinos, de depredadores y de Pie Grande. –Por mucho que me gustaría ver a Pie Grande algún día, este no es el momento–. Y en algún lugar de aquí está la chica que amas, por la que harías cualquier cosa. Incluso lanzarte contra un payaso asesino o un zombi carnívoro para salvarla. Porque así de importante es para ti.

Mierda.

Mi mente chispea como si hubiera tocado cables pelados.

Amo a Effy.

Mierda, mierda.

Siempre amé a Effy, incluso cuando arruiné todo con ella, me alejé y no la vi durante dos años. Le hablé a Jonah sobre ella, ¿por qué lo haría? ¿Por qué le hablaría de una chica con la que pasé tres semanas a los quince años? Solía pensar en ella y preguntarme qué estaría haciendo, con quién estaría, si pensaría en mí. Cada vez que estaba con alguien, que no fueron muchas, siempre la comparaba con Effy Green. Aun cuando no creía volver a verla jamás.

Pero es más que eso. Me gusta quien soy cuando ella me ve. Cuando estoy con ella, no siento que me falta una pieza fundamental que todos los demás tienen. Se siente como un día de sol en Malibú, con brisa marina impulsada por las olas y un buen libro. Como cuando cambia la marea y sientes el choque del agua, siempre más fría de lo que recordabas, pero es positivo, porque te recuerda que estás ahí por completo. Y tu mejor amigo está vivo en la playa, riéndose de ti y de tu libro mojado. Y cierras los ojos bajo el sol y disfrutas de todo eso. Así es como me siento con Effy.

Miro la cámara y sigo hablando.

–Bueno, al parecer amo a Effy. Si encuentran mi cuerpo sin vida durante el deshielo de primavera, al menos pude decir que la amo. Te amo, Effy. Te amo desde que tenía quince. Y estoy seguro de que te amaré hasta el fin de mis días. Que espero no sea hoy.

Escucho y siento que algo vibra. Me quedo quieto. Lo siento otra vez.

Tardo varios segundos en percatarme de que viene de mí. Bueno, no de mí, sino de algo sobre mí.

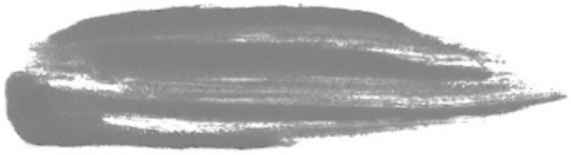
Reviso mi abrigo, después me descuelgo la mochila y reviso los bolsillos. Una manta de emergencia. Linterna. Barras energéticas. Kit de primeros auxilios. Son demasiados bolsillos. Así que apoyo la mochila en el suelo, me inclino sobre ella y comienzo a revolver.

Dentro de un bolsillo con cierre en un compartimiento interno lo encuentro: mi móvil. Cargado por completo. Y, vaya sorpresa, tengo servicio. Activo la pantalla principal para revisar mis notificaciones: tengo mensajes de Aaron, de mis padres, que se apilan uno tras otro mientras el móvil cobra vida. Y hay uno de un número desconocido, enviado esta mañana.

Desconocido:
Oye, si ves esto, llámame. Prefiero hablar por teléfono. Perdón por no despedirme.

Luego, un segundo mensaje:

Desconocido:
Soy Ramón, por cierto.



Effy

Sábado 17 de enero

Me encanta el mundo así, con la melancolía gris del invierno. Lo absorbo todo, el blanco imponente de la nieve en contraste con los árboles oscuros, la crudeza del viento. Una muerte temporal de la tierra hasta que vuelva la primavera.

El Bosque Murton tiene cuatro mil quinientas hectáreas. Es tradición que los chicos más grandes asusten a los de primero con historias de personas que se perdieron en este bosque y de la chica que fue asesinada aquí. La mayoría son solo historias, pero Lara Leonard no. Así que, ¿quién sabe que es real y qué es ficción?

Bebo un trago de agua y miro el GPS para saber cuánto avancé, cuánto me falta para el cruce de caminos, si es que existe. No tengo que mirar mi tarjeta para recordar lo que dice.

No dejes ganar a los demás. No te detengas a ayudar. No te detengas para nada. Solo tú lo mereces. Piensa en tu madre. Piensa

en tu padre. Piensa por qué estás aquí.

La niebla se extiende y llena los huecos entre los árboles, de modo que el mundo se une como un enorme muro sin fin. Camino más rápido, molesta por el temor que domina mi mente. *Tú no tienes miedo*, me recuerdo. Pero no puedo dejar de sentir que no estoy sola.

Dejo de caminar.

Me doy la vuelta.

El camino está vacío detrás de mí.

Pero la sensación persiste, alguien o algo está siguiéndome.

–¿Arlo? –llamo–. ¿Ness? ¿Isaac?

Al no obtener respuesta, me digo que todo está en mi cabeza.

La niebla sigue avanzando, consume el camino y después a mí, hasta que solo puedo ver mis pies si están justo debajo de mí. En cuanto doy un paso al frente, desaparecen con un crujido de nieve.

Antes de chocar contra ese árbol, mi padre ni siquiera había tenido multas por exceso de velocidad. Creció como granjero y conducía todoterrenos y camionetas desde los doce, o eso fue lo que le dijo a la policía como prueba de que el accidente fue un hecho aislado, algo que le sucedió a él, como si eso lo hiciera menos culpable de asesinar a su esposa.

–El accidente fue por mi culpa –dijo en el juicio–. Pero nunca quise lastimar a nadie. Tendré que vivir con esto por el resto de mi vida.

Escucho el quiebre de una rama cerca de mí. O tal vez lejos. Es fácil desorientarse aquí afuera, sentir que todo está cerca y lejos a la vez. Mi mente es tan volátil como el aire en este momento.

Volteo, aunque ya no veo el camino. Me recuerdo que Ness está por ahí, también Isaac y Arlo. Puedo gritar y que alguien me escuche y venga aquí.

A la izquierda, *crac*.

A la derecha, *crac*.

Algo agita un arbusto.

Algo silba sobre mí, en mi oído, agita mi cabello.

Luego ramas que se quiebran. No sé de dónde proviene el sonido. Aunque gire a un lado y al otro, no veo nada, solo niebla blanca y a mí misma.

–¡Arlo!

»¡Ness!

»¡Isaac!

Mi voz rebota en la niebla y vuelve a mí. Estamos atrapadas en este lugar. Si no la conociera, creería que Graffam preparó la niebla y el sonido o que los invocó, como la gran y poderosa bruja que es, para ilustrar su punto: solo nos tenemos a nosotros mismos. Distingo fragmentos de cosas. Cielo. Árboles. Nieve. Nieve. Nieve. Dios, hay tanta nieve.

Y entonces, desde algún lugar a la distancia, un disparo. Un único estallido ensordecedor que sacude el suelo, los árboles, el cielo y a mí. Un estruendo que dispersa a los pájaros y detiene el tiempo.

He oído ese sonido antes, en los bosques de Maine durante la temporada de caza.

Empiezo a correr. Solo escucho el golpe de mis pies y mi respiración, agitada y superficial. Y el eco de ese estallido. Me digo: *Estás a salvo, estás bien, no estás sola*.

Corro, corro y corro.

No sé si algo me persigue, si algo alguna vez lo hizo, pero corro hasta llegar al muro que rodea el jardín acuático de Moss Hove, que ahora es poco más que un pantano.

Hay tantos muros. Muros que aprisionan el bosque, muros que encierran Moss, muros que encierran el pantano. Siento un dolor punzante en el hombro, luego frío, mucho frío. Me pesa la cabeza, tanto como una piedra, como si la niebla estuviera presionando sobre ella.

Giro a la derecha, siguiendo el muro perimetral. Tengo que entrar en calor, encontrar algún tipo de refugio, porque la temperatura bajará cuando oscurezca y si no sigo moviéndome, bien podría rendirme ante la niebla y el frío.

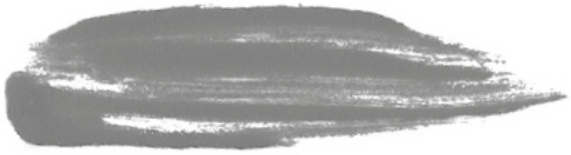
Otro disparo estremece los árboles, mis dientes y mi corazón desbocado.

Pasan cinco minutos, diez minutos, sigo adelante. El mundo se inclina, pero no caigo, entonces me doy vuelta para mirar detrás de mí. Sé sin verlos que los árboles están ahí, altos y oscuros como un ejército que se extiende en todas direcciones. Por primera vez, la idea de que estén ahí es casi reconfortante. A diferencia de esta niebla, que lo ha consumido todo, los árboles son sólidos, reales y familiares.

Si el GPS tiene razón, perdí el sendero y, peor aún, voy en dirección contraria a Moss. Siento mariposas agitarse en algún lugar profundo y distante. Mi boca se seca, tanto que no puedo hablar ni gritar, aunque nadie me oiría. Ya no estoy pensando en ganar, estoy pensando en salir de estos bosques.

Otra cosa de la que perdí la noción: el tiempo.

El sendero reaparece y desaparece. Ahora lo ves, ahora no lo ves. Aguzo el oído para percibir el sonido del océano, camino lo que parecen kilómetros, me duelen los pies, las piernas, el cerebro. También el corazón. Porque no importa lo que diga Graffam, a veces es agotador tenerte solo a ti mismo. A veces quieres a alguien más que a ti.



Arlo

Sábado 17 de enero

A la distancia, escucho la indiscutible explosión de un arma de fuego. Congelado, lanzo una plegaria al cielo, a ti, mi mejor amigo, para que me cuides y te asegures de que no me vuelen la cabeza.

Tengo que volver por donde vine, hacia el norte y la autovía donde tendría señal de teléfono. Llego a la vieja cerca de servicio, que ahora está cerrada con candado. Camino de un lado al otro por las inmediaciones, con el móvil contra la oreja. Y, después de tres intentos, la llamada por fin se conecta. Son las cuatro y veintidós de la tarde y el aire ya se siente frío por la luz menguante. Todavía tengo camino por recorrer, lo que significa que llegaré entrada la noche.

–¿Hola? –contesta él al tercer tono.

–¿Ramón? Soy Arlo.

–Hola. Recuperaste el teléfono.

–Sí, estaba en mi mochila. No sé cómo… Cielos. No importa. Lamento lo que pasó con Graffam y que no hayamos podido despedirnos.

–Estuve en el bosque casi dos días…

–Muy bien, bromista, casi me lo creo…

–Dos malditos días. No hubo escuadrón de búsqueda. Nada…

–Espera, ¿hablas en serio?

–Sí, hablo en serio. Dios…

–Pero no estabas desaparecido. Estabas en tu dormitorio. Volviste al campus el lunes y hablaste con Books. Llegaste en menos de dos horas.

–¿Quién te dijo eso? –Su voz es más fuerte y aguda.

–Graffam.

–Graffam –lo dice como un insulto–. ¿Ella dijo que estaba bien? ¿Que estaba sano y salvo?

–Algo así.

–Sí, por supuesto. Escucha, Arlo, ¿dónde estás?

–En Murton. En el bosque. Estamos en un desafío, nos dejó aquí y fue como "Buena suerte, intenten no morir congelados". No dijo eso exactamente, pero fue más o menos lo mismo. Estoy casi seguro de que alguien está cazándome…

–¡Arlo! Cierra la boca y escucha –exige con voz dura–. Graffam no es quien dice ser. No pueden confiar en ella. El hombre al que envió a prisión, al que acusó de haber asesinado a su amiga durante…

–La cacería –interrumpo–. La cacería salvaje. Eso fue lo que precipi… lo que empezó todo.

Mi mente se siente lenta, adormecida por el frío.

–Mi mamá tiene un arreglador, una persona que hace desaparecer los problemas como si nunca hubieran existido. –Comenzó a hablar más rápido, como si se nos acabara el tiempo–. En mi primer año en la escuela, hice trampa en un examen. El hombre recabó información sobre la profesora y consiguió que la despidieran a ella en lugar de expulsarme a mí. Nadie lo sabe, pero Graffam sí. No sé cómo…

–Espera… –La llamada se corta. *Mierda, no, no, no*. Miro la reja de servicio y comienzo a treparla. Al llegar arriba, me aferro por mi vida con un brazo, mientras sostengo el móvil con la otra mano. Lo último que me importa ahora es ganar una estúpida competencia, lo único que quiero es que este maldito teléfono funcione y no caerme y morir. No sé mucho sobre la hipotermia, pero estoy seguro de que empieza así, con el corazón acelerado, desorientación, falla de funciones vitales. El cielo comenzó a oscurecerse sobre mí, se acerca la noche, lo que traerá más frío y hará más difícil encontrar el camino.

Tres minutos más tarde, volvemos a conectarnos y Ramón sigue hablando como si nada.

–Así que hice que investigara a Graffam. Desde un principio no me agradó y mucho menos después de lo que nos dijo de su amiga, de su historia, la que disparó su carrera. Él me dijo de Timothy Hugh Martin. El tipo ya murió, pero no fue el único que defendía su inocencia en ese entonces. La familia de Lara Leonard, la chica asesinada, también lo creía…

–¿Qué creía?

–Que el tal Martin, al que Graffam identificó, no era culpable.

–Ya sabemos eso, todo el mundo lo sabe. ¿Qué tiene que ver con nosotros?

–Graffam fue la única testigo. Había otros estudiantes jugando esa noche, pero ella fue la única que vio algo. Era su palabra contra la de él. Tenía apenas dieciocho, pero se lanzó contra el hombre con fuerza, firme en que era el asesino.

–Entonces tal vez él…

–No estás escuchándome. Él tenía una coartada, pero ella dijo que lo vio, cuando sabemos que estaba en otro lugar.

–¿Así que ella lo inculpó?

–Sí. Y lo conocía, Arlo.

–¿A Timothy Hugh Martin?

–Sí, trabajaba en la tienda de donas del pueblo. Ella trabajó ahí un tiempo y parece que coincidieron en algún momento. –No digo nada porque intento encontrarle sentido a todo esto–. ¿Arlo?

–Sí, amigo, aquí estoy. Es solo que… Es demasiado. Y estoy bastante seguro de que estoy muriendo de hipotermia.

–¿Dónde estás ahora?

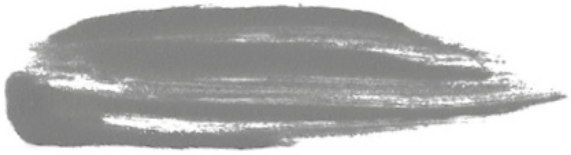
–¿De verdad estuviste dos días perdido en el bosque?

–Sí. Ella no se lo dijo a nadie. Cuando llegué a la escuela y le dije a Books que estuve perdido cuarenta y ocho horas, él fue a Moss para asegurarse de que todo estuviera bien.

–Ella dijo que vino porque quería que volviéramos al campus a esperar a que pasara la tormenta. ¿Por qué decirnos que estabas bien…?

La llamada se interrumpe otra vez, pero no me molesto en volver a llamar, ya sé suficiente. Aunque siento que no sé nada.

De repente, tengo una vista aérea de esta escena, como si estuviera viendo una película de mi propia vida: el mundo a oscuras desde el bosque hasta el océano, donde las únicas luces en kilómetros provienen de Moss y del faro. Y por fuera de toda esa oscuridad, Ramón, a salvo en su dormitorio en Brighton y Hove después de haber pasado dos días perdido en el bosque. Sin que nadie lo buscara. Sin que nadie siquiera supiera que estaba desaparecido.



Effy

Sábado 17 de enero

Sigo corriendo. El sonido cambia y se desplaza como luz refractada que rebota hacia mí y luego se aleja. En la oscuridad, la única señal del sendero es una abertura delgada entre los árboles, por la que deslizo mis pasos hasta chocar con algo. Un árbol bloquea mi camino. Lo empujo con todas mis fuerzas hasta que cae hacia atrás y, de repente, el árbol grita mi nombre, con una respiración entrecortada y veloz.

–Effy –me llama, con la mano extendida hacia mí.

Se arrastra por el suelo del bosque, con las extremidades extendidas como patas de araña. Me lanza un zarpazo y huelo azufre, tierra y sangre. En la niebla, sé que es un árbol falso, uno que solo finge ser un árbol para atraparme, así que comienzo a correr tan rápido como puedo hasta que el bosque se vuelve más espeso, más oscuro, más enredado, y ya no puedo ver el cielo. La

gravedad de la tierra me sostiene, pero siento que en cualquier momento podría salir disparada hacia el espacio.

–Maldita sea, Effy.

Arlo me sacude los brazos hasta que lo veo allí, con la nariz ensangrentada donde lo golpeé con el codo.

–Hubo un disparo –digo. Puedo oler el miedo y la adrenalina en él y de inmediato sé que algo anda mal. Su expresión se ha vuelto extraña y dura. Su sonrisa fácil ha desaparecido por completo.



Encontramos a Ness más adelante, en la bifurcación. Tiene un rasguño en la mejilla, pero por lo demás parece ella misma. La buena de Ness. Mi mejor amiga, a pesar de las miles de heridas imperceptibles que nos causamos una a la otra con los años. Ella me rodea con los brazos y yo hundo el rostro en su hombro. Y no puedo recordar por qué dejamos que las cosas se pusieran raras o tensas entre nosotras.

Empieza a parlotear sobre el disparo. ¿Lo escuché? ¿De dónde creo que vino? ¿Quién creo que fue? Estaba aterrada, tan aterrada, de que quien fuera viniera por ella, de que por alguna razón la estuvieran rastreando. Arlo la interrumpe para preguntar si ha visto a Isaac.

–Él iba delante de mí –dice–. Lo alcancé a ver entre los árboles.

–Puede que ya esté de vuelta en Moss –digo, pero Arlo sigue adelante como si tuviera un dispositivo de rastreo. No usa el GPS, solo sigue una brújula interna que le dice adónde ir.

–¿Qué pasa? –pregunta Ness.

Sin decir nada, Arlo nos muestra su teléfono y luego nos dice que revisemos nuestras mochilas. Ness y yo rebuscamos en ellas hasta que encontramos nuestros propios teléfonos.

–¿Cómo…? –empiezo–. ¿Los metió Graffam aquí?

–Ramón está bien –dice Arlo–. Hablé con él. Estuvo desaparecido cuarenta y ocho horas en el bosque. Nadie lo buscó. Tuvo que encontrar el camino de salida solo. Está en el campus ahora.

–Pero Graffam dijo que estaba bien. –Ness suena tan confundida como yo–. ¿Por qué nos mentiría?

–Porque, Ness, eso es lo que hace la gente –dice Arlo, tal vez demasiado brusco.

Luego nos muestra el mensaje, las llamadas salientes. Nos dice que, según Ramón, fue por eso que el decano Booker fue a Moss el miércoles. No para convencernos de volver al campus a esperar la tormenta, sino para averiguar por qué Graffam no reportó que uno de sus estudiantes estaba desaparecido. Arlo enciende y apaga su teléfono, una y otra vez. Un tic nervioso. Cuando me ve mirándolo, lo guarda en el bolsillo de sus vaqueros.

–Escuchen –dice–, lo que sabemos es que ella mintió sobre que Ramón estaba bien cuando no lo estaba. Y nos ocultó eso. Lo que no sabemos es por qué.

–Es actriz –explica Ness–. O sea, además de ser escritora, directora y todo lo demás. Quizás haya mentido sobre otras cosas.

Hay un poema de Sylvia Plath:

Cierro los ojos y el mundo entero muere;
abro los párpados y todo volvió a nacer.
(Creo que te inventé dentro de mi cabeza)

Esa última línea siempre me hizo pensar en mis padres, pero ahora pienso en los últimos diez días. En Meredith Graffam. En la forma en que entiende, escucha, inspira y se preocupa. En la película que podríamos hacer. Todo es real. ¿Verdad?

Porque tiene que serlo.

–Ramón no es la persona más confiable –digo, aunque odio cómo suena.

–No lo sé –lamenta Arlo–. No lo sé.

Los tres decidimos continuar. Me siento muy despierta ahora, tanto que es doloroso. Puedo sentir el aire salado, la forma en que se enreda en mi cabello y empieza a encrespar las puntas. Una punzada, porque todo –el aire, las olas, mi cabello encrespado– me recuerda a casa y a mi abuela y, aunque estoy por cumplir dieciocho, la extraño. Y extraño nuestra casa laberíntica con su jardín de flores desordenado, con toda clase de flores que pueda imaginar, porque a mi abuela le encantan los colores. Extraño el aroma cálido y amargo del café que prepara en la mañana y otra vez en la tarde cuando trabaja contrarreloj. Extraño el sonido del mar afuera de mi habitación cuando las olas golpean las rocas. Extraño la forma en que mi abuela tararea para sí misma canciones de hace mucho tiempo, de cuando tenía mi edad.

Me pierdo pensando en ella porque es un lugar mejor donde estar.

"Creo que te inventé dentro de mi cabeza".

Poco a poco, el sendero se estrecha y el terreno se eleva a ambos lados. El aire aquí está cargado de olor a azufre y la tierra bajo la nieve es blanda. Trepamos por el terraplén para orientarnos.

–¿Qué es eso? –Ness arruga la nariz ante el pantano de abajo.

–El jardín acuático –respondo. Desaparece en el horizonte, rodeado por un muro de piedra de al menos dos metros, quizás dos y medio–. Debe extenderse por kilómetros, porque choqué con ese muro antes.

Uno a uno, volvemos a bajar por la colina hacia el sendero. Bajo las copas de los árboles, el terreno se inclina en ángulos vertiginosos y nuestros pies se enredan con la maleza. Ya nadie habla. Golpeo algo con el pie, una roca cubierta de moho verde, después otra, casi tan alta como yo. *¿Y si nunca podemos salir del bosque?*

Los muros están cubiertos de verdín y hiedras salvajes, tan altos y espesos que no podemos ver por encima ni a través de ellos, así que solo podemos seguir avanzando o dar la vuelta.

–¿Por qué cerrarlo? –pregunta Ness mientras recorre el muro con los dedos.

Arlo y yo no respondemos porque no tenemos respuestas, pero poco después llegamos a una puerta cubierta de musgo. He escuchado muchas veces la expresión "Se me subió el corazón a la garganta", pero esta es la primera vez que sé cómo se siente. Cuando una voz grita desde el otro lado es como si mi corazón estuviera en mi garganta de verdad.

–Hola –grita una y otra vez.

–¿Isaac? –Empujo la puerta, que está sellada y cubierta de liquen como si no hubiera sido abierta en décadas. Ness y Arlo se acercan a ayudar, mientras que Isaac golpea desde el otro lado. Empujamos

y empujamos hasta abrirla lo suficiente para que pase un cuerpo; como Isaac no sale, nosotros entramos.

Adentro, el silencio es escalofriante. Vi fotografías de los lirios de agua, de los botes con forma de cisne, de las flores que crecían en la orilla en los días de gloria, pero ahora el jardín no es más que un lugar muerto y turbio.

Isaac está inclinado sobre su mochila, que vació por todo el lugar.

–¿Escucharon los disparos? –Comienza a guardar las cosas y después se cuelga la mochila al hombro–. Sentí que me estaban cazando.

–¿Viste al tirador? –pregunta Arlo.

–No, pero lo oí. –Suena furioso, exaltado y sin aliento–. Lo único que evitó que fuera tras él fue que el Bosque Muerte es el último lugar en el que quiero morir.

Antes de que podamos contarle sobre Ramón, él desaparece a través de la puerta. Con sus palabras suspendidas en el aire, salimos tras él y lo encontramos parado como estatua, mirando a un lado y al otro, desorientado.

Arlo toma la delantera.

–Por aquí. –Los demás lo seguimos en fila.

Avanzamos en silencio, hasta que, de repente, escuchamos un chillido ensordecedor y vemos una gaviota surcando el cielo.

–Arlo –dice Ness, como si él fuera el capitán, y señala el ave. Él levanta la vista, luego los cuatro comenzamos a correr tras ella con esperanzas de que nos guie hasta el mar. Tropezamos con raíces y otros elementos que no vemos, es como si el bosque intentara detenernos, como si quisiera tragarnos.

Y entonces, de repente, emergemos del bosque.

Los árboles son una línea divisoria. Dentro de Murton, una niebla espesa. Afuera, la bruma casi desaparece por completo. Me detengo un segundo para absorber la repentina amplitud del mundo y ver a la gaviota alejarse volando.

–Esperen –digo antes de que avancemos más–. ¿Cuáles eran las instrucciones en sus tarjetas?

Las sacamos uno por uno, algunos de los bolsillos, otros de las mochilas. Cuatro tarjetas. Cuatro mensajes.

No dejes que los otros ganen. No te detengas a ayudarlos. No te detengas por nada.

Todas iguales, apenas con una ligera variación.

Isaac maldice por lo bajo. Sin decir nada, Arlo extiende la mano y yo coloco mi tarjeta en su palma. Ness e Isaac hacen lo mismo. Él añade la suya al montón y luego las desliza dentro del bolsillo de su abrigo.

–Para mi álbum de recortes –dice sin sonreír. Luego le cuenta a Isaac sobre Ramón.

Rompemos la fila y deambulamos por la nieve en dirección a los acantilados. Las ventanas de Moss están iluminadas, lo que significa que ha vuelto la electricidad y la casa se materializa como un faro. En este momento, agradezco la solidez y resistencia de sus muros, construidos hace un siglo.

Me duelen los músculos, los huesos. Tengo frío, estoy mojada, golpeada y rasguñada. No siento los dedos de las manos ni de los pies. Quiero tomar un baño caliente y meterme en la cama para dormir durante días.

–Graffam –dice Isaac de repente.

Hay una figura en borde del acantilado, sondeando el cielo nocturno.

De pronto gira y saluda con la mano, pero no respondemos.

La mano se sostiene en el aire por uno o dos segundos, luego Graffam comienza a caminar hacia nosotros, con una sonrisa radiante. Al llegar, nos abraza uno a uno. Me sorprende el contacto, sentirla real. Respiro, siento su fuerza, su solidez, su aroma terroso y femenino.

–Trabajaron juntos –dice y empieza a reír, un sonido musical.

A pesar de todo, quiero unirme a ella, pero los cuatro permanecemos callados y contenidos, sé que pensamos lo mismo: *¿Podemos confiar en ella?*

Graffam nos dice que descansemos, que nos duchemos, que comamos, que entremos en calor, que nos cuidemos. No menciona quién ganó la prueba de hoy, si es que alguien ganó.

Nosotros, por nuestra parte, no mencionamos a Ramón, solo caminamos hacia la casa y, cuando empiezo a alejarme, siento que una mano toca mi manga.

–Effy –dice Graffam–. ¿Podemos hablar?

Arlo duda, pero le hago señas para que siga y veo cómo los demás desaparecen dentro de la casa. Y entonces, antes de que pueda decir algo, siento una oleada de energía repentina.

–¿Cómo se comunicó con el decano Booker cuando dijo que Ramón había vuelto al campus? Intenté hacer una llamada la otra noche, pero la línea fija no funcionaba.

–¿No funcionaba? –parece sorprendida.

–No.

–No usé la línea fija. Llamé con mi móvil. –Como si quisiera demostrarlo, saca el teléfono del bolsillo–. Tuve que caminar mucho desde la casa para encontrar señal.

La estudio, con la cabeza ladeada. Ella me imita y me estudia a mí. En este momento desearía poder meterme bajo su piel y ver qué hay allí. Deseo demasiado que esta mujer sea auténtica, que crea de verdad en lo que dice. Por alguna razón eso es de vital importancia, imprescindible.

–¿Effy?

–A veces es difícil estar aislado de todos –desvío la conversación, la oleada de energía se desvaneció tan rápido como llegó.

–Lo sé –asiente–. Olvidé lo remoto que puede sentirse este lugar. –Suspira, como despejando el aire. Las dos miramos hacia el mar–. Lo que quería decirte es que estoy orgullosa de ti. Veo algo en ti, Effy. Algo que me recuerda a mí misma a tu edad. En formas complicadas, buenas y malas. Somos muy parecidas, pero no voy a fingir que eso en realidad es un cumplido.

No sonrío, pero tiene mi atención.

–La diferencia entre tú y yo es que tú sabes quién eres, de una manera en que yo nunca lo supe, no hasta mucho más tarde. Sospecho que es un producto de tu generación, que son mucho más conscientes de sí mismos. Pero también es por ti. Por todo lo que has vivido y por quién eres. Como dice Freud, no existen los accidentes, solo desgracias trágicas que, en cierto nivel, tienen un propósito. Tu padre sabía lo que hacía. En el fondo, tú lo sabes, y no le debes perdón.

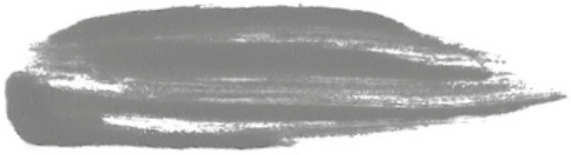
Ocurre algo extraño cuando lo dice. Por mucho que yo haya pensado lo mismo, suena mal saliendo de su boca.

Llevo sus palabras conmigo escaleras arriba, por el pasillo, frente a la puerta de Arlo, la de Isaac y la de Ness. Frente a la de Ramón. Quiero sacudirme todo lo que Arlo nos contó de su conversación con él, todas las dudas que despertó. Quiero sacudirme el día en el bosque y disfrutar un poco más de la fe que Graffam dice tener en mí.

En mi baño, me despojo de mi ropa y de cualquier pensamiento sobre Ramón, los cazadores del bosque, los motivos de mi padre y lo que pueda o no tener Graffam bajo la manga.

Solo tengo este momento. Esto es todo lo que hay.

Dejo que la ducha caliente caiga sobre mí como una limpieza, como un bautismo, y que me lave por completo.



Arlo

Domingo 18 de enero

A la mañana siguiente, la tarjeta bajo mi puerta dice:

Una imagen vale más que mil palabras.

Eso solo puede significar una cosa: fotografías grupales. Salimos al patio de ladrillos, bajo el cielo de un azul imposible, con un aire caliente ilógico. Drea encontró un baúl lleno de sombreros viejos, que usamos para posar frente a la cámara como nuestra versión de Los raros, con Graffam en medio como el sol.

Al revisar las tomas en el visor, nos vemos dorados, iluminados por el brillo que Graffam derrama sobre nosotros. No se ve la falta de naturalidad, lo mucho que nos esforzamos por vernos despreocupados, como si nada hubiera cambiado.

Al terminar la sesión de fotos, nos quedamos afuera. Yo me recuesto en camiseta, con la chaqueta como almohada. Graffam se

irá esta noche por un día o dos. No dijo a dónde ni por qué, solo que Drea la acompañará y Wesley se quedará como niñero. Sus palabras. Por mi parte, me alegra que se vaya, eso nos dará tiempo para respirar, trabajar y analizar quién demonios es Meredith Graffam.

Pero, por ahora, disfrutamos del momento. Este clima nos recuerda que el invierno no durará por siempre, que algún día volverá la primavera.

En el cielo, una gaviota vuela hacia el océano. Graffam la sigue con la mirada.

–Sus sobres –dice con la mirada en el horizonte–. Estaba pensando en ellos. Nunca me gustó ver escaparates, contemplar lo que no puedo pagar. Solo me interesa lo que puedo tener. –Su mirada se fija en nosotros–. No quiero ser otra persona que les muestre lo que podrían tener algún día, que les diga "Hagan esto, hagan aquello". Ya tienen suficiente de eso en la escuela. Entonces decidí que todos ganarán lo que hay en sus sobres.

–No… ¿habla en serio? –pregunta Ness con cautela y nos mira a los demás. Al igual que Effy, necesita creer en Graffam con desesperación.

–Sí, siempre que se queden hasta el final.

Ness respira hondo y suelta el aire. Es la única que emite sonido.

–Es todo lo que pido. –Graffam mira hacia arriba para seguir una pequeña nube blanca. Pasan varios segundos hasta que vuelve a hablar–. Imagínense en un jardín, aislados del mundo exterior. Pueden sentarse ahí a escribir sobre el mundo que ven, sobre una porción de cielo, las flores y las plantas dentro de esas paredes. Pero piensen en todo lo que se perderán. La omisión es una parte vital de

una película. Lo que dejan afuera puede ser tan importante como lo que incluyen.

Parece perderse en sus pensamientos. Yo me muevo, porque de repente siento frío, y sus ojos se fijan en mí.

–Todos los que estamos aquí, en algún momento y por alguna razón, le hemos ocultado información a alguien. Es fácil temerle a la cosa oscura que duerme dentro de nosotros.

–Sylvia Plath –dice Effy.

–¿Disculpa?

–Lo que dijo, es del poema *Olmo* de Sylvia Plath. "Me aterra esta cosa oscura que duerme dentro de mí".

Graffam contempla el océano.

–Todos tenemos oscuridad dentro. Quien diga que no está mintiendo.

Parece el momento perfecto para preguntarle por Lara Leonard. "Ramón dice que inculpó a un hombre inocente a sabiendas. Que la única persona que estaba a ciencia cierta en la escena es usted".

Pero, de repente, Graffam está de pie, imponiéndose sobre nosotros.

–Tengo una confesión. Ramón estuvo desaparecido durante casi cuarenta y ocho horas. Ahora está bien. Debí decírselos, pero no quería preocuparlos.

Nadie dice nada. Estamos demasiado ocupados mirándola a ella y unos a los otros, preguntándonos quién la ha confrontado.

–Lo siento. Nunca había estado en esta posición, a cargo de estudiantes. En un lugar como este –termina señalando alrededor–. Creí que era mejor no preocuparlos mientras que el decano Booker, la policía y el Servicio de parques lo buscaba.

–Hablé con Ramón –digo–. Me dijo que nadie lo buscó, que no reportó su desaparición.

–¿Eso dijo? –Parece enfadada y herida al mismo tiempo–. Desapareció bajo mi supervisión, era mi responsabilidad. Estaba avergonzada porque le fallé, no solo con el asunto del bosque, sino como profesora. No pude guiarlo para que atravesara los muros que sofocaban su creatividad. Que no quisiera quedarse es mi culpa, también el no haberles dicho que estuvo desaparecido hasta ahora. Pero les prometo que fue buscado. En cuanto no apareció el lunes, avisé al decano Booker.

Miro a Effy a los ojos, ella niega con la cabeza, tan confundida como yo. Me siento en la pared de ladrillo y la golpeo con un talón. *Pum, pum, pum*. Pienso en Ramón, en que nunca le agradé, nunca le agradamos ninguno de nosotros, ni siquiera Graffam. Lo creo capaz de intentar arruinarnos esto ahora que se fue. *Pum, pum*.

Pero…

Pero…

Mi mente galopa al ritmo de mi pierna.

–Agradezco que Ramón esté bien. Es brillante y talentoso, pero para tener éxito en esta industria, tienen que ser más que talentosos. Tienen que desearlo más que a nada. E incluso entonces no hay garantías. Sin embargo, ahora veo que debí ser honesta con ustedes. Tengo mis razones para hacer las cosas de cierto modo, pero mis métodos no son para cualquiera. Así que les doy las gracias por quedarse, Arlo, Effy, Isaac y Ness.



Arriba, en la habitación de Effy, nos desvestimos bajo el brillo del cristal de uranio. Nos tomamos nuestro tiempo, porque podemos, porque aquí solo somos Effy y yo. Me pierdo en ella, en su sabor, en su aroma. Y, después, junto el valor para mostrarle el retrato que hice, Effy en acción. Luego nos paramos frente a las ventanas a mirar el cielo.

–Ofiuco –dice, mientras que una brisa suave y dulce le alborota el cabello.

Lo recuerda, pienso, con la sangre burbujeando como champaña. Décimo año, detrás del cobertizo, la primera vez que estuvimos solos.

–Hogar de la supernova Kepler –digo con voz suave como la brisa para ser parte del momento–. La última explosión estelar observada por el ojo humano. Cientos de años después, los restos aún son visibles.

–Guau, sabes mucho de estrellas –dice agitando las pestañas.

–Sé mucho sobre muchas cosas –respondo contra su cuello.

La abrazo, apoyo el mentón en su cabeza y después en su hombro. Permanecemos así en silencio por un tiempo, hasta que mi inquietud respecto a Graffam resurge.

–Me contó una historia –dice Effy como si lo sintiera–. Se parecía mucho a la que le contó a Ness, solo que en mi versión usó gotas oculares para drogar a un productor con el que estaba trabajando. Él

se le insinuó, ella le dijo que no, entonces la degradó a hacer recados.

Mi cuerpo se tensa, pienso en *El retrato de Dorian Grey* y en la discusión sobre qué hace a un monstruo. Clay Reynolds no quiso matar a su esposa, pero el sufrimiento hizo que Effy lo viera como un villano. Graffam quiso envenenar al productor bastardo y a su exmarido (lo merecieran o no), ¿eso la convierte en villana también? Tal vez no para mí en particular, pero sí para alguien.

–Vaya –digo.

–Sí.

Esto es lo que sé: Meredith Graffam es todopoderosa, capaz de concedernos nuestros deseos. En algún momento comencé a pensar en ella como una mentora, tal vez incluso como amiga. Una adulta que entiende la vida. Que me entiende a mí. Al menos en las cosas importantes.

–Arffy –susurra Effy.

–Arffy –repito.

Otra cosa que sé: algo anda mal aquí. Pero si me voy, me arriesgo a arruinar lo que sea que haya entre Effy y yo, de estallar la burbuja que creamos y que no haya una tercera oportunidad. No hablamos de qué pasará cuando el Curso de enero termine. El próximo semestre se acerca, la vida en los dormitorios, las clases, ochocientos veinticuatro estudiantes más, exámenes finales, solicitudes universitarias, graduación, universidad. La vida.

–Siento cómo piensas –dice.

–Lo siento, es mi cerebro hiperactivo, imparable, con exceso de cafeína. –Le beso el cuello y siento su aroma una vez más antes de separarme.

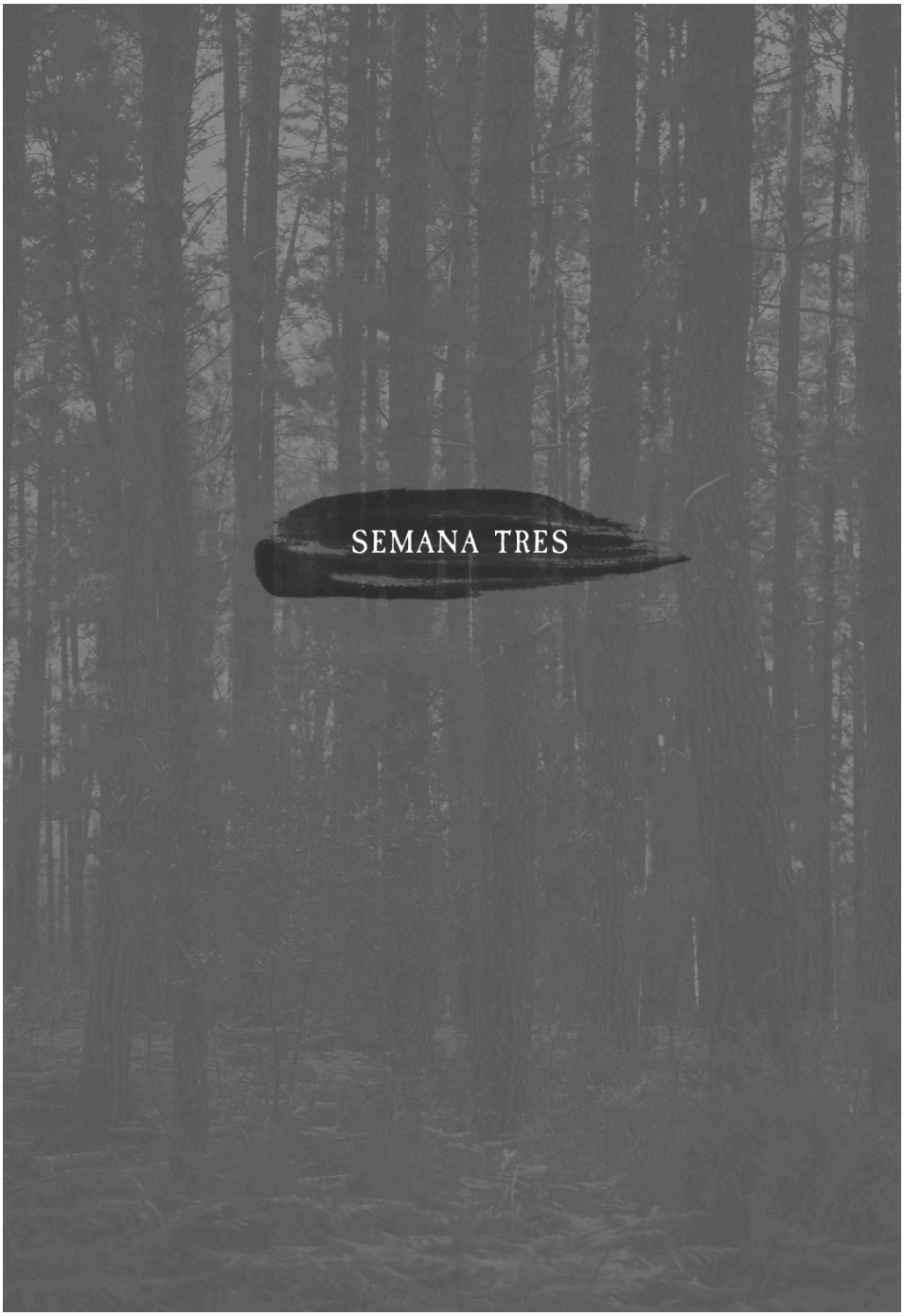
Al salir, voy hacia la cocina en la oscuridad, revuelvo la despensa en busca de algo de comer y tomo una botella de agua para llevar arriba. *Mírame, recorriendo esta casa laberíntica. Enfrentando la soledad casi sin sobresaltarme por la infinidad de crujidos en la noche. Cuando menos te los esperes, Arlo, estarás combatiendo monstruos.*

¿Qué fue lo que dijo Nietzsche? Mi profesor de Literatura lo citó el año pasado. Decía algo como: "Cuando combatas monstruos, ten cuidado de no convertirte en uno".

Me desvío hacia el salón de juegos, donde el fuego arde en la chimenea y la luna brilla por la ventana. Desde el marco, los ojos de Lara Leonard me siguen camino al asiento de la ventana. Luego desciendo a la oscuridad.

Abajo, espero a que mi sangre entre en calor otra vez. El aire en la habitación secreta es tranquilo y quieto, y todo sigue tal como lo dejé: los almohadones sobre el sofá cama, los naipes, la copia de *El retrato de Dorian Grey*. Lo único que cambió es el tablero de Scrabble. Las fichas cambiaron, las que yo agregué desaparecieron y ahora dice:




SEMANA TRES

Narrativa inmersiva

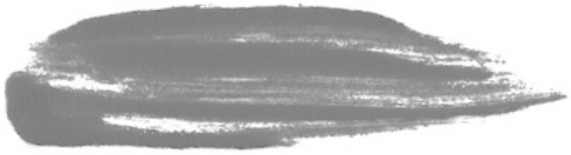
Lunes 19 de enero – jueves 22 de enero

SESIÓN #3

- Sangra sobre la página, pero conserva el misterio y guarda tus verdaderos objetivos de los demás
- Nunca dejes que te vean sudar
- Lo seguro no te llevará a ningún lado
- Elige los lugares de los que no te alejarás
- Abraza la cosa oscura que duerme dentro de ti

"Si se me escapa alguna verdad de vez en cuando, la escondo entre tantas mentiras que es difícil de reconocer".

—Nicolás Maquiavelo



Arlo

Lunes 19 de enero

La ausencia de Graffam es como una sequía inesperada. Viajó con Drea a Nueva York por un negocio misterioso repentino y nos dejó a nuestra suerte. Y, aunque me alegra el respiro, Moss sin ella se siente sosa y corriente, ya no parece hecha de magia y de luces, sino de simples ladrillos apilados y listones de madera.

Sentado contra la pared del patio exterior, con la computadora sobre las rodillas, leo todo lo que escribí desde que Barry me dejó con su Uber. Después saco mi Moleskine y ojeo todo lo que dibujé. Lo que empezó como una historia sobre ti, Jonah, fue convirtiéndose en una sobre Moss y las personas en ella. Effy, Ramón, Graffam, yo. Lo que te pasó a ti es tu historia y, sin darme cuenta, comencé a escribir la mía.

Así que me deshago de las cosas que te pertenecen solo a ti y comienzo a escribir lo que sé por mí experiencia, la de un adolescente que está saliendo del pozo de un duelo para descubrir

que el mundo siguió adelante sin él. Un adolescente que intenta reconstruir los puentes que ha derribado y comprenderse un poco mejor a sí mismo, con lo bueno, lo malo y lo desagradable.

Más allá de lo que piense de Graffam, ella entiende el proceso creativo. Puede que esta versión de la historia no vaya a ningún lado, pero al menos será mía. Por cada capítulo que escribí, tengo diez páginas de arte. Anoto en la computadora qué imagen va en dónde y luego sigo escribiendo hasta que el sol baja y el cielo se tiñe de dorado.

Después de la cena, ayudo a Wesley a lavar los platos. No tenemos lavavajillas, así que él lava y yo seco. Esto me recuerda a una casa en la que vivimos cuando tenía diez u once años, una cabaña en San Diego, que tenía un refrigerador muy viejo y una mesa integrada en la cocina, pero no había lavavajillas ni microondas, así que mi versión más joven se quejaba siempre de tener que lavar platos o comer sobras frías.

Cuando termino de lavar y devolver los platos a sus lugares, me saco la gorra de los Lakers y la sacudo y acomodo de forma exagerada. Wesley me observa, porque es todo un espectáculo. Al final, le extiendo la gorra.

–¿Qué es esto?

–Seamos honestos, mi cabello es demasiado espectacular para estar cubierto.

–¿Qué? No, no puedo aceptar tu…

–De verdad, amigo –insisto cuando quiere devolvérmela–. Es solo una gorra, no la necesito para recordar… –Mientras lo digo, siento una punzada de pérdida que no tiene nada que ver con la gorra–. Quiero que tú la tengas.

Él analiza mi rostro para definir si hablo enserio. Y sí, Wesley, hablo muy en serio. Tengo que seguir adelante y dejar de mirar atrás.

De repente, todo su rostro se ilumina como el de un niño en Navidad, luego se acomoda la gorra sobre la cabeza con reverencia como si fuera una corona de diamantes. Siento una punzada leve, pero mis manos son firmes, así que las uso para tomar un paquete de Oreo de la despensa y llenarme la boca. Me como mis sentimientos, intento mantener las emociones a raya.

Extrañaré al buen Wesley cuando vuelva al campus. Decido decírselo, escupiendo migas en el proceso.

–Puedes visitarme. Tú y la gorra. No te pierdas. Bueno, si es que quieres pasar el rato en una escuela secundaria.

–Gracias, hombre, de verdad, esto es… –Tose para aclararse la garganta, se seca las manos en los vaqueros y bebe un trago. Se aclara la garganta otra vez.

–Espero que no tengas anginas. Los demás se pescaron un bicho bastante feo. Yo tengo una salud de hierro, mi madre la atribuye a mi tenacidad. O, como ella la llama, mi enorme cabeza dura.

–¿Arlo?

–¿Qué?

–Tengo que mostrarte algo.

–¿Qué? –Justo estaba comprobando cuántas galletas puedo meterme en la boca al mismo tiempo–. ¿Lo mucho que me extrañarás cuando me haya ido? Porque suelen decírmelo todo el tiempo.

Él no responde, sino que bebe un trago y luego otro. Eso me da tiempo a tragar y beber un poco también.

–Sigo esperando –insisto.

Wesley mira hacia la puerta, después abre la alacena y saca una botella familiar de color azul.

–Ven conmigo.



El acceso al sótano se encuentra detrás de un panel secreto debajo de las escaleras hacia el ala de servicio. Mientras entro tras Wesley, él me esquiva para cerrar la puerta detrás de mí. Luego enciende una luz y comenzamos a bajar hacia el centro de la tierra, donde el aire se hace cada vez más frío y seco.

Al llegar abajo, esperamos en la oscuridad hasta que se oye un chasquido y se hace la luz, de hecho, el tubo incandescente es tan fuerte que tengo que protegerme con la mano. Parpadeo y espero a que mis ojos se adapten antes de observar el lugar profundo y cavernoso, que parece ser tan grande como la casa.

El sótano, del tamaño de una tienda, es un cofre del tesoro digno de una docena de piratas. Está lleno de estanterías con esculturas, jarrones, pinturas, tapices, portarretratos de varios tamaños. Hay gabinetes con joyas, chucherías y oro, mucho oro. Estantes y más estantes de libros con cubiertas de cuero protegidos detrás de cristales. Y también autos pulidos hasta brillar, Duesenberg, Rolls-Royce, Bentley.

–¿Qué es este lugar? –pregunto con la voz apagada, reducida en este lugar vasto.

–Moss Hove era un coleccionista. Viajó por el mundo durante años y trajo recuerdos. Algunas de estas cosas vinieron de esos viajes, otras llegaron a través de Los raros o de empresas que cobraban el doble por rastrear objetos y enviarlos. Exhibía algunas cosas, otras las guardaba aquí abajo, como si el placer estuviera en conseguirlas, no en tenerlas.

–Cielos –silbo.

–Cuando comenzaron a dejar que las personas se quedaran aquí, hicieron imitaciones de calidad para que pudieran ver la casa tal como era cuando Moss Hove vivía. Retiraron todas las cosas invaluables y las reemplazaron por réplicas.

Avanza por los pasillos y yo voy tras él, girando la cabeza como Linda Blair en *El exorcista* para verlo todo. El pasillo al que llegamos es más que nada de pinturas, cientos y cientos de marcos. Algunos están cubiertos de tela, otros envueltos, otros expuestos, y todos tienen tarjetas codificadas por color.

Wesley se inclina para consultar una de las etiquetas antes de retirar el envoltorio con cuidado. Se trata de un espejo dorado gigante, cuyo brillo es casi enceguecedor, tanto que tardo un momento en notar la decoración del marco. Son aves, pero no cualquier ave, sino la versión mítica del fénix.

–Son pájaros Hōō –señalo.

Debajo de la gorra de los Lakers, Wesley me mira con compasión o tal vez lástima.

–Parecen los mismos… De hecho, parece el mismo…

–¿Espejo que rompieron?

–Sí.

–Es porque es el mismo.

–¿Así que Moss Hove lo amaba tanto que tenía dos? Por favor, dime que tenía dos.

–Este es el original.

–El original –repito–. Entonces, el que rompimos…

–Vale unos doscientos dólares. Tal vez menos.

–Deberíamos decírselo a Graffam. Si es que aún no pagó para reemplazarlo. –Me doy cuenta de lo inocente que sueno aun mientras estoy hablando.

–Graffam lo sabe –afirma Wesley.

–Pero envió a Leela a casa. Por eso echó a Leela.

–Escucha. –Echa un vistazo a las escaleras por sobre su hombro–. No puedes revelar que lo sabes. Por eso puse sus teléfonos en las mochilas. Graffam cortó la línea fija. La vi hacerlo.

Espero que me diga que está bromeando. Mis labios se curvan en una media sonrisa, listos para echarse a reír en cuanto diga: "te la creíste".

–Necesito dinero, pero no con tanta desesperación –dice en cambio–. No así. Escucha, sé que se supone que esta clase sea inmersiva y que ella es excéntrica. Muchos lo son, por eso son artistas y vienen aquí a dar el Curso de enero, aunque no son parte de algún cuerpo docente. Pero no confío en ella. Cuando supo de la tormenta, tomó la llave maestra sin decírmelo, la que abre las rejas. También bloqueó internet y cambió las claves, quería aislarlos.

Darnos información de los demás, volvernos a unos contra otros. Es como si comenzara a ver las piezas del rompecabezas y a encajarlas juntas.

–Y hoy encontré esto –agrega Wesley, con la botella azul de la que ya me había olvidado–. Yo hago las compras, ¿sabes? Compro todo para la cocina. Cuando repasamos lo que Graffam necesitaba para el chef, para ustedes, hizo énfasis en que tenía el vino cubierto. Recuerdo haber pensar que era extraño, porque ¿qué maestro le sirve vino a sus estudiantes? –Lo veo despegar lo que queda de la etiqueta, para revelar otra debajo–. Noté esto el otro día. El vidrio azul es inusual y bonito, así que pensé en guardar una de las botellas vacías para Kaya. Mientras la lavaba, la etiqueta comenzó a despegarse.

Me entrega la botella. En lugar de "Whittier", la etiqueta dice "EL BREBAJE (RECETA). CONTIENE LÁUDANO".

–¿Láudano?

–Es derivado del opio. De las amapolas. Puede ser usado como sedante, pero también como analgésico. Puede provocar adormecimiento, sueños extraños, sudoración fría, alucinaciones. También causa mareos, boca seca. Hay decenas de botellas vacías y muchas más llenas. Todas con diferentes porcentajes de la sustancia.

–¿Quién necesita tantas botellas de láudano en el siglo veintiuno? Espera, ¿cualquiera puede comprarlo?

–¿Siendo famoso y supermillonario? Puedes comprar lo que quieras. –Como prueba, mira alrededor de este cofre del tesoro gigante.

–Pero ¿por qué traer tanto? ¿Láudano?

–Sirve vino con la cena, ¿no? Así lo beben. Puede usarse puro o diluido, no solo en vino, sino en cualquier líquido. De hecho, puedes añadirlo casi a cualquier cosa.

–Té. Jugo. Sopa. Estofado… –Se me revuelve el estómago.

–Sí.

Pienso en todo lo que comimos desde que llegamos aquí, en todas las comidas preparadas por el chef personal de Graffam y, luego, por la propia Graffam. Pienso en lo enfermos que estuvieron Ness, Effy e Isaac.

–¿Puede hacerte sentir resfriado o engripado?

–Sí. Según cuánto ingieras, puede hacerte sentir hecho polvo.

Por alguna razón, eso me hace pensar en otra cosa, como si mi mente estuviera jugando a conectar los puntos.

–Por eso escribiste "huye" en el tablero de Scrabble. Intentabas advertirnos.

Wesley niega con la cabeza, perdido y con el ceño fruncido.

–Primero "huye", después "ya". Después "huye" una y otra vez. Dejaste un mensaje para mí, para nosotros.

–No lo hice.

–¿Dices que Graffam lo hizo? ¿Para qué, asustarnos?

–Solo digo que yo no lo hice.



Recorro la casa en busca de los demás, como si jugáramos escondidas. Siento que estoy metido hasta el cuello en un juego que no sabía que estaba jugando y, de repente, Moss se está encogiendo. Las paredes se cierran, los techos bajan, los suelos

suben; una caja sofocante reducida a casa de muñecas. Los ojos de cada retrato que veo me miran al pasar.

Encuentro a Effy, a Ness y a Isaac desperdigados por las habitaciones como muñecos en su pequeña casa. Les digo que vengan conmigo, cuando preguntan por qué y dicen "Estoy en medio de algo, déjame en paz", insisto en que vengan de una vez. Los guio hasta mi habitación y cierro la puerta, porque siento la necesidad de tener una puerta cerrada entre nosotros y el resto de Moss.

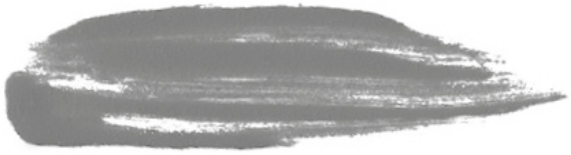
–¿Qué es tan importante? –pregunta Isaac mientras se deja caer sobre una silla. Él parece el más irritado por la intromisión.

Levanto el teléfono y todos se acercan para ver la fotografía del espejo dorado original.

–Se ve como… –comienza Ness.

–¿Arlo? –interrumpe Effy.

Apoyo la botella en el escritorio, la que dice "LÁUDANO", y les cuento lo que me dijo Wesley.



Effy

Lunes 19 de enero

Me separo de los demás porque necesito despejar la mente. Decido volver al solárium y abrir mi computadora. Ojeo el manuscrito que estoy compilando, en el que Graffam fingió estar interesada. Pero ¿lo estaba en verdad? ¿De verdad le importa nuestro trabajo, nuestras historias, nosotros?

Mi mente corre a toda velocidad. *¿Por qué mentiría sobre el espejo? ¿Sobre Ramón?* ¿Fue solo para sentirse mejor consigo misma? Siempre habla de usar tu propio material para potenciar la escritura, de usar la rabia y el dolor en tu trabajo, algo de lo que sabe de primera mano. La imagino en sus veinte, cuando su primera novela fue una sensación de la noche a la mañana, en sus acólitos, en la fama inmediata. En la emoción, en especial siendo tan joven. Me imagino a mí misma en tres años, con el mundo a mis pies.

Y, unos años después, una explosión general. La humillación pública, la cancelación. ¿Quién puede saber si no sigue enfadada?

Pero eso no explica por qué nos mintió. *Si es que mintió*. Una pequeña parte de mí tiene esperanzas de que llegue mañana y nos explique todo.

Me extiendo en el sofá semicircular, cierro los ojos, los abro otra vez. Me froto el dolor de cabeza que fue en aumento desde que Arlo nos habló del espejo y del láudano. Láudano. Saco la carta de mi padre y la giro en mis manos.

Lo enviaron a la prisión estatal para hombres New Hampshire en Concord, donde se convirtió en prisionero modelo y se graduó del programa de desarrollo del carácter "Elige el amor", que promueve el empoderamiento personal y enseña a los internos a actuar con bondad.

Mientras que mi padre estaba ocupado aprendiendo las cualidades básicas de un ser humano, yo me tendía en la cama por las noches, preguntándome por qué era la única en la escuela que no tenía padres. Al mismo tiempo, al otro lado del mundo, una mujer llamada Meredith Graffam seguía capitalizando la historia que escribió sobre una chica muerta a la que conoció alguna vez, y se volvió más famosa (o infame) cuando las mentiras sobre las que construyó su carrera fueron expuestas.

Sea lo que sea que haya pasado esa noche en la calle, mi padre, el monstruo que es, dice no haber querido matar a mi madre. Según dice, fue un accidente. Un accidente horrible, imprudente, estúpido que pudo prevenirse.

Por primera vez, se me ocurre que tal vez no sea un monstruo. Tal vez solo es un monstruo para mí.



Más tarde esa noche, en mi habitación, Arlo y yo estamos demasiado metidos en nuestros pensamientos, en estado de animación suspendida, como para tener sexo. Él me acaricia el cabello mientras descanso la cabeza en su pecho y escucho su corazón.

Mañana, mañana, mañana, dice. Graffam volverá mañana.

Hay una sensación presagiosa, de espera, de que hay algo afuera intentando entrar. No, de algo que logró entrar y ahora está en la casa con nosotros.

–Solía quejarme con la abuela de que la vida era injusta, porque así lo sentía. Le había pasado algo terrible a mi madre, a mí. Ella decía: "pero también es imparcial". Y eso me hacía sentir peor, aunque también mejor.

–Si eso es verdad, entonces no importa qué tan buenos seamos ni si enmendamos las cosas que hicimos.

–No creo que se pueda sobornar al universo.

Él suspira, como si hubiera contenido el aire por mucho tiempo.

–Lo último que Jonah me dijo fue "mira hacia arriba".

–¿Para que no olvidaras ver a Ofiuco?

–No, para que mirara hacia arriba en ese momento. Cuando lo hice, noté que el techo de la cueva marina tenía una saliente, como una nariz o una barbilla. Quería decirme que me sujetara de allí y resistiera. Intentaba ayudarme a mí antes de ayudarse a sí mismo.

Pero no resistí. Había tragado demasiada agua. Intenté sujetarme, pero mis manos resbalaban.

Su corazón late más rápido y fuerte debajo de mi mejilla.

–Así que me salvaron a mí. Y ahora a veces me tiemblan las manos. Es un recordatorio de mi falibilidad. Como si lo necesitara.

Busco una respuesta que no suene vacía, falsa o como un simple intento de hacerlo sentir mejor, pero el silencio se extiende.

–¿Qué crees que pase cuando morimos? –pregunto en cambio.

Imagino a su amigo Jonah, a mi madre, a Graffam parada en el techo a punto de saltar.

Arlo no responde de inmediato, se toma su tiempo, aunque estoy segura de que ha pensado en esto miles de veces. Una pequeña parte de mí espera que él lo sepa. *Recuperarás a tu madre. Un día llegarás a conocerla y ella conocerá a la persona en la que te has convertido.*

–Tiene que haber algo –dice por fin–. Si no, ¿cuál es el punto?

Sí, pienso.

–*Sí.*

Presto atención a su corazón otra vez, al torrente de sangre en sus venas, y el miedo quiere que me aleje, porque ¿qué pasa si su corazón deja de latir? ¿Y si escucho cuando se detiene?

Pero ahora me dice que está aquí, respirando, cálido y vivo. *Mañana, mañana, mañana.* Mi mente comienza a flotar como cuando estoy en el borde del acantilado, mirando el mar, consciente de que podría saltar.

–Tal vez este es el punto –susurro. Me refiero a todo, a él y yo, a nosotros, al acantilado, a la caída, a nuestros corazones palpitantes.

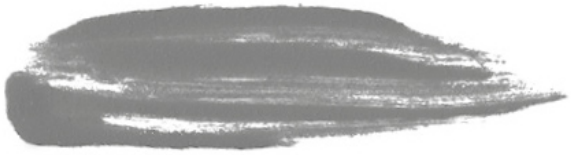
–¿Effy Green? –dice su voz en la oscuridad.

–¿Sí, Arlo Ellis-Noon?

–Creo que te amo.

Siento sus palabras además de escucharlas, vibran a través de él. Nunca le dije a nadie más que a mi abuela y a Ness (y a mis padres alguna vez) que lo amo y la idea de decírselo a alguien nuevo me petrifica. Pero después pienso en el dolor que sentí cuando pensé que no lo volvería a ver, en sus labios, en el gris profundo de sus ojos cuando me miran, cuando me ven, en cómo derribó los muros que construí. En él. Entonces decido que es hora de aceptar lo bueno.

–Creo que yo también te amo –susurro contra su pecho.



Arlo

Martes 20 de enero

La mañana y la tarde son tranquilas y radiantes, como Massachusetts en verano después de la lluvia, con aroma a tierra, flores y aire fresco. Un día de sol perfecto.

Drea volvió de Nueva York sin Graffam y parece apagada, distante, distraída cuando nos dice que trabajemos en nuestros proyectos, antes de encerrarse en su habitación. En lugar de eso, encuentro a Effy en los acantilados. Ella está esperándome de piernas cruzadas sobre las rocas, con la Falla del errante a la izquierda y la mirada en el horizonte.

–Cuando Graffam llegue, creo que deberíamos confrontarla –dice cuando me acerco–. Darle la oportunidad de explicar lo que pasa.

–Mmm.

–¿Qué significa eso? –exige con los ojos entornados.

–Significa que faltan dos días para que esto termine. Dos días nos separan de los quince mil dólares y del contenido de nuestros

sobres. No sé tú, pero yo necesito esa beca y por mucho que me odie por esto, quiero lo que prometió. Entrevistas con universidades. Una donación para *Surfers Healing.*

Le ofrezco una mano, pero ella la ignora, así que me siento a su lado en las rocas.

–¿Y qué sugieres? ¿Que le sigamos la corriente? ¿Que nos quedemos sentados fingiendo no saber que dejó a Ramón en el bosque durante dos días sin advertir a nadie? ¿Que envió a Leela a casa por un espejo que ni siquiera era valioso? ¿Que, no lo sé, lo que sea que signifique el láudano? –Saca chispas mientras habla–. Las personas como Graffam pueden ir por la vida pasándoles por encima a los demás sin pagar…

Me pregunto si está hablando sobre Graffam, sobre su padre o sobre ambos.

–Y tú que la amabas incondicionalmente.

–No puedo creer haber caído.

La veo desinflarse, como un fuego de artificio apagado.

–¿Alguna vez escuchaste de la prosopometamorfopsia?

Ella me mira como diciendo "¿De verdad?" y "No es momento para uno de tus datos curiosos" y "¿Tú que crees, idiota?".

A pesar de todo, sigo con valor.

–El PMO, como se conoce, es una condición neurológica extraña que hace que las personas vean monstruos. Cuando miran un rostro humano ven distorsiones que no están ahí. Leí sobre un tipo que si veía a alguien por más de diez segundos el rostro comenzaba a deformarse. Los dientes se estiraban, las facciones se distorsionaban, le crecía un hocico, orejas puntiagudas, vórtices en lugar de ojos, piel de reptil…

–¿Es algo real?

–Sí. –Contengo la respiración. Honor de criptozoólogo–. Otra mujer dice que para ella parece que las personas se derritieran. Ni siquiera puede ver su propio rostro en el espejo porque se distorsiona hasta parecerse al de un monstruo de cine antiguo. Dice que todos los días parecen Noche de Brujas.

–¿Por qué me dices esto ahora?

–Porque la mayoría de nosotros miramos a las personas y no vemos las distorsiones, así que no podemos ser tan duros con nosotros mismos si las pasamos por alto. Y tal vez la clave es no mirar muy de cerca, porque es entonces cuando vemos al monstruo.

Effy está en silencio y, por una vez en la vida, yo también. Y, en el silencio, escucho mi nombre a la distancia. Al voltear, vemos a Isaac y a Ness acercándose desde la casa.

–No tenemos que arrastrarlos a esto –dice Effy.

–Ya están dentro –le recuerdo–. Todos lo estamos. Escucha, en el peor de los casos, Graffam dirá "Me atraparon. Mentí otra vez" y seguiremos la corriente hasta terminar el curso. En el mejor de los casos, tiene una justificación para lo de Ramón, lo del espejo e incluso el láudano. Soy el último que quiere defenderla, pero tal vez es todo parte del plan. Uno retorcido, desviado, jodido, pero de buenas intenciones.

Me levanto con cuidado sobre las rocas húmedas y le ofrezco la mano otra vez. Ahora sí deja que la ayude y su rostro se suaviza un poco.

–Lo siento –murmura.

–Amar significa nunca tener que pedir perdón.

Ella pone los ojos en blanco y, por un momento, la gravedad vuelve a funcionar. La abrazo y me permito fingir que no hay nada más importante que estar aquí, en este acantilado frío junto a Effy Green.

Comienzo a hablarle del *Velella velella*, describiendo los discos azules brillantes sobre la arena. Le cuento que cada uno es una colonia que trabaja en conjunto. Effy me mira y luego observa el océano, como si esperara verlos aparecer.

–¿Y me cuentas esto porque somos como marineros diminutos en un naufragio?

–Te lo cuento porque, en primer lugar, pensé que te gustaría escuchar una buena historia del mundo natural y quería impresionarte con mi vasto conocimiento sobre temas singulares pero fascinantes. –Su cabello se sacude y baila con el viento–. Y, en segundo lugar, porque creo que tenemos que ser como el *Velella velella*, no en lo de flotar con la marea, sino en lo de dejar nuestras diferencias de lado para trabajar juntos.

Aunque no reacciona, por la forma en que se queda rígida sé que está escuchando.

–Así que, ella intentaba arruinar la relación entre nosotros –continúo–, bueno, verá que la unión hace la fuerza.

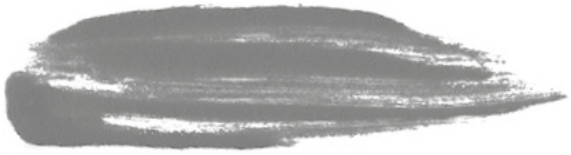
Nos quedamos en silencio otra vez, ahora soy yo quien siente que está pensando.

–¿Es una fiesta privada o podemos participar? –pregunta Isaac sin humor y sin arrogancia, por lo que es casi irreconocible. Creo que extraño un poco a su versión anterior.

–Cuando salgamos de aquí, no quiero volver a ver el océano –agrega Ness castañeando los dientes.

Por el cielo pasa una bandada de pájaros en formación de V. Los cuatro los observamos hasta que desaparecen y después, sobre el ruido de las olas, les digo a Isaac y a Ness:

–¿Alguna vez les hablé del *Velella velella*?



Effy

Jueves 20 de enero

Al anochecer, Graffam todavía no ha vuelto. Mientras el fuego crepita en la chimenea, los cuatro y Drea cenamos con música de bandas clásicas, festiva y animada. La mesa está puesta como un jardín en flor, pero, esta noche, algo en la melodía, el fuego, la luz de las velas y las flores genera demasiado ruido.

Al principio, Drea intenta entablar una conversación educada.

–¿Pueden creer que ya sea la última semana del Curso de enero?

No.

–¿Están emocionados por su último semestre en Brighton y Hove?

Claro.

–¿Ya saben a qué universidad irán?

Enviamos solicitudes, pero ninguno de nosotros se comprometió con una universidad.

Se supone que debemos actuar como si todo fuera normal, pero no nos sale, ni siquiera a Arlo. Comemos o empujamos la comida por

el plato y actuamos como los adolescentes hoscos y enfadados que somos, solo que no por las razones de siempre.

Tarde o temprano, Drea también guarda silencio, como si ya no tuviera ánimos para intentarlo. Cuando le pido que me pase la jarra de agua, parece no escucharme, así que me levanto para tomarla yo misma. Unos minutos después, se disculpa y se dispone a marcharse.

En el umbral, se vuelve hacia nosotros.

–Sé que trabajo para Meredith, pero no le cuento todo. Así que si hay algo que esté pasando y necesiten hablarlo, o por alguna razón no quieren que ella lo sepa, pueden acudir a mí.

Y luego, sin esperar respuesta, desaparece.

–Creo que rompimos a Drea –dice Isaac.

–Puede que esté rota, pero no fuimos nosotros.

Miramos a Ness. Ella se limpia la boca con la servilleta y luego la deja caer sobre el plato, pero falla por un kilómetro y termina en el suelo.

–Cuando estuvieron en la ciudad, parece que Meredith tuvo reuniones y Drea fue a la galería donde se suponía que sería su inauguración la próxima semana. Pero allí nunca habían oído hablar de ella. No iba a haber una muestra.

–¿*Meredith*? –repito.

Ness apenas me mira.

–Perdón. Ella, eh, me pidió que la llamara así.

Me remuevo en la silla, como si variar de posición fuera a cambiar el hecho de que mi mejor amiga, al parecer, ahora es mejor amiga de Drea y de Graffam. Graffam, que sigue siendo Graffam para el resto de nosotros.

–¿Y qué con eso? –dice Isaac–. Quizás la persona con la que habló no sabía al respecto.

–El hombre con el que habló era el dueño de la galería –insiste Ness–. Le dijo a Drea que sabía quién era Meredith, por supuesto que sabe quién es Meredith Graffam, pero que no la conocía. Que nunca se vieron en persona, que ni siquiera hablaron.

–Uff. –Arlo se agacha distraído para levantar la servilleta de Ness y dejarla junto al plato.

–Además, Meredith le dijo a su asistente, Zoe, quien le dijo a Drea, que tenía una idea para una nueva película, algo sobre "revivir *La cacería* y exponer al verdadero villano".

Me quedo helada por completo, dominada por la necesidad de que alguien me diga que todo estará bien y nunca me ocurrirá nada malo, aunque ya me hayan pasado cosas malas y sigan pasando hoy, mañana y en el futuro. Solo necesito que alguien me mienta por un instante.

–No podemos meternos en más problemas, al menos hasta que sepamos más –dice Arlo como si leyera mi mente.



En cuanto Wesley libera nuestros platos, nos separamos en diferentes esquinas de la casa para trabajar. En lugar de ir al solárium, busco la tranquilidad de mi habitación, pero al sentarme

frente a la computadora, lleno toda una página con: "Creo que te inventé dentro de mi cabeza".

Más tarde, alguien llama a mi puerta y agradezco la interrupción. Al abrir, me encuentro con Ness.

–¿Puedo pasar?

–Claro.

Yo me siento a los pies de la cama y ella permanece frente a la chimenea, con los brazos cerrados a su alrededor como si intentara calentarse.

–Lo siento –dice.

–¿Por qué?

–Por llamarla "Meredith". Cuando me pidió que la llamara así, supuse que se lo había pedido a todos.

–No, solo a ti.

–No sabes lo mucho que quiero confiar en ella –dice negando con la cabeza.

–Lo sé. –Percibo que sueno robótica, pero como ella está haciendo un esfuerzo, también lo intento–. Todos lo queremos.

Ness se deja caer a mi lado y las dos miramos al cielo detrás de la ventana.

–Está justo ahí, puedo verlo. El futuro que podría tener, el que hace que todo merezca la pena. ¿Sabes lo que hay en mi sobre? Una carta de un benefactor anónimo que me ofrece una beca completa de cuatro años para Brown, donde podré estudiar poesía en un campus hermoso, tener inspiración y brillar como constelaciones…

Es una línea de uno de sus poemas: "Mis mejillas redondeadas, tronos donde hoyuelos brillan como constelaciones…".

–Creo que Meredith, Graffam, me hizo una mejor poeta. Es como si supiera cómo hacer que salga lo que hay dentro de mí. Tan solo entra y… es más que eso, sabe cómo hablarme de mi trabajo. –Se extiende un rizo con la mano, luego lo suelta para que vuelva a ensortijarse–. Me ayudó a aprender a confiar en mí, que es la clave de mi escritura.

–Eso es todo… Por eso estamos aquí.

–Lo sé, pero ¿Eff? –Me mira con ojos salvajes detrás de las gafas–. Si no es quien dice ser, si en verdad le prometió algo grandioso a Drea que nunca planeó darle en realidad, si todo esto es verdad, ¿cómo creerle cuando nos hace promesas a nosotros?

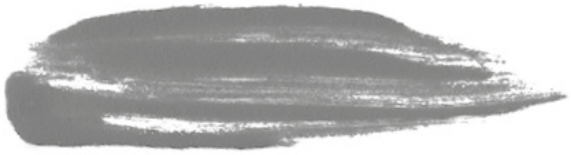
–No lo sé.

Debería decirle que no todo está perdido, que, sin importar lo que pase, no perderá lo que aprendió aquí. Que es parte de mi colonia *Velella velella*, no mía, nuestra colonia, mía y de Ness. Pero antes de que pueda decírselo, se oye un ruido afuera. Un automóvil en la entrada.

Ness y yo nos quedamos heladas.

Puertas que se abren y se cierran. Voces.

Graffam ha regresado.



ARLO

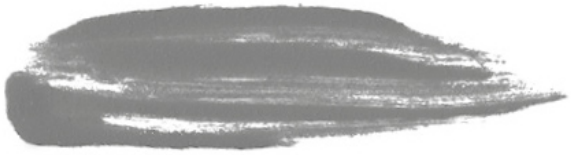
MARTES 20 DE ENERO

Aunque pasan de las nueve de la noche, Effy, Isaac, Ness y yo todavía esperamos a ser convocados. Esperamos en la cocina, en el teatro, en el Salón de curiosidades. Nos movemos juntos de habitación en habitación, pero sin señales de ella.

Cuando pasa una hora y luego otra, es evidente que Graffam no planea vernos hasta la mañana. Apenas pasada la medianoche, una tarjeta aparece debajo de mi puerta. Dice que tendremos una clase en el salón octógono a las diez de la mañana y, debajo, Graffam ha añadido una nota escrita a mano.

Será nuestra última clase de Curso de enero, por favor, ven preparado para una sorpresa.

Los saluda, MG



Effy

Miércoles 21 de enero

A las diez de la mañana, nos reunimos en el salón octógono para la clase, todos tranquilos, controlados, con nuestros mejores modales. Aunque pasé toda la noche despierta imaginando el momento en que volveríamos a verla. Una pequeña parte de mí espera que desborde de explicaciones y disculpas, pero ya está en la habitación cuando llegamos, inclinada hacia adelante en la silla, con las manos elegantes colgando sobre las rodillas como una chica lánguida de sociedad.

Posa sus ojos brillantes sobre todos nosotros, sin rastros de que algo ande mal. De hecho, se la ve diferente, más ligera, como un flotador de piscina. Nos pregunta cómo marchó nuestro trabajo mientras no estuvo, como si se hubiera ausentado por semanas. "Bien, genial", decimos como robots.

–El primer día de clases les hice una pregunta –dice después–. Sobre el libre albedrío. ¿Existe? Me interesa saber si sus opiniones

han cambiado. –Mira alrededor en busca de una reacción, pero todos permanecemos en silencio–. Durante siglos, nos han enseñado que solo nosotros somos responsables de nuestras acciones, que podemos elegir entre el bien y el mal. Que nuestra civilización depende de eso, nuestros sueños también. Que, sin importar dónde sea nuestro nacimiento, podemos convertirnos en quienes queramos ser. –La silla chirría sobre el suelo cuando ella se levanta–. Pero el psicólogo estadounidense Benjamin Libet pensaba diferente. –Camina por la habitación con todas las miradas sobre ella–. Su investigación demostró que los impulsos eléctricos asociados con la toma de decisiones se disparan antes de que tomemos una decisión consciente.

Siento una mano en el respaldo de mi silla y levanto la vista. Su rostro está bañado por la luz de la mañana y, al verla, se me ocurre que la magia de Meredith Graffam no reside en su capacidad de cambiar de forma. No está en la habilidad de mentirnos sin esfuerzo y tener personalidades diferentes para cada uno de nosotros. Tampoco en el hecho de que, tanto en la pantalla como en la vida, sea grande, pequeña y a veces ambas al mismo tiempo. A veces Brunilda la guerrera, otras la niña herida que casi muere en su último año en Brighton y Hove. En cambio, su magia reside en ser siempre Meredith Graffam.

Aquí radica su poder, pienso mientras nos habla del código biológico que define quiénes somos y qué hacemos. Sobre la ilusión de la elección, de los accidentes que no son accidentes. Se sienta junto a la ventana, con un hombro apoyado contra el cristal.

–¿Usted cree en el libre albedrío? –pregunto con la voz relajada, pero también curiosa. En verdad quiero saber su respuesta.

–Sí –responde pensativa–. Pero no para todo el mundo. Creo que es posible para mí porque, en mi caso, superé mi crianza y mi pasado y hago cosas que nadie creía ni esperaba que pudiera hacer. Lo logré gracias a mi pasado y a pesar de él. Y aún lo hago, hasta el día de hoy.

Yo, yo, yo. ¿Cómo no lo había notado? A Meredith Graffam solo le importa Meredith Graffam.

–¿Y cree que es posible para nosotros? –Sueno como un padre impaciente que intenta que su hijo se concentre en una consigna.

Sus cejas se elevan y sus ojos brillan como si esto fuera un juego. Y tal vez eso sea para ella.

–Creo que todos tienen potencial, algunos más que otros –responde por fin–. Pero es algo que deben descubrir por ustedes mismos.

–El espejo –suelta Ness de repente, temblorosa–. El espejo que rompimos era falso, pero envió a Leela a casa por eso. Y también mintió sobre Ramón. ¿Y qué estuvo dándonos de beber? ¿Láudano?

Graffam la mira.

–No puedo decirles qué es real y qué no, en qué creer ni con qué contar.

Luego Ness lo escupe todo de una vez. La conozco muy bien, así que sé que una vez que empieza no puede detenerse hasta quedar vacía.

–Desde que llegué aquí lo único que hice fue intentar dar lo mejor. Participé, me salí muy, muy fuera de mi zona de confort. Me expuse, fui abierta y honesta. –Termina con dificultad–. Me paré en medio del tráfico, salté de un acantilado y me congelé el trasero en el bosque aunque estaba enferma y no me gusta el bosque, nunca me

ha gustado a pesar de ser de aquí. Intenté entregarlo todo, pero no estoy segura de que eso importe. ¿Acaso importa?

Paso la mirada de Ness a Graffam y lo veo, noto el cambio, como si algo se encendiera o apagara dentro de ella.

–¿Qué demonios está pasando? –Graffam se levanta con las manos en las caderas, el cabello oscuro sobre los hombros como humo, los ojos negros de rabia–. ¿Alguien más quiere decir algo? –No espera a que hablemos–. De acuerdo, aquí voy. No sabía que el espejo era falso hasta que intenté reemplazarlo. Pero no fue por eso que envié a Leela a casa. La envié a casa porque, una vez que Joey y Peter se fueron, quedó en evidencia que no era tan fuerte como los demás, ni tan talentosa y madura. Pensé que podría ser mejor para ustedes si tenía menos personas en las que enfocarme. –Nos señala uno a uno–. Ya expliqué lo que sucedió con Ramón. Sí, él se perdió y después encontró el camino de vuelta. No es que haya muerto. Y en cuanto al vino, no deberían beber de todas formas.

Me quedo congelada, esta no era la disculpa que esperaba. Lo entendimos todo mal, la hemos entendido a ella completamente mal.

–Es hora de que miren más allá de sus narices, por más duro que suene. La escuela y sus familias los han consentido y llevado de la mano, les han entregado el mundo en bandeja de plata y les han dicho que se lo ganaron. Pero no estarán en este lugar para siempre. ¿Y qué pasará después, cuando salgan de aquí?

Nos mira a cada uno de nosotros.

–Los investigué y aprobé antes de elegirlos por una razón, porque tenía que saber quiénes eran y de qué escapaban. Porque todos escapamos de algo. Lo que no les gusta de ustedes mismos y sus

falencias son la razón por la que están aquí, no por su talento, ¿no lo ven? –Habla como si eso lo explicara todo, como si fueran buenas noticias–. Isaac, tú no puedes estar a la altura de tu apellido, necesitas con desesperación algo que te aleje de sus expectativas. No es que no quieras seguir sus pasos, es que no puedes hacerlo porque no está en ti.

»Effy eres incapaz de amar o ser amada. Y no tiene nada que ver con que tu padre matara a tu madre y todo que ver contigo.

»Ness, tu falencia es que eres demasiado insegura y estas desesperada por ir a la universidad, algo que no podrás lograr sin ayuda. Tu disposición a hacer lo que sea para llegar y tu temor a no pertenecer.

»Arlo, tu terapeuta fue quien te sugirió que comenzaras a escribir y has descubierto que eres bueno en eso. Pero escribir no se trata de hacerte sentir bien a ti mismo, se trata de decir la verdad. Y la verdad es que te aseguraste de ser a quien rescataran cuando tu amigo se ahogó. Reconócelo. Ten el valor de contar esa historia.

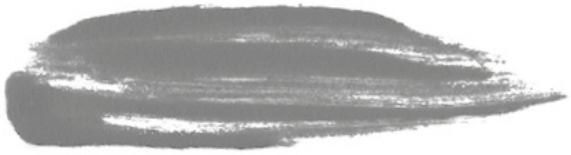
El silencio es tal que se podría escuchar caer un alfiler. Me siento fuera de mi cuerpo, como un fantasma atrapado en otra dimensión, flotando entre los vivos pero sin poder comunicarme. *Estoy aquí*, pienso.

Cuando Graffam vuelve a hablar, es como si hubiera perdido todo ánimo de pelea. Sus ojos recuperaron el tono café y su cabello volvió a ser solo cabello, ya no humo.

–El peligro de lugares como Brighton y Hove es que los programan para que piensen que pueden hacer lo que sea, pero ¿qué pasa cuando salen de ahí? Lo que intento hacer, para bien o para mal, es prepararlos de un modo que esta escuela no puede hacerlo.

Jamás puse excusas para lo que hizo mi padre, pero por alguna razón pongo excusas por Graffam. Incluso ahora, me digo a mí misma que no es una persona cruel, es una persona que ha pasado por cosas difíciles, es una sobreviviente.

Al salir del salón octógono, el mundo parece el mismo de siempre, pero se siente diferente, como si la fuerza de gravedad hubiera cambiado. Mi padre se siente muy lejano y es difícil recordar por qué quería escribir sobre él o escribirle a él por empezar.



Arlo

Miércoles 21 de enero

En medio del aturdimiento posterior a la clase, vago hasta la despensa guiado por el hambre permanente, aún durante una crisis. Mientras abro una bolsa de patatas fritas e intento procesar la última hora, se oyen ruidos desde la lavandería. Primero música, luego alboroto y chapoteos. El instinto me dice que me esconda y siga comiendo en la soledad de la despensa, pero algo me hace dejar las patatas e investigar.

Esperaba encontrar a Wesley. En cambio, veo a Drea frente al fregadero gigante, lavando sus pinceles.

–Arlo –dice después de soplarse un mechón de cabello fuera del rostro–. ¿Puedes apagar eso por mí? –Señala su teléfono con la cabeza, luego a sus brazos, sumergidos hasta los codos en el fregadero.

El móvil tiene la pantalla encendida y reproduce un video musical. Me quedo mirándolo.

–Tienes servicio.

–Pero no de red móvil. Y debo decir que me ha dado una paz enorme. Estoy pensando en hacer desintoxicaciones digitales regulares cuando vuelva a Los Ángeles. Es increíble todo lo que puedes hacer sin distracciones.

Tal vez siga hablando, pero no la escucho porque estoy enfocado en las líneas curvas de la señal wifi. Luego veo cómo seca los pinceles y los dispone uno junto al otro.

–¿Qué tal el viaje a Nueva York? –pregunto pero sigue acomodando sus cosas como si no me hubiera escuchado–. ¿Drea?

–Meredith no siempre me tiene informada de todo. Se acerca otra tormenta, por cierto, y parece que será brutal. Creo que viene del noroeste. Un informe dijo que se pronostica que será tan fuerte como la de 1991, ¿sobre la que hay un libro?

–*La tormenta perfecta* –respondo, pero quiero volver a Nueva York–. ¿Cómo va la galería?

Drea mantiene la vista en los pinceles, que ordena y reordena como si fuera lo más importante del mundo.

–¿Necesitas algo, Arlo? –Es amable, pero contundente.

–Creí que el wifi no funcionaba.

–Meredith trae un punto de acceso portátil por si acaso. No es lo más rápido del mundo, pero dado lo internados que estamos en el bosque, es increíble que funcione siquiera. –Parece agradecida por el cambio de tema–. Lo siento, creí que se los había dado. La red es "PhyllisDietrichson", todo junto y con mayúsculas iniciales. Era el personaje de Barbara Stanwyck en *Pacto de sangre*.

–¿Y la contraseña? –busco alrededor algo donde escribirla.

–No necesitas anotarla, es muy fácil. "LaMentira", L y M mayúsculas. Eso es todo. Usa la misma contraseña para todo, Zoe siempre le dice que la cambie, que use contraseñas generadas por computadora, pero ella dice que ya tiene suficiente que recordar.

–LaMentira –repito.

–LaMentira. –Luego se endereza y su expresión cambia–. De hecho, la escribiré, por si acaso.

Saca otro manojo de pinceles de su mameluco, los sumerge en el agua y luego desaparece hacia la cocina. Reaparece tan pronto como desapareció, acelerada de repente.

Apoya una nota adhesiva en la encimera, su cabello rojizo le cubre el rostro cuando se inclina sobre ella, y dibuja unos trazos con el pincel. Luego me entrega el papel.

–Aquí tienes.

Luego levanta la vista hacia el techo, donde uno de los pájaros embalsamados de Moss Hove nos mira desde un estante alto en la esquina, lleno de productos de limpieza.

Hay algo extraño en él. Un ojo parece muerto mientras que el otro es demasiado brillante. Me recuerda al del Salón de curiosidades.

El pincel salpica al unirse con los demás en el fregadero, y es mi señal de que el intercambio terminó.

No recuerdo la nota hasta que estoy a mitad de camino hacia mi habitación. Entonces, miro lo que Drea escribió.





En el Salón de curiosidades, observo el cuervo de ojos disparejos. Mi corazón y mi pulso permanecen firmes y, mi respiración, tranquila, pero mi piel se altera. Se torna fría de a poco, hasta que siento como si me inyectaran hielo hasta los huesos.

Bajo al ave del estante y la giro en las manos. Es más pesada de lo que esperaba, las plumas son rígidas y el cuerpo se siente frío. Analizo los ojos, el opaco y el brillante, y, entonces, saco el brillante de su cuenca. Ni siquiera tengo que hacer fuerza, sale con facilidad.

Luego lo observo a la luz. Es pequeño como un botón. Una cámara.



Llegada la tarde, he descubierto siete cámaras más. Con el botín en mano, uso las escaleras estrechas hasta el ala de personal y encuentro a Wesley en su habitación al final del corredor. Las habitaciones de este lado son más pequeñas, con muebles más sencillos; cama, tocador, armario. Los pisos están limpios y relucientes, con el aspecto aséptico de un hospital.

Wesley está sentado en su cama, con un libro abierto y la gorra de los Lakers que le di.

–¿Arlo? –Levanta la vista, sorprendido de verme.

Extiendo la mano abierta para que vea las cámaras.

–¿Qué estoy viendo? –pregunta al dejar el libro.

–Cámaras.

–De acuerdo… –Está de pie, mirando mi mano.

–Las encontré por la casa. Supongo que fueron instaladas por la escuela o por el Servicio de parques.

Él las observa, luego me mira a mí y niega con la cabeza.

–Las cámaras de la casa están a la vista. Ven, te mostraré.

Lo sigo hasta la cocina, donde señala un rectángulo pequeño, casi como un móvil, en una esquina del techo.

–Todas las cámaras de Moss son como esa. Son anticuadas, pero Brighton y Hove quiere que sepan que están ahí. Dado el valor de la casa y de los objetos, quieren mostrarse presentes.

Mi corazón se congela y endurece como un hueso.

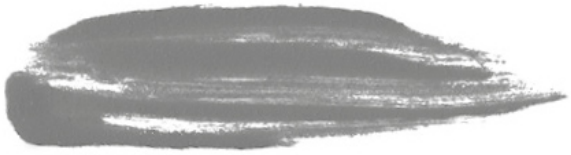
–¿Podrías hacerme un favor?

–Claro. –Me siento agradecido de que ni siquiera tenga que pensarlo.

–¿Puedes pedirle a Graffam ayuda con algo por media hora, en la cocina o afuera? ¿Más si es posible? ¿O hacer que Drea la distraiga y la mantenga lejos de su ala?

–Sí, amigo, por supuesto. La distraeré todo lo posible.

Estoy a mitad de camino de la puerta apenas oígo "Sí, amigo".



Effy

Miércoles 21 de enero

Arlo lidera el camino por la escalera trasera hasta la habitación de Graffam.

–Malditas cámaras –farfulla Isaac, como si fueran las únicas palabras que quedan en su mente. Cuando las repite, le digo que se calle, por amor de Dios, que deje de hablar de una maldita vez. No quiero descargarme con él, pero acabamos de descubrir que, además de mentir y de, probablemente, drogarnos, Meredith Graffam está grabándonos con cámaras ocultas por toda la casa.

En la cima de las escaleras, el aire es dulce y pesado. Arlo, Ness, Isaac y yo atravesamos el pasillo que lleva al balcón dorado sobre el teatro. Arlo abre la puerta de la habitación de Graffam, de paredes color coral, y el aroma a flores frescas me hace sentir aturdida.

–Es como una funeraria –comenta Arlo.

Todos entramos y, aunque Drea está en el pórtico vidriado, cierro la puerta por si acaso. Yo estaba en el solárium cuando él me encontró, me mostró las cámaras y gritó "Ven conmigo, no hay tiempo para preguntas".

–¿Qué estamos buscando? –pregunta Ness.

–No sé –respondo.

Lo que más lugar ocupa es el escritorio frente a la ventana, que está bastante ordenado en este momento, teniendo en cuenta que Graffam lleva más tiempo que nosotros aquí. Consta más que nada de pilas de revistas y libros; novelas, algunas biografías, una colección de fotografías tomadas por Moss Hove, un libro sobre sociedades secretas. Los cuatro revisamos los cajones, aunque apenas alcanzan para contener bolígrafos y sujetapapeles.

Abrimos el armario, revisamos debajo de la cama y en las mesas de noche, pero no encontramos nada inesperado, nada que parezca fuera de lugar o que active alarmas. Vamos en grupo al baño integrado, que se conecta con otra habitación. No hay mucho que ver excepto lo que se esperaría de una celebridad: toneladas de productos de belleza, maquillaje, rasuradoras, champú, acondicionador y algunos elementos de belleza que reconozco del baño de la abuela.

La siguiente habitación está decorada en tonos de violeta y se siente primaveral. Es más pequeña que la anterior, tiene una cama con dosel, una cómoda, una sola mesa de noche, un espejo de pared ornamentado y una ventana enorme con vista al agua.

Sobre la mesa de noche hay una pila de libretos, un bálsamo labial que parece costoso, algunos bolígrafos. El primer cajón está vacío, pero algo gira desde el fondo del último cuando lo abro. Esquivo

varias notas adhesivas, suministros de oficina, un vaporizador y varias recargas, más bálsamo labial y, detrás de todo eso, encuentro la manija de una puerta.

Es pesada, color dorado brillante. La levanto al mismo tiempo que Arlo toma un libro grueso. *Estrategias de poder: Dirección para teatro y cine*. Lo veo ojear las páginas, pero es difícil leer su expresión desde el suelo.

–"Establece una jerarquía. No dejes ninguna duda de quién está a cargo. Delega las tareas que están por debajo de ti a los asistentes y mandaderos del mundo". –Pasa las páginas–. "Lanza la carnada, pero déjalos siempre con hambre". –Más páginas–. "Conserva el grano, pero corta la paja antes de que el hedor del fracaso se te pegue a ti o a los demás".

–¿Qué es eso? –Me quedo inmóvil y olvido la manija por un momento.

–"Esparce confidencias y cumplidos como migajas de pan, ofrece lo justo para que sientan que son realmente especiales". Y esta: "Finge ser un aliado contra un enemigo común hasta el momento en que debas cortarlos".

Isaac le quita el libro y comienza a leer.

–"La subordinación es clave". "Nunca subestimes el elemento sorpresa". "No tengas miedo de hacer que tengan miedo".

–Déjame verlo. –Ahora el libro está en mis manos y observo la página en la que se abre–. "Recuerda que las personas anhelan pertenencia y propósito. Si puedes llenar esa necesidad, te adorarán como a un Mesías. Pero primero debes despertarles la ilusión de que están eligiendo ese camino por libre albedrío".

Hay cincuenta "estrategias de poder", y ella ha resaltado al menos la mitad. Pero lo más perturbador son los detalles que marcó o subrayó dentro del texto:

Una vez que derribes sus defensas, tendrás el poder de construir tu visión.

Escatima tu aprobación (y, a veces, tu presencia) para dejarlos con ganas de más. Solo aumentará su miedo y su respeto.

Cambia el guion y mantenlos en vilo. Si no pueden predecir tu próximo movimiento, perderán la confianza en sus propios instintos y confiarán aún más en tu dirección.

Aprovecha la debilidad emocional para reforzar tu control. Sus miedos más profundos y sus mayores ambiciones pueden servir como herramientas de manipulación.

Una manzana podrida puede arruinar todo el barril. Elimina rápidamente a cualquier alborotador que amenace tu visión.

Todos tienen un defecto fatal (un talón de Aquiles) que los deja vulnerables al control absoluto. Encuentra ese defecto y gira el cuchillo hasta que se sometan a tu autoridad.

Mi mirada se encuentra con la de Arlo.

–¿Dónde encontraste esto?

–Ahí. –Señala la pintura en la pared frente a la cama, presiona un botón que se fusiona con los árboles pintados en la orilla del río Támesis y el cuadro se abre para revelar un espacio vacío. Arlo toma el libro de mis manos, lo devuelve al nicho y cierra el panel.

Los cuatro nos quedamos parados mirando la pintura, el Bing Ben y el Támesis.

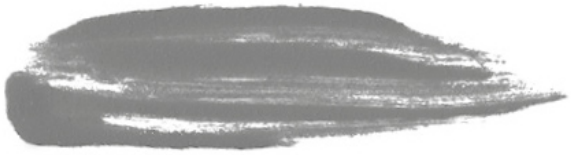
–¿Por qué tendría ese libro y por qué esconderlo? –pregunta Ness, percibo la aspereza en su tono. No quiere saberlo en realidad, igual que yo no quiero saberlo y estoy segura de que los chicos tampoco.

Bajo la vista a mi mano, en donde tengo la manija de la puerta.

–Encontré esto.

Ness y Isaac miran el objeto, luego a mí, aún enfocados en el libro y su escondite. Solo Arlo parece entender lo que significa.

–¿Por qué alguien bloquearía una habitación? A menos que tenga algo que esconder.



Arlo

Miércoles 21 de enero

Los cuatro nos movemos hacia la puerta al otro lado del balcón. Con ayuda de un abrecartas que encontramos en un cajón del escritorio, retiramos el panel de madera que cubre el hueco donde va la manija faltante. El momento es bastante anticlimático, a decir verdad, pues la manija encaja de una vez, lo que implica que podríamos haber abierto la puerta mucho antes.

Effy la gira y, sin más, la puerta se abre.

No sé qué esperaba encontrar. Un cadáver. Los restos momificados de Moss Hove. Ventanas tapiadas o faltantes y mil pájaros muertos con los picos para arriba.

En cambio, nos encontramos con una habitación pequeña con una sola ventana, algunos baúles viejos en una esquina. Paredes vacías, con un empapelado de espigas de flores pálidas, y suelos desnudos. El único mobiliario es una mesa cuadrada cubierta de papeles con una silla de madera. También hay una cámara parecida a las que

estuvimos usando y un monitor gigante. En el suelo debajo de la mesa hay un disco duro y una batería auxiliar, como la que mi padre usa cuando está en casa.

Por un momento, Effy, Isaac, Ness y yo nos quedamos en la puerta, sin movernos, sin hablar. *Retrocede. Cierra la puerta. Devuelve la manija a donde la encontraste y lárgate de aquí.*

Pero Effy se acerca a la mesa y se inclina sobre los papeles. Mira uno, después otro, después comienza a pasarlos cada vez más rápido. Está boquiabierta.

–¿Qué son? –pregunta Isaac–. Déjame adivinar… ¿Nuestras calificaciones?

Ella levanta la vista, con una expresión vacía y lejana. Mueve los labios, pero no emite sonido y, al final, nos extiende una pila de papeles.

Los tomo de su mano y veo ilustraciones, como en una tira cómica. Montones de ilustraciones, una tras otra. Pero no es una tira cómica, es un guion gráfico, con dibujos de escenas numeradas, todas con una ubicación y hora del día. En un principio las veo desordenadas, por lo que no tienen sentido. Hay escenas en la nieve, en el bosque, en un extenso océano, en una costa rocosa, en una casa.

Hay una chica de ceño fruncido, con un flequillo largo y ojos tristes.

Un chico de hombros anchos, con gesto altanero y una sonrisa enorme.

Un chico fornido y alto, con un gorro de béisbol y una parca anaranjada.

Una chica alta de talla grande con gafas, entre sombras.

Un chico desgarbado con cabello desordenado y la boca siempre abierta, como si nunca se callara.

Veo a Leela, a Peter y a Joey.

La única que falta es la propia Graffam.

–¿Qué demonios es esto? –me escucho decir.

Isaac me arrebata los papeles de la mano, Ness toma un puñado y Effy también. Todos observamos lo que es, sin duda, el guion grafico para una película. Hay un acercamiento de Effy con un título sobre la imagen: "LA HUÉRFANA PATÉTICA, CHICA MALA Y ADULADORA". Un primer plano de Isaac: "EL IDIOTA PRIVILEGIADO Y RESENTIDO". Uno mío: "EL NERD PARLANCHÍN QUE NO SE DA CUENTA DE QUE ES UN CLICHÉ BARATO AL ESTILO WES ANDERSON".

–¿Qué carajos? –expresa Isaac.

Hay miles de imágenes, o así se siente. En realidad, hay unos sesenta u ochenta cuadros, pero parecen estar por todas partes, como si cayeran del techo, del mismo cielo en una tormenta que intenta aplastarnos.

Effy presiona un botón del teclado, la pantalla zumba y luego se enciende. De repente, veo esta imagen en el guion de Graffam: los cuatro estudiantes que quedan, reunidos en la habitación cerrada, descubriendo el secreto oscuro de su profesora, iluminados por el brillo de la pantalla.

La computadora solicita una contraseña, por supuesto. Por desgracia, no soy la clase de nerd parlanchín que sabe hackear sistemas, así que todos comenzamos a proponer ideas. *Fecha de nacimiento. Nombre de su primera película. Nombre del exesposo. Nombre de una mascota. ¿Alguien sabe si tuvo una mascota?*

–Esperen. –Me inclino y escribo "LaMentira"–. Drea me dijo que usa la misma contraseña para todo.

La ingreso: acceso denegado.

La escribo otra vez: denegado.

Vuelvo a escribir con desesperación, pero Effy me aleja antes de que la ingrese.

–Bloquearás la computadora.

–Esperen –interviene Ness.

En la película, este sería el momento en el que recuerda algo que Graffam le dijo una vez y que nos concede acceso a la computadora. En cambio, toma una memoria USB, perdida debajo de la pila de papeles, y la levanta para que todos la veamos.



La computadora de Ness es la que tiene más batería, así que sale corriendo a buscarla. Isaac y yo caminamos de un lado a otro por la habitación, despotricando y quejándonos (solo aire caliente interminable) mientras Effy permanece junto a la ventana, con la mirada perdida. Cuando me acerco y le toco el brazo, parece no darse cuenta, solo sigue mirando en dirección hacia El infortunio de Brighton.

Unos minutos después, escuchamos pasos y Ness reaparece. Se deja caer en la silla, toma la memoria USB de las manos de Effy y la

conecta a su computadora. Los demás nos reunimos a su alrededor, todos con los ojos puestos en la pantalla, y esperamos.

Cuando la unidad aparece en el menú, Ness hace *clic*.

Al instante, aparece una carpeta.

"GRAFFAM SIN TÍTULO".

Ness lo abre. Dentro solo hay tres carpetas: "GRABACIONES", "MKULTRA" y "PRIMER CRUDO".

Primero abre "Grabaciones".

En su interior encontramos ocho carpetas más, una para cada uno de nosotros. En orden alfabético: Arlo, Effy, Isaac, Joey, Leela, Ness, Peter, Ramón. Y, dentro de cada una de ellas, las mismas cinco carpetas: "DIARIOS EN VIDEO", "JUEGOS Y ARDIDES", "*GASLIGHTING*", "TÁCTICAS PARA ASUSTAR", "TODO LO DEMÁS".

Los archivos comienzan a cargarse, son cientos. Clips de video de duraciones diversas, divididos por ubicación (el bosque, la playa, el lado sur de la casa, el lado norte, El infortunio de Brighton, primer piso, segundo piso) y, dentro de esas carpetas, más carpetas etiquetadas por habitación.

Ness abre un video al azar. Es Isaac. Está mirando a la cámara sin decir nada durante un largo rato. Luego dice:

–¿Alguna vez te sientes solo? O sea, supongo que todos lo hacemos. –En la grabación suspira, se pasa ambas manos por el cabello rapado, de atrás hacia adelante, una y otra vez–. *Pero me refiero a esa clase de soledad en la que estás gritando al vacío y ni siquiera oyes un eco. Como si no solo no hubiera nadie más ahí, sino que tú tampoco estás. Así es ser Isaac Thelonious Williams III.*

Isaac se inclina por encima de ella y detiene el video.

–Eso es de mi diario en video –dice sin emoción, o quizás con demasiada, es difícil saberlo.

–Pero… –empieza Effy.

La interrumpe otra grabación. Esta vez es Ness, hablando a la cámara.

–Y entonces me pregunto si no los está echando por mi culpa, para ver qué hago, si confieso. Cada vez me siento peor, porque este es el lugar de otra persona y yo se lo robé. Porque me apropié…

Ahora es Effy la que detiene la grabación. Se inclina sobre el hombro de su amiga, que sigue mirando la pantalla, en trance. Luego comenzamos a abrir uno a uno. Vemos a Peter hablando de que somos unos cobardes y de que la beca ya es suya. A mí hablando sobre Effy sin parar, sobre que tiene que superar el pasado y superarse a sí misma. En otro clip estoy hablando sobre Jonah. Effy reaparece después, mirándonos desde la pantalla.

–La quiero, pero estoy cansada de cargar con ella. Sé que no es justo, pero a veces quiero sacudirla y decirle "Ya". No es que yo me sienta bien conmigo misma todo el tiempo, pero la alternativa es ser como Ness.

Ness detiene la reproducción.

–Lamento que tengas que cargar conmigo –sentencia con rabia, sin mirar a Effy ni a ninguno de nosotros. Su mirada está fija en la pantalla.

–No es como suena –dice Effy–. ¿Ness? Tienes que creerme. Estaba de mal humor, no creía esas cosas en realidad. Estaba quejándome de todo y de todos. –Gira hacia Isaac–. Eso también estaba en mi diario en video, en mi cámara, la que Graffam me dio. –Me mira a los ojos–. En mi cuenta, nunca la compartí.

Todos repetimos sus palabras:

–*Yo tampoco compartí la mía.*

Ness recorre la galería de videos, en la que veo pasar todos nuestros rostros. Pero también hay cosas que no reconocemos en las miniaturas. Señalamos esta, aquella, luego otra. Aparecemos los ocho en el agua con Graffam el primer día. Peter bebiendo de la botella de vino. Todos jugando al bádminton, rompiendo el espejo. Graffam escribiendo las tarjetas con nuestros secretos más oscuros. Graffam descartando los restos del espejo.

Ness se apresura a cerrar la carpeta "Grabaciones", duda un momento y abre otra. Dentro de "Primer crudo" hay seis archivos diferentes, todos llamados "pc" seguido de una fecha. Abrimos el de fecha más reciente, de ayer.

Ness presiona reproducir y expande el video a la pantalla completa.

Tras una pausa breve, la imagen cobra vida. Son tomas unidas en crudo, pero en orden cronológico, con el sonido del viento y del océano, escaso, inquietante, sobre escenas de nosotros saltando al agua helada, gritando en medio de la autovía 127, jugando escondidas. De mí diciéndole a la cámara que fue mi culpa, que yo maté a Jonah. De mí fumando la hierba en los acantilados. De los cuatro bebiendo vino. De Ramón caminando por el bosque. De los cuatro en el bosque, separados, perdidos. De todas nuestras confesiones y revelaciones. De la casa tapiada y cerrada, con los cuatro escondidos dentro.

Una imagen terrible tras otra. Todo el crudo dura al menos media hora, pero no sé qué se supone que sea, cuál es la historia, cuál es el punto además de mostrarle al mundo lo perturbados que

estamos. Un grupo de niños privilegiados y jodidos promedio. Sin cualidades que nos rediman, sin nada bueno o valioso. Patéticos, muy fáciles de manipular, de influenciar, de guiar. ¿Y todo en nombre de qué? ¿Del poder? ¿De ganar solo por ganar?

Tal vez ese es el punto, demostrar que haríamos lo que sea por ganar. Pero ¿por qué?

Volvemos a la carpeta principal "Primer crudo" y vemos los videos en orden. No podemos detenernos ni dejar de mirar.

–¿Esto es real? –murmura Ness.

Y, al final, reproducimos el archivo de ayer una vez más. La fecha del archivo dice "20/1 22:03", lo que significa que trabajó en esto al volver de Nueva York, mientras esperábamos a que nos convocara.

–Santo Dios –jadea Effy.

De repente, algo resuena en el fondo de mi mente.

–Vuelve a la primera carpeta –le digo a Ness.

Ella vuelve a "Grabaciones", "MKUltra" y "Primer crudo" y me mira. Isaac y Effy protestan, porque ya vieron suficiente.

–Abre esa –señalo.

–Ten. –Ness me entrega la computadora, ya está harta de esto.

Abro "MKUltra", que contiene un solo documento de varias páginas, divididas en secciones: MKUltra. Láudano. Tetrahidrozolina. Psilocibina. Microdosis. Efectos de las drogas psicotrópicas en adolescentes.

Repaso el documento mientras los demás me miran y me detengo al llegar a una lista. Todos estamos en ella, incluso Joey, Peter, Leela y Ramón.

Recién ahora recuerdo todo de golpe, en este preciso momento. Vuelve como un puñetazo al estómago que me deja mareado. Mi

mano derecha empieza a temblar, así que dejo la computadora sobre la mesa, me paso los dedos por el cabello, rápido y frenético. Levanto la mirada. Todos me están observando.

–Reconocí el nombre. En los años cincuenta, la CIA aprobó algo llamado Proyecto MKUltra. Estados Unidos tenía miedo de que agentes norcoreanos estuvieran tratando de lavarles el cerebro a nuestros prisioneros de guerra. El propósito del proyecto era desarrollar técnicas que pudieran usarse contra nuestros enemigos para controlar el comportamiento humano. Duró décadas. Creo que las operaciones oficiales terminaron en, no sé, 1973. Y no sé esto por mi propio conocimiento enciclopédico de los eventos mundiales sino…

–Arlo –interrumpe Effy para reenfocarme.

–Cierto. Lo sé porque mis padres están en el ejército. En fin, estas pruebas se realizaron en universidades, prisiones, hospitales… Reclutaban prostitutas para atraer a los hombres. La mayoría de las personas con las que estaban experimentando no tenía idea.

–Mierda –gime Isaac–. ¿Cómo experimentaban?

–Con dietilamida de ácido lisérgico o LSD. El objetivo era descubrir cómo controlar la mente de las personas para hacerlas cometer actos innombrables, cosas que no harían normalmente. La mente bajo efectos del ácido se confunde, la percepción se distorsiona. Puede provocar euforia o pánico. Puedes perder tu identidad. Pero no es solo eso.

Repaso el documento otra vez y señalo los demás títulos.

–Estuvo investigando otros casos en los que las personas fueron drogadas sin saberlo. La tetrahidrozolina es el componente activo del Visine, las gotas oculares. –Señalo la pantalla–. El láudano es opio.

Los psicotrópicos son el Aderall, Ritalin, estabilizadores del estado de ánimo, ansiolíticos, esa clase de cosas. La psilocibina está en los hongos…

–Espera, Arlo. –A Ness le falla la voz–. Estás diciendo que…

Effy se mece en el lugar, o tal vez sea yo. O tal vez sea la habitación o todos nosotros.

–Estoy diciendo que el Visine no es la única droga de su preferencia. –Luego le muestro nuestros nombres en la pantalla, seguidos por las fechas y las dosis, pero sin especificar la droga.

Isaac toma la computadora, avanza, retrocede y vuelve a avanzar en el archivo. Luego es el turno de Effy y de Ness, cada una toma un turno para leer, releer, subir y bajar e intentar comprender.

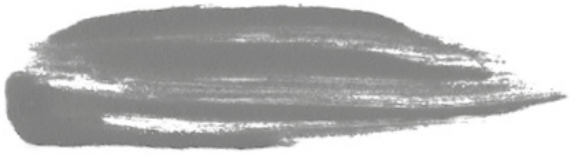
Pienso en cuando Graffam nos dejó en el bosque. En el día en que nos quedamos parados en medio de la ruta, con el tráfico pasando a toda velocidad. En cada maldito momento en que me sentí confundido o fuera de mí, con el control de los impulsos reducido, la paranoia aumentada, las inhibiciones liberadas.

Los demás también lo están haciendo. Isaac en voz alta mientras camina como león enjaulado, por poco abriendo un surco en el piso. Effy y Ness en silencio, con los ojos moviéndose de un lado a otro mientras, como yo, unen las piezas. Las veces que nos sentimos enfermos o cansados. Effy, Ness e Isaac postrados en cama con lo que pensamos que era gripe. El chef enviado a casa de repente. Graffam interviniendo para preparar la comida.

–Pero ¿por qué? –exige Ness, con la voz pequeña y asustada.

Nos sentamos y nos ponemos de pie, una y otra vez, los cuatro uno al lado del otro. Sin hablar. Sin movernos. Cada uno intentando

comprender qué carajos es todo esto y qué carajos significa. Y por qué, por qué, por qué.



Effy

Miércoles 21 de enero

Arlo fija sus ojos en los míos. Están más oscuros de lo habitual, como una tormenta gris llena de rabia, dolor, confusión y las mismas cosas que debe ver en los míos. El tiempo se detiene…

Luego Isaac desaparece, se escucha un golpe en otra habitación, pero no sé si viene de arriba o de abajo. Arlo gira hacia el sonido. Otro ruido, un golpe, un aullido de dolor.

–Graffam –digo, lo que significa: *Haz que se calle antes de que ella suba y nos descubra.*

–Yo iré –dice Arlo–. Pero ustedes deberían salir de aquí.

Cuando desaparece detrás de Isaac, me vuelvo hacía mi amiga que está sentada perfecta y perturbadoramente quieta.

–Ness, tenemos que salir de esta habitación. No puede encontrarnos aquí y no queremos que sepa que lo sabemos. Todavía no…

–Aun cuando estoy hablando conmigo misma, con alguien espiándome o no sin que lo sepa, nunca hablo mal de ti. Nunca te critico por quien eres o por lo que no eres.

–¿Y qué hay de mi texto, el que reescribiste? –Las palabras brotan sin que pueda detenerlas–. El que dijiste que era repetitivo y pedante.

–Graffam dijo que me daría crédito extra. Buscaba una forma de causarle una buena impresión. Ustedes la causan solo con entrar a una habitación, así que sentí que necesitaba algo más, porque… no soy como tú.

–¿Y no te pareció extraño?

–No –dice sin más–. Ella dijo que era bueno analizar el trabajo de otros escritores. Creí que eso estaba haciendo. No estaba revisándolo porque creí que lo necesitaras. Y no estaba criticándote por la espalda.

–Lo siento. Vayamos a tu habitación y hablemos de eso. Solo tenemos que salir de…

–Me dijo que habías dicho todas esas cosas… que no confiara en ti.

–¿Quién? ¿La misma persona que estaba grabándonos? ¿La que estaba diciéndome lo mismo a mí, "no confíes en nadie, no importa lo que pase"?

–Creíamos en ella. –Ness se echa a llorar.

No llores. Ahora no, todavía no, pienso. Quiero sacudirla y sacarla de aquí, pero ¿por qué no lloraría? Es normal en esta situación anormal, yo también debería llorar. ¿Qué dice sobre mí el no hacerlo?

De pronto, escucho la voz de Graffam desde abajo.

–Ness –exijo. Sueno demasiado dura y ella se estremece como si la hubiera golpeado–. Vamos.

Se levanta con pesadez, sale arrastrando los pies y me deja sola para recoger su computadora y devolver todo a su lugar. Lo último que hago es sacar la manija de la puerta, pero cuando cruzo el descanso hacia la habitación de Graffam, escucho su voz otra vez, más fuerte.

Me quedo helada. Mi corazón late más fuerte que un tambor. Pienso en saltar por el balcón hasta el teatro, pero entonces veo su cabeza sobre el piano, y luego comienza a tocar. Sus dedos danzan sobre las teclas con gracia y experticia.

¿Quién llora sobre mi tumba
y no me deja descansar?

Su voz es baja y gutural. Aunque no es hermosa, resulta hipnótica de todas formas. Y por primera vez capto el significado de la letra, es un diálogo entre una mujer que murió y el hombre que la amaba. El dolor de él es tan profundo que no la deja ir a su descanso eterno.

Yo, mi amor, me siento sobre tu tumba
y no te dejo descansar,
porque anhelo un beso de tus labios fríos de arcilla,
eso es todo lo que busco.

Bajo las escaleras casi sin respirar. No hay señales de Ness. Le rezo a Moss Hove, a mi madre y al universo para que me ayuden a

ser silenciosa, invisible. *Por favor, déjenme volver a mi piso con los demás.*

Suelto el aire al llegar al último escalón, pero me he apresurado. En cuanto bajo el pie, la madera suelta su propio suspiro, en forma de crujido rápido y defensivo.

Graffam deja de tocar.

–¿Hola? –llama.

No respondo, no respiro. Escucho el ruido de sus pasos que salen de la alfombra hacia el piso de madera. En la boca abierta de la serpiente oculto la memoria USB. Luego, justo a tiempo, coloco la computadora debajo de mi brazo y cambio de dirección para que parezca que vengo del Cuarto del cielo.

Graffam aparece en la puerta del teatro.

–¿Effy? –Mira hacia las escaleras detrás de mí.

–No sabía que tocaba. –Me sorprende lo normal que suena mi voz, tal vez un poco más fuerte de lo habitual–. Eso fue hermoso.

Ella me analiza por un momento, luego sonríe con los labios cerrados, igual que yo.

–Gracias.

–Bueno. –Señalo la computadora y espero que no note que es rosada, característica de Ness–. Debería volver a trabajar. Solo queda un día y todavía tengo mucho que hacer.

Le dedico una sonrisa agradecida y volteo, con el corazón galopando en el pecho. Pero de repente algo me hace volver a girar y a abrir mi estúpida boca.

–Nunca vio a Timothy Hugh Martin en el bosque la noche de La cacería salvaje.

Ella se ve sorprendida, casi perpleja. *Dime que me equivoco, por favor*.

–No –afirma. Luego mira la computadora y, cuando nuestras miradas se reencuentran, la suya es clara e impávida.

Mientras atravieso el teatro hacia la otra ala de la casa, espero que me detenga, que me diga que es todo parte de un sueño febril. En cambio, la canción vuelve a sonar, con el eco de su voz radiante por los corredores.



En mi habitación de la torre, Ness, Isaac, Arlo y yo nos reunimos como el elenco de una película sangrienta de bajo presupuesto. La huérfana desdichada. El nerd parlanchín. El idiota privilegiado. La chica invisible con ansiedad. Al menos aquí, según pude ver en las grabaciones, no hay cámaras. *Qué amable de su parte concedernos esta pizca de privacidad*, pienso.

Afuera, el viento está tomando fuerza y el océano se hincha como una criatura recién alimentada. Ya es más poderoso que la última tormenta. De repente, algo golpea contra la ventana y todos damos un salto. Y entonces empezamos a hablar a la vez, unos encima de otros, sin escuchar a nadie más que a nosotros mismos.

–Tenemos que encontrar y desactivar las cámaras que quedan en la casa.

–Tenemos que fingir que todo es normal hasta que sepamos qué hacer.

–Tenemos que confrontarla, darle la oportunidad de explicarse.

–No hay nada que pueda decir para justificar esto.

–Tenemos que encontrar la manera de entrar en la nube y en su computadora, y borrar el material.

–Tenemos que recuperar la memoria USB de la boca de la serpiente.

–Tenemos que hablar con Drea y ver qué sabe.

–Tal vez Drea pueda ayudarnos a borrar los originales. Puede que tenga la contraseña de la computadora.

–¿Y si ella también forma parte de esto? Después de todo, trabaja para Graffam. ¿Cuánto sabe sobre las cámaras, las drogas?

–Pero ella nos advirtió, nos dijo que huyéramos.

–Podemos pedirle prestada la llave del portón a Wesley, hacer que nos lleve de vuelta al campus.

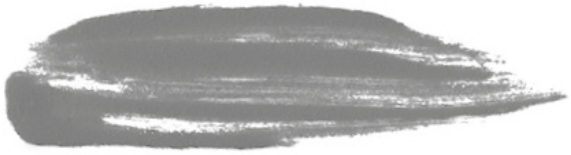
–Tenemos que llamar a nuestras familias. Tenemos que hablar con abogados.

–Tenemos que decirle al decano Booker lo que ha hecho.

–¿Esto está pasando de verdad? ¿Cómo puede estar pasando esto?

Todos hablan sin parar hasta que me estalla la cabeza. Los cuatro juntos pero separados, incapaces de ponernos de acuerdo, hasta que Arlo dice:

–Es hora de largarnos de este tugurio. Nada bueno puede resultar de que nos quedemos. Pensaremos mejor cuando estemos fuera de aquí.



Arlo

Miércoles 21 de enero

Bajamos la escalera principal lo más silenciosos posible. Nos quedamos congelados cada vez que la madera cruje. Escuchamos. Esperamos. Cuando llegamos abajo, algo raspa el vidrio y doy un salto. Es solo una rama. Solo es viento. Effy me apoya una mano en el brazo y me tranquilizo de inmediato… un poco al menos.

Atravesamos el vestíbulo amplio, vasto como un río. La puerta principal, en la orilla opuesta. Tomo la mano de Effy y entrelazamos los dedos. La sensación de su piel me ancla.

Y por fin llegamos al otro lado. Suelto su mano y pruebo el picaporte, frío al tacto. Bajo la vista y me doy cuenta de que la llave no está. Giro la manija de todas formas y empujo la puerta, pero no se mueve. Me digo que la llave se debe haber caído, que debe estar aquí en alguna parte. Tiene que estar aquí. Me alejo, analizo el suelo.

–¿Qué pasa? –pregunta Effy.

–La llave desapareció.

Isaac sacude la manija, la puerta; después lo intenta Effy, Ness, yo otra vez. Todos esperamos, contra toda esperanza, que de algún modo se abra. Cuando no ocurre, nos dispersamos, buscando en el suelo agachados, a gatas, hasta que se oye el sonido de pasos desde arriba.

–Hay otras puertas –susurra Ness.

Exploramos las habitaciones circundantes, probamos cualquier puerta que dé al exterior, pero a todas les falta la llave.

Isaac se vuelve hacia Effy.

–¿Te vio?

–Te dije que no.

–Debe de haberte visto bajar.

–Tú eras el que hacía ruido…

–Cállense –les digo.

Otro pasillo. Otro. Y luego el último. Hasta que probamos todas las puertas menos una.

Los cuatro nos dirigimos a la biblioteca. Pasamos por el solárium a hurtadillas, por un pasillo iluminado con cristal de uranio, por una habitación con un empapelado de flores tan densas y pesadas que resultan asfixiantes.

–No creen que… –empieza Effy, pero se detiene. Casi se ríe–. No creen que debamos tener miedo, ¿no?

Nadie le responde porque entramos a la biblioteca, justo debajo de la habitación de Graffam. Y de pronto la puerta francesa está allí, al alcance de la mano. El corazón me da un vuelco al ver la llave en la cerradura. El rostro de Effy refleja la misma mezcla de ansiedad y

esperanza que el mío. Oigo un *clic* suave y el chirrido de la puerta al abrirse. Isaac nos sonríe, da un paso adelante… y desaparece.

Effy, Ness y yo tardamos un segundo desgarrador en comprender lo que pasó. Cuando corremos hacia adelante, una ráfaga helada me golpea en la cara y veo a Isaac aferrado a lo que queda de una terraza. En su momento debió de ser grande y majestuosa, pero lo único que queda ahora es una cornisa estrecha de madera torcida y podrida. Las piernas del chico cuelgan sobre las rocas y el océano abajo.

Ness es la primera en moverse, se aferra con la mano izquierda a un lado del marco de la puerta y estira la derecha para sujetar a Issac. Yo me aferro al otro lado, y Effy le grita que deje de forcejear. Cuánto más se mueve, más difícil es sostenerlo. Veo cómo lo último que queda de la terraza cede debajo de él y, por un instante terrible, amenaza con llevarse a Isaac, a Ness y a mí con ella.

Pero entonces pienso en ti.

Tú no moriste para que yo sobreviviera y te siguiera apenas unos meses después. Eso significaría que entregaste tu vida por nada.

Hundo los dedos, los brazos, las piernas en el marco de la puerta, me fundo con el suelo. Clavo los dedos en la carne de Isaac con tanta fuerza que atravieso el músculo y siento el hueso. Siento que Effy toma una de mis piernas para anclarme, mientras que Ness cuenta: uno… dos… tres. Y jalamos.

La gravedad intenta arrastrar a Isaac hacia abajo. Comienzo a perder el agarre y le grito que nos ayude, que use el impulso para levantarse y separarse para que podamos arrastrarlo de vuelta a un lugar seguro. Por un momento, no estoy seguro de que me haya escuchado. Luego siento que inhala con fuerza y su otra mano araña

la madera del marco de la puerta. Ness y yo lo jalamos hacia nosotros con una fuerza sobrehumana, y los cuatro caemos al suelo, rodando, con el pecho agitado y respiraciones entrecortadas por encima del viento y las olas. Mi mano sigue en su muñeca y estoy seguro de que puede sentir el golpeteo frenético de mi pulso.

Ness susurra hacia el techo, hacia todos nosotros:

–Dejó la llave sabiendo que podríamos abrirla.

Sí, pienso. *Sí, debemos tener miedo.*



Encontramos a Wesley en la lavandería, sacando ropa de la secadora. Su expresión se ensombrece al vernos y empeora cuando Effy le pregunta si tiene la llave de la puerta delantera, de alguna puerta. Le dice que todas las llaves desaparecieron y que todas las puertas están cerradas.

Él nos indica que lo sigamos, así que pasamos de la lavandería a la cocina, luego a un recibidor en el que nunca había estado. Es un espacio estrecho y semivacío, solo tiene percheros de hierro junto a la puerta, que tampoco tiene llave. En el perchero hay paraguas, pilotos, abrigos de invierno, bufandas. Un gancho está vacío.

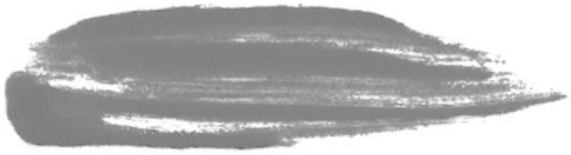
–Tengo un llavero con las llaves de todas las puertas y ventanas. Una copia extra. –Señala el gancho vacío. Las llaves no están–. Graffam confiscó la llave del portón, dijo que se sentía más segura teniéndola ella misma. No sabía que se había llevado las demás.

–Puedes llamar a Books –le digo.

–No sin línea fija –niega con la cabeza–. O sin poder salir para usar el móvil.

–¿Eso significa que estamos atrapados aquí? –pregunta Effy, aunque ya todos sabemos la respuesta.

–Sí –murmura Wesley, tan consciente de Graffam como nosotros–. Están atrapados. Todos lo estamos.



Effy

Miércoles 21 de enero

Nos abrimos paso en silencio hacia nuestra ala. Subimos las escaleras en fila, pasamos frente a los pájaros embalsamados, la línea muerta y llegamos a nuestro corredor.

–Antes de la cena la buscaremos y la confrontaremos, de un modo u otro –dice Isaac.

No quiero saber qué pretende con eso.

Una vez en mi habitación, me dejo caer en la cama y observo mis piernas, esperando ver sangre brotando de esta nueva herida hacia las sábanas, las paredes, el suelo, los árboles, hasta que todo se torne rojo y arrase con Moss y todo en ella.

¿Cuándo empezó a drogar a las personas? ¿Cuando era joven? ¿Cuando estudiaba en Brighton y Hove? ¿O empezó después?

Extiendo los brazos sobre el colchón y dejo que la oleada de pensamientos y recuerdos entre en mí. Las esperanzas, posibilidades y emoción que descubrí cuando me aceptaron en el Curso de enero

y quién lo lideraría. La primera vez que me buscó para hablar conmigo, para decirme que creía en mí. La emoción de que yo, Effy Green, hubiera sido elegida como protegida de la mismísima Meredith Graffam porque ella vio algo bueno y valioso en mí.

¿O la verdad es que vio algo débil y manipulable, algo que le recordó a Lara, su antigua mejor amiga, algo roto que me convertiría en un buen sujeto para su experimentación?

La traición inyecta su veneno en mí, llena mis huesos y tejidos, se asienta en la parte de mí que mantengo escondida.

La dejamos entrar, pienso.

"Veo algo en ti, Effy".

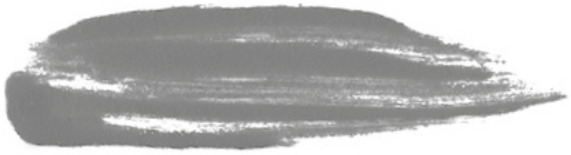
"Este es solo el comienzo".

Confiamos en ella. Esa es la peor traición de todas.

Luego se reproduce un compilado de imágenes y sentimientos en mi mente, imágenes de Arlo y de mí. ¿Cuánto de lo que compartimos fue real y cuánto fue inducido por las drogas?

Me siento drogada en este momento mientras intento entender el caos de mis sentimientos, de todo lo que sentí por él y lo que él sintió por mí. Para bien o para mal, durante las últimas semanas me sentí parte de algo, no solo de Arffy, sino de todo esto, de todos. *¿Cómo sé que puedo confiar en eso?*

Pienso en la fascinación de Arlo con Pie Grande, en su deseo de verlo en persona y saber que es real. En su fe en cosas que no ve porque todos necesitamos creer en algo más allá de nosotros mismos, aunque sea una criatura fantástica. De repente entiendo esa necesidad. Por un momento yo también creí en la mítica Meredith Graffam, que no se volvió real hasta que fue demasiado tarde.



Arlo

Miércoles 21 de enero

Hace dos semanas, temía el final del Curso de enero, consciente de que implicaría dejar Moss, a Meredith Graffam y a Effy, y tener que descubrir qué hacer con el resto de mi vida. Es extraño cómo todo puede cambiar y que nada cambie al mismo tiempo. Isaac y yo todavía necesitamos pasar esta clase para graduarnos. Ness todavía necesita su beca. Effy necesita… ¿la validación? ¿Un cierre?

Los cuatro juntos la encontramos en la cocina, preparando la cena como la bruja de *Hansel y Gretel*. Con una música suave de fondo, que suena de alguna fuente fuera de la vista, Graffam flota desde el refrigerador hasta la estufa, recolectando ingredientes para las diversas ollas que hierven a fuego lento.

–Ness –dice sin levantar la vista–. Fíjate si hay más patatas en los estantes.

Sin pensarlo, Ness se dirige a la despensa, pero Effy la detiene con una mano en el brazo.

–Tenemos que hablar con usted –le dice a Graffam.

–¿Sí? –Ella termina de revolver algo, programa el temporizador viejo de la cocina, se seca las manos y después gira hacia nosotros–. Espero que no se trate de las cámaras.

Es lo último que esperaba que dijera. Effy, Ness, Isaac y yo la miramos como cuatro pájaros confundidos después de chocar contra una ventana cerrada.

–De hecho sí, es sobre las cámaras –respondo. Por supuesto que sabe que las encontramos. Deben estar por toda la casa.

Ella asiente y sonríe como una madre orgullosa, como si fuéramos sus hijos para nada atléticos y hubiéramos ganado una medalla olímpica.

–Bien hecho. –Como si todos compartiéramos un secreto jugoso.

Gira para destapar una de las ollas, inhala, revuelve el contenido. Vuelve a poner la tapa, comprueba el tiempo y voltea otra vez.

–Pero ya que firmaron un documento legal en el que dieron su consentimiento para ser filmados durante estas tres semanas y me concedieron el control absoluto de las grabaciones, no hay nada de qué hablar. Al menos no sobre este tema.

Nos mira de a uno a la vez, Isaac, Ness, Effy y yo.

–Espero que alguna vez puedan ver que esto no es personal. Nada lo es. –Sigue sonriendo, pero su voz se tornó helada como un lago en invierno–. Ahora, si me disculpan, tengo que terminar la cena. Drea y yo los veremos en el comedor a las siete.



A las siete nos sentamos a la mesa, con Drea y Graffam en las puntas, Ness y yo frente a Isaac y Effy. Graffam charla con alegría, como si nuestra última conversación no hubiera existido. Drea me mira con una ceja elevada, expectante, pero no estoy de humor para lo que intente comunicarme o preguntarme en señas, así que miro mi plato, a la cena preparada con tanto amor por mi maestra. Doy vueltas el puré de patatas con mantequilla derretida, el pollo bañado en salsa; hay demasiado líquido. *Ideal para drogarlos, mis chiquillos*. Muevo la comida como solía hacerlo cuando era pequeño, no quería comer vegetales y quería que pareciera que había comido un poco.

Miro a Effy, que ni siquiera está fingiendo; su tenedor está en la mesa, su comida y su bebida siguen intactas.

Mientras tanto, Graffam parlotea sobre Nueva York, sobre el clima, el tráfico y bla, bla, bla. Finge quejarse, pero sus ojos brillan.

Dejo de oír, hasta que Drea dice:

–Estuve escuchando sobre el llamado del vacío.

Entonces levanto la cabeza. Isaac y Ness están mirando a Drea y a Effy.

Por un momento, la segunda tan solo parpadea.

–Ah. Sí. *L'appel du vide*. –Es una versión desanimada de Effy, pero nadie más parece notarlo. Lo describe igual que lo hizo para nosotros.

–La traducción no suena tan positiva ni estimulante como en francés.

Graffam mece su copa con una mano y bebe un trago de vino. Si fuera el iluminador de esta escena para una película, sería algo así: la villana iluminada por velas y su sombra imponiéndose sobre nosotros en la pared tras ella.

–¿Es el mismo impulso que sientes cuando estás en un cine silencioso y de repente un grito se eleva en tu garganta? –pregunta.

–Eso es más bien un pensamiento intrusivo –dice Effy–. El llamado del vacío es eso, el impulso de saltar al vacío. También es llamado fenómeno del lugar alto, aunque no siempre tiene que ver con lugares altos. Puedes pensar en saltar a aguas profundas, en meter la mano en el triturador de basura o en conducir de frente al tráfico. –Pronuncia cada palabra con sequedad, como si se imaginara a Graffam haciendo todas esas cosas.

–¿Como un impulso suicida? –Graffam inclina la cabeza e intenta comprenderlo.

Effy niega con la cabeza. Sus ojos cobraron vida otra vez.

–De hecho, está probado científicamente que reafirma la vida, que es algo en lo que piensas porque quieres vivir. Y es normal, todos lo experimentamos en algún momento.

–El llamado del vacío –murmura Graffam–. Es un gran título. –Le hace una señal a Drea, que interpreto que significa "Escribe eso", pero Drea no lo hace. Entonces, Graffam frunce el ceño y se inclina hacia adelante, como si todos estuviéramos conspirando–. Cuando estudiaba aquí, durante La cacería salvaje me oculté en los lugares más difíciles. En el arroyo, arriba de un árbol, al borde de un mirador. En lugares en los que creí que nadie buscaría porque tenían

demasiado miedo, pero yo no. Me gustaba la sensación de peligro. Distante, pero a mi alcance si lo quería.

–Esa es la descripción. –Effy exhibe una sonrisa felina ahora.

Graffam se reclina en su silla y nos analiza. Cuando fija los ojos en mí, está viendo más allá, a algo que solo ella ve.

De repente, algo encaja en mi mente, como la solución a una ecuación, una con la que estuve luchando por años y siempre estuvo ahí.

–Es la última noche del Curso de enero –les digo a Effy, Ness y Isaac.

–¿Y apenas se dan cuenta? –ríe Graffam–. Espero que hayas terminado tu proyecto, Arlo. Tienen que entregarlos mañana antes de dejar la casa.

Pero no estaba hablando con ella.

–La cacería salvaje siempre se juega la última noche del curso, ¿no?

–Se espera que la tormenta llegue por la mañana o tal vez antes –dice Drea–. Se dice que será fuerte, mucho peor que la anterior. Con vientos fuertes y hielo. Es posible que quedemos varados aquí.

Nadie está escuchándola y, si a Graffam le preocupa, no lo demuestra. Imagino cuando descubran nuestros cuerpos en el deshielo de primavera, todos muertos excepto ella.

Mis ojos encuentran los suyos sin querer. Tiene la cabeza de lado y está analizándome. Espero que me pregunte qué estoy tramando, pero no lo hace.

–¿Qué les pregunté en su primer día? –Bebe un trago de vino y finge pensar. *Siempre en su papel*–. Pueden elegir mantenerse en un lugar seguro o no. "Tienen que elegir de qué lugares no alejarse".

Mi mirada pasa de la botella azul sobre la mesa a la propia Graffam. Está en silencio, finge pensar, pero luego… sonríe. Un gesto enorme digno de la alfombra roja.

–Así que esta noche será La cacería salvaje. –Su voz viaja con suavidad por la habitación y, como su sonrisa, es imposible de leer.

–Esta noche –repito.

–Será mejor que coman –canturrea y nos mira a los cuatro. Está esperando, así que, para no delatarnos, comemos.



De vuelta arriba, los cuatro huimos a nuestros respectivos baños para vomitar la cena. Minutos después, con los dientes cepillados y los rostros lavados, nos reunimos otra vez en el pasillo.

–¿Qué fue eso? –sisea Effy–. ¿Hablas en serio sobre jugar a La cacería salvaje?

Nos mira a Isaac y a mí, ida y vuelta. Ness me da un empujón y luego Isaac como diciendo "sí". No puedo creer que no lo vean.

–Eso fue *Velella velella*.

–¿Estás intentando decirnos, a tu manera vaga y estúpida, que todavía no está todo perdido y que el bien puede ganar? –dice Effy.

–Sí, Effy, eso es exactamente lo que estoy diciendo.

–Ahora sé más literal, por favor, y más rápido. –Ness mira por encima del hombro.

Pero es Isaac quien lo explica.

–Cuando estaba en primaria había un abusón. Antes de que diera el estirón, siempre me daba una paliza durante el recreo y nadie, ni siquiera los profesores, hacía nada. Un día llegué a casa muy golpeado y mi padre me dijo: "Tienes que devolvérsela". Yo pensé, *sí, claro*. Pero él dijo: "Lo que tienes que hacer es tomar una piedra, la escondes en tu mano y entonces le pegas, pero sin que nadie vea la piedra".

–¿Qué pasó? –pregunta Ness, que se dejó llevar por el relato.

–Le rompí la nariz y le dejé un ojo morado. El director me dio un sermón y me suspendieron dos días. Sus padres llamaron a los míos y amenazaron con demandar, así que tuve que disculparme. Le dije: "Lamento que seas tan imbécil". Pero ese chico no volvió a tocarme. El truco es ocultar la piedra para que nadie sospeche nada.

–Así que la piedra no es una piedra. –Miramos a Ness uno a uno. Sus ojos brillan como luciérnagas–. La piedra es un juego. –No es una pregunta.

–Contraatacamos. –Los labios de Effy comienzan a curvarse.

–Sí –dice Isaac–. Le damos un susto de muerte.

–Y la forma de hacerlo –digo– es amenazar con destruirla. Y para hacer eso, nos aseguraremos de que todos sepan quién es en realidad. Y digo todos. –Los tres me miran dudosos–. Peter –agrego–. Llamamos a Peter.

–Peter –asiente Isaac–, cuyos padres son dueños de unas cuantas revistas.

–Revistas que de seguro estarían encantadas de saber qué clase de persona es Graffam en realidad y la clase de cosas retorcidas que hizo.

Ness niega con la cabeza.

–Pero ¿y los acuerdos de confidencialidad?

–¿A quién le importa? –le digo–. Yo seré quien lo haga, quien rompa el contrato que firmamos con ella cuando no sabíamos lo que planeaba. No me importa.

–A mí tampoco –asegura Isaac. De todos nosotros, es quien más tiene que perder. Él lo sabe y nosotros también. Pero, igual que la *Velella velella*, estamos juntos en esto–. *Quid pro quo*. Ella borra el material y nosotros nos callamos.

–¿Y si no lo hace? –Effy frunce el ceño, todavía no está convencida–. ¿Y si se queda con las grabaciones y no podemos destruir su reputación? Por si lo olvidaron, ella ya se reconstruyó a sí misma una vez. Solo volverá a hacerlo.

Nadie habla por un buen tiempo.

Luego, en voz baja, Ness dice:

–Entonces encontramos una forma más permanente de destruirla.

Nos quedamos tan quietos como estatuas, reacios a romper el momento. Cuando algo golpea contra las ventanas de repente, damos un salto, sin aliento y tensos. El viento. Solo fue el viento.

Reglas de La cacería salvaje

- La Cacería tiene lugar en enero, el mes de las festividades de Perchta.

- El Cazador, Perchta (o Percht) la No Muerta, es elegido. Pueden ofrecerse voluntarios, de lo contrario, será elegido al azar. (Quien saque el palillo más corto del montón será el Cazador)

- Quienes no son cazadores son los Vivos o Perchten.

- Los Vivos deben esconderse en el bosque o los acantilados que rodean la casa, sin pasar el muro perimetral. (Consultar los límites específicos en el mapa)

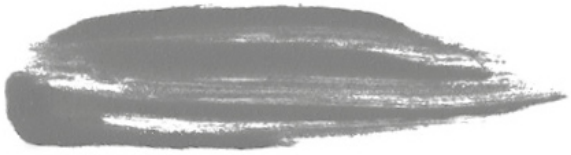
- El objetivo del Cazador es recolectar tantas almas como sea posible. El objetivo de los Vivos es sobrevivir y evadir a tantos Cazadores como sea posible.

- Si el Cazador no es capaz de encontrar a ningún vivo en treinta minutos, se escogerá a un nuevo Cazador. Con la elección de un nuevo Cazador, los Vivos deben salir de sus escondites y buscar otros.

- El Cazador tiene tres “llamados” a disposición. Puede usarlos para atraer a su presa. Los Vivos deben responder al llamado.

- El juego continúa hasta que todos los jugadores tuvieron oportunidad de ser Cazador.

- El título de Soberano del bosque se le otorga al Cazador que recolecte la mayor cantidad de almas. El Soberano del bosque será coronado, celebrado y podrá escapar de la muerte un día más.



Effy

Miércoles 21 de enero

El bosque se ve inmaculado cubierto de nieve. Todo parece dormido y lleno de vida al mismo tiempo, no solo los pájaros, sino también los árboles. Se oye un susurro, un zumbido, el ritmo hipnótico de las olas en la costa. La calma antes de la tormenta.

Absorbo todas estas sensaciones, pues sé que nada será igual después de esta noche, ni las puestas de sol, ni el sonido del océano ni Moss. Ni yo.

En esta singular noche sin estrellas, los cinco nos encontramos enmascarados y encapuchados, separados por los árboles. Repasamos los límites: *El bosque, el terreno, los acantilados. No está permitido bajar al agua. Tenemos que poder ver la casa todo el tiempo. Si la perdemos de vista, nos alejamos demasiado*. También las reglas, a las que sumamos una propia: *Debemos infundir miedo en el corazón de Meredith Graffam.*

Una brisa me sacude el cabello sobre los ojos, así que lo aparto y lo sostengo con la mano. Desde algún lugar cercano escucho la risa de Ness, también a Arlo cantando alguna canción vieja de la que no recuerdo la letra.

Hello?
Is it me you're looking for?

Nos mezclamos con el bosque, no puedo ver a los demás y supongo que ellos no pueden verme a mí, pero es suficiente con saber que están aquí.

De repente escucho también la voz de Graffam en la profundidad del bosque, como salida de la broza.

–La noche es fría; el bosque, desnudo. / La luna es suave en el cielo / y sus rayos no llegan aquí. / Pero sin su luz ellos pueden ver.

–Sin su luz ellos pueden ver –repetimos desde nuestros escondites–. Sin su luz ellos pueden ver.

Una figura se mueve como un espectro entre la luz y la sombra. Comienzo a seguirla, dentro y fuera de la oscuridad. El bosque se cierra a mi alrededor, con el crujido de ramas, el alboroto de arbustos, el aullido lejano de un animal, la imagen de ojos rojos brillantes al costado del camino, el hedor sulfúrico del pantano. Se siente como si el planeta se hubiera reducido a nada más que árboles, musgo, maleza, sonidos fantasmales y el cielo oscuro, negro.



Estoy sola, moviéndome en las sombras. A la distancia se ve una luz, recordatorio de que es solo un juego y que puedo correr de vuelta a mi habitación verde, al pijama de mi madre, la carta de mi padre, mis libros, mis posesiones terrenales.

Alguien canturrea a la distancia:

–Listos o no, aquí voy…

Me adentro más en las sombras. Nos estamos escondiendo y buscando al mismo tiempo, porque tenemos que encontrarla antes de que ella pueda encontrarnos a nosotros. Estamos cazando, no buscando, porque esta es La cacería salvaje. Es un juego inspirado en el folklore, en el que los muertos cazan a los vivos y la puerta entre los mundos se abre.

Por dentro, desearía que el mito fuera verdad así podría ver a mi madre aunque sea por una noche. Memorizaría su voz, su forma de moverse, su olor, sus gestos, para así poder repetirlos y hacerlos propios. Sería una parte de mí que guardaría conmigo cuando se vaya otra vez.

El aire es aguado y cerrado. A pesar de mi corazón desbocado, soy invisible entre los árboles, que crecen hasta el cielo. Me siento drogada, pero no lo estoy, solo estoy viva en todas las acepciones de la palabra, con todos los sentidos activados al mismo tiempo. Embriagada de poder y determinación. Aterrada de Graffam y de lo

que podría hacernos, de saber que no se detendrá por nada, que ya asesinó a alguien y lo haría otra vez.

Debería tener miedo. Tengo miedo.

Siento el pulso de cada uno de los árboles, de cada criatura viva. Me miro los pies, hundidos en musgo verde suave, un organismo vivo. Lo siento palpitar debajo de mis zapatos y caigo en la cuenta de que lo estoy matando al pararme sobre él, así que salto hacia atrás, pero el suelo está cubierto de musgo por todos lados.

–Sal de tu escondite, dondequiera que estés… –canturrea una voz. Parece salir de la tierra, del cielo, de la izquierda, de la derecha. Graffam representa el papel de Pertcha esta vez, la diosa de dos caras, una real, una falsa.

Mientras avanzo entre los árboles, sacudiendo telas de arañas del camino, recuerdo mirar hacia la casa. Moss está a la vista, aunque se siente como si me hubiera alejado mucho más.

–Sal de tu escondite –repite la voz lejana como un eco–. No puedes esconderte para siempre…

Tú no puedes esconderte para siempre, quiero responder.

En la profundidad del bosque espeso la pierdo de vista, al igual que a mis compañeros Raros. Podría estar en cualquier parte. Percibo movimiento a la distancia, antes de que un cuerpo arremeta contra mí, con el rostro contorsionado. Tardo un momento en notar que es una máscara, un animal macabro. Pienso que no es más que Ness, Issac o Arlo, pero aquí, sola en la oscuridad, la mente me juega trucos y escapamos uno del otro, de Graffam la Cazadora, que se ha desvanecido sin explicación.

No gritaré, no puedo gritar. Tan solo corro y corro hasta convertirme en el aire, en el viento, hasta que mis pies no tocan el

suelo sino que flotan sobre él. Despliego los brazos como si pudiera abrazar las cuatro mil hectáreas o a la tierra misma, y giro hasta que todo comienza a inclinarse. Luego corro otra vez, con pasos largos y saltarines como si jugara rayuela en el suelo boscoso.

Pierdo la noción del tiempo, el mundo es de sombras y quietud, hasta que escucho un grito estrepitoso a la distancia. Tardo unos segundos en responder, seguida por los demás desde diversos puntos del bosque, con voces lejanas y acechantes. No sé cómo nos permitimos alejarnos tanto, se suponía que trabajáramos juntos como *Velella velella*.

Tenemos que reagruparnos y recordar nuestro objetivo. Estamos cazándola a ella, no ella a nosotros. Pero entonces se oye un chillido salvaje, señal de que Ness fue atrapada, seguido por el tañido de la vieja campana que atraviesa la noche. Drea la toca desde el patio de Moss para indicar que ya pasó media hora. Ahora Ness será la Cazadora y Graffam intentará esconderse, como el resto de nosotros. Tengo que encontrarla antes de que lo haga, seguirla y ver a dónde va. Estamos perdiendo el tiempo.

Comienzo a avanzar hacia ellas. Logro seguir a Graffam por un minuto o dos, o a quien creo que es Graffam, pero luego parece desvanecerse. Ya jugó este juego, sabe cómo hacerse invisible.

De repente escucho mi nombre, "Effy", e imagino garras que se extienden hacia mí, una criatura que repta por el bosque con las extremidades extendidas. Pero escucho mi nombre otra vez y es ella, Graffam. Debería estar escondiéndose, no cazando.

Algo vuela hacia mí, huele a sulfuro, a tierra y a mi sangre, que brota de donde ha golpeado mi pierna. *Qué demonios*. Corro hasta que el bosque se hace más espeso, oscuro, enmarañado y ya no veo

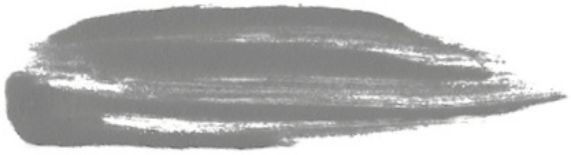
el cielo. Soy un tigre que escapa del peligro, de ella. Un tigre con dientes y garras capaces de desgarrar la carne de un solo zarpazo o una sola mordida. Pero cuando bajo la vista, solo tengo manos, no garras, y sé que mi mente me está engañando. *Pero nos deshicimos de la comida llena de drogas de Graffam.*

Miro detrás de mí, buscándola, entonces tropiezo y me caigo. Me levanto, pero ya está más cerca, al alcance de una mano. Eligió la máscara de cisne, hermosa y mortífera. Ahora, en su canturreo familiar, repite una palabra una y otra vez, una que no tiene sentido.

Está detrás de mí, corriendo de prisa, haciendo vibrar la tierra bajo sus pies. Entonces, una voz dentro de mí dice: "voltea". Pero antes de que pueda hacerlo, siento el impacto de una roca en mi cráneo.

Mientras caigo, atraída por la gravedad vertiginosa de la tierra, extiendo los brazos y piernas en busca de algo a lo que aferrarme, porque de pronto temo salir volando hacia el universo.

Mientras pierdo el conocimiento, viendo cómo la nieve se tiñe de rojo, pienso: *La tarjeta, la del juego de los defectos fatales que decía "Maté a mi mejor amistad", no era de Arlo. Graffam la escribió sobre sí misma.*



MEREDITH

18 DE ENERO DE 1995

Cuando salgo del bosque, la noche es clara, las estrellas brillan y mi piel destella debajo de ellas. Por esta noche, solo esta noche, Moss es nuestra. Tuya y mía. Drew, Eytan, Colin y las chicas doradas, así es como las llamamos. Pudiste haberte unido a ellas, pero me elegiste a mí.

Nos escondemos juntas aunque va contra las reglas, pero luego te pierdo de vista, Lara. De repente, te adelantaste con Colin Cho, como una pareja salida de una película de John Hughes, extraños que de algún modo se encontraron uno al otro el año pasado. Van de la mano bajo la tormenta, bajan juntos a cenar, miran lluvias de meteoros y contemplan las estrellas, se escriben cartas de amor, él se para bajo nuestra ventana vociferando tu canción preferida de R.E.M, *Everybody Hurts*, con un estéreo portátil. Ibas a casarte con Michael Stipe porque él entiende el corazón humano. Yo iba a

casarme con Bono porque es un luchador como yo. Pero luego decidiste que te casarías con Colin.

Deberías escribir sobre esto, inmortalizarnos, dijiste. Y, tonta de mí, creí que te referías a nosotras, no a ti y a él.

Es la última noche del Curso de enero, y se supone que juguemos este juego, La cacería salvaje, pero tú estás demasiado inmersa en Colin, con sus máscaras levantadas, moviéndose al ritmo de una música que solo ustedes pueden escuchar. De seguro es alguna canción de R.E.M. porque Colin finge entender por qué es especial para ti, por qué te hace sentir vista de un modo que él nunca podría hacerlo. Que tu familia no puede hacerlo. Que nadie puede excepto yo.

Esperaste hasta esta noche para contarme las noticias: "Después de la graduación, Colin y yo viviremos juntos". Nada de Michael Stipe. Nada de Bono. Nada de nosotras. Solo tú y Colin. Creíste que estaría agradecida de ser la primera en saberlo, que estaría feliz por ti, emocionada de saber cómo planeabas pasar tu vida: como esposa y madre, como señora Cho, con tu identidad borrada a pesar de todas las oportunidades que has tenido. *Eso* es lo que planeas hacer con todos tus talentos.

No dije nada, pero no lo notaste porque has dejado de prestar atención. Solo me quedé sentada en Moss, escuchándote hablar sobre los planes que ustedes habían hecho.

Y ahora en el bosque, en este momento, al verte con él, sé a dónde pertenezco: al exterior, a un lugar que creía reservado para las chicas doradas. Con los años, tú y yo hemos creado un lenguaje secreto de miradas, historias y cosas que solo nosotras sabemos, pero nada de eso se asemeja a la forma en la que tú y Colin se

mueven juntos, con naturalidad. En su rostro no veo *esfuerzo*, el esfuerzo constante que siento cuando estoy en mi mejor momento, lo que es extraño aun cuando estoy contigo, que puedes sacar lo mejor de mí como nadie.

Mientras los miro, siento brazos alrededor de mi cintura, los brazos de Eytan el Cazador, que me levanta del suelo con una risa siniestra. Pero en lugar de odiarlo, lo quiero porque su tiempo se acabó y ahora es mi turno de cazar.

Hago el llamado para que todos sepan que deben esconderse. Ahora soy yo la Cazadora, y Colin y tú se separan para dispersarse en direcciones diferentes del tablero. Te veo correr sola hacia el bosque, sorprendida de ver que todavía eres capaz de moverte independiente de él, con tus piernas tan largas que tus pies apenas tocan el suelo. Te persigo el silencio, como parte del bosque. Los árboles son mis amigos y están de mi lado. Me protegen, me ocultan, y tú eres la última en saber que te he encontrado y golpeado el cráneo con una roca.

El momento es conmocionante, sorpresivo tanto para mí como para ti. La expresión en tu rostro cuando volteas, la mano en la cabeza, la sangre que brota y corre como una mancha oscura, negra en lugar de roja en la luz sombría. Imagino una expresión similar en mi propio rostro. Incredulidad. La incapacidad de creer en algo así. Empiezo a cantar otra canción de R.E.M., solo para ti.

–*This one goes out to the one I love…* –Suena amenazante en mi voz suave, no más que un susurro, mientras miro fijo la roca en mis manos, preguntándome cómo llegó ahí. Luego la dejo caer a tu lado.

No lloras ni gritas, solo me miras, miras la sangre, y dices:

–Mere, ¿por qué? –Como si fuera una sola palabra. *Mereporqué*.

Lastimoso, desgarrador. Entonces intento alcanzarte, consciente de lo que he hecho, pensando que quizás pueda hacerte cambiar de opinión y recordarte el impacto que podrías causar si dejaras atrás esa idea de convertirte en la señora Cho. Pero vuelves a echar a correr, un animal herido, ya sin gracia o habilidad, pero más rápida de lo que deberías ser con una herida en la cabeza. Dejándome atrás, otra vez.

Técnicamente ya te he encontrado, lo que significa que debería estar buscando a otra persona, pero no dejas de correr. Necesito decirte que te equivocas, sea lo que sea que creas. No es que yo quiera ser Colin. No te amo de esa manera. Te amo más que eso, un amor que va más profundo que el sexo o el deseo o el querer o el necesitar, un amor que es como nadar de noche en un día de verano, los colores brillantes de las hojas en otoño, la risa más pura, la Sagrada Comunión, una especie de santuario, un lugar donde puedo ser yo misma en ti.

No te detienes el tiempo suficiente para que te lo explique, solo corres y corres, así que corro tras de ti hasta que el océano aparece debajo de nosotras, el bosque a nuestra espalda. Estamos de pie en los acantilados, y tú emites un brillo fosforescente que surge desde muy dentro, de los padres amorosos, la casa grande y hermosa, las generaciones de personas inteligentes, buenas, hermosas que te legaron todas esas mismas cualidades. La bondad intrínseca que te hace ser tú, que te permite hacer amistad con alguien como yo, que no tengo nada más que pura determinación.

De pronto, siento una oleada de gratitud y odio que me deja aturdida por un momento, hasta que una ráfaga de viento me devuelve al aquí y ahora. La vida puede ser injusta. Le da todo a

algunos y nada a otros, pero quienes lo tienen todo no siempre aprecian lo que se les ha dado. Un desperdicio terrible, horrible. Al mismo tiempo, la vida es fugaz y la tierra puede desaparecer de debajo de nuestros pies en un abrir y cerrar de ojos. Por eso necesito ser más de lo que soy, más de lo que mis padres son y más de lo que cualquiera haya sido. Si mañana desapareciera, necesito ser recordada, demostrar que estuve aquí.

–Ven, déjame ver ese corte –le digo. Se supone que sea una ofrenda de paz, un ramo de olivo, pero tú me escupes y me llamas loca, dices que Colin, que las chicas doradas y todos tienen razón sobre mí, que estoy desequilibrada. Que soy problemática, basura, nada. Dices palabras tan horribles y crueles que siento cómo mi corazón se marchita y muere.

Estás gritándome de pie, de espaldas a la Falla del errante, pero no piensas en el riesgo del acantilado, de las rocas y del océano agitado por debajo, de la distancia hasta allí. Como siempre, solo piensas en ti misma.

–Todo el mundo sufre –afirmo, aunque tú nunca en tu vida has tenido que sufrir, jamás en tus diecisiete años. Hasta ahora. Cuando te empujo por el cañón y te veo caer y caer. Eres Alicia en la madriguera, tus pies ya no tocan el suelo, no lo necesitan porque estás volando. Dejándome sola como siempre planeaste hacerlo.

En determinado momento escucho voces a la distancia.

El juego, pienso. El juego.

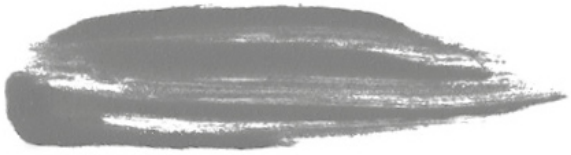
Es como despertar de una noche larga llena de pesadillas.

Entonces bajo por las rocas, en las que tropiezo hasta llegar al agua y sumergirme sin mirar. La marea me impulsa hacia abajo, impacto con algo afilado y duro que me golpea en las costillas, la

pierna, la carne suave del estómago. Pero cierro los ojos, dejo de luchar y pienso en la historia que contaré si me encuentran.

Había un atacante en el bosque, disfrazado para confundirse con el juego. Alguien con la mira puesta en los privilegiados. Acechando en las sombras. Alguien que asesinó a Lara y amenazó con matarme a mí. El hombre, el mito que creé, se volverá tan legendario como La cacería salvaje, algo de lo que se hablará y que se temerá durante generaciones. Cuando siempre fui yo.

Qué valiente que fue. Capaz de arriesgar su propia vida para proteger la de su amiga, dirán. Hablarán de cómo pude sobrevivir a pesar de todo.



Effy

Miércoles 21 de enero

Cuando abro los ojos me encuentro con un rostro.

–Effy. –El rostro está preocupado–. Effy. –La voz está preocupada.

–¿Arlo?

–Sí.

–¿Eres tú?

–Soy yo.

Quiero preguntárselo una y otra vez: *¿De verdad eres tú?* Y que él me responda cien veces: *Soy Arlo. Arlo. Arlo.* Se subió la máscara, así que veo los rizos salvajes y desordenados, la boca carnosa, los hoyuelos. Lanzo los brazos alrededor de su cuello y casi caigo hacia atrás por el peso de mi cabeza, que parece estar llena de algodón, musgo y las piedras más pesadas. Todavía llevo puesta la máscara de tigre, mohosa y húmeda, y debajo de ella comienzo a sentir jaqueca.

–Nos drogó otra vez –farfullo.

–Sí –afirma él. Siento sus dedos en mi cabello, tan cuidadosos que quisiera vivir en ellos y en esa ternura. Cierro los ojos.

–Effy –dice él y levanta una roca. A la luz de la luna puedo ver una mancha. La toco con el dedo y siento que está húmeda.

–¿Qué es eso?

–Esto es lo que Graffam usó para dejarte inconsciente. –Sus ojos son los de un animal salvaje, y me pregunto si los míos se ven igual–. Apuesto a que tu cabeza se siente como el interior de una estrella de neutrones.

Intento abrirme paso entre el algodón, el musgo y las piedras pesadas para entender lo que me dice. *¿Graffam intentó matarme o solo asustarme? ¿Y dónde está ahora?*

–Sé dónde se esconde –dice Arlo, como si me leyera la mente

–¿Dónde?

En respuesta, me toma de la mano y trotamos, inestables. Mi cabeza palpita y los ojos se me cierran. Debo tener una conmoción. Aparto las telarañas que rozan mi piel en el camino y no miro hacia arriba, porque si lo hago veré las ramas buscándose unas a otras, tratando de bloquear el cielo. No miro hacia adelante, porque solo veré el negro sin fondo del pantano, esperando para arrastrarme a sus profundidades, sino que mantengo los ojos en el sendero, en la espalda de Arlo. En mi mente, escucho la palabra sin sentido que ella repetía, "merequé".

El camino se vuelve retorcido y desaparece por momentos. Cada vez que creo que lo perdimos, siento que un miedo frenético y desesperado me sube por el pecho y la garganta. Pero luego reaparece y respiro aliviada. Sigo a Arlo entre los árboles durante lo

que parecen kilómetros y, de repente, él se detiene en seco y choco con su espalda.

–¿A dónde fue?

Al principio creo que me lo pregunta a mí, pero luego veo a los otros: dos figuras encapuchadas y enmascaradas que se confunden con la maleza, las hojas y la nieve. Ness e Isaac.

–Por ahí –dice Isaac, mientras Ness se acerca a mí como si quisiera comprobar si tengo fiebre. Luego se vuelve hacia Arlo como si yo no estuviera aquí.

–¿Qué le pasa a Effy?

–Graffam –responde él con la roca en la mano. Después me hace girar para mostrarles la herida, Ness dice algo sobre el hospital, todos comienzan a hablar a la vez y quiero decirles que me están haciendo sentir mucho peor. Tengo que decirles que se tranquilicen para que yo pueda tranquilizarme, pero de pronto Arlo dice–: Como a Lara.

Todos se quedan en silencio, yo niego con la cabeza como si eso fuera a poner las piezas en su lugar. Pero el movimiento solo hace que el mundo se sacuda, por lo que busco la mano de Arlo para estabilizarme.

–Como Lara –repito–. Ella la mató… La tarjeta del juego era suya… ¿Por qué yo?

–Tal vez porque la regla número uno en sus "estrategias de poder" es nunca eclipsar al director –dice él–. Y ella no te ve como estudiante, sino como competencia. O quién demonios sabe. –Se pasa las manos por el cabello hasta que parece una criatura salvaje aun sin máscara.

–O porque le recuerdas a Lara –sugiere Ness–. Desde que llegamos no dejó de decirme: "Te entiendo porque yo también era la estudiante becada, la que nunca destacaba en la clase, que siempre tenía que luchar por lo que quería". A veces parecía que estaba hablando de alguien más. Decía: "Es imposible seguirles el ritmo cuando los demás cuentan con todas las ventajas, sin importar cuán cercanos sean. En especial cuando son cercanos". –Ness me mira a los ojos–. Estaba hablando de ti, pero también… –Su voz se pierde.

De sí misma. Y todas las cosas que Graffam me dijo a mí, que no debía dejar que nadie me impidiera avanzar, ni siquiera mi mejor amiga.

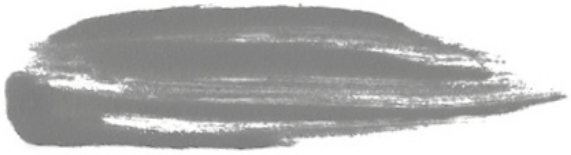
–¿Qué hizo cuando te encontró? –le pregunto a Ness mientras busco señales de sangre o golpes en su rostro.

–Nada, solo me tomó del brazo.

Nos quedamos en silencio. Mi cabeza palpita en sintonía con el aullido del viento. De repente, algo frío y húmedo acaricia mis mejillas, así que levanto la vista: comenzó a nevar.

Percibo movimiento a la distancia. Al girar, vemos que una sombra aparece y desaparece y, de repente, caigo en la cuenta de lo que significaba la palabra. No era una sola palabra en realidad, "merequé", sino tres: "Mere, ¿por qué?".

–Se dirige a los acantilados –susurra Isaac.



ARLO

MIÉRCOLES 21 DE ENERO

Salimos del bosque y nos detenemos en el límite de los árboles mientras nuestros ojos se adaptan al espacio abierto. El infortunio de Brighton no es más que una mancha negra en el horizonte. Apenas distingo el contorno de Moss, mucho menos la silueta fantasmal de Graffam, que se mueve con agilidad por los acantilados.

–Está cambiando las reglas –dice la voz de Isaac en el viento.

–Entonces también lo haremos –respondo.

Los cuatro nos movemos como uno, ocultos por los árboles otra vez para avanzar rumbo a la casa. Mi corazón palpita con más fuerza cuando rodeamos la parte trasera, fuera de la vista de Graffam. Agachados, salimos del bosque y corremos hacia Moss, golpeando la tierra con los pies, respirando en jadeos entrecortados. Llevo a Effy de la mano, ella se tambalea e intento sostenerla.

Nos ocultamos en la sombra, manteniéndonos juntos mientras avanzamos con sigilo de un extremo al otro, hacia los acantilados. Me asomo por la esquina de la casa, aguzo la vista, pero Graffam ya no está a la vista. *Podría estar en cualquier parte,* pienso, y un escalofrío me recorre.

–Si vamos juntos, nos verá venir. –Por un momento creo que no me escuchan, porque el viento aúlla cada vez más fuerte conforme nos acercamos al agua e intenta empujarnos de vuelta por donde vinimos.

–Entonces dividámonos –responde Isaac–. Ness y yo podemos esperar aquí.

Effy asiente con la cabeza y mira hacia el horizonte.

–Arlo y yo podemos… –Se frota la cabeza, pero no donde Graffam la golpeó, sino entre las cejas.

–Podemos bajar por las rocas –sugiero–. Junto al muelle. Y volvemos a subir por las lajas, la escalera de rocas, como quieran llamarlo. Si ella sigue ahí, la encontraremos. En cuanto nos vean o nos escuchen gritar, comiencen a acercarse.

–La rodearemos para que no pueda correr –dice Issac.

Entonces, nos separamos en parejas. Un búho ulula a lo lejos y la nevada comienza a caer en nubes arrastradas por el viento en todas direcciones, como si estuviéramos dentro de un globo de nieve. El océano gira agitado, como un caldero de bruja gigante.

–Ahí.

Hay una figura sobre los acantilados, como si nos estuviera esperando. Pero tan rápido como apareció, desaparece otra vez.

Los copos de nieve salpican las mejillas y el cabello de Effy y hacen que se vea como un hada invernal. Cuando me ofrece una

sonrisa, un peso se libera de mi pecho, como si hubiera llegado la primavera. El autor Ray Cummings dijo una vez: "El tiempo es lo que evita que todo suceda al mismo tiempo". Pero aquí se siente como si todos los días pasaran a la vez, así que me pregunto cómo se supone que volvamos al mundo real, a vivir en el tiempo regular. De repente, quiero escapar con ella, lejos de Graffam, de Moss, de la Preparatoria del humo y los espejos, y del bosque. Quiero correr y correr hasta llegar a California, a vivir en la playa, conseguir trabajos que paguen lo suficiente para ir a la universidad y rentar un lugar que sea nuestro. Dormiremos abrazados todas las noches y será como si Meredith Graffam nunca hubiera existido.

Pero si escapamos ahora algún día habrá una película que nos mostrará a los cuatro en nuestros momentos privados más vulnerables e incriminantes, una que mis padres, mi hermano, la familia de Jonah y todo el mundo podrá ver.

Así que Effy y yo avanzamos hacia los acantilados. Bajamos con cuidado de una roca a la siguiente rumbo a la saliente de la que saltamos al agua el primer día del Curso de enero. Un poco más, solo un poco.

Estamos cerca cuando un estallido de rocío pesado me deja empapado y temblando. Marea alta. Tiro de Effy hacia atrás conmigo para que quedemos bajo el saliente de la roca de arriba. Estoy entumecido y mojado, con el cabello pegado al rostro; la marea parece estar subiendo en vez de bajando; este es un juego estúpido.

Me aparto el cabello de los ojos y busco el camino por el que descendimos hasta aquí en la noche oscura. No es un camino de verdad, sino un pastel de bodas escalonado de roca sobre roca, que desciende o asciende según dónde estés parado. Solo que mis ojos

deben estar engañándome, porque las rocas parecen gigantes corpulentos, agazapados y al acecho, y no hay forma de subir. La oscuridad se ha tragado el camino.

Estamos solos en este refugio temporal. Bajo la vista hacia Effy, ella levanta la suya hacia mí.

–Pase lo que pase, no lo lamento –dice.

Apenas la escucho por encima del sonido del océano. Las olas rompen a poca distancia, como si intentaran alcanzarnos. Con la siguiente embestida, nos aplastamos contra la pared de la saliente y nos ponemos de puntillas para evitar el agua. Me imagino siendo arrastrado mar adentro, flotando hasta la orilla, donde alguien me encontrará y se preguntará quién o qué fui. Mi corazón late con fuerza, tan fuerte que siento la vibración por todo el cuerpo, porque estoy pensando en ti, Jonah Maguire. El agua vuelve a avanzar hacia mí, y recuerdo algo sobre la marea: que a veces tiene un último estallido de energía antes de cambiar.

Entonces, como un truco de magia, la luna aparece detrás de una nube. Effy y yo levantamos la vista al mismo tiempo, solo por un instante, el tiempo suficiente para encontrar a Ofiuco. Al verlo, exhalo e inhalo, como si me hubiera ayudado a recordar cómo respirar.

Igual que tú, pienso.

Y entonces la veo en el acantilado, a unos cinco metros por encima de nosotros. De repente rememoro aquel día en que saltó al agua y nosotros la seguimos y obedecimos lo que nos dijo porque no sabíamos la verdad.

Todavía no nos vio. Effy y yo nos volvemos a poner las máscaras para cubrirnos el rostro otra vez, mientras que la marea amenaza

con arrasarnos cada vez que avanza. Nos encogemos ante ella, intentando aferrarnos a la pared de roca. Una ola entra y nos empapa, espero a que el agua retroceda y luego me impulso hacia adelante, pero mis pies resbalan e impacto de frente contra la roca. La fuerza del golpe casi me deja inconsciente, así que me quedo allí, lleno de conmoción y rabia.

Me levanto otra vez, y los dos medio caminamos medio reptamos por este pastel de bodas, castañeando los dientes y temblando. De repente, tengo diez años otra vez y voy zigzagueando con mi bicicleta a toda velocidad por las calles serpenteantes del vecindario, sin casco. Recuerdo la sensación de flotar sobre el manubrio, libre y liviano, antes de chocar con una zanja, una acera o el camino mismo. Al principio, se trataba de rebelarme contra mis padres, porque todos tenían poder y yo nada. Ellos decidían dónde vivíamos y cuándo nos mudábamos, mientras que yo no tenía poder de decisión al respecto. Sin embargo, poco a poco esos segundos de liviandad y libertad se fueron convirtiendo en algo más, me volví adicto a la sensación y la quería todo el tiempo.

–¡Arlo!

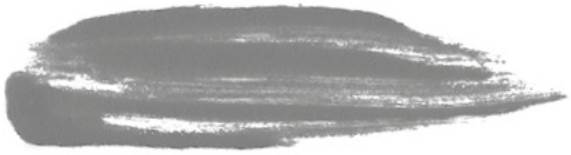
En cuanto levanto la vista, pierdo el equilibrio y resbalo hacia las olas que me arrastran con ellas. Mi cuerpo se entumece, mis oídos se llenan de ruido, mis pulmones se llenan de sal y mis ojos se cierran.

Effy me jala hacia arriba y me libera del dominio de las olas.

–Por ahí –exclama, entre el viento y el agua que se llevan su voz.

Comienza a avanzar y a subir por las rocas. Yo la sigo, con una breve pausa para recuperar el aliento y ver donde estamos, cuánto avanzamos.

Entonces, veo a Graffam mirándonos desde arriba.



Effy

Miércoles 21 de enero

Graffam se aleja de nuestro alcance, con el abrigo flotando en el viento y el cabello volando a su alrededor. Me pregunto cómo es que ve hacia dónde va. Una parte de los acantilados es más peligrosa, otras son más estables, y la Falla del errante es la más peligrosa de todas, con una caída de dieciocho metros.

A pesar del dolor sordo en mi cabeza, tengo un instante para pensar en qué estamos haciendo aquí en la última noche del Curso de enero. Debería estar sentada frente a una chimenea puliendo mi trabajo, no corriendo por el bosque y los acantilados. Pero entonces recuerdo lo que encontramos en la habitación cerrada y la herida detrás de mi cabeza.

Cuando me acerco a la cima del acantilado, la veo alejarse.

–Nos vio –grito sobre mi hombro, con esperanzas de que Arlo me escuche. Me apresuro a seguirla, más rápido de lo que debería para no perderla de vista. No sé si Isaac y Ness estarán cerca. Graffam

avanza rápido, determinada. Entonces, me quedo sin aliento cuando una figura aparece frente a ella, ¡está atrapada! Pero de repente aparta a la figura del camino como si fuera una mosca. La persona se tambalea y por poco cae por el cañón, pero Graffam sigue avanzando sin mirar atrás.

–¡Oye! –grito. Ella voltea, yo me saco la máscara y la arrojo al suelo–. Perdiste. Ríndete.

Ahora veo a Isaac cerca de ella. Graffam es rápida, pero él lo es más y cuenta con el elemento sorpresa. Está gritando algo que no escucho, pero sigo avanzando. Incluso aquí, sobre el acantilado, el océano nos salpica. O tal vez sea la nieve que vuelve todo resbaladizo. Me tambaleo antes de estabilizarme y mirar hacia atrás. Allí está Arlo y, a la izquierda, Ness, reptando lejos del abismo.

Graffam ha dejado de moverse. Los cuatro estamos frente a ella, sin máscaras. El viento se lleva sus palabras, así que escucho solo parte de lo que dice.

–… han traicionado mi confianza.

Lo dice como si la hubiéramos agraviado de alguna forma, como si tuviéramos que disculparnos con ella. Por un momento olvidamos que somos nosotros quienes deberíamos cazarla, se siente como si ella estuviera cazándonos a nosotros.

–Desató el bote –descubro de repente–. Cuando estábamos en la isla. Y nos drogó, nos enfermó.

–Nos drogó –repite Isaac–. Como a su antiguo jefe y a su exmarido. Solo que nosotros no hicimos nada más que venir a aprender de usted y dejar que leyera nuestros trabajos…

–¿Me *dejaron* leer? –ruge Graffam.

Yo me acerco para ayudar a Ness a levantarse.

–Las personas son más de una cosa –grita ella–. Somos más que una sola cosa.

–Queremos saber qué planea hacer con eso, con las grabaciones –exijo. No sé qué reacción esperaba, tal vez sorpresa o un brote de ira.

–¿Por qué? –pregunta.

–Porque estamos en ellas, son nuestras vidas.

–Ah, Effy. Hay algo poderoso en ellas, mucho más grande que ustedes cuatro. –En lugar de escapar de este momento, lo está disfrutando–. Es crudo e inesperado, es honesto, y ya nadie es honesto en estos días. Les estoy dando la oportunidad de salir de las cajas de cristal en las que han pasado todas sus vidas, de ser inmortalizados.

Habla en tono condescendiente, como si fuéramos niños pequeños y estúpidos. *En verdad cree en lo que está diciendo. No tiene caso…*

–Nada de lo que hace es por nosotros, es por usted –lamenta Ness.

–Al principio –continúa Graffam–, pensé que sería un "que te den" para Brighton y Hove, esa incubadora de niños de papá inútiles, y todo lo que representa. Que demostraría las cosas que las personas están dispuestas a hacer por ganar: caminar en medio del tráfico, saltar al vacío, vagar solos por el bosque. Pero en algún momento del proceso, comenzó a tratarse de ustedes.

Posada en la cima del acantilado, rodeada por la nieve, con la boca del vacío detrás de ella, nos mira con lo que solo podría describir como lástima. No sé cómo pudimos pensar que la asustaríamos. Esta mujer no tiene miedo.

–Es hora de que aprendan que la vida no siempre es como quieren que sea. Nadie me dio nada. Todo lo que he hecho, bueno o malo, salió de mí –dice, mirándonos con ojos amplios y brillantes.

–¿Y las drogas? –pregunta Arlo, lo primero que dice desde que subimos.

–Siempre pensé que los lugares como este le lavaban el cerebro a las personas. –Graffam ladea la cabeza, con el cabello cayendo como algas marinas–. Hacen que olviden quiénes son y lo que es importante.

–¿Eso hizo Lara? –Él es frío, no grita, pero sus palabras impactan como una flecha.

–Lara nunca supo quién era. Representaba el papel que le decían que debía tener. Pero cuando ella hablaba las personas la escuchaban. Ni siquiera necesitaba una buena historia. Yo era más rápida y lista, merecía ganar La cacería salvaje. Yo era la Soberana del bosque, no ella. Pero cuando murió, me sacaron mi corona y se la dieron a ella. –Se recoge el cabello y comienza a trenzarlo como la vi hacerlo antes. Se ríe con fuerza mientras lo hace, pero es ese acto mundano de trenzarse el cabello el que hace que me pregunte: "¿Y si no salimos de aquí con vida?"–. A nadie le importa lo que el estudiante becado tiene para decir. –Sonríe, con la vista al frente–. Pero ¿si eres la sobreviviente de una tragedia? De repente todos quieren escucharte.

–Si no tienes una historia, créala –digo en voz baja, pero el viento se lleva mis palabras.

–Elimine las grabaciones o esta vez nosotros la expondremos –grita Arlo–. En realidad, los padres de Peter Tobin lo harán,

publicarán la historia en una de sus muchas revistas. No solo expondrán lo que hizo aquí, sino también lo que le hizo a Lara.

Espero que suplique piedad, que se disculpe, que se quede sin palabras aunque sea un instante, pero, en cambio, se echa a reír. Una risa que suena a cristal roto. Se ríe a pesar de nuestro plan y de todo lo que tenemos contra ella. La tierra se inclina nuevamente bajo mis pies y el estómago se me sube a la garganta. A la distancia, la campana vuelve a sonar.

En ese momento, Graffam voltea y se mueve por las rocas con la confianza de un ave marina. Percibo movimiento de reojo: es Drea, que viene corriendo desde la casa.

Cuando miro de vuelta hacia Graffam, ya no está.

¿A dónde fue?

Desapareció sin más.

¿Cómo pudo desaparecer?

Estamos gritándonos unos a otros, y Drea se nos une, vociferando sobre el ruido del viento y las olas.

–Su cabeza –le dice Arlo con voz áspera. Luego gira mi cabeza con mucho cuidado y Drea inspecciona la herida con los dedos.

–Ella lo hizo –afirma la mujer, giro para mirarla. Ahora, en los acantilados, nos pegamos unos a otros, como si nos refugiáramos de la ventisca. Drea está agitada y su voz es apenas audible–. Fue ella. Meredith mató a Lara Leonard. Zoe escuchó a Paddy Eason cuando estaban peleando por el divorcio. Tuvo que firmar un acuerdo de confidencialidad. Pero cuando le hablé de Nueva York… Meredith fue quien…

Una ola rompe contra las rocas y ahoga sus palabras. Ella se mueve, sin liberar el brazo que me sostiene. No le digo que ya lo

sabemos, que ya lo descubrimos, porque sigue hablando.

–Lo hizo para robarle su historia, no, para crear una historia. Para crear su plataforma.

Mi cabeza palpita en señal de confirmación. Arlo grita algo sobre olas rebeldes, algo que aprendí de la abuela: hay olas de tormenta extremas, también llamadas marejadas ciclónicas, olas monstruo, olas traicioneras y asesinas, capaces de arrastrar a la gente de la orilla y terminar con sus vidas en un abrir y cerrar de ojos.

La ola golpea la roca en la que estamos parados, nos alcanza aquí arriba, a doce metros sobre el mar. Los cinco salimos despedidos, medio sumergidos en el agua. Otra ola le sigue, y siento cómo jala mi cuerpo con una enorme fuerza de succión. Me aferro a la superficie fría y dura, raspando y escarbando con los dedos.

Apenas distingo a Drea, con el pelo rojo pegado al rostro, arrastrándome hacia un lugar seguro y gritándome algo.

Y entonces, de la nada, Graffam se lanza hacia mí. Ha reptado de vuelta hasta nosotros. Otra ola me arrastra, más grande que la primera, y Graffam me lleva con ella hasta que ambas estamos bajo el agua. Siento el escozor agudo de la sal en la herida de mi cabeza. Hago lo que nunca se debe hacer: entrar en pánico. Mi respiración es irregular mientras el mar llena mi garganta y mi nariz, mis oídos y mis ojos, mi cabello se enreda en mis manos, que luchan por soltarse del agarre de Graffam. Escucho la voz de mi abuela: "Confía en el poder del agua". Las palabras que me dijo cuando me enseñó a nadar y yo peleaba contra el agua con cada brazada. Cuanto más luchaba, más me hundía. "Tu cuerpo quiere flotar", dijo.

Graffam me hunde, así que comienzo a luchar; contra ella, no contra el agua. Lucho con todas mis fuerzas, porque no moriré así,

aquí, ahora. La siento sobre mí, usándome como un salvavidas. Me usa como escalón, con los pies sobre mi cabeza herida para salir del agua.

Logro liberarme, pero es demasiado tarde. Todo se vuelve difuso, luego negro.

Pero cuando abro los ojos otra vez, veo el cielo.

Y todo se hace más lento.

El sonido se silencia.

El tiempo se detiene.

Pierdo noción de todos los demás.

Escucho una canción dentro de mi mente y una energía, intensa y de otro mundo, recorre mi cuerpo. Como si yo fuera una marioneta y la melodía jalara los hilos.

El viento sopla hoy, mi amor,
y caen unas gotas de lluvia;
solo tuve un verdadero amor,
y en una tumba fría yacía.

De alguna manera he logrado zafarme de Graffam. Y ahora veo la mano de Ness extendiéndose hacia mí. Mi visión está mal, veo todo borroso, como si mirara a través de un lente empañado. Lanzo mi propio brazo hacia afuera y, de pronto, siento el contacto: su mano tomando la mía. Ness me atrae hacia ella, más cerca de las rocas. Cae hacia atrás, y yo sobre mi mejilla. Entre el rocío veo a Isaac, agachado, y a Drea de espaldas, con el cabello rojo como sangre.

–¿Qué está pasando? –logro preguntar.

–La tormenta perfecta –responde Ness, ahogada con el agua.

Busco a Arlo, aterrada, pero no puedo moverme. Lo veo a poca distancia, pálido, tembloroso, empapado y respirando con dificultad. Y pienso en Jonah, su mejor amigo.

–Arlo –grito, pero el agua lo ahoga–. Arlo –grito con más fuerza.

Sus ojos de a poco se fijan en mí.

–Te necesito. Resiste.

Él parpadea dos veces, luego asiente con la cabeza, despacio.

–Resistiré –dice con énfasis, apagado por el viento y el rugido del océano–. Resistiré –repite con más fuerza.

Los cinco, Arlo, Ness, Isaac, Drea y yo, nos arrastramos hacia arriba, hacia la relativa seguridad de la cima del acantilado. Desde aquí solo veo nieve y las olas del mar que nos acechan. El mundo apunta a nosotros.

Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos.

Yo, mi amor, me siento sobre tu tumba
y no te dejo descansar,
porque anhelo un beso de tus labios fríos de arcilla,
eso es todo lo que busco

Arlo toma mi mano, o tal vez yo tomo la suya, y entrelazamos los dedos, cálidos en este frío. Resistimos juntos, sosteniéndonos unos al otro, intentando aferrarnos a la roca. Escuchamos algo detrás de nosotros: nos siguió hasta aquí. Meredith Graffam.

Anhelas un beso de mis labios fríos de arcilla
pero mi aliento huele a tierra.
Si besas mis labios fríos de arcilla

tu tiempo no será largo

Es entonces cuando veo dónde estamos: al borde de la Falla del errante, ante una caída negra e infinita. Unos pocos centímetros más y hubiéramos caído quince o veinte metros, hasta que nuestros cuerpos se estrellaran contra la tierra muy, muy abajo.

De repente, siento el llamado del vacío, ese impulso de saltar, de elevarme, de volar, de lanzarme de cabeza a lo desconocido. Me tambaleo bajo el viento y la lluvia helada, el aguanieve que corta mi piel como las hojas más afiladas. El abismo está ahí, demasiado cerca.

Pienso en mis padres. En el impacto que le quitó la vida a mi madre como el golpe de un meteorito, cuyas reverberaciones aún se sienten tantos años después. Si pudiera traerla de vuelta, lo haría. La devolvería a la vida como al monstruo de Frankenstein. Pero ella no está aquí. Yo sí. Y tengo una elección. Todos la tenemos.

Giro la cabeza para mirar a Arlo, Ness, Isaac y Drea, aquí conmigo. Nuestras miradas se encuentran y, en ese instante, lo veo: una decisión tomada. Uno para todos. No quiero vivir en un mundo con Graffam, sabiendo que es capaz de exponer nuestras partes más vulnerables y enfermizas. Sin dormir, viviendo siempre con miedo, sin saber cuándo podría venir por mí como lo hizo con Lara.

Vuelvo a girar la cabeza.

Meredith Graffam se alza ante nosotros, con ojos brillantes, una sonrisa que dice que ha ganado, la espalda hacia el abismo.

Espero que sepas que no es algo personal, pienso.

Slán go fóill.

Adiós por ahora.

Y, entonces, la empujamos.

Se ha identificado a la mujer que fue sacada sin vida del océano como Meredith Graffam, ganadora del Oscar. No hay sospechas de actos criminales, dice el fiscal.

Por Gwen Thomas

La mujer sacada sin vida del océano en Parkerton, Massachusetts, fue identificada por las autoridades.

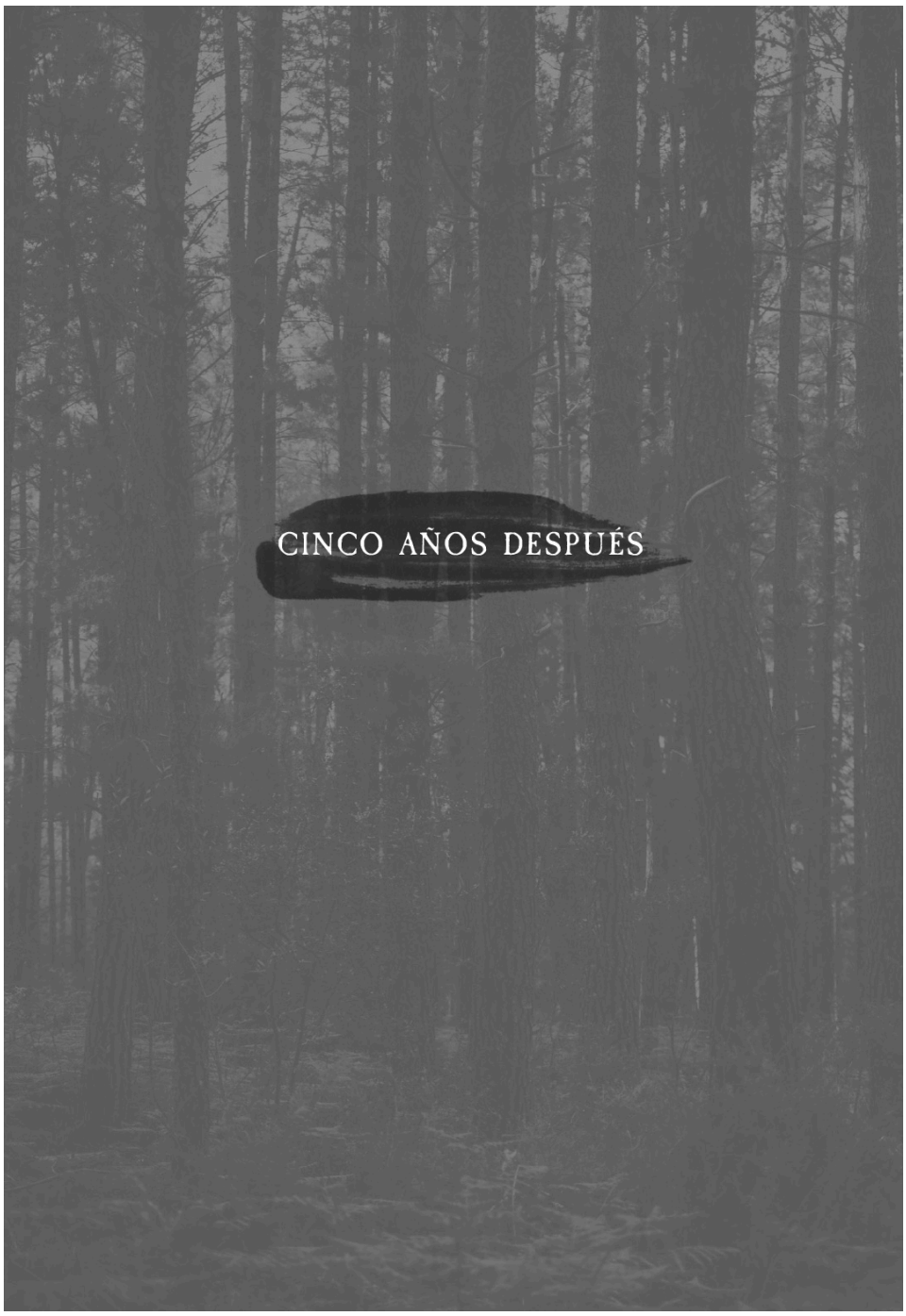
Meredith Graffam, de 48 años, fue encontrada inconsciente el jueves por la tarde en la costa cercana a la Falla del errante, una fisura en los acantilados del Bosque Murton, según declaraciones de la oficina del fiscal de distrito del condado de Essex.

Los reportes indican que su cuerpo fue encontrado flotando boca abajo en las proximidades de la falla alrededor de las 4:17 p. m. Graffam fue llevada al Hospital Reid en Parkerton, donde fue declarada muerta.

El fiscal destacó que no se sospecha que hubiera ocurrido un crimen. El miércoles por la noche se ha dado la tormenta más fuerte en la zona desde la ocurrida en Halloween de 1991, con olas de

veinticinco metros de altura, que provocaron inundaciones y destruyeron 75 hogares.

Graffam se encontraba en Parkerton para impartir un seminario de escritura creativa como parte del reconocido Curso de enero de la Preparatoria Brighton y Hove. Además de ser la ganadora de dos Premios Oscar y un Premio Tony, actriz, directora, guionista y dramaturga, Graffam fue autora de *La cacería*, récord de ventas del *The New York Times*, publicado a sus veinte años. Con una carrera marcada tanto por controversias como por reconocimiento, Graffam era admirada por su tenacidad, resiliencia y su capacidad de reinventarse a sí misma.


CINCO AÑOS DESPUÉS

PREPARATORIA

BRIGHTON Y HOVE

Parkerton, Massachusetts

1 de septiembre
Estimada Effy Green:

Ante todo, ¡muchas felicidades por el éxito de la película!

Estoy seguro de que no será una sorpresa saber que tu familia aquí en Brighton y Hove ha seguido con enorme orgullo y entusiasmo la trayectoria arrolladora de *Cuando fuimos monstruos*. Son exalumnos como tú y tus distinguidos colegas Vanessa Cato, Arlo Ellis-Noon e Isaac Williams quienes inspiran y reafirman lo que hacemos y por qué lo hacemos. Tú y tus compañeros del Curso de enero son modelos ejemplares de lo que en Brighton y Hove aspiramos a lograr.

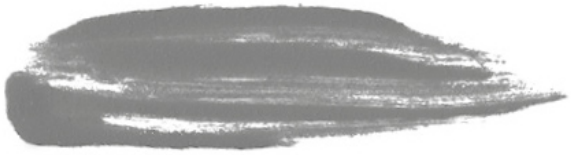
En ese sentido, nos gustaría invitarte cordialmente a regresar a Brighton y Hove para impartir la próxima edición del Curso de enero. No podemos imaginar una inspiración mayor para nuestros estudiantes que recibir la mentoría de cuatro de los graduados más destacados de esta academia. Además, la

integrante honoraria de Brighton y Hove, Drea García se unirá también.

Comprendemos que tienes una agenda muy solicitada. Tu presencia será requerida desde el miércoles 8 hasta el jueves 23 de enero. Por supuesto, vivirás en Moss. Todos los gastos de viaje serán cubiertos y, una vez que confirmes tu interés y disponibilidad, podremos hablar sobre la remuneración y más detalles. ¡No dudes en contactarnos si tienes alguna pregunta!

Espero con ansias saber de ti. ¡Ojalá podamos verte en enero!

Atentamente, tu viejo amigo
Scott Booker
Decano



Effy

Miércoles 8 de enero

Levanto la vista hacia el techo corredizo y el cielo de un azul tranquilo y admiro cómo la luz se derrama sobre las copas de los árboles. Sigo ese mágico haz moteado. Técnicamente, estoy detrás del volante, pero se siente casi como si estuviera volando, sin pedales, sin tocar el suelo. Ingrávida.

Es la primera vez que estoy en Massachusetts desde que me gradué de Brighton y Hove hace cinco años. Cuando recibí la invitación del decano Booker pensé que era una broma, pero después Ness llamó y dijo "No vas a creer esto". Entonces Arlo recibió una invitación, también Isaac y Drea.

"No tienes que hacerlo", me dijo la abuela. Nunca perdonó a la escuela por habernos dejado al "cuidado" de Meredith Graffam. Siempre enfatiza esa palabra como si usara comillas imaginarias. Si tan solo supiera la historia completa. Nadie la conoce además de nosotros cinco, y nadie nunca lo hará.

La película que creamos revela muchos de los detalles sórdidos, pero nunca dijimos que estuviera basada en hechos reales, solo que está "inspirada en una historia real". Pero la novela de Arlo, en la que basamos la película, es más cercana a la verdad de lo que cualquiera puede imaginar.

Atravieso Parkerton, con su calle principal idílica de pueblo pequeño, llena de boutiques y cafeterías, y de repente me encuentro en la entrada de Brighton y Hove. Por poco me doy la vuelta, pero no lo hago. Porque eso es lo que hacemos: no retrocedemos, seguimos adelante.

El campus no ha cambiado nada. Ahora está cubierto de nieve, con estudiantes reunidos fuera del edificio de clases y de la biblioteca. Van de prisa por los senderos, para aquí y para allá, siempre apurados por llegar a algún lado, como yo lo hice algún día. Siento una punzada de nostalgia, aunque no sé bien de qué.

Más allá de la cafetería y los dormitorios, avanzo entre los árboles hasta llegar al acceso cerrado a Moss. Ya no ostenta aquel portón elaborado, en cambio, ahora hay un guardia dentro de una caseta.

–Effy Green –anuncio.

–Correcto –dice tras consultar su lista–. Está aquí para el Curso de enero. –Es joven y tiene un rostro agradable.

–Así es.

–¿También trabajó en la película? El director acaba de llegar. –Su voz está cargada de admiración y orgullo por haber conocido a Isaac Williams, niño prodigio de Sundance, tremendamente solicitado, con apenas veintitrés años.

–Sí, lo hice.

Encontrarme con la admiración de extraños todavía es nuevo para mí. No le digo que escribí el guion junto con mi amiga Vanessa Cato, basándonos en la novela récord de ventas del *The New York Times* de Arlo Ellis-Noon.

–Estuvo muy buena, la vi dos veces. Deberían transmitirla mientras estén aquí. Podrían vender boletos, vendrían personas de todas partes. –Se cruza de brazos, apoyado en el marco de la puerta abierta, y yo le sonrío con cautela–. Y ¿qué tan real es la historia? Sé que es "ficción" –hace comillas con los dedos–, pero todo lo que ocurrió con la profesora fue de locos. ¿Sabe si algo pasó de verdad? –No espera mi respuesta–. Ella murió aquí, ¿sabe? Meredith Graffam. Se cayó de un acantilado. Algunos dicen que saltó, que aún le pesaba la muerte de su amiga, que murió al caer del mismo acantilado en 1995…

Escucho todo lo que puedo, pero cuando el sol baja un poco más en el cielo, lo interrumpo para decirle que me esperan para cenar.

Y ahora estoy en el Bosque Murton. El Bosque Muerte. El camino, regado de baches, es un listón que serpentea entre los arbustos altos y los árboles a cada lado, todo cubierto de blanco.



Un kilómetro más adelante, llego a Moss. Luce justo como la recordaba, emplazada en la cima de los acantilados, con el bosque de fondo. En los cinco años que pasaron desde que estuve aquí, el

bosque parece haber avanzado, como si invadiera todo; de repente, lo imagino tragándose la casa. ¿O es al revés? ¿Es la casa la que planea tragarse al bosque?

Hay varios coches en la entrada, así que me detengo junto a ellos y apago el motor. No filmamos la película aquí, nos traía demasiados recuerdos, sino que encontramos un lugar al norte de California. Nos convencimos de que se asemejaba mucho a Moss, imponente, con un exterior sombrío, un interior colorido y una costa pedregosa muy similar a los acantilados tortuosos del norte de Massachusetts.

Sin embargo, ahora que la miro me impacta reconocer que es solo una casa. Piedra y madera, ladrillos y cemento. Una mansión espaciosa e inconexa, con una docena de chimeneas y muchas ventanas. No es un lugar oscuro y aterrador, ya no es un ser que vive y respira como en mis recuerdos.

Observo mi reflejo en el espejo retrovisor; el rostro que me mira es mayor que cuando viví aquí, pero debajo del flequillo, que está demasiado largo, mis ojos son más brillantes, libres del peso que solían cargar. A falta de una mejor palabra, me veo… feliz.

Un movimiento en una ventana superior llama mi atención. Una cortina se movió y dejó escapar un destello de luz. Desde algún lugar se escuchan voces, señal de que los demás están llegando. Isaac viene de Nueva York, donde vive con su hermana y la esposa de ella. Ness de su posgrado en la Universidad de Iowa, donde se especializa en poesía. Drea viajó desde Madrid, donde es propietaria de una galería pequeña. Y Arlo, desde la cabaña que compartimos en las colinas de Los Ángeles. Hace una semana que no nos vemos, porque él sigue de gira por su libro y yo estuve promocionando la

película en la Costa Oeste. Al pensar en él, siento esa corriente eléctrica familiar que llena mi sistema nervioso.

Me quedan unos segundos antes de ser rodeada por mis compañeros Raros, así que camino hacia los acantilados. Crece hierba marina en las grietas entre las rocas, además de un grupo de dientes de león que se anticiparon a la primavera, con las cabezas inclinadas hacia el océano. El aire es inusualmente cálido para enero.

El día en que dejé Moss hace cinco años, le escribí una carta a mi padre, en la que accedí a verlo. Nos tomamos las cosas con calma desde entonces, tal vez así lo haremos por el resto de nuestras vidas.

Cuando el asesino serial Dennis Rader fue condenado por diez asesinatos, su hija le dijo a la prensa: "Tuve que aprender a llorar a un hombre que no estaba muerto, alguien a quien amaba mucho, pero a quien ya nadie más amaba".

Lloré la pérdida de mi padre por mucho tiempo, pero ahora estoy aprendiendo a amarlo otra vez. Ya no le escribo cartas, ahora nos enviamos mensajes o hablamos por teléfono. Pero te escribo a ti, aunque ya no estás aquí para leerlo.

Querida Meredith Graffam:

¿Sabías que Mary Shelley nunca lo llamó monstruo? A la criatura de Frankenstein. La palabra "monstruo" fue usada por los lectores, por guionistas, por la cultura pop, pero ella no la llamó así ni una sola vez. Porque la criatura no era el monstruo, sino Victor.
Todos somos el monstruo para alguien.
Hace poco me preguntaron si hubiera venido a Moss de haber sabido lo que me esperaba. ¿Quieres saber qué respondí? Que no puedo mirar atrás. Que no puedo cambiar las decisiones que tomé y no quiero

hacerlo. Mis decisiones son lo que me trajeron hasta aquí. Además, tú me enseñaste muchas cosas sobre la escritura y sobre mí misma.
Eras alguien que usaba a los demás y que creía que eso estaba bien. Alguien a quien no le importábamos, pero fingía que sí. Alguien que explotaba nuestras debilidades, nuestras verdades más profundas y oscuras, y nuestros miedos porque servían a un propósito mayor, al tuyo. Tal vez eso no lo justifique. Tal vez nada justifique lo que hicimos, pero a veces no podemos elegir a quién salvar. Y a veces sí.
Y elegimos salvarnos a nosotros mismos.

Cuatro figuras aparecen desde la casa, conversando entre risas animadas. Como una nube, todos los pensamientos sobre ti se alejan flotando y dejan el cielo de un azul más profundo, iluminado por el sol del atardecer. Ahora pienso en quién era yo, quiénes éramos los cuatro, cuando llegamos a Brighton y Hove, en lo efímero que fue, aunque creyéramos que duraría para siempre.

Mañana recibiremos a un nuevo grupo de estudiantes llenos de esperanzas, emoción y asombro, con toda la vida por delante. Les enseñaremos que llegar al éxito requiere más que un alma fuerte. Se necesita fortaleza, determinación y fidelidad hacia sí mismos y quienes creen en ellos. Y a veces, para bien o para mal, implica cometer actos de los que no se creían capaces.

Les enseñaremos a sobresalir, a enfrentar sus miedos, a brillar a su manera y a planificar hasta el final. Y les diremos que, si no tienen una historia, la creen. Esas son las cosas que tú nos enseñaste.

Jean-Paul Sartre una vez escribió que quienes somos es definido por nuestras acciones y que somos tan capaces de hacer el bien como el mal. Al final, son nuestras decisiones las que nos definen. Girar a la derecha. Girar a la izquierda. Quedarse en casa. Subir al

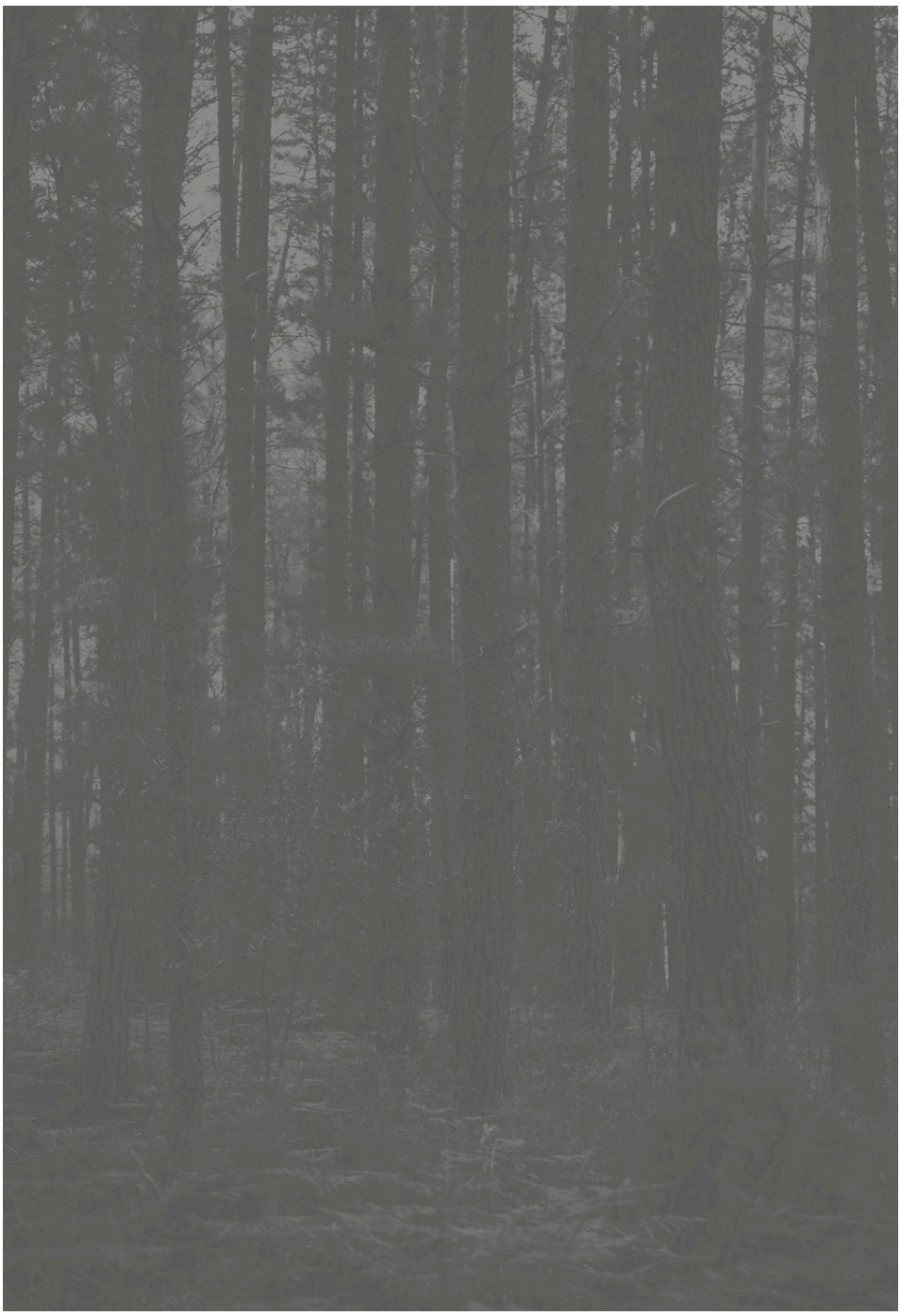
automóvil. Beber y conducir. Enviar solicitudes. Escribir la historia. Besar al chico. Jugar el juego. Ir al bosque. Saltar al agua. Sumergirse. Tomar riesgos. Mirar hacia arriba. Vivir.

La brisa agita mi cabello y, por un instante, cierro los ojos para estar en el momento. Luego me agacho para arrancar un diente de león y girar hacia la casa.

Bajo el sol del atardecer, las cuatro figuras comienzan a definirse. Ahora son carne, hueso, sangre y tejidos. Pero son mucho más que eso. Son Arlo, Ness, Isaac y Drea.

Pienso en una cita de Sartre que se siente apropiada para este momento: "Quizás hubo tiempos más bellos, pero este es nuestro".

Entonces volteo hacia el horizonte una vez más, con la silueta de El infortunio de Brighton a la distancia, y pido un deseo. Respiro hondo, soplo las semillas y las veo flotar en el aire como copos de nieve hasta que desaparecen en el mar.



AGRADECIMIENTOS

Mientras crecía, era una lectora voraz. De los muchos, muchísimos libros que devoré, los que más me atraían eran los de Lois Duncan, de las hermanas Brontë y de Shirley Jackson. Ellas corrían el telón de la humanidad y revelaban lo que acechaba en las sombras. Me mantenían en un estado constante de inquietud, fría y deliciosa.

Fue mi amor por ellas lo que inspiró algunas de mis primeras historias de la infancia: misterios carcelarios que solían incluir una mansión antigua y derruida, un bosque oscuro, un grupo heterogéneo de desconocidos reunidos por circunstancias extraordinarias y al menos un asesinato. Después de la publicación de mi undécimo libro, mientras yo, como lectora, consumía otro misterio retorcido, pensé: *¿Cómo es que nunca escribí el tipo de historia que más me gustaba leer de niña?* A fin de cuentas, cambié géneros muchas veces en mi carrera, pero nunca había incursionado en el género que más me atrae.

Como lectores, nos gusta ponernos en los zapatos de los personajes que leemos, preguntarnos qué haríamos nosotros en las mismas circunstancias. Creo que es normal sentirse fascinado por el lado más oscuro de la humanidad. Al igual que con las historias de crímenes reales, puede ser absorbente indagar en los eventos y circunstancias que podrían convertir a una buena persona en un monstruo o, al menos, hacer que cometa actos monstruosos. Y

preguntarnos: *¿Podría ser yo? ¿También sería capaz de hacer algo así?*

También creo que hay algo evocador en el *dark academia*. Personalmente, me encanta sumergirme en cualquier libro ambientado en un campus sagrado, rodeado de bosques y misterio, habitado por edificios cubiertos de hiedra, tradiciones legendarias, historias oscuras y asesinatos, cualquier cosa que me provoque escalofríos.

Escribí *Cuando fuimos monstruos* para mi yo adolescente, que amaba a ABBA y a Shirley Jackson por igual, y que escondía los libros de miedo detrás de la estantería para poder dormir tranquila por la noche. Sin embargo, pronto aprendí que leer *dark academia*, misterios y thrillers no me había preparado para escribir uno propio. El libro que sostienes es un verdadero trabajo de amor y, como siempre, no podría haberlo logrado sola.

Kerry Sparks no es solo la agente literaria más brillante del mundo, también es la mejor compañera creativa que he conocido. Sin su energía, percepción, humor y corazón, me sentiría tan aislada como El infortunio de Brighton y tan a la deriva como el pequeño bote que alguien (sin spoilers) dejó suelto. Siento un amor inmenso, agradecido y eterno hacia ella y todos en la agencia literaria Levine Greenberg Rostan. Y mi inmenso agradecimiento para la increíble Sylvie Rabineau. Aún no puedo creer la suerte que tengo de trabajar contigo.

Mi esposo, Justin Conway, es mi corazón. Lo conocí hace años en una isla salvaje y remota donde conducíamos, sin faros, a través de un bosque primordial iluminado por luciérnagas. Caminamos descalzos por el lodo en busca de tesoros. Escapamos de un sótano

cerrado y muy embrujado. Y nos enamoramos a primera vista. Porque cuando encuentras a tu persona, lo sabes.

Mi editora, Katherine Harrison, es una de las mejores editoras con las que he tenido la fortuna de trabajar. Se involucra por completo, es minuciosa, inteligente y astuta. Es una verdadera compañera, y este libro y yo no podríamos haber estado en mejores manos. He aprendido muchísimo sobre mi propia escritura gracias a ella y ahora soy mejor escritora que antes de empezar a trabajar juntas. Además, como beneficio extra, es una persona cálida y maravillosa. Espero escribir diez mil libros más con ella.

Un agradecimiento especial, de corazón, para: Melanie Nolan, quien me animó a hacer esta historia "más asesina". ¡Qué día más feliz fue ese! Gracias por años de edición perspicaz, reflexiva y genial y por nutrir mi creatividad. Gianna Lakenauth, gracias por todo, todo lo que hace. Es un honor enorme trabajar contigo.

Y hablando de honores: ha sido un verdadero honor trabajar con Barbara Marcus estos últimos más de diez años. Barbara no solo es una fuerza de la naturaleza, es quien yo querría ser; excepto que, aunque me esforzara al máximo, jamás podría ser tan fabulosa. Gracias, de todo corazón, por todo lo que eres y todo lo que haces, y por todo lo que significas para mis libros y para mí.

Un agradecimiento enorme también para el fantástico equipo de Knopf y Penguin Random House. Para la editora de producción Melinda Ackell y la correctora Amy Schroeder. Para las diseñadoras Trisha Previte (cubierta), quien creó la portada más hermosa del mundo, y Michelle Canoni (interior). Y para la increíble artista Alexis Franklin por el retrato de Effy para la portada, que me deja sin palabras cada vez que lo miro. Gracias a mis incomparables

publicistas, Dominique Cimina y Joey Ho, y al increíble departamento de marketing: Andrea Baird, Gabriella Murdoch, Jenn Inzetta, Erica Trotta, Katie Halata y Adrienne Waintraub. Mil gracias a John Adamo, Jackie Hornberger, Alison Kolani, Jake Eldred, Natalia Dextre, Hannah Babcock y Claire Rivkin.

Envío mi amor y gratitud a través del océano a Penguin Random House UK y a todo el equipo brillante de allí. Con un agradecimiento muy especial a mi extraordinario editor, Ben Horslen, con quien es una alegría auténtica trabajar. A Harriet Venn, mi fenomenal publicista. Y a Michael Bedo, por toda su magia en marketing.

Beauport, la casa Sleeper-McCann, fue mi inspiración para Moss. Si alguna vez están en Gloucester, Massachusetts, deben ir a ver su belleza encantadora con sus propios ojos. Mientras están allí, pueden visitar Rafe's Chasm, la Falla del Errante en la vida real. Desde allí, pueden ver Norman's Woe, el verdadero Infortunio de Brighton. Y, si tienen suerte, puede que incluso vean a la serpiente marina de Gloucester.

Gracias, E. Lockhart y Kathleen Glasgow, por sus comentarios de tapa, tan apreciados y aclamados. Y a todos mis inspiradores amigos escritores por las risas, la camaradería, la comprensión y el amor incondicional.

Gracias a la encantadora Holly Thomson por la investigación, la asistencia administrativa, las fotos de gatos, el amor y el apoyo.

Gracias a las mujeres feroces y fabulosas del Salón EllaPar, en especial a Stacy Monticello, Kayla Clark y Julie Gladden.

Gracias a los profesores que me trajeron hasta aquí con su propio trabajo arduo y su aliento.

Gracias a los lectores que han crecido conmigo y a los que están leyendo mis palabras por primera vez. Espero que se queden para más.

Gracias a mis amigos Vanessa Cato, Drea García y Scott Booker por prestarme sus nombres para esta historia. Aunque la Vanessa de la vida real (alias VCPoetry) no fue adoptada como la Ness del libro, es una poeta talentosa con una familia cálida y amorosa y, como observa Effy, irradia luz y alegría. La Drea real es una artista brillante y una apasionada defensora del movimiento de positividad corporal, quien me envió a mi propia Petunia cuando empecé a escribir este libro. Y el maravilloso Scott, junto con su hermano Steve, es un querido y apreciado amigo de mis días de instituto. Gracias también a los lectores que prestaron sus nombres para cameos a lo largo de la obra.

Gracias a mis amigos y familiares, sobre todo a mis maravillosos padres, Penelope Niven y Jack F. McJunkin. Los extraño más de lo que jamás podría expresar.

Y por último pero no menos importante, gracias a los gatitos literarios que llenan nuestro hogar y nuestros corazones. Probablemente podría haber escrito esto un poco más rápido si no hubieran estado tumbados en mi teclado, sentados entre el monitor y yo o exigiendo comida. Pero no querría que fuera de ninguna otra manera.

Índice

Semana uno
- Narrativa inmersiva
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo

Semana dos

- Narrativa inmersiva
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo

Semana tres

- Narrativa inmersiva
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy

Arlo
Effy
Arlo
Effy
Arlo
Effy
Arlo
Effy
Meredith
Effy
Arlo
Effy
Cinco años después
Effy
Agradecimientos



¡QUEREMOS SABER
QUÉ TE PARECIÓ
LA NOVELA!

Encuéntranos en

tiktok.com/vreditorasya

facebook.com/vreditorasya

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

Niven, Jennifer
Cuando fuimos monstruos / Jennifer Niven. - 1ª ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2026.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: María Laura Saccardo.
ISBN 978-631-300-701-1

1. Narrativa Juvenil. 2. Thriller. I. Saccardo, María Laura, trad. II. Título.
CDD A860

Título original *When We Were Monsters*
Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Melisa Corbetto con Stefany Pereyra Bravo
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Diseño de portada: copyright © 2025 by Alexis Franklin
Diseño de interior: Estudio Olifant (@be.olifant)
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2025 Jennifer Niven
© 2026 V&R Editoras
www.vreditoras.com

Excerpt from "Mad Girl's Love Song" from The Bell Jar © copyright 1971by Harper & Row "The Dreamer" by Penelope Niven reproduced by permissionfrom Jennifer Niven, her daughter. Ness's poetry within these pages reproduced by permissionfrom the author of these poems, Vanessa Cato aka VCPoetry.

Esta edición se publicó mediante acuerdo con Random House Children's Books, una división de Penguin Random House LLC

ARGENTINA

Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

Primera edición: abril de 2026

ISBN 978-631-300-701-1

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

Seguinos en tu red favorita

VR.editoras



Revolve

Khabra, Bal
9786313006977
456

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sierra Romanova era una exitosa patinadora olímpica hasta que un accidente en la pista de hielo le cambió la vida. Ahora, de vuelta para su último año en la Universidad de Dalton, está lista para tener

todas las miradas puestas en ella... incluida la del jugador de hockey **Dylan Donovan.**

Después de ser expulsado de su equipo de hockey, a Dylan le quedan pocas posibilidades de que lo seleccionen para la NHL. Pero todo el mundo de Dylan gira en torno al hielo y, si el hockey está descartado, bueno, al menos queda el patinaje artístico. Mientras todo el mundo espera el regreso de Sierra, ella debe encontrar un nuevo compañero.

La única persona que conoce con la habilidad necesaria para igualarla en la pista es Dylan. **Aunque es un arrogante, juntos podrían ser la pareja perfecta sobre el hielo.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



No estás en la lista

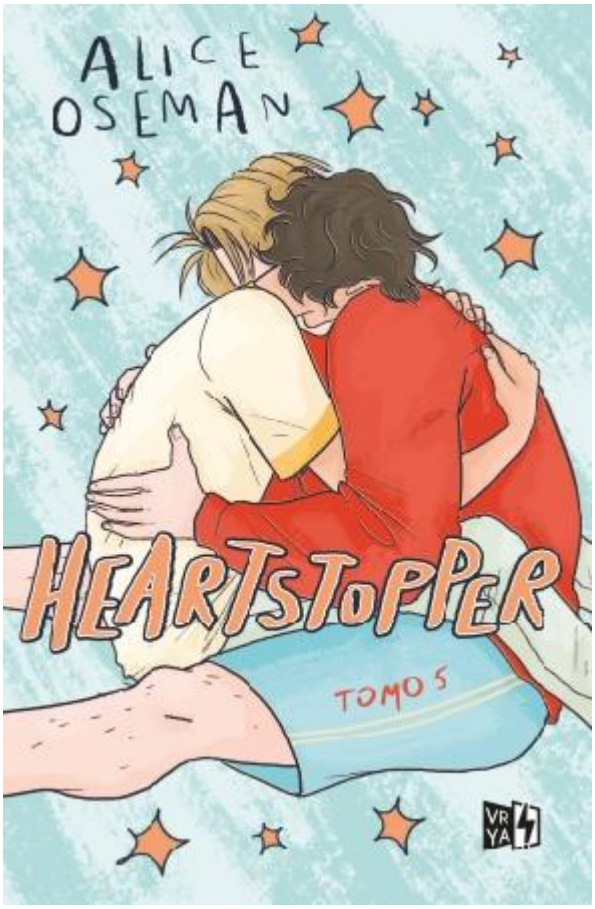
Espach, Alison
9786313003389
480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Es un día precioso en Newport, Rhode Island. Phoebe Stone llega sola al majestuoso Cornwall Inn con un vestido verde, tacones dorados y sin ningún equipaje. Todos en el vestíbulo piensan que es una invitada más a la boda, pero en realidad es la única huésped

que no está allí para ese gran evento. Ha ido al hotel porque llevaba años soñando con ese viaje y esperaba compartirlo con su marido, pero ahora está sola, tocando fondo y decidida a darse el último lujo de su decadente vida. Mientras tanto, la novia ha previsto cada detalle y cada posible desastre que pudiera depararle este fin de semana, excepto una cosa: Phoebe y su plan. Sin embargo, contra todo pronóstico, las dos mujeres se ven dispuestas a compartir sus secretos más íntimos desde el mismo instante en que se conocen. Con momentos que van desde lo absurdamente cómico hasta lo desgarradoramente tierno, No estás en la lista de Alison Espach es, en última instancia, una mirada matizada y conmovedora sobre los caminos sinuosos que podemos tomar hacia lugares que nunca imaginamos y sobre los encuentros azarosos que a veces son necesarios para reconducir nuestra vida.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Heartstopper - Tomo 5

Oseman, Alice
9786313007127
336

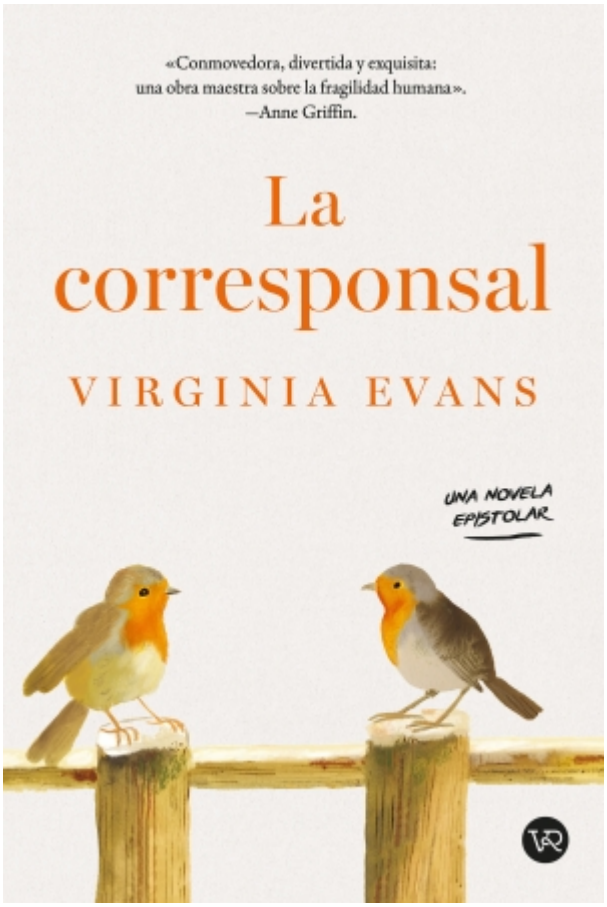
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Nick y Charlie están más enamorados que nunca y dan un paso muy importante en su relación.

Mientras tanto, Nick empieza a visitar universidades para el próximo

año, entonces una duda se instala en su cabeza: ¿será capaz de vivir sin Charlie? ¿Soportarán una relación a distancia?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La corresponsal

Evans, Virginia
9786313005796
376

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«Imagine: las cartas que uno envió al mundo y las que recibió de vuelta son como piezas de un rompecabezas magnífico… ¿No hay algo maravilloso en eso? Pensar que la historia de una vida queda preservada de alguna manera, que esta misma carta podría significar algo algún día, aunque sea algo pequeño, para alguien».

Durante toda su vida, **Sybil Van Antwerp** ha utilizado la correspondencia para dar sentido al mundo y a su lugar en él. Casi todas las mañanas, alrededor de las diez y media, se sienta a escribir cartas: a su hermano, a su mejor amiga, al rector de la universidad que no le permite asistir como oyente a una clase que desea cursar, a Joan Didion y a Larry McMurtry para decirles lo que piensa de sus últimos libros, **y a una persona a la que le escribe a menudo, pero a la que nunca le envía las cartas.**

Sybil ha vivido una vida plena como madre, abuela, esposa, mujer divorciada y abogada prestigiosa, y espera que su mundo siga como siempre. Pero cuando la correspondencia de alguien de su pasado la obliga a examinar uno de los períodos más dolorosos de su vida, se da cuenta de que la carta que ha estado escribiendo durante años debe ser leída y que no podrá seguir adelante **hasta que encuentre en su corazón la capacidad de perdonar.**

La corresponsal es una joya literaria sobre el poder de encontrar **consuelo en la literatura** y la conexión con personas con las que tal vez nunca nos encontremos. Y aunque la vida epistolar de Sybil Van Antwerp pueda parecer «algo insignificante», puede ser también **uno de los personaje más memorables sobre los que jamás hayas leído.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Cambio de princesas: Cenicienta y la Bestia

Bussing, Kim

9786313007097

296

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Qué pasaría si Cenicienta fuera prisionera de la bestia y Bella de una malvada madrastra?

Ella ha pasado toda su vida soñando con vivir grandes aventuras, pero es difícil hacerlo cuando estás atrapada y te tratan como a una esclava.

Cuando se despierta inesperadamente en una tierra muy, muy lejana, cree que su sueño se ha vuelto realidad, hasta que descubre que está en el castillo de una peligrosa bestia.

Bella, por su parte, tiene un plan para salvar a la empresa de su familia: ganar el concurso real en honor al príncipe. Pero las cosas se complican cuando acaba en un sótano con una perversa madrastra que quiere impedir su triunfo...

Sus felices para siempre no podrían parecer más lejanos.

¿Podrán estas princesas escapar de sus captores y regresar a sus cuentos?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Jennifer Niven
Portada
Dedicatoria
Epígrafe
Semana uno
- Narrativa inmersiva
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo
- Effy
- Arlo

Semana dos
- Narrativa inmersiva
- Arlo
- Effy

Arlo
Effy
Arlo
Effy
Arlo
Effy
Arlo
Effy
Arlo
Arlo
Effy
Arlo
Effy
Arlo
Effy
Arlo

Semana tres

Narrativa inmersiva
Arlo
Effy
Arlo
Effy
Arlo
Effy
Arlo
Effy
Arlo
Effy
Arlo
Effy
Arlo
Effy
Meredith
Effy
Arlo
Effy

Cinco años después

Effy

Agradecimientos
Índice
Créditos